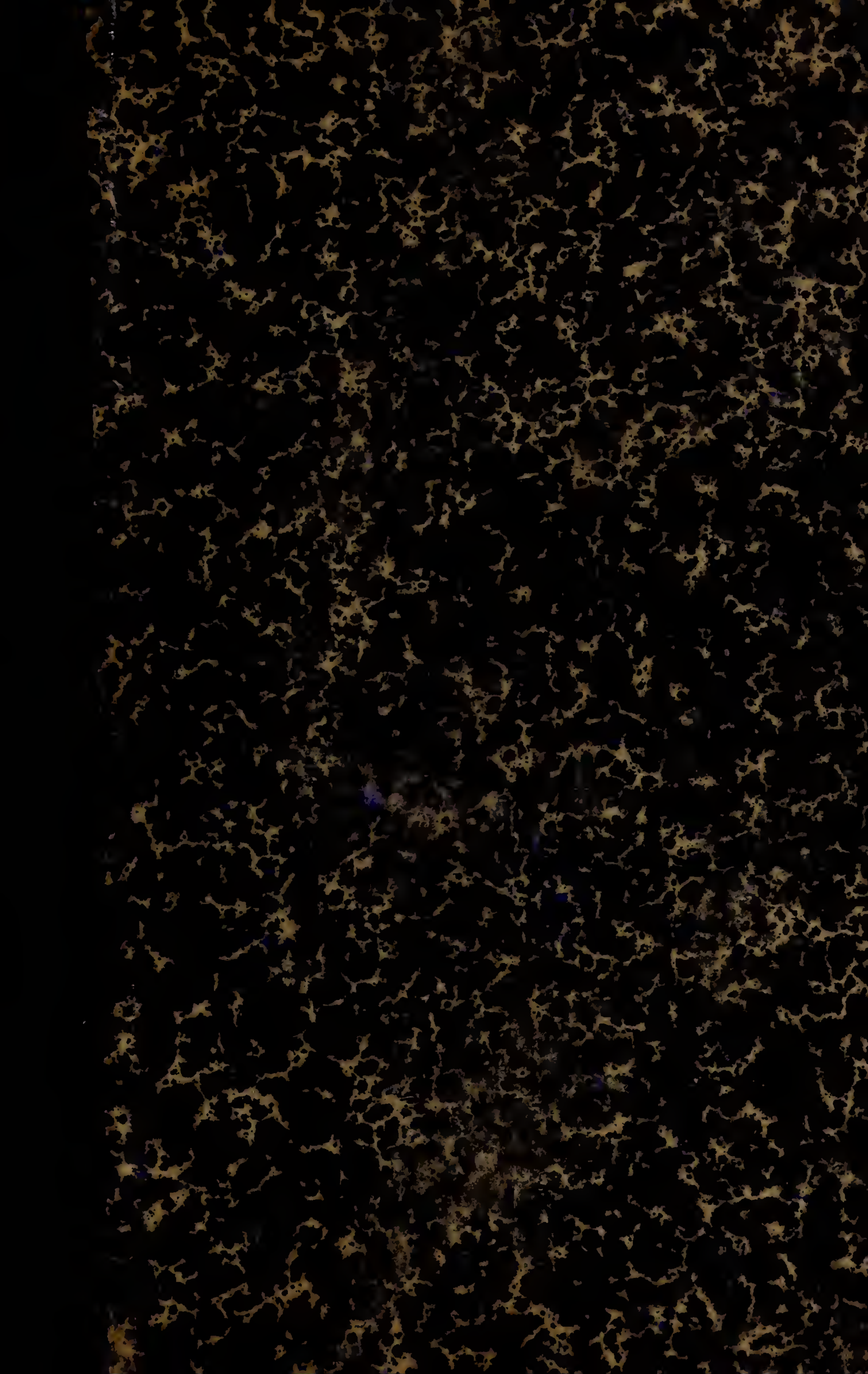
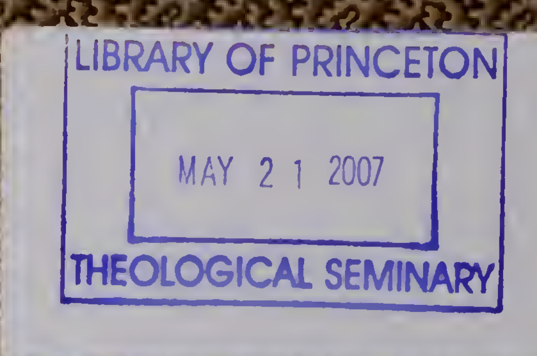






Impreso por órden del P. Prior del convento de Santo Domingo Fray Jesus Estevez.

PRECIO............ 70 $ mc.

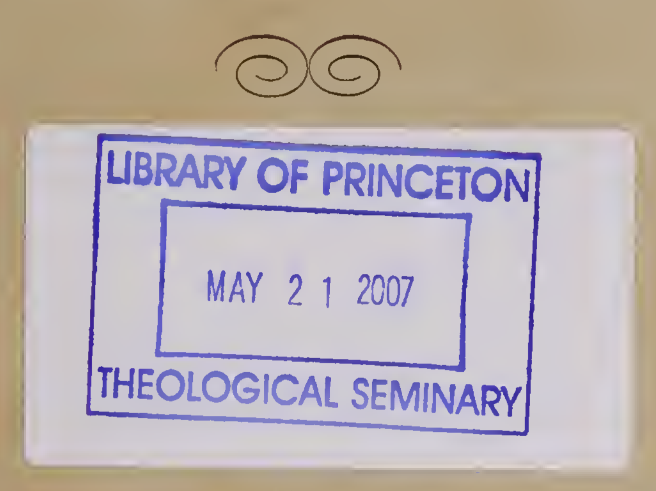


OBRAS ORATORIAS

DE

FRAY VENTURA MARTINEZ

(DEL ÓRDEN DE PREDICADORES)



BUENOS AIRES

Imprenta AMERICANA, calle de San Martin, núm. 124

1874

PANEJÍRICOS Y DISCURSOS

Con permiso de la Autoridad Eclesiástica

Imprímase.

Fr. Reginaldo de Sta. Maria Gonzalez,
Provincial del Orden de Predicadores.



Fray Ventura Martinez nació en Buenos Aires el año 1823 y murió en la misma ciudad el año 1872. Sus honrados padres lo dedicaron al oficio de tipógrafo. Abandonó la imprenta en 1848, y un año despues profesó en la órden dominicana.

Si se recuerda el desquicio moral y la decadencia intelectual del pueblo arjentino en la época del noviciado de Fray Ventura, nos ahorraremos el trabajo de averiguar si entonces florecia ó no en nuestros claustros el estudio de la literatura y de las ciencias sagradas. El medio en que el Padre Martinez se educó nos dá la medida de su intelijencia, y nos esplica porque no encontramos en sus obras ni la ciencia de Bossuet, ni la elevacion de Masillon, ni la erudicion de Ráulica, ni la filosofia de Félix, ni el vuelo prodijioso de Lacordaire.

La fé movia la lengua de Fray Ventura, y él hablaba como cantan las aves del cielo. Dice el Apóstol que la fé es capaz de transportar las montañas. En alas de la suya el Padre Martinez ha escalado algunas veces el cielo de la inspiracion y ha arrebatado con él á su auditorio.

Nuestro orador desdeñó el arte oratorio hasta el

estremo de creer que habia sido inventado para disimular la falta de sentimiento ò de razon en los que lo cultivan. (1) El no aspiraba á otra cosa que á conseguir lo que un Obispo francés daba á entender de la índole oratoria del Padre Ravignan una vez que comparaba sus dotes con las del Padre Lacordaire. « Aquel, decia, me obliga á caer á los pies del confesor; este me levanta sobre el confesonario. »

Fray Ventura poscia un estilo tan peculiar y una manera de espresarse tan propia, que los que lo escucharon alguna vez al leer sus discursos volverán á animarlos con el recuerdo de la uncion ó del enérjico acento con que él les infundia el calor y el movimiento de la vida. Los que no lo oyeron no desdeñarán sus obras si son capaces de encontrar ias huellas luminosas de un alma inflamada, « que habria confesado á Cristo sobre el potro ó en el caballete. » (2)

Se ha escrito de Franklin que él no pronunció jamás una palabra que no debiera decirse, pero que dijo siempre la palabra que era necesario decir. Así entendia el deber del orador sagrado el Padre Martinez. « Dice todo lo que cree, escribe su único crítico, el Dr. D. Pedro Goyena, sin reticencia de ningun jénero. »

(1) Véase el Sermon sobre Santo Domingo de Guzman.
(2) El Dr. D. Pedro Goyena en un artículo titulado « Fray Ventura Martinez. »

Si el Dr. D. Felipe Palacio ha sido nuestro orador sagrado mas fecundo, Fray Ventura Martinez ha sido el orador arjentino que ha atraido mayores concursos. De su reputacion hablaban todas las bocas; pero fuese porque él atacára con frecuencia á la prensa, ó porque los que forman parte de ella desdeñen la oratoria sagrada, á la cual dedicó «Timon» algunas de sus mas bellas pájinas, el hecho es que ningun hombre de letras le consagró una sola palabra antes que el nombrado publicase en la «Revista Arjentina» un bien pensado artículo, que lo mismo y tanto honra á su autor como al orador criticado. El medio mas eficaz para detener la marcha de las ideas y apagar el éco de la voz que las espresa, consiste en formar silencio en torno del que habla. Pero la inspiracion y la verdad traspasan todas las barreras. Semejantes al huracan y al trueno, se hacen sentir de un estremo á otro de los lugares en que soplan y retumban.

A Fray Ventura Martinez podria aplicarse lo que cantó el Salmista y repite la Iglesia en una de sus clásicas solemnidades: «el celo de tu casa me ha devorado.» A semejanza de los cirios del Tabernáculo, él se consumió en ofrenda á la Divinidad. Su palabra y sus hechos, su predicacion y su vida fueron armónicos. Predicó penitencia y oracion, y fué penitente y contemplativo; predicó humildad y castidad, y fué humilde y casto; predicó trabajo y mortificacion, y, apesar

de su naturaleza débil y enfermiza, fué austero y laborioso, hasta dar en la tumba con su cuerpo demacrado, que él reputaba pesado fardo ó envoltorio enfadoso. Fray Ventura no conoció otros placeres que los que de su fé reportaba, ni mas fiestas que aquellas que conmemoraban alguno de los augustos misterios de nuestra relijion. Si el mundo terminaba para él en el umbral de su desmantelada celda, el cielo empezaba en el dintel del templo. Su espíritu, entonces, cual un ave escapada de su prision, batia alegremente las alas en las mas altas zonas de la atmósfera superior.

Ni alto ni bajo, con el pecho y la espalda deprimidos, ojos que fulguraban bajo el arco de sus pobladas cejas, pómulos salientes, lábios inclinados hácia abajo, como en señal de desden por todo lo esterior, frente pensadora, oculta por el cerquillo hasta mas de la mitad, con la cabeza cubierta por la capucha del hábito dominico, que se plegaba sobre su flaco cuerpo, asi lo vimos aparecer por primera vez en el púlpito del convento de Predicadores de Buenos Aires. Comenzó á hablar, y su voz insinuante demostró que el corazon del convencido fraile era el regulador de las inflexiones de su órgano y su maestro de elocuencia. Metálica, vibrante, sonora, límpida, aquella voz recordaba la campana en la alegria de la festividad, en el pavor de la alarma y en la tristeza de la agonia. Si las lágri-

mas acudian á los ojos del orador, sus cuerdas vocales se destemplaban como si el llanto las aflojára y humedeciera. Nervioso, y por consiguiente impresionable, la vibracion de todas sus fibras era discernible en la estructura de sus discursos.

Algunas noches, en las noches de Cuaresma, resplandecia el púlpito en medio de las sombras del templo. De pronto, en el centro de aquel círculo de oro, aparecia como evocada la blanca figura del dominico arjentino. Algunos volvian involuntariamente los ojos al inmediato altar de San Vicente Ferrer para averiguar si la estátua se mantenia en el pedestal.... Parecia que el verdadero Vicente habia aparecido en el púlpito, y que iba á hacer sonar la trompeta del juicio sobre las cabezas de los circunstantes dominados por la actitud del buen fraile, que empezaba á hablar y desvanecia la terrible ilusion.

Los editores de las obras de Fray Ventura Martinez antes de acceder al deseo de los que los importunaban para que las diesen á la estampa, vacilaron largo tiempo, convencidos, como están, de que média una distancia enorme entre la palabra leida y la palabra hablada. Además, tenian por delante tal vez doscientos manuscritos, lo cual aumentaba las dificultades de su tarea. A la reflexion primera se agregaban los peligros de la eleccion. Consultadas varias personas y repartido el trabajo de la lectura y crítica de los orijina-

les, desdeñaron los escrúpulos y enviaron á las cajas los discursos que van á leerse, no obstante la semejanza de los planes y la repeticion de citas que se observará entre algunos de ellos. Se ha tratado de que la coleccion contenga muestras de los diversos jéneros que cultivó Fray Ventura Martinez.

Aún cuando este libro no estuviese llamado á figurar dignamente entre los escasos que la oratoria sagrada cuenta en Sud-América, él desempeñará una mision que bastaria para justificar su impresion. Sin él la edad que nos suceda ignoraria el nombre de un sacerdote virtuoso, de un orador notable, de un arjentino esclarecido. Sepultado en el panteon de los Domínicos, y agregadas dentro de poco sus cenizas á las que guarda el hosario comun, nadie leeria su nombre, ni siquiera sobre la piedra de humilde tumba, en ninguno de los Cementerios públicos de su patria. Es de esperarse que estas pájinas sean el monumento fúnebre de Fray Ventura, labrado por él mismo á imitacion de los trapenses, que abren en vida la sepultura que debe encerrarlos en la muerte. A los admiradores y compatriotas del Padre Martinez toca conservarlo y transmitir su custodia á las venideras jeneraciones.

S. Estrada.

SERMON

CON MOTIVO DEL ANIVERSARIO DE LA DEFENSA DE BUENOS AIRES EN 1807 (1)

Benedixit te Dominus in virtute sua ; quia per te ad nihilum redegit inimicos nostros.
Judit, c. 13.

Bendijote el Señor en su fortaleza; pues por tí redujo á nada todo el poder de nuestros enemigos.
Judit, c. 13.

SEÑORES .

El sol de este glorioso dia habria nacido para hacer patente al mundo otra vez mas nuestra degradacion política, para hacer reverberar sus rayos sobre las cadenas férreas de nuestra esclavitud, si vos, divina Judit, no hubierais combatido por nosotros y arrojado lejos de nuestra ciudad y de nuestras playas á los que pretendieron subyugarnos.

Me refiero, amados mios, al grande acontecimiento cuyo aniversario celebramos, y que determina, talvez, la época mas gloriosa y la página mas brillante de la historia argentina.

¡Qué dia aquel para tí, Buenos Aires, patria mia! A la verdad que fué grande por la magnitud de los hechos que en él acaecieron; crítico fué tambien por los vaivenes que dió tu libertad al borde de un insondable abismo; amargo, sangriento y lacrimoso dia, por algunas de sus inevitables escenas; y por

(1) Este sermon fué dedicado por el autor á la memoria del Jeneral Liniers.

fin, dia á todas luces glorioso por la inmortal corona que alcanzaste, y por la solucion ventajosa que tuvieron en él los afanes en que te hallabas empeñada.

Pero todavia fué mas memorable ese dia porque en la historia de una nacion potente del antiguo mundo él imprimió una mancha indeleble y á la historia del jóven pueblo argentino ornó con un timbre imperecedero; á la generacion pasada elevó á la categoria de los héroes, y á nuestra presente generacion legó un patrimonio glorioso. Ese dia dió un nuevo realce al Catolicismo, y en la corona de Maria, madre de Dios, engastó una nueva vistosisima joya.

Ese dia grande fué el primer domingo de Julio de 1807.

La poderosa Inglaterra, rica en toda suerte de elementos, valiente, ademas, y prestigiosa, en aquel dia, y era la segunda vez, se levantó y vínose sobre nosotros ávida de la fertilidad de nuestro suelo, de nuestra situacion geográfica, de la estencion fabulosa de nuestros campos, de la benignidad de nuestro clima, y mas que todo, sedienta por colonizarnos y explotarnos. Pero lejos de esto, antes aprendió en ese dia, y muy á su pesar, que propender y avanzarse á la conquista de un pueblo protegido por Maria Santisima, no es otra cosa que correr á la muerte y á la ignominia.

No creias, empero, SS, que sea mi propósito ahora empañar el lustre de aquella gran nacion con la que entonces lidiábamos, para que de esa manera resalte mas el esplendor de nuestro triunfo y el brillo de nuestras armas, no. Tampoco creais que me propongo hacer la apoteosis de los heróicos defensores de nuestra libertad política, atribuyendo no mas que á su arrojo y valentia los laureles que en aquel dia obtuvimos, pues en el primer caso me haria semejante á los que edifican sobre rui-

nas, y en el segundo, á los que no ven en los combates esa mano sapientísima, divina y poderosa, que confiere la victoria á su arbitrio, aunque siempre en conformidad con sus juicios de equidad y de justicia.

No, SS., no vengo á eso; vengo á demostraros que en aquel fausto dia no tanto á los esfuerzos de nuestros padres, ni al temple de su espada fué debida la victoria, cuanto á la intervencion casi palpable de la divina Maria. Sí, fué la celestial Señora, la que, queriendo desde entonces manifestarnos la predileccion con que nos miraba y garantirnos á la vez la que en adelante nos dispensaria, tomó á su cargo nuestra defensa, ya infundiendo un valor desconocido en el pecho de nuestros soldados y haciendo eficaces sus planes de guerra, ya tambien llevando el pánico á los que osados nos agredian, desbaratando y haciendo trozos los lazos que nos tendieran para esclavizarnos.

Bien veo, SS., que una proposicion tan piadosa no será simpática al soberbio filosofismo que desgraciadamente subyuga á la máxima parte de las inteligencias modernas. Sé muy bien que á la torpe y ciega incredulidad sentará muy mal el propósito mio, tratándose, como en efecto tratamos, de un hecho de armas; pero ni á mi ni á vosotros debe preocuparnos esto; no á vosotros, porque nunca dudasteis de la ingerencia divina en los acontecimientos humanos; no á mi, porque estando muy distante de creerme llamado á doblegar esos entendimientos rebeldes y obcecados, solo pretendo y quiero avivar en vuestros corazones el reconocimiento y el amor á la que fué nuestra libertadora, Maria Santísima del Rosario.

Haced que lo consiga, Virgen inmaculada. Haced que pueda yo, Señora, para gloria de vuestro hijo y honra de vuestro

nombre, revelar á mis hermanos la proteccion que entonces nos dispensasteis y que tan unánimemente han reconocido los pueblos todos de la nacion argentina. Para conseguir tales frutos reverentes os saludamos.

Ave María.

Benedixit te Dominus......
Judit. C. 13 v. 22

Todo triunfo, SS., supone necesariamente dos fuerzas que han luchado y dos causas que se han defendido, sean estas dos causas y aquellas fuerzas físicas ó morales.

Suponiendo, pues, todo triunfo, como queda dicho, dos causas que rivalizaban, que se excluian mútuamente, que se chocaban, este choque ó rivalidad de causas produjo la lid de aquellas fuerzas, como quiera que cada una de ellas ha de incluir la razon de su resistencia.

Ahora bien, esas dos causas ó ambas fueron inicuas ó una de ellas lo fué, pues la lucha entre dos fuerzas, defendiendo simultáneamente dos causas igualmente justas, tratándose de fuerzas inteligentes, por lo ménos yo, os confieso, que ni lo comprendo ni lo concibo.

El primer caso no es el nuestro; prescindamos, pues, de los raciocinios que él pudiera sugerirnos. Tratamos, si, del segundo, por que en el dia que conmemoramos luchaba el pueblo argentino en favor de la causa mas legitima y santa que se defendiera nunca entre los hombres. Defendia Buenos Aires su independencia y libertad, su religion y su culto, sus creencias católicas, y por consiguiente, el culto y la honra de Maria Sma. Nuestros padres lidiaban, ademas, en defensa de sus hijos, de sus esposas, de sus hogares, de sus templos, las cuales cosas juntas es lo que se entiende por patria. Oh!

no, jamás causa alguna aventajó en justicia á la causa de la invicta Buenos Aires en el inolvidable dia 5 de Julio de 1807.

Supuesta, pues, esta verdad, SS. ¿quién se atreverá à dudar siquiera que Maria Sma. del Rosario nos protejió y salvó en aquel gran dia? ¿quién ha podido figurarse à la Emperatriz de las naciones, cual una fria é indolente espectadora del combate entre dos pueblos, uno de los cuales pugnaba por la justicia y el otro por la iniquidad? O Buenos Aires habia invocado la proteccion de la divina Señora al empeñarse en aquella guerra, ó no lo habia hecho; pero como consta que habia dado ese paso ante el trono de su Reina y Señora, el resultado, entónces, de esta contienda debió precisamente ser el triunfo para Buenos Aires, y la confusion y la derrota para sus enemigos.

No quiero ni suponer, SS., que dudeis de esta verdad.

No tengo razon para creeros tan poco piadosos, tan débiles en vuestras convicciones religiosas, ni tan poco instruidos en la conducta de la Providencia divina en la direccion de los sucesos humanos, como lo seriais sino convinieseis conmigo en que efectivamente à Maria Sma. del Rosario es á quien se debió el triunfo que recordamos. Los hechos de aquella jornada gloriosa van à patentizar mis precedentes asertos. Escuchadme.

Ya recordareis, amados mios, que el dia 2 de Julio de aquel año se habian encontrado los dos ejércitos frente á frente en un terreno ventajoso para el enemigo, à una legua de nuestra plaza, al otro lado del puente de Barracas; y que habiendo nuestras fuerzas estendido su línea y presentado batalla, el enemígo la rehusó absolutamente. Circunstancia es esta tanto mas digna de mencionarse, cuanto que era muy probable que dada la accion entónces la derrota hubiera sido

nuestra cosecha. Todo lo presagiaba, y el Riachuelo, á retaguardia, era una de las peores condiciones de aquel plan de batalla.

¿Por qué no aceptó el enemigo el desafío de nuestro ejército, y por qué prefirió atacarle cuando lo escudasen nuestros edificios, torres y azoteas? ¿Cómo pudo persuadirse un general tan esperto como Witeloke, que fuese mas fácil vencer un ejército atrincherado, al cual llevaba el suyo tantas ventajas numéricamente y en todo sentido, que vencerle en campo libre? Esto, SS., ó fué providencial, ó no es fácil esplicarlo.

Tambien recordareis haber oido ó leido que la noche de ese mismo dia ofreció al ejército inglés la mejor coyuntura para el logro de su conquista, por algunas razones. Primera: por el desacierto y casi desesperacion en que se hallaba el pueblo y por la desaparicion inesperada de su General en Gefe, pues se ignoraba qué suerte habia corrido despues del desgraciado choque de las dos fuerzas en los corrales de Miserere. Segunda: por el estado indefenso y acéfalo de esta ciudad, y mas que todo, por el abatimiento y fatiga del resto de nuestros soldados, pues habiendo empleado todo el dia en esforzadas marchas y contramarchas, no estaba para mas que para rendirse á discrecion si el caso hubiera llegado.

Sin embargo de todo eso y no obstante las instancias que al general Witteloke hacia el gefe de las fuerzas navales británicas estacionadas en nuestro rio, no quiso aquel atacarnos en esa noche de espectativa y de zozobra; en aquella noche verdaderamente fúnebre, y de la que dijo despues el Sr. de Liniers, que habia sido la mas amarga y pesarosa noche de su vida.

¿Qué quereis que se diga, Señores, de tanto desacierto y fal-

ta de prevision en un hombre como Witteloke, hombre de nombradia ya en las luchas europeas? ¿Se diria acaso que temió? Pero ese temor ¿qué pudo inspirárselo? No, Señores, ese general inglés fué escojido para esa espedicion, ese hombre era valiente y ni siquiera dudaba de la victoria, pues habia dicho: «conquistaré á Buenos Aires, ó levantaré en peso «á ese pueblo con suelo y todo si se me resiste.»

Dígase lo que se quiera: á menos que no se suponga una mano invisible que trastornaba los proyectos de nuestros enemigos, todas esas circunstancias serian otros tantos enigmas.

Por fin llegó el dia 7 de Julio, que en aquel año fué domingo, dia, como lo veis hasta hoy, consagrado al culto de Maria Santísima del Rosario donde quiera que haya un convento dominico; y aun cuando el cielo en gracia de la divina Señora habia acordado el triunfo á la inclita Buenos Aires, con todo, Buenos Aires no lo sabia, y fué por esto que esperimentó todas las amarguras que trae consigo un dia de combate decisivo, un dia de alarma general, y que ademas se presentaba con semblante opaco, tormentoso y siniestro.

Si, amados mios, aun naturalmente considerado, fué imponente el dia 5 de Julio de 1807. Un cielo encapotado, borrascoso, de atmósfera pesada, de ceño amenazador y terrible; ved ahí el aspecto de ese dia, verdaderamente análogo con las escenas sangrientas que en él tendrian lugar, y con la tribulacion que pesaba sobre todo este pueblo. Ni estrañeis que haya mencionado la índole física ó atmósferica de esa fúnebre mañana, puesto que ha sido estudiada por hombres eminentes esa relacion misteriosa que se ha observado siempre y se crée existir entre las perturbaciones morales y las físicas, cual si estuviese establecido por el Creador que el órden ó equilibrio en los ele-

mentos, dependa mas ó menos del órden ó equilibrio social. Pero sea de esto lo que querais, yo solo digo ahora que hasta el cielo cooperó á dar á ese critico dia un colorido magestuoso.

Eran las seis de la mañana cuando dispuestos los batallones enemigos y acordonando toda la capital por la parte del oeste, solo esperaban la voz de su gefe para avanzar por nuestras principales calles y llevar por todas partes el conflicto, la desolacion y la muerte. Un disparo de cañon era la señal del fuego; esa señal iba á darse y nuestros defensores, tan guapos como inespertos, estaban dispuestos á todo, menos á ser esclavos.

Inespertos, dije, porque debe asi decirse de unos ciudadanos pacíficos que habiendo empleado su vida en los apacibles afanes del padre de familia y en tareas laboriosas, ignoraban de todo punto el manejo de las armas y las estrategias de la guerra; y por lo tanto eran insuficientes para defender con buen resultado una ciudad vulnerable por todos sus flancos, sin fosos, sin murallas ni cosa por el estilo que ofreciese dificultad para ser asaltada, saqueada y destruida.

He ahi el disparo que se esperaba! La hora cruel ha sonado. Pero, SS., no ya para la ciudad heróica de Buenos Aires, sino pára lo agresores audaces que en ella buscan y hallarán la muerte y la desesperacion. Si, pues en virtud de los reiterados ruegos y lágrimas que desde los templos y desde el seno de las familias se habian llevado hasta el trono de la celestial Emperatriz, ya la Señora habia pronunciado ante el Altísimo aquella plegaria que en otro tiempo pronunciara Ester en presencia de Asuero y en favor del pueblo fiel. *¿Quomodo, enin, potero sustinere necem et interfectionem populi mei?* «¡Hijo mio y mi Dios,
« he aquí que muy pronto sonará la hora en que será invadido
« uno los pueblos que me veneran: uno de los pueblos que

« vuestra liberalidad habia confiado á mi tutela, y. . . .¿como
« podria vuestra madre ver sin dolor su cautiverio y degrada-
« cion?» Súplica omnipotente, SS., palabras que conmovieron las entrañas misericordiosas del Dios de los ejércitos, y que tornando en dulce sonrisa los divinos enojos, hicieron caer de la diestra justiciera el azote con que tal vez quisiera humillarnos. Palabras, finalmente, que tanto pudieron ante la magestad eterna, que á falta de hombres que nos defendieran en aquel dia, hubieran descendido los ángeles en nuestro socorro. Cámbianse, pues, los destinos y se adjudica el triunfo y la gloria á la denodada Buenos Aires.

¡Temblad, pues, escuadrones británicos! ¡Haced alto y retroceded! No paseis mas adelante, por vuestra vida, en las calles de una ciudad en cuyo favor habló Maria en la presencia divina, porque muy lejos de hallar palmas y coronas, encontrareis el pánico y la verguenza! ¡Desventurados! quién hubiera podido avisárselos! Sucedió así. . . .

¿Quereis, señores, que me ocupe yo ahora en ofreceros una viva y minuciosa descripcion de las escenas trájicas y horripilantes que tuvieron lugar en el primer choque de los dos ejércitos? No lo juzgo menester; pues ademas de estar vosotros, á lo que supongo, suficientemente instruidos en esos puntos históricos, no es este el lugar mas adecuado para tan sangrientos detalles. Sangrientos, sí, pues no mereciendo nosotros de justicia los favores divinos, puede el Señor exigirnos, toda vez que nos dispensa alguno, la condicion ó sacrificio que sea de su agrado; por esta razon en ese dia nos exígió algunas lágrimas, alguna sangre y algunas víctimas.

Recordad, sin embargo, que habiendo entrado en el plan de ataque por parte de nuestros enemigos, posesionarse ante todo

del templo de San Telmo por el sud, del Colegio de la Compañia por el centro, de la plaza del Retiro, del monasterio de Catalinas y del convento de la Merced por el norte, procedieron á su ejecucion á la señal ya mencionada.

El primer punto fué tomado fácilmente, pero ¡ triunfo inútil ! ! triste conquista ! pues ninguna otra ventaja vino de ahí al enemigo sino proporcionarle una atalaya desde la cual viera, para su mayor dolor, la derrota que sufrian sus desgraciados compañeros.

No así la plaza del Retiro, pues guarnecida como estaba por seiscientos dos valientes patricios, nada mas, y acometida por dos mil quinientos ingleses, fué el teatro glorioso de la resistencia mas brillante que esperarse pudiera; y tan es asi, señores, que las victimas en el escuadron enemigo fueron numéricamente iguales al número de los que defendian esa plaza. Bien sé que al fin fué indispensable abandonar el punto, pero lo fué mediante una retirada no menos bizarra que lo que habia sido la resistencia. ¡ Inolvidable y gallarda retirada, digna de los Leonidas, Anibales y Escipiones ! Retirada, por último, ordenada invisiblemente por nuestra celestial protectora, pues mediante esa evolucion se salvaron las vidas de aquellos guerreros, cuyo valor reclamaban ya con premura otros puntos importantísimos.

Nada resulta de que el enemigo haya quedado en posesion de la plaza del Retiro; su vergüenza será mayor cuando, apesar de esa victoria efímera, se vea en la necesidad de rendir sus armas á los pies de nuestros héroes y de envolver sus estandartes ante nuestra altiva bandera.

La columna enemiga que debia posesionarse de la Merced, contó su descalabro por los pasos que dió; pues antes de conse-

guir su objeto fué deshecha, convertida en grupos desordenados que llenos de espanto buscaban un escondite cualquiera que los escudara de la justa indignacion de nuestros bravos.

No lejos de este templo y por la parte del este, fueron hechos prisioneros doscientos diez y siete soldados enemigos, entre los que se distinguian trece oficiales, nada mas que por diez y nueve valientes de nuestras tropas. Suceso raro, señores, y que mucho dará que pensar á todo aquel que quisiese esplicarlo en otro sentido que como el resultado de una intervencion divina.

La division segunda al mando del Coronel Pak marchaba por una de las calles inmediatas al Colegio de San Ignacio, segun algunos, con la mira de posecionarse del templo; y segun sienten otros, en direccion á la plaza principal. Y era remarcable la petulancia con que avanzaba esa columna: iba pagada de sí misma, envanecida con la idea de sus antecedentes gloriosos y del número de sus individuos....A pintar el fin horrible de este enorgullecido escuadron, se niega la lengua......¡Desgraciado batallon! Sucumbió completamente. dejando enrojecida con su sangre de un modo espantoso la calle del Correo.

Aturdido el gefe de ese escuadron, viéndole por tierra y destrozado, habiendo sido poco antes tan acreditado y temible, huye desatinado en busca de cualquier refugio que salve su vida....¿Y cual se le ofrece, Sres.? Este mismo templo santo en que os hallais. ¿Y porqué? ¡Oh! Porque ese hombre espresamente se habia propuesto reconquistar las banderas que veis y que en el 12 de Agosto del año anterior habia perdido; y era conveniente para su mayor humillacion que las viera sin esperanza de recobrarlas.

Ademas, el coronel Pak habia mancillado su honor militar

rompiendo la fé jurada, porque, prisionero el año antes, habia empeñado su palabra de no hacer armas jamás contra Buenos Aires. Ese hombre, tambien, habia profanado la casa de Jesucristo, en presencia de Maria Sma. y bajo sus mismas banderas. Y ¿cómo fué castigado ese hombre sin palabra y sin honor? No con la muerte que sin duda se merecia, sino con el azote de la caridad, con la pena que generalmente imponen los corazones nobles. . . . es decir, fué indultado. Sin embargo, en los momentos ardorosos del combate, yo presiento lo que hubiera sido del Coronel Pak, si antes de ganar este santo asilo hubiesen tropezado con él nuestros indignados patricios. Tal fué el incidente que trató de evitar el R. Padre Fr. Javier Leyba, Prior de este Convento á la sazon, ocultándole cuidadosamente hasta alcanzar para él el perdon á que estaba siempre dispuesto el Sr. de Liniers, quien lo otorgó al punto.

Otro escuadron de mil plazas, despues de algunos contrastes pasageros, consiguió tomar esta iglesia y convento. Consiguientemente inundan los cláustros oleadas impetuosas de soldadezca desatenta y feroz, tanto mas rabiosa y enconada cuanto que llevaban clavado en el corazon el presentimiento desesperante de una próxima derrota.

Llevan por todas partes, en esta santa casa, el bullicio, los insultos, el robo sacrílego y la rapiña. Cuánto se les pone delante, destrozan; cuanto apetecen, arrebatan; todo cuanto ven de venerando y sagrado, pisan y ultrajan, profanan y rompen; porque ademas de ser nuestros enemigos políticos, lo eran tambien de nuestras creencias religiosas. Persiguen y hieren gravemente á un religioso corista, dan muerte á un inocente é indefenso lego, y á todos ponen temor, amenazan y aflijen; atestiguando asi, aquellos hombres, que en verdad

habian heredado los fieros instintos de su antiguo señor Enrique VIII y los de Isabel su hija y sucesora.

Pudo el Señor Dios, mas no quiso, estorbarlo, antes bien permitió que fuese asi profanado su Santuario por inescrutables juicios suyos; y quizá tambien lo permitió para que todos entendiésemos lo que hubiera sido de nuestros dogmas, de nuestros templos, altares y sacramentos, si en aquella jornada cayéramos esclavos de la Inglaterra. Lo permitió, así mismo, para que este mismo edificio sagrado se convirtiera en monumento imperecedero, que cada dia nos recordase los compromisos contraidos con su Magestad en aquel dia grande. Y, por fin, lo permitió para que la rendicion de esos mil soldados británicos, aquí mismo, y á las plantas de María, fuese un testimonio auténtico de que habiendo el mismo Señor confiado nuestra defensa en manos de su Sma. Madre, á ella debiamos el triunfo que alcanzamos. á ella la libertad de que gozamos ahora, á ella la conservacion de nuestras creencias y cristianas costumbres; y á ella, en suma, la gloria nacional que nos resulta de uno de los hechos mas brillantes de nuestra vida politica.

¡Vos fuisteis, sí, amable y sobre amable Madre, vos quien valiéndoos en ese dia de vuestro Rosario como de flajelo terrible, llevásteis un desconocido pavor sobre nuestros enemigos! A vos temieron nuestros agresores, vos les vencisteis y vuestra fué la victoria! Por eso la Santa Iglesia dice de vos, Señora, que si bien sois dulce y bondadosa sin igual, con todo, siempre que la salvacion de un pueblo interesa la honra de vuestro hijo le protegeis, y entónces os volveis imponente y valerosa *como escuadron bien ordenado*. No fuimos dignos, no, de ver con nuestros ojos de carne la mano vuestra que nos defendia, ni

de oir fisicamente vuestra voz que á nuestros guerreros reanimaba: pero en los efectos os vimos, Señora, y aun escuchamos vuestra voz, desde que vimos, escuchamos y admiramos el acierto y heroismo del hombre que os habiais escogido para inmediato ejecutor de vuestras reales órdenes.

Acabo de aludir, Sres., al muy esforzado y católico General en Gefe de nuestro ejercito en aquella accion grande, y en la no ménos memorable del 12 de Agosto de 1806. Con este motivo, permitidme una breve digresion en obsequio á su memoria.

Digo que ese hombre fué altamente benemérito, y por tanto, muy digno de mencionarse hoy y aqui con una mencion especial.—Fué un soldado valiente é ilustrado, de pasmosa serenidad y presencia de ánimo en los mayores conflictos.—Fué un caballero, en verdad, no solo por su condecoracion, cuanto por la nobleza de su alma, firmeza de carácter, magnanimidad de corazon y virtudes cristianas, políticas y sociales.—Fué un hábil politico, culto, pero popular y accesible.—Fué un buen católico celoso por su religion y por el culto de Maria Sma; y tanto cuanto estas prendas son mas raras en hombres de su esfera, tanto mas recomendaban su mérito.

Hombre fué aquel, hermanos mios, que para dejar probado que el cielo le habia elegido para arrancarnos del británico yugo, bastará que se sepa que hallándose en oracion ante el sagrario de nuestra Catedral, en uno de aquellos dias en que el pabellon inglés tremolaba en nuestra Fortaleza, y observando que se llevaba el viático á un enfermo de una manera sigilosa, y que por miedo á nuestros dominadores se privaba á la magestad divina de la adoracion y culto público, dijo, encendido en celo é inspirado: «Yo echaré fuera de aqui á los aborrecedores del culto católico.»

Pero algo falta todavía, Sres., apenas para bosquejar el retrato de ese hombre grande. Oidme.

El fué aquel que en el memorable 12 de Agosto y en cumplimiento de la palabra que á Jesus sacramentado diera de arrojar de esta tierra á los sectarios del protestantismo, desgarrado su uniforme, desnuda su espada y olvidado de su propia vida, recorria nuestras calles en lo mas encendido del combate, buscando donde habia peligro para arrostrarlo por la libertad de Buenos Aires; dando de este modo ejemplos inauditos de heroismo y abnegacion militar.

Hombre fué aquel en cuya conducta pública he hallado un defecto. ¿Y sabeis cual fué? el haberse compadecido del General Berresford su prisionero de guerra, algo mas allá de lo que era permitido, y si así lo quereis, hasta con perjuicio y mengua de nuestros intereses, pues dispensó los honores militares á su enemigo, habiendo sido rendido á discrecion. Pero, Sres., ¿os negareis á perdonarle una culpa que consistió en un exeso de nobleza?

El fué, mi héroe, el hombre de quien la Sma. Vírgen recibió el presente de esos trofeos que veis; y el hombre tambien, segun la tradicion, que colocó su espada á los piés de esa sagrada imágen antes de la batalla, pidiéndola ardorosamente le protegiese para libertarnos.... Él fué aquel, pero basta, señores, porque pide mucho el retrato de un héroe. El Exmo. Señor D. Santiago de Liniers es esa figura histórica que os he presentado; ser precioso cuya memoria os recomiendo, cuyo nombre y hazañas os ruego hagais conocer á vuestros hijos, y aun á los hijos de vuestros hijos, no sea que la posteridad acusándonos diga: Buenos Aires ingratamente ha olvidado á su libertador, al que virtió su sangre por ella!

¡Buenos Aires! oh! madre, patria mia! Bien estaba yo temiendo hacer una mencion directa de ese invicto General, pues comprendia que no me sería posible recordarle sin un profundo dolor y sin volverme á vos respetuosamente para preguntaros: ¿Dónde está? decidme, madre mia ¿dónde está el héroe de las inolvidables jornadas del 12 de Agosto de 1806 y del 5 de Julio de 1807? ¿Qué hicisteis de él? ¿Dónde le habeis guardado?. . . . Por lo ménos indicadme su tumba, que yo deseo en este dia cubrirla con algunas flores aunque indignas, por ser mias, de sus merecimientos inmensos. Contestadme, pues: ¿dónde está su sepulcro?. . . .¡Oh! él debe distinguirse, sin duda, por sus preciosos mármoles y elocuentes inscripciones. . . .¡Ah! no me respondeis por que vos misma no sabeis qué se han hecho esas cenizas veneradas! ¡No supisteis conservarlas para darlas honor!. . . Ay! tal vez se las han llevado los vientos y las han confundido con las cenizas de hombres vulgares y quizá con las de los malvados!. . .Madre, patria mia, si cuando os incorporábais para nivelaros con los pueblos libres, el Sr. de Liniers era un estorbo. . . . hubiérasle desarmado; hubierais construído en seguida un castillo de oro, y allí con cadenas de flores le hubierais aprisionado. . .Pero jamás debisteis ni pudisteis. . . .por fin, ¡Dios mio! *Ne remeniscaris delicta nostra vel parentuum nostrorum*. . . . ¡No hagais memoria, Señor, de los yerros de nuestros padres, ni querais tomar venganza de nuestros estravios!. . . (1)

Por lo que hace á vos, magnánimo General, perdonadnos

(1) El Sr. Don Santiago de Liniers y Bremond, con cuatro compañeros mas, fué fusilado por los revolucionarios de la independencia en los campos de Córdoba, porque Buenos Aires temió que su prestigio retardase la independencia.

tambien, desde el inmortal asiento en que piadosamente os supongo.....¡Perdonadnos, si, pues del mismo modo que á los individuos, tambien á las naciones debe darse movimientos primos, que no es posible algunas veces contener!

En cuanto á mi, Sres., ingénuamente os confieso que no pudiendo ménos que reconocer en ese valiente caballero, el instrumento de que se valió el cielo para la libertad de mi patria, me es sumamente satisfactorio rendir este tributo de gratitud á su esclarecida memoria.

Volvamos al asunto.

Habiamos dicho que aquellos mil soldados ingleses providencialmente debieron rendirse aquí, en este mismo templo, para que esa rendicion sirviese de testimonio de la proteccion que nos dispensaba la divina Maria.

En efecto, viendo el señor de Liniers que ni las gruesas balas de nuestra fortaleza que conmovian nuestra torre, ni los parlamentos que se les enviaban eran suficientes medios para inducir á nuestros enemigos al convencimiento de que estaban derrotados y perdidos, indignase con sobrada justicia, y en su justo enojo intima al General Craufurt *que si en el perentorio espacio de un minuto no se rendia á discrecion, sucumbiría bajo los escombros de este Templo.* ¡Valiente intimacion, señores! Ella dejó atrás los brios de los mas renombrados guerreros de la antigüedad! ¡Honor sea para siempre á tan gallardo Capitan!

El gefe británico se estremece....¡Un minuto! El breve tiempo que emplea en palpitar unas cuantas veces un corazon sobresaltado es el plazo que se le concede para deliberar y elejir entre su gloria ó su vergüenza! Reacciona un instante su aterrado espiritu y pide un cuarto de hora para resolverse....

Nada mas que un minuto, se le vuelve á repetir!....Y arrojando su espada á los piés del Sr. de Liniers el conquistador se transforma en prisionero, pero ¡triste prisionero! pues ni siquiera consigue los honores de la capitulacion.

Así triunfa Maria Sma., hermanos mios; quiero decir del modo mas espléndido y ménos cruento.

Fué entónces cuando tuvo lugar la escena mas digna de recordarse hoy y de no olvidarse nunca en honra de Maria, y consistió en ver un mediano ejército compuesto de mil hombres, jóvenes fuertes y aguerridos al mando de un gefe tan bravo como el general Craufurt, evacuar este Templo y convento en silenciosa marcha, corridos y amedrentados, y quizá maldiciendo la hora en que eligieron para baluarte la misma casa de aquella que invisiblemente apagaba sus fuegos, inutilizaba sus balas y tenia acordado escarmentarlos de un modo ejemplar.

Acabais de ver, Sres., la suerte que cupo á la division que avanzó y se posesionó de esta iglesia y convento; pues sabed que fué el trozo del ejército enemigo al que cupo suerte ménos cruda, puesto que las demas divisiones sufrieron incomparablemente mas y hallaron un fin mucho mas desastroso.

¡Qué estraño modo de triunfar! Donde quiera que se trama una refriega, allí son nuestros enemigos en mayor número, dos, tres, y aun cuatro veces; y allí mismo, sin embargo, son vencidos por nuestros infatigables patricios. Si de una calle se posesionan, en esa calle son deshechos; si algun balcon ó azotea escalan, de allí los vuelven á tierra; si sufren cuando acometen, sufren doblemente en sus retiradas....Todas sus marchas son hácia el sepulcro, todos sus cálculos son errados, todas sus esperanzas son vanas y sus evoluciones todas des-

venturadas; y no hay punto, por fin, ni calle, ni casa, ni Templo que no se les convierta en ataúd, ó por lo ménos en lazo en que se enredan para caer luego prisioneros.

¿De dónde, pues, sino del cielo y por la mediacion de María, tantas y tantas señaladas ventajas? ¿Donde está el valor, la fama y denuedo de los vencedores en Trafalgar y en Waterloo? de los que supieron encadenar en la roca de Santa Elena al titan guerrero que conmoviera todos los tronos é hiciera temblar toda la Europa con solo su nombre?

¿Es posible que unas huestes tan belicosas y militantes en el antiguo continente, hayan de caer ahora á los pies de soldados bisoños, aun á los piés de los niños y las mujeres? Y no creais que he dicho mucho, Sres., porque todos luchan, en efecto, hasta los niños y las mujeres. Una virtud y coraje secretos se habian infiltrado en todos los ánimos, que haciendo deponer el miedo y los afectos de la carne y de la sangre, solo ponian delante la necesidad de pelear para salvar la religion, la pátria y la libertad. Y ese coraje y abnegacion, siendo en tales casos una verdadera virtud, no pudo venir sino del cielo y por la mediacion de Maria Santísima.

Así las cosas, llega la tarde de ese gran dia. El Sr. de Líniers pasa una nota al general Witteloke en la que le dice que estando todas las probabilidades á favor de un completo triunfo por parte del ejército defensor que tiene la honra de mandar, se rinda inmediatamente, pues de otro modo él no responde de los males que á los súbditos ingleses sobrevengan; y añade que la efervescencia de sus soldados ha llegado á un punto crítico y muy difícil de moderar.

El General británico, entónces, desde su cuartel general en el Retiro contesta: «que muy al contrario de lo que juzga el

« Sr. de Liniers, el estado de las cosas augura una completa « victoria al ejército británico, y que por lo tanto, es inadmi- « sible para él la idea de una rendicion.»

A tan petulante respuesta se indigna el Sr. de Liniers; vuelve al fuego con dobles brios, estrecha al enemigo, le aturde y acobarda, hasta que por fin, este, ya desesperado, capitula.

Pero ¡qué capitulacion, Sres.! Apénas puede darse este nombre á la elástica cesion que hizo el enemigo de cuanto se le exijió y ordenó relativamente á Buenos Aires y aun á Montevideo; sin mas ventajas para él que garantirle la vida y restituirle un inmenso número de prisioneros, que para nosotros ántes era pesada carga que conveniencia.

Triunfó Buenos Aires, pues; y como pueblo generoso no quiso triunfar para sí sólo, sinó tambien para la República Oriental, su amada hermana. Por esto fué que una de las condiciones de la capitulacion fué que dentro del término de dos meses debia quedar evacuada la plaza de Montevideo y en el pleno goce de su libertad. ¡Perfectamente! para que de ese modo nuestro hermoso rio, viendo libres sus dos márgenes de unos estrangeros que habian ensangrentado sus aguas, continuase su curso y murmullo suave bajo los auspicios de la paz.

Así terminó aquel dia glorioso, el mas plausible de cuantos días han sonreido la vida de Buenos Aires. Todo quedó terminado; el triunfo fué espléndido.

Notad, empero, que al guardar la espada nuestros gefes y al recostar el fusil nuestros soldados para volver á la familia y consolar á sus esposas, un grito unánime que se levantó del fondo de esta sociedad, poco ántes tan atribulada, decia: «*¡María Santísima del Rosario, nos ha salvado! ¡Ella venció á « nuestros enemigos*»! Esto lo dicen todos cual si lo hubiesen

pactado. Lo dice el sacerdote, la religiosa claustral, el soldado; la madre de familia abrazando á sus hijos les enseña y les obliga á repetir: «*María Santísima del Rosario es nuestra libertadora!*

Pero todavia es mas prodigiosa esta inspiracion luego que se observa que la misma voz y unanimidad agita y entusiasma tambien á las provincias del interior; pues en las correspondencias y oficios que envian estas á Buenos Aires felicitándola por tan completo triunfo, le hacen presente, como si Buenos Aires no lo supiera, «que deben decretarse fiestas religiosas « en honor de María Santísima á quién se debia la victoria « sobre los ingleses». La Europa misma acata esta aclamacion, pues allá tambien se decia: «ha tenido lugar en el puerto « de Santa Maria un hecho providencial; la Santísima Virgen « manifiestamente ha salvado á Buenos Aires de la invasion « inglesa.»

De todo esto se deduce, Sres., que entre las pruebas que atestiguaron la proteccion de María sobre nosotros en aquel acontecimiento, entra tambien á figurar, puede decirse, el testimonio unánime de todo el mundo católico. *Benedictus Dominus, quia per te ad nihlum redegit inimicos nostros.* Sí, bendito sea el Señor, ¡oh María! por que se valió de vos para postrar á nuestros enemigos.

He concluido.

Decidme ahora, hermanos mios, ¿es esta la ciudad tan favorecida por María Santísima del Rosario, en aquellas y otras épocas, y en muchos otros conflictos en que se ha visto envuelta? ¿Es este el pueblo aquel que en los transportes de su reconocimiento y piedad, inmediatamente despues de aquel triunfo, arrodillado ante los altares de Maria, la consagraba entusiastas bendiciones y fervorosos cánticos á la vez que

protestaba que jamás olvidaria aquel favor y que seguiría siempre moral y religioso? Os lo pregunto, Sres., porque no reconozco en mi cara patria su modo de ser de entónces, ni aquella su religiosidad, ni aquella su devocion á María, ni su firme adhesion á la Iglesia, ni su sencillez, y en fin, ni sus costumbres laudables que tanto la recomendaban.

¡No eres ya Buenos Aires, ni la imájen de lo que fuiste; en nada te pareces hoy á tí misma en el año mil ochocientos siete, apenas un medio siglo atrás!

Eras entónces cual una virgen pudorosa que imbuida en las sanas doctrinas de la verdad católica, laboriosa, modesta y recogida, inspira veneracion y respeto.... Hoy eres todo lo contrario; semejante te has vuelto á una mujer de mundo, aturdida, disipada, y que lejos de correrse de su vanidad, hace alarde de su misma desenvoltura!

La vírgen meridional pudiera habérsete llamado en tu pasada generacion; en esa época en que la devocion al Rosario de María era en tu seno una especie de ley doméstica imprescindible. Ahora no, pues que jentes advenedizas te han hecho olvidar tu candor y tus laudables habitudes. Esas gentes que digo te han ofrecido sus relumbrantes manufacturas, sus falsos aderezos, sus libros corruptores, sus modas pueriles, sus dramas disolutos, y sobre todo, su amistad contagiosa; y tú, pueblo jóven é incauto, has prestado fé á esas protestas de estrangero amor, has aceptado esos dijes efímeros, esos oropeles y juguetes, y engalanándote con ellos, has querido entrar en el papel de los pueblos de rango de la maliciosa Europa, copiando en tí ó haciéndote plagiaria de todos sus vicios, de su lubricidad, de sus estafas, de su mercantilismo avaro, de sus voluptuosidades y devaneos, y hasta de su liberalismo insensato. De

aqui viene lo que tantas veces ha sucedido y aun sucede: volverse contra tí tus mismos hijos en fratricidas guerras, como para castigar á una madre que ha descuidado su educacion moral y religiosa.

Tus elementos de progreso material se han desarrollado, sin duda, pues tienes hoy suntuosos teatros, vistosas y elegantes plazas, paseos públicos, edificios colosales de bella arquitectura, vias férreas, y varias otras cosas admirables. . . .Pero en creencias y en costumbre es que son las que constituyen el fondo bueno ó perverso de las sociedades como de los individuos, has declinado espantosamente, y lo mas lamentable es que no hay quien te lo haga entender, porque habiéndote enorgullecido tienes ya algo de indómita y ciega.

Perdóneseme, Sres., la libertad con que me he espresado; pues testigo como soy del inmenso terreno que pierde cada dia entre nosotros el sentimiento religioso, la virtud y la accion benéfica de la Iglesia católica, sería exijirme demasiado obligarme á ahogar en mi corazon este grito de alarma que tengo derecho á arrojar desde este lugar santo.

Tampoco se crea que haya pretendido avergonzar á mi patria, patentizando desde aquí los grandes yerros en que viene incurriendo de algun tiempo acá y algunas de sus llagas mas recientes; no, porque vergüenza mia fuera hacer escarnio de mi madre y madre muy amada. Solo pretendo y quiero (lo que preveo no conseguiré apesar de todo) que miremos la altura de donde hemos caido, y que, si aun es tiempo, reaccionemos hácia el bien.

Por último, amados mios, yo os ruego encarecidamente que pidais al Señor, desde este dia, que no permita que nacion alguna estrangera nos invada, porque habiendo perdido

gran parte de nuestra antigua piedad, con ella hemos perdido tambien gran parte de nuestro antiguo valor y denuedo: y por consiguiente, no seriamos hoy capaces ni de aquella defensa, ni de aquel heroismo.

Pedid al Señor, repito, que se apiade de su pueblo, hoy como entónces. Cuidad de la cristiana educacion de vuestros hijos; enseñadles á que vivan siempre gratos á la divina Señora por la generosidad con que tal dia como hoy supo y quiso librarnos de un enemigo poderoso y fiero; y cuando esos niños os pregunten, ¿qué significan esos trofeos de guerra en esta casa de paz? contestadles: — Esos, son, hijos mios, los trofeos que nos recuerdan el triunfo que alcanzó un dia Buenos Aires con el auxilio de María Santísima, sobre una nacion potente y aguerrida que pretendió dejarnos sin religion, sin patria y sin libertad; y es por esto que si hoy tenemos libertad, religion y patria lo debemos á MARIA.



SERMON

SOBRE

SAN FRANCISCO DE ASIS

Notum enim vobis facio, fratres, Evangelium.
Ad Gal. 1.ª v. 11.

Señores:

En unos dias como los nuestros en que el sensualismo se enseñorea despóticamente del mundo, oscurece las inteligencias y aun muchas de las mas privilegiadas; en unos dias como los nuestros, digo, en que la negacion ruda de todo lo que debe creerse lleva la palabra, ejerce el poder, trata de injerirse y de hecho se injiere en todo, y arbitraria y hasta oficialmente rije los destinos humanos, y cuenta con la fuerza material para convertir en hechos las mas absurdas teorías; en crisis tal, SS, presentarse un pobre religioso ante un público escogido á decir las alabanzas de un hombre que floreció ha cerca de siete siglos; de un hombre amador estático de la pobreza, de las humillaciones, de la cruz, con todas sus ignominias; de un hombre aborrecedor implacable de la carne con todas sus concupiscencias; de un hombre, en fin, cuya conducta no fué otra cosa que la condenacion anticipada del espiritu, de las costumbres y de las doctrinas de hoy, es

ciertamente un anacronismo, una imperdonable audacia segun el mundo; y es menester sentirse animado por las convicciones mas firmes para afrontar tan gigantesca contradiccion.

Pues bien, mi fé, amados mios, relativamente á la justicia de esta causa es tan profunda como todo eso; la verdad, bajo cuya salvaguardia me presento aqui me anima hasta ese grado; sé de una manera indudable que vengo á hacer el elogio de un grande hombre, de un hombre clásico, de un sábio de primer órden, segun aquella sabiduría que viene de Dios, que trata de Dios y que á Dios tiene por objeto y por último fin; y ved aquí por lo que hablaré tan lleno de confianza, como el que sostuviese que el todo es mayor que la parte, ó que la virtud es laudable y hermosa y el vicio punible y feo.

Con todo, Señores, mis convicciones solas, aun que tan robustas y fundadas, no me decidieran á ruborizar la época presente haciendo el elogio de uno de sus mas poderosos antagonistas, sino contase con que vosotros, ó la máxima parte por lo ménos, no perteneceis á esa multitud de almas que han desertado de su fé, que han abdicado el buen sentido católico, llevadas por la epidémica mania de negar todo lo que es sobrenatural.

Sin duda, pues, vosotros habeis venido aqui á solemnizar la memoria de uno de los primeros héroes del cristianismo; de un santo y padre de muchos y grandes santos; de un atleta de la verdad; porque, Señores, ser santo no es otra cosa, en suma, que decidirse por la verdad, amar la verdad, enseñar la verdad, y mas que esto aun, practicar la verdad; y como la verdad procede de Dios, y como la verdad es el mismo Dios, *Deus veritas est*, un santo no es mas que un hombre de Dios, por lo mismo que es un hombre de verdad.

Ora bien, como la verdad, igualmente que Dios siempre es nueva y antigua y tan antigua como nueva, porque es eterna é incorruptible, hablando yo en alabanza del Patriarca Francisco, mi Santísimo Padre, no hablo de un hombre de otros siglos, hablo de un hombre de hoy; porque si bien apareció en el mundo en otra época, en esa época como ahora la verdad que Francisco practicó es la verdad nuestra; la verdad de hoy, de ayer y de todos los tiempos; y si hoy naciera Francisco de Asis, fuera lo que fué y tal cual hoy le veneramos. Es decir: seria el verdadero tipo del hombre evanjélico; el hombre prácticamente predicador del santo Evangélio; la encarnacion del Evanjélio; el hombre evanjélico por exelencia; y ved ahi mi asunto. *Notum enim vobis facio, fratres, Evangelium*: yo os doy á conocer, hermanos mios, el santo Evangelio de J. C.

No espereis, sin embargo, que hable difusamente del Santo Patriarca, *Dilectus Deo et hominibus, cujus memoria in benedictiones est*: amado de Dios y de los hombres que merecen llamarse tales, su memoria es colmada de bendiciones. No ha menester, pues, el Santo Patriarca que nos ocupemos demasiado en su elogio. Hablaré de él, sí, mas no olvidaré en cual época me cupo este honor.

Pidamos humildemente por la mediacion de la celestial María la gracia que necesitamos. *Ave María.*

Notum enim vobis etc........

En virtud de aquella solemne promesa que Cristo Señor Nuestro hizo á su íglesia, de protejerla siempre y de conservarla, apesar de las acechanzas y ódio de sus enemigos, envía de vez en cuando con admirable oportunidad y economia y con una prevision propia de un Dios, hombres extraordinarios,

prodigiosos, cuyo celo y espíritu no solamente neutralizan los efectos del mal hasta entonces desbordado y dominante, sinó que importan ellos mismos, una reaccion completa de la justicia sobre la iniquidad.

Y por cierto, Señores, que si en alguna época fué indispensable uno de esos jigantes en el órden de la gracia, fué, sin duda alguna en el siglo XIII. Tal fué aquel siglo, que, en efecto, parecia que el infierno habia triunfado sobre la cruz; pues los hechos mas notables de la historia del Cristianismo, eran apreciados como fábulas inventadas para matar horas perdidas.

Las derrotas sufridas por los cristianos en Oriente y la toma de la ciudad santa por Saladino; en Ejipto iguales siniestros y nuevos golpes dados á la causa cristiana por la espada sarracena; en Occidente los moros enseñoreados de la España; los judios que lo infestaban todo con sus negociaciones y monopolios usurarios, y que, explotando la horfandad y la miseria que las guerras producian, se apoderaban del oro y hasta de los vasos sagrados; la inmunidad de la Iglesia atropellada por gobernantes perjuros y el clero envilecido; los valdenses, albinjenses ó maniqueos resucitados, llamándose así mismos, con imprudencia inaudita, los puros y verdaderos cristianos y haciendo desprecio y llenando de injurias al Vicario de J. C., infiltrando el veneno de la duda hasta el fondo de los espíritus; el mismo santuario se encontraba inficionado por las malas doctrinas é invadido por ministros mundanos y de miras mercenarias, simoniacas y rastreras.

Una de dos, SS, ó el mundo sufria un cataclismo en el siglo XIII, ó Dios ponia un pronto remedio á tantos males.

Lo puso efectivamente, hermanos, suscitando dos hombres admirables, dos taumaturgos, capaces cada uno de ellosde con-

mover el universo para volverle á sus quicios; dos hombres sencillos como palomas, mansos como corderos, pero intrépidos é inexorables contra la heregia como leones; dos hombres humildes como la tierra, pero al mismo tiempo tan levantados sobre los intereses terrenales como dos águilas; dos hombres de un ascendiente irresistible sobre los corazones, de una fé incontrastable, de un amor hácia sus semejantes como de madres, y hacia su Dios como de serafines...Esos dos hombres fueron Domingo y Francisco, mis gloriosos Padres, contemporáneos, hermanos y amigos. Animados de un mismo espiritu y encargados de una mision idéntica, marcharon paralelamente en persecucion del vicio y al restablecimiento de la santidad evanjélica casi totalmente olvidada.

Empero, la ocasion nos prescribe que hablemos hoy esclusivamente del Seráfico Padre. Escuchadme.

El mundo, señores, adolece de tres concupiscencias, las que componen la triple raiz de todos los desórdenes, pecados y delitos que se perpetran sobre la tierra: la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida. El santo Evangelio de Jesucristo opone á su vez á esa hidra de tres cabezas un triple escudo, y es la mortificacion de los apetitos sensuales, la pobreza voluntaria y la humildad. Francisco de Asis, mi Padre, llevó estas virtudes en calidad de hábitos, hasta el grado posible de perfeccion; y es por este sistema de conducta sostenido sin interrupcion hasta su postrer suspiro, y por haber hecho conocer y popularizado la fraternidad, la igualdad la libertad y el comunismo segun el Evangelio, es que vengo á llamarle hoy el hombre evanjélico por exelencia.

¡Quién hubiera creido, señores, que un jóven que se presentó

al Obispo de Asis, y que en presencia de ese Prelado se despojó de sus vestidos, hasta donde lo permitió la honestidad de su sexso, seria, ó era ya, el mas poderoso adversario que habian de tener las costumbres y pompas mundanas y asi mismo el tronco de que habia de levantarse un dia una familia numerosisima que contaria entre sus miembros tantos catequistas y doctores, tantos escritores y misioneros, tantos oradores y tan crecido número de santos!

Mas ¿á qué propósito, direis, realiza Francisco ese despojo y hace tan solemne y absoluta renuncia de su patrimonio ante la autoridad eclesiástica y en presencia de testigos tan autorizados? Pero vosotros ya sabreis que el padre de nuestro santo habia usado con su hijo la crueldad de citarle ante el poder civil para obligarlo por la fuerza á que le devolviese el importe de ciertas ropas que Francisco tomára con el fin de cubrir con ellos la desnudez de algunos pobres; que Francisco pudo tomar lícitamente, ya porque se considerara como socio de su mismo padre en el comercio, ya porque como hijo pudo contar con el beneplácito de su padre para una accion tan caritativa, ya porqué quizá sabria que su padre estaba obligado á hacer alguna indemnizacion de justicia, ya por otras razones, y aun por divina inspiracion, que es lo mas probable.

Francisco, empero, dijo á su padre respetuosamente pero con libertad: señor, no, eso no, pues siendo espirituales los motivos que me han impulsado á disponer, sin vuestro espreso permiso, de esa ropa, yo os ruego y pido me lleveis ante un tribunal espiritual.

Fué entonces, en presencia del Obispo, cuando Francisco dijo á su padre: tomad, señor, tomad mis vestidos en reparacion del menoscabo que sufrieron vuestros bienes con lo que

yo os usurpé para vestir á un desnudo. En adelante ya podré decir con mas libertad y verdad que hasta ahora : *Padre nuestro que estás en los cielos!* Sorprendido el Prelado ante una escena tan conmovedora y ante un rasgo sin ejemplo, levántase, cubre con su manto la desnudez del jóven, y manda á sus domésticos que busquen al punto alguna ropa para vestirle.

Pudo entonces decirse de Francisco lo que en otra época se dijo del Bautista : «¿quién piensas que será este niño, andando los tiempos?»

Asi empezó su carrera este hombre modelo de santos ; tal fué el primer paso que dió y que convino diera el mas ardoroso imitador que habia de tener Jesucristo y el mas aproximado retrato suyo despues de los Apóstoles.

Libre Francisco ya de las ataduras que lo ligaban á la familia y á la patria y al mundo todo, se encamina al desierto, para en la soledad y sin testigos dar espansion á su alma, bendecir al Señor en voz alta por aquellos páramos, como si la ciudad entre sus edificios y plazas hubiese tenido á su corazon cautivo é impedido, por consiguiente, de estasiarse y dilatarse en sus aspiraciones amorosas. El que se abrasa, señores, en el fuego de algun amor siquiera sea profano y aun culpable, instintivamente busca el silencio y la soledad para estar solo con su incendio.

¿Dónde se abrigaba este nuevo Bautista en aquellas soledades? ¿Qué empleo daba á su tiempo? ¿Con qué se alimentaba? Francisco bendecia al Señor y convidaba á esta dulce tarea al cielo y á la tierra, á los astros, á las aves y á las flores del campo; de su abrigo y sustento cuidaba Dios, á quien esclusivamente reconocia por padre.

Cuando en este tiempo se acercaba á alguna poblacion, pre-

guntaba por el hospital, y los enfermos mas repugnantes, á cuyo cuidado se consagraba, eran sus predilectos. Concluidos estos oficios de caridad heróica, salia á la calle en busca de algun pan que pedia de puerta en puerta; y no solo en busca de un pan, sino tambien en busca de algo que le mortificase, en busca de improperios y vejaciones que acabasen de matar en él los últimos resabios de propio amor que pudieran quedarle entre los pliegues de su corazon.

No tardaba en hallar lo que tanto apetecia, pues los niños y gentes soeces que le veian con aquel traje pobre, raido, descalzo, con sus cabellos descuidados y descompuestos, flaco y descolorido, tomábanle por un insensato, le arrojaban piedras y lodo; y aquí era la gran cosecha de merecimientos que Francisco recojia, al mismo tiempo que decia con el Profeta y haciendo memoria de J. C.: *Factus sum sicut homo non audiens et non habens in ore suo redargutiones*; me he hecho como aquel que no oye ni tiene réplicas que oponer á los que le insultan; sea yo reputado como el oprobio de los hombres y el ludibrio de la plebe; muera mi yo para que viva en mi Cristo, por cuyo amor estimo en nada cuanto tiene y ofrece el mundo. Y no bastando á su fervor y pareciéndole poco todo esto, castigábase sin misericordia y se atormentaba á fuerza de sed y de frio, de hambre y de vijilias, á fin de que muriese pronto el hombre heredado de Adan y de sus cenizas viniese á una vida de espiritu y de gracia el hombre nuevo, el nuevo Francisco, que á manera de astro de primera magnitud debia brillar bien pronto en el cielo de la iglesia, cortejado por multitud de satélites, hijos de su espiritu y herederos de su gloria.

Tal fué la vida de este raro varon en los dos primeros años

de lo que él llamaba su conversion; aunque en verdad, señores, no hubo conversion, propiamente dicho, en un hombre que nació á Dios al mismo tiempo que á la luz del dia, y cuyo advenimiento al mundo habia sido anunciado por signos misteriosos y sobrenaturales.

J. C. habia dicho lo que en Francisco se realizó : si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, vivirá él solo ; mas si muere, dá mucho fruto. Francisco, pues, en los dos primeros años de su nueva vida, semejante al grano de trigo que se descompone y perece como condicion indispensable para poder brotar, levantar su tallo y dar espigas, trató de aniquilarse, de perderse en su propia nada, de morir misticamente bajo la tierra de la mortificacion, de los desprecios, burlas y ludíbrios que le prodigaron como á nécio y despreciable; murió, en efecto, á todas las cosas; quedó hecho nada á los ojos de los hombres; todos cuantos le veian no hacian mas caso de él que el que se hace de un vástago seco cortado de una vid y que á lo mas sirve para el fuego. Pero así convenia para que ese grano de trigo desprendido de la mano de Dios fructificase y echase una espiga de tantos granos cuantos son fueron y serán los religiosos que en su Orden han florecido, y que inspirándose en su Santo Patriarca trabajaron por la gloria de J. C. y la salvacion de las almas.

No, nadie habria previsto que ese jóven que á manera de nécio ó de demente queda desnudo en presencia del Obispo de Asis, habia de ser vencedor del mundo y uno de los Patriarcas mas fecundos en hijos espirituales en la ley de gracia; y mucho ménos se habria sospechado que un hombre con todas las apariencias de un loco y que pedia y á quien daban por compasion unos mendrugos de pan por las calles, habia de atraer

y verse bien pronto seguido por personas tan notables, á quienes enviaria á los paises mas lejanos á predicar á J. C. Pero Dios ensalza á los humildes.

En efecto, señores, el primer hombre que se alistó bajo las banderas de Francisco, fué cabalmente el que era mas espectable en Asis por su nobleza y fortuna. El se habia dicho á si mismo respecto de Francisco: «un hombre que ha ya tanto tiempo que anda á caza de baldones, injurias y burlas; que lejos de irritarse las retribuye con bendiciones, sin que se le vea jamás inquieto ni apesadumbrado; que jamás vuelve por sí, siendo él mismo, por el contrario, quien mas se aborrece y peor se trata; un hombre así, ya que por otra parte consta que no es un nécio, es indispensablemente un hombre de una santidad no comun y llamado para algo muy de la gloria de Dios y provecho del mundo.» Y despues de haber observado mas de cerca la conducta privada de Francisco, dijole un dia: «Francisco, yo he resuelto abandonar el mundo y seguirte y obedecerte en todo.» Tres cosas le prescribió el Santo Patriarca antes de admitirle en su compañía y con el Evangelio en la mano: si quieres seguirme y ser perfecto, anda y vende cuanto tienes y distribúyelo á los pobres: asi mismo te exijo que no traigas para tu camino ni báculo, ni saco, ni calzado, ni dinero; y finalmente quiero que te niegues á ti mismo y que tomes tu cruz para andar en pós de Cristo.

De donde se vé claramente, hermanos, que las ventajas que Francisco ofrecia á los que se decidian á trabajar con él en la propagacion del Evangelio eran la desnudez, el hambre y el menosprecio de si mismos. Tambien se vé que así como hay hombres que emprenden grandes cosas por la gloria de Dios, del mismo modo suele Dios realizar grandes cosas valiéndose

del hombre. Para llevar á cabo las primeras no están de mas los elementos materiales, el ingenio, el dinero y la prudencia humana, pues en estos casos puede decirse que Dios ayuda al hombre. Para dar cima á la segunda Dios se vale del hombre, y en estos casos conviene no precipitar los designios divinos, dejar á Dios que obre y conducirse de una manera mas pasiva que activa. Dios entónces obrará prodigios; y no echándose de ver, casi, la cooperacion de la criatura, brillará en esa obra desde su principio hasta su coronacion el sello de la divinidad. Nadie, entónces, en ningun tiempo dirá impunemente: esto fué obra de un hombre; porque le desmentirán los prodigios que el hombre no es capaz de hacer; y si dirán todos por fuerza ó de grado: *á Domino factum est istud*, esto fué hecho por Dios.... *dijitus Dei est hic*, aqui se reconoce la accion divina, el dedo de Dios.

Por esta razon el Santo Patriarca entró al desempeño de su grande mision desnudo, sin nombradía, sin letras ni dineros, y exigia á sus colaboradores la abnegacion y la humildad, la pobreza y la desnudez. Sabia que la orden religiosa que proyectaba era un pensamiento divino, y que tanto mas acabada saldría dicha fundacion cuanto Dios obrase mas libremente y mas á su manera, y la manera de obrar del Señor, como suya, es maravillosa.

Toda la dificultad quedó vencida con el advenimiento de aquel primer discípulo; pues detras de ese nuevo Pedro de este moderno plantel de Apóstoles, vinieron otros no menos notables por su posicion y letras, sin otras pretensiones que estender el reinado del Evangelio, practicándole ellos á la letra, y mirándose como en espejo en el Evangelio viviente, en Francisco de Asis, *notum enim vobis facio, fratres, Evangelium*.

Empieza, en efecto, el Santo Patriarca, á poner á prueba la obediencia de sus discípulos; y no siendo, á lo sumo, sinó tres ó cuatro, ya los envia á pueblos distantes á predicar á J. C. Ellos marchan á pié y sin otro equipaje ni viático que la confianza en la Providencia... ¡ Qué dura prueba, Señores! ¡qué abnegacion la de aquellos hombres! ¡Dejarse ver en los pueblos con la pretension de apóstoles unos hombres vestidos rústicamente, enviados por otro mas pobre todavia, y que pocos dias ha era apedreado por las calles como un loco! ¿Comprendeis ahora, hermanos, lo que es morir al mundo, abrazarse con la cruz de las ignominias y no buscar sinó á Cristo? Mas esto no lo comprenden todos pues San Pablo ha dicho: *animalis autem homo* etc. El hombre sensual no entiende las cosas que atañen al espíritu de Dios.

Sepa, sin embargo, el mundo, ese mundo que afecta escandalizarse por los descarrios de algun sacerdote ó religioso, como si de las caidas de estos quisiese él tomar razones para permanecer en sus impiedades y torpezas; sepa el mundo, digo, que el santísimo Francisco no se escandalizó ni decayó de ánimo para continuar su carrera, por la caida y perdicion de uno de sus primeros hijos.

Hasta en esto se pareció el Santo Patriarca al divino Jesus; tambien tuvo su Judas que acibaró las primicias de su apostolado.

No hiciera mencion de este caso, mis hermanos religiosos, si no fuese que su recuerdo debe edificarnos estremeciéndonos. ¿Cuáles fueron los desórdenes del hermano Juan Capella, que lo condujeron á una muerte en todo semejante á la de Judas? Segun las crónicas no fueron otros que ser demasiado solicito en procurar lo temporal de que la comunidad necesitaba: tratar

de reunir mas limosnas de las precisas; procurar conservarlas con alguna inquietud; disiparse, andando con este pretesto por la ciudad y por las casas mas de lo estrictamente indispensable y haber introducido en el hábito primitivo de la Orden una ligera novedad.. ¿Quíen mira esto hoy como faltas en un religioso? Pero ¡qué digo! Quién no las clasifica por verdaderas virtudes? *¡Oh tiempos ¡Oh costumbres!* Pero yo preguntaria: ¿acaso nuestras costumbres y nuestros tiempos habrán alterado á tal punto la naturaleza de las cosas, que lo que fué imperfeccion en tiempo de nuestros Patriarcas, sea hoy virtud laudable? Para que esto fuese así seria menester que tambien el Evangelio hubiese caducado, pues trátase aquí de perfeccion evangélica y no de otra perfeccion. Pero el Evangelio de J. C. es invariable, es hoy como ayer y entónces y como siempre, lo que J. C, la santidad, la perfeccion de la santidad, á la cual traicionó aquel desgraciado religioso, como traicionaría hoy quien se le asemejase en los mencionados defectos. El Evangelio, obra de Dios, abraza todos los siglos, porque su divino autor le adaptó á todas las épocas. Pueden caducar las obras de un hombre que no sabe el porvenir; Dios lo sabe, lo vé, y por eso el Evangelio que fué la norma de la perfeccion cristiana en los dias de Francisco, lo es hoy y lo será hasta el fin. El santo Evangelio de J. C no progresa porque es perfecto. Lo que progresa es por que es imperfecto, mas lo que es perfecto es inmutable.

Aquel desventurado discípulo de nuestro Patriarca agravó su culpa con su incorrejibilidad; no acató, no se subordinó á las reprensiones de su Santo Patriarca; menospreció, pues, la medicina, no quiso ser curado; su perdicion era ya entónces un resultado lójico de aquellos precedentes....Ay! pues, del re-

ligioso que se desvela, que se disipa, por aglomerar temporalidades! Ay! tambien del que es rebelde á la correccion!....
¡Difícil es, mis hermanos, espinosa y asaz crítica la senda que adoptamos, si pretendiésemos acomodar la perfeccion evangélica á nuestros tiempos y costumbres, en vez de subordinar nuestras costumbres y tiempos á la perfeccion evangélica.

Alguno pudiera recordar aquí que fué revelado á Santa Teresa de Jesus que aun las órdenes religiosas inobservantes son de gran provecho á la Iglesia de Dios; mas fuera de que esto no responde á lo que venimos diciendo, tampoco consta ó se sigue de esa revelacion que toda relajacion ó inobservancia deje de ser mala y muy mala á cada individuo de cada órden religiosa.

El grano de trigo de que nos habla el santo Evangelio habia ya fructificado; Francisco contaba ya con ocho discípulos. Sin embargo, así como el grano de trigo, no obstante haber germinado no por eso vuelve á la vida, sino que, á proporcion que su caña se levanta, tanto él vá muriendo, ó, mejor dicho, aniquilándose, así Francisco germinaba sus espigas, pero seguia muriendo, aniquilándose, convirtiéndose en nada delante de sí mismo por la destruccion de las tres concupiscencias, la de la carne, la de los ojos, y la soberbia de la vida; pues se maceraba y estenuaba con el ayuno, el cilicio y la oracion, de una manera mas para ser admirada que imitada.

Su sistema de pobreza era sostenida con tal tirantez que habiéndole observado el Obispo de Asis, que no le parecia bien tanto rigor en este punto y que convendria procurarse algunas rentas: «á mí, señor, le dijo el santo, me parece todo lo contrario: las rentas traen cuidados, y los cuidados distracciones,

con mengua del amor de Dios y del prójimo.» Así era que todo el salario que habia ofrecido Francisco á los que le siguiesen, era el que les daba: enviarles á pedir su pan por las puertas, y en tales puertas daban que les ofrecian piedras y los llenaban de insultos y de amenazas. Ellos, empero, volvian gozosos y bendiciendo al Señor que les habia escojido para dar testimonio de la verdad de su Evangelio, caminando en pos de J. C. crucificado.

Si este género de vida fué agradable y acepto á los divinos ojos, dice bien á las claras la vision y promesa que hizo Dios al Santo Patriarca de que sus hijos, en inmensa muchedumbre procedente de todos los puntos del globo, vendrian á engrosar sus filas, para el restablecimiento de la perfeccion evangélica desfigurada por los vicios; y por consiguiente, para el sostenimiento de su Iglesia, que á lo que parecia, amenazaba desmoronarse.

Con todo, el mundo imbécil ataca sin trégua el estado religioso, y cree decir gran cosa cuando dice á los frailes: vosotros no trabajais y comeis; pues yo digo á ese mundo y á esos detractores egoistas, que con la mitad ¿qué digo? que con la décima parte de lo que mentalmente trabaja un fraile, regularmente cumplidor de sus deberes, se hacen de una gran fortuna las cuatro quintas partes de los que se llaman y son ricos en el siglo. Yo sostendria esto cualquier dia.

Y de aquí se sigue, racionalistas sin razon, y de aquí se sigue, que esos frailes trabajan siempre para ser siempre pobres, para no salir jamás de una celda quizá húmeda y oscura; y vosotros trabajais la décima parte para llamaros bien pronto señores, aspirar á los primeros puestos sociales y daros una vida de Eliogábalos. Desde entónces todo vuestro trabajo se

reduce á cobrar vuestras rentas, llámolas vuestras.... pero Dios lo sabe....

En este mismo convento hemos conocido casi todos nosotros grandes teólogos, hombres de mas de treinta años de cátedra y de púlpito, sin salir jamás de su sayal y de su pobre refectorio; en el siglo con la décima parte de esa ciencia y esos méritos, llega un hombre á ser el primer magistrado y á poseer vastos y fértiles campos, numerosos y pingües rebaños y á tener bajo sus órdenes hábiles dependientes que cuiden y fomenten su gran fortuna. El fraile trabaja por el Evangelio; no espera nada de las almas en cuya salvacion se emplea, ni pide otro salario que una limosna por amor de J. C. ¿La merece ó no, señores? Si aun os parece que no la merece, no se la deis ...Dios es su Padre, Dios es su herencia, Dios es su todo; *Deus meus et omnia*, Dios mio y todas mis cosas, que era cabalmente la oracion favorita del Santo Patriarca Francisco.

Los que no trabajan y comen, no son los religiosos; otros son esos, y contra los cuales jamás se levanta una voz: los que viven del vicio, de la mentira, de los embrollos, de la usura; los que viven de guerras fratricidas, los que viven de la adulacion, de la propaganda impia; esos y otros innumerables son los que comen y no trabajan, pues no está en lo que se trabaja sino en la índole ó calidad del trabajo.

El religioso ó el fraile estudia siempre, leé, enseña, predica, ora, canta las divinas alabanzas, asiste y consuela al enfermo, escribe, cuida del culto, levanta templos, no al sol sino al verdadero Dios, enseña á los niños, no el ateismo sino el Catolicismo; el fraile plantea misiones, trae á la civilizacion pueblos bárbaros, padece peligros y sustos entre los infieles á

quiénes vá á llevar la verdad. Señores, este hombre no hace estas cosas por hacerse rico ; pero ¿merece el pan que come?

No es, señores, porque el fraile no trabaje, por lo que el incrédulo le cree indigno de un pan cada dia; lejos de eso es por que trabaja en lo que trabaja. Es porque trabaja por el Evangelio, por la Iglesia, por la gloria de J C.; es por que trabaja en persuadir á las gentes de que la razon debe subordinarse á la fé y no la fé á la razon; es, finalmente, porque el religioso, sacerdote ó fraile, algunas veces grita y dice á las almas: he ahi el error, evitadle; he ahí el lobo, guardaos de él!

Perdonadme esta digresion, señores; yo no me defiendo á mí mismo: mi nombre, mi persona y la nada, son sinónimos; yo vuelvo por una causa.

Volvamos al Santo Patriarca.

Pero Francisco, no solamente era el grano de trigo que muere para germinar: era tambien el grano de mostaza de que nos habla el Evangelio, y que siendo el mas pequeño de los granos, luego que brota se convierte en un árbol frondoso, sobre cuyas ramas vienen á posarse y á fabricar sus nidos las aves del cielo.

En efecto, despues que Francisco hubo escrito la regla que habian de observar sus hijos, pasó á Roma con el fin de obtener del Papa Inocencio III, la aprobacion del género de vida que aquella su regla prescribia. Inocencio, despues de considerarlo, conferenciarlo y encomendarlo mucho á Dios, aprobó dicha regla y dijo de Francisco: «en verdad que es este el que «con sus obras y doctrinas sostendrá la Iglesia de Cristo.» En seguida nombró á Francisco Superior General de la nueva Orden; confirió las órdenes menores á los que eran todavía

seglares; hizo diácono al santo fundador, y les autorizó para que pudiesen predicar penitencia por todo el mundo. Abrazóles luego y los despidió, asegurándoles su adhesion y proteccion paternal.

Establecido Francisco en la Iglesia llamada Porciúncula que años antes él mismo habia salvado de la ruina y que ahora ya le pertenecia por concesion que de ella le hicieron los Benedictinos, sus miras santas se habian llenado; solo deseaba muchos hijos, muchos, para poder atacar al vicio y la heregia por todos sus flancos y cortarle todas sus retiradas y caminos. El grano de mostaza era ya, pues, un árbol; pero ese árbol tomó tales proporciones y se estendió de manera que los hijos de Francisco de Asis, del desnudo Francisco, del mendigo, de aqnel que poco ántes era el escarnio entre la plebe, llenaron la tierra.

El Asia, el Africa, la Europa, la América, los Polos helados, las regiones mas apartadas del mundo, vieron á los hijos de Asis trabajando como verdaderos Apóstoles por la propagacion del Evangelio. ¡Qué distancias recorrian y qué peligros afrontaban! ¡Entre quégentes se internaban, cuántos quebrantos sufrian! Cuánta hambre y cuántos sinsabores devoraban! Y despues ó sufrian el martirio, ó volvian tan desnudos como habian partido. . . . Desnudos digo de lo que no habian ido á buscar, pues no habian ido en busca de oro, sino de almas que salvar; y, en efecto, volvian los que volvian, dejando bajo el estandarte de Jesu-Cristo regiones enteras, que hasta entóces eran presa de la idolatría, de la muerte y del demonio.

Esto hicieron los hijos de Francisco aun viviendo el Santo Patriarca: esto vienen haciendo hace cerca ya de siete siglos,

y esto hacen hoy en los diferentes puntos de la tierra donde la obediencia les tiene destinados.

Tal es el árbol frondoso y gigantesco que se levantó de aquel grano de mostaza, de Francisco de Asis, el hombre mas humilde que se haya visto en la Iglesia de Dios, desde los Apóstoles acá; el hombre que mas constante y tenaz guerra declaró y que mas espléndido triunfo obtuvo sobre las concupiscencias de la carne y de los ojos y sobre la soberbia de la vida.

Y no solo por esta victoria tan brillante y acabada que obtuvo Francisco sobre la sensualidad y el orgullo, le he llamado el hombre del Evangelio ó el hombre evanjélico por exelencia, pues le creo digno de este renombre por otra razon no menos poderosa que ya indiqué al principio, y fué el haber sido él quien con mas ventajas que otro alguno, redujo á práctica y popularizó el comunismo, la fraternidad, la igualdad y la líbertad segun el Evangelio.

El comunismo segun el Evangelio, porque la vida comun que él estableció y exigió á sus hijos, jamás envolvió la pretension de desconocer el derecho de propiedad basado en la naturaleza y sancionado y garantizado por Dios mismo. Francisco decia á los que querian seguirle, lo que Jesucristo á aquel jóven rico del Evangelo: *Si vis perfectus esse*. . . .si quieres ser perfecto, vé y vende cuanto tienes, dálo á los pobres, ven y sígueme. El que queria seguir á Francisco con esta condiccion lo hacia; y el que no, no lo hacia; y admitiendo al primero y no condenando, sino respetando al segundo, manifestaba el santo Padre que la propiedad es un derecho al que puede renunciarse por amor á Jesu-Cristo, pero no una usurpacion, y mucho menos un robo, como la han llamado ciertos utopistas modernos.

La fraternidad que Francisco popularizó con su doctrina y sus ejemplos, es esa fraternidad por la que todos somos hermanos, no solamente en Dios que nos ha creado, sino tambien en Jesu-Cristo que nos ha redimido, y en la Iglesia Católica, apostólica, romana, que nos adopta por el Bautismo, que nos nutre con su celestial doctrina, que nos amonesta y corrije como á hijos, y que fomenta en nosotros las virtudes con los Sacramentos que recibió de Jesu-Cristo, y que nos administra con maternal solicitud. La fraternidad de que se precia el filosofismo moderno, puesto que prescinde de la Iglesia, de su enseñanza y Sacramentos, y aun del mismo Jesu-Cristo, es una fraternidad dolosa y cuya pretension es desterrar del mundo la diferencia entre religion y religion, para que desterrada la diferencia venga la indiferencia religiosa, y tras esta el ateismo. Francisco llamábase á si mismo hermano, queria ser llamado asi por los demás, y hermanas eran para él todas las cosas creadas; pero esta palabra en él era una realidad; en el filósofo incrédulo es una contra-seña revolucionaria.

La igualdad que el Santo Patriarca estableció y celó mucho en su órden, hacíala consistir en que cada uno supiera humillarse y despreciarse á si mismo; en que cada cual se apreciase por el último y por el mas inútil; pero lejos de querer ahogar la autoridad bajo esta igualdad, era terrible defensor de los fueros de aquella; pues para él la desobediencia era pecado mas propio de demonios que de hombres. La igualdad, empero, que el filosofismo proclama, envuelve la conspiracion contra la autoridad, y su último resultado seria la disolucion social; como quiera que la autoridad es la garantía del órden, y donde no hay órden reina la confusion y el caos.

La libertad que el Patriarca Francisco aclamó y trató de inspirar á sus hijos, consistia no solo en no consultar al mundo para hacer el bien ó la virtud, sino en hacer estas cosas contra la voluntad espresa del mundo. Otros grandes hombres muy acertadamente se han servido del mundo y le han hecho cooperar en las obras que han ideado y realizado en servicio del Señor; Francisco, al contrario, se hizo necio ante el juicio del mundo; se hizo, por decirlo así, con sus estravagancias ó exentricidades santas, indigno hasta de que el mundo le creyese capaz de cosa alguna útil ó provechosa. Así que todo lo que hizo, hízolo no solamente sin el mundo, sino, y como ya dije, apesar del mismo mundo.... ¡ Qué hombre mas libre que el que emprende y hace lo que él emprendió é hizo desnudo y sin mas elementos que la mendicidad y la confianza en Dios ! La libertad de Francisco, que legó á sus hijos y que estos deben á toda costa conservar, es la libertad del apóstol; la libertad de predicar el Evangelio tal cual lo entiende é interpreta la Iglesia Católica, siente ó no siente á los grandes de la tierra, y sea que venga ó no por esta causa la persecucion y la muerte. De aquí se sigue, pues, que el religioso que ó por no perder sus amistades, ó por temor de la persecucion, ó por otros respetos que él se sabe, abandona la predicacion del Evangelio ó corrompe sus máximas austeras, presentándolas desfiguradas y como modernizadas y en algun modo avenidas y armonizadas con el espíritu del siglo, ese tal religioso no es hijo de su santo Patriarca, puesto que esta filiacion viene del espíritu y no del hábito que se lleva ó viste.

La libertad que el racionalismo trata de entronizar, entraña la proteccion insensata de conferir á cada uno el derecho de hacer, decir, escribir lo que se quiera, sin otra medida ó

restriccion que la de la propia conciencia. La rebelion del hijo contra su padre, de la esposa contra su esposo, del discípulo contra su maestro, del cristiano contra la iglesia, y de todo hombre contra toda ley y contra todo superior, todo esto sanciona la libertad satánica que trata de establecer el filosofismo incrédulo. La libertad evangélica de Francisco, sumisa á la ley, á la Iglesia, á Dios, y á todo superior legítimamente instituido, fué la condenacion mas esplícita de la libertad filosófica moderna.

El Patriarca S. Francisco, pues, es á mi juicio el hombre evanjélico por exelencia, porque aventajando á todos los demás fundadores puso en práctica lo mas austero de la perfeccion evanjélica; y porque de una manera propiamente suya y escepcional, anonadó la sensualidad y dió testimonio de que la fraternidad, la igualdad y la libertad segun el Evanjelio, es la libertad verdadera, la igualdad justa, la fraternidad segun Dios. *Notum enim vobis, facio, fratres, Evangelium.*

Hé concluido.

Quiera el Santo Patriarca con su valimiento delante de Dios y con la eficacia de sus ruegos, alcanzarnos de Jesu Cristo amor á la cruz, amor á la humildad y aborrecimiento á la sensualidad y al orgullo. Quiera el Santo Patriarca alcanzarnos firmeza en la fé de J. C., para que desoyendo la voz del error y la heregia y prestando dócil oido á la voz magistral é infalible de nuestra madre Iglesia, caminemos seguros y con humilde confianza, hácia el fin altísimo y sobrenatural para que fuimos creados, que es la posesion de Dios por toda la eternidad.

SERMON

SOBRE

SAN IGNACIO DE LOYOLA

Gloria Domini plenum est opus ejus.
Su obra está llena de la gloria de Dios. *Eccl'co* 42-16.

SEÑORES:

La verdad es aquello que *es*, y como tal es indestructible, imperecedera, gloriosa, esencialmente amable, bella, santa. Vanamente la envidia se consume y á si misma se muerde rabiosa en presencia del verdadero mérito del envidiado, pues que á pesar de esto esa virtud aborrecida existirá con todo su séquito de recomendaciones y aplausos; porque la virtud siendo la verdad en moral es lo que *es* necesariamente; por eso Dios, verdad primera, verdad suma, verdad infinita, se definió á sí mismo diciendo á Moisés: *Yo soy el que soy.*

De mas es, entónces, y asaz inútil, emplear un tiempo precioso y trabajar á todo trance por desprestigiar una institucion cualquiera, averiguado que la piedra fundamental sobre que descansa es el dogma católico en toda su pureza, y despues de haberla esperimentado la humanidad y de haberse nutrido con sus frutos é influencias saludables, porque eso sería tan necio como pretender que aborrezca el

sol aquel que casi desnudo se acoje á su benéfico calor en una mañana de riguroso frio; ó tan insensata sería esa pretencion, como la de aquel que se empeñase en inspirar ódio contra la suave luz de la luna al viajero que atraviesa fragosos y estrechos senderos en plena noche.

Ahora bien, siendo la historia, señores, la narracion imparcial, despreocupada y verídica de lo que ha sucedido en el mundo es, por consiguiente, la verdad, y como tal imperecedera; y con estas condiciones, digna de la fé y del acatamiento de toda alma sensata. Y he dicho con estas condiciones, porque si el que se dice historiador fué influenciado por alguna pasion mezquina al correr su pluma, por mas que él mismo lo niegue ó no lo conozca, habrá escrito una novela histórica, pero no una historia verdadera.

Estamos, señores, en posesion de un hecho histórico de primer órden, y hecho sobre cuya índole y trascendencia social ha fallado ya la Iglesia con su acostumbrada prudencia, madurez é infalibilida[1]; y ese hecho es la aparicion á fines del siglo XV de un hombre grande, de un héroe, de un génio, el cual ideó, fué él mismo la primera piedra y levantó con gloria un monumento moral, una institucion eminentemente conveniente á la salud de las almas y á los intereses del catolicismo.— Ese hombre se llama Ignacio de Loyola; esa institucion se denomina la Compañía de Jesús.

Siendo esto un hecho, como venimos diciendo, infructuosamente la impiedad trabaja por ennegrecer ese hecho clásico y brillante valiéndose de todos los elementos de que suele echar mano en tales casos la maledicencia y la envidia; porque lo repito, la verdad es lo que *es*, es decir, es inconmovible apesar de todos los ódios y contradicciones del mundo.

Vengo, pues, señores, como ya lo habreis comprendido, á hacer no la defensa sino el elogio de Ignacio de Loyola. A los santos no se les defiende, sino que se les reverencia y acata, porque toda defensa supone un juicio no terminado aun, supone una sentencia competente y legítima que ha de venir en pró ó en contra del defendido; mas sobre Ignacio de Loyola la Iglesia falló ya ha mas de doscientos años, y en virtud de ese fallo infalible sabemos que Ignacio fué un gran santo, un patriarca y padre de muchos santos.

Con todo, siendo su compañía, y habiéndolo sido desde su cuna, el blanco de los ataques rudos de muchos y poderosos adversarios, difícil será que mi discurso no se resienta de un cierto sabor de polémica, que si bien para vosotros no será del caso, por no haberos dejado seducir hasta hoy por los capciosos argumentos de sus detractores, convendrá sin duda á alguno que otro incauto de esos que, no teniendo ideas propias ó no habiendo querido tomarse el trabajo de instruirse sólidamente en las fuentes puras de la historia, siguen á ciegas las doctrinas que beben de paso en papeles públicos ó en novelas infames, consagrados á propagar el error en religion, el sensualismo en moral y la anarquía en política.

Voy á reducir, señores, á términos precisos y breves lo que me propongo manifestar en este dia en alabanza del santo fundador de la Compañia de Jesús.

Probaré:

Primero—Que la conversion de Ignacio de Loyola fué gloriosa para Dios.

Segundo—Qué fué gloriosa para Dios la fundacion de su Compañía; y

Tercero—Que las persecuciones y calumnias que esta socie-

dad ha sufrido y sufre, han redundado, asi mismo, en mucha gloria del Señor.

Gloria Domini plenum opus ejus. Llena está de la gloria de Dios la obra de Ignacio.

Bajo vuestro amparo, como siempre, me acojo ¡oh celestial Maria! y pido y espero etc.... *AVE-MARIA.*

Gloria Domini plenum etc.
Eccl'co 42-16

I.

Basta, señores, dar una ojeada sobre la historia y considerar lijeramente la situacion de la Europa toda á principios del siglo XVI, para comprender y admirar la oportunidad en que vino al mundo Ignacio de Loyola; y para confirmarnos mas y mas en la fé del gran cuidado que tiene Dios de su Iglesia en conformidad con lo que la tiene prometido.

Jamás se vió la Iglesia de Cristo en algun conflicto ó peligro inminente que no la enviase el Señor algun genio, algun espiritu colosal para que la valiese en sus quebrantos, la consolase y sostuviese su decoro.

Obsérvese sinó en cuales épocas aparecieron en el mundo San Atanasio, San Agustin, los Patriarcas Santo Domingo y San Francisco, mis gloriosos padres, San Pedro Nolasco, Santo Tomás de Aquino, y otros grandes santos y eminentes Doctores, y se verá que coincidió su advenimiento con algunas de esas crisis amargas porque ha pasado la Iglesia de Jesucristo; y que esos héroes fueron providenciales y en cierto modo otros tantos milagros.

En efecto, pocas veces desde los dias de Neron y demas verdugos que desde el trono de los Césares fulminaron decretos

de muerte contra todo cristiano, se habia visto época tan aciaga para la Iglesia como fueron los primeros años del siglo XVI.

Un fraile turbulento, licencioso y soberbio, cuyo nombre todos conocen, y á quién el protestantismo reconoce por su patriarca, habia dado en Alemania un grito de insurreccion contra la Iglesia; un grito semejante al que diera Luzbel allá en el cielo, cuando tuvo la audacia de clavar sus ojos coléricos en el rostro de su Dios y decirle: *non serviam*, no te adoraré, no te serviré! El grito del apóstata aleman fué acojido por las muchedumbres cuyos instintos groseros acariciaba; y pueblos enteros, en fuerza de ese escándalo, se levantaron contra toda autoridad legítima y por consiguiente contra Dios mismo representado en la tierra por los poderes públicos legales. Y asi como los incendios se propagan buscando nuevos objetos que devorar, esa insurreccion se propagó por toda la Europa, y la sangre corrió en abundosos raudales; porque siempre sucede, señores, que tras el error en religion viene el error en politica, y tras este, la anarquía, la devastacion, el desórden y la muerte de individuos y naciones.

Enrique VIII en Inglaterra, perturbado por las sujestiones de su lubricidad, rompió la unidad católica, tomando por pretesto la negativa del Papa Inocencio X á sus pretensiones injustificables de divorcio con Catalina de Aragon, su virtuosa y legítima consorte.

Cárlos V y Francisco I, el uno con sus ensueños del imperio universal, y el otro con sus manías caballerescas, rivalizàban con encarnizamiento y diezmaban sus respectivas naciones. La Italia, además, amenazada por los turcos y justamente alarmada, completaba el cuadro de conflagracion y de luto que presentaba la Europa.

Así las cosas en lo general, en la plaza de Pamplona, en España, tenia lugar un hecho de armas brillantísimo. Esta plaza se resistía al ejército francés de una manera heróica y digna de los tiempos de Sagunto y de Numancia.

Un jóven capitan de una intrepidez y arrojo que rayaba en temeridad, era el alma de aquella resistencia tenaz y sangrienta. Mas llegado el caso de agotarse las fuerzas españolas, numéricamente inferiores á las francesas, ya se habla y se trata tambien de rendicion. Protesta el jóven capitan contra semejante idea, y separándose de sus compañeros de armas gana la ciudadela, y allí, sin mas parapeto que su pecho y su espada, se propone él solo hacer frente al ejército enemigo ó morir gloriosamente al pié del estandarte español. No pasan muchos instantes sin que un proyectil que el enemigo arroja le hiera gravemente una pierna y le magulle la otra.—El nuevo Leónidas cae y sus heridas parecen de muerte.—¡Denodado jóven! tu coraje es inaudito; pero.... ay! que no son las armas las que han de llevarte á la inmortalidad y á la gloria! Otras conquistas, otro género de luchas te reserva el cielo, para otras victorias de un órden superior eres llamado..... Ea! prueba si puedes levantarte... ¿Cómo te llamas? Señores, este jóven soldado, tan valiente como le veis, es Ignacio de Loyola, desciende de una noble familia de Vízcaya y cuenta treinta años de edad.

Yo me felicito, señores, de que Ignacio haya quedado vencido y no vencedor, porque antes quiero la gloria de Dios que la mundana gloria de Ignacio....Si Ignacio de Loyola saliera vencedor en aquella jornada, el orgullo le hubiera enervado de manera que lejos de optar por la senda de la virtud, hubiera empleado toda su energia y su vida toda en ganarse laureles sangrientos para ornar con ellos sus sienes, á fin de que la historia

hubiese dicho: «Ignacio de Loyola fué un capitan esforzado «que como César *iba* á los combates, *veia* y *vencia*». Y esto ¿qué ventajas hubiera proporcionado á la religion, á la Iglesia y á la sociedad? Ninguna. ¡Oh cuanto mas vale que hoy se diga: Ignacio de Loyola es un gran santo, es el padre, es el tronco de una generacion de santos y sábios de gran nota, cuyas virtudes y escritos han ilustrado al mundo!

Repito, pues, que me regocijo de las heridas que han dado en tierra con el orgullo y mundanas aspiraciones de Ignacio, pues ellas fueron de gloria y provecho para él y para el catolicismo. Si Ignacio no cayera vencido y humillado, la divina gracia no se albergara en su corazon, porque *Deus superbiis resistit, humilibus autem dat gratiam.* Dios resiste á los soberbios, mas á los humillados humildes dá su santa gracia. Y esta gracia, hermanos, aunque cualidad espiritual, es, en cierto sentido, semejante á los cuerpos sólidos é impenetrables, pues exije vacio para aposentarse. Ignacio estaba lleno de amor propio y de los mas vehementes deseos de vana gloria, y por lo mismo fué menester que la humillacion le desocupase de si mismo para que le ocupase y llenase la gracia. ¡Oh cuantas veces lo que llamamos en el lenguaje comun una calamidad, un contraste, una desgracia, viene á ser con bastante frecuencia el principio de nuestra regeneracion á una vida nueva y mas conforme con la divina voluntad, de la que hasta entónces habiamos vivido en un vergonzoso divorcio!

Ignacio sufrió intensamente á consecuencia de sus heridas. Vióse en el caso de soportar operaciones quirúrgicas cruelísimas, sin desmentir, empero, sus antecedentes de hombre firme y animoso, superior á todo dolor y á la muerte misma.

Para matar el ócio y entretener el tedio que traen consigo las convalescencias prolijas, pide Ignacio le traigan algo que leer, y advierte que sus libros favoritos son los de caballeria, lectura que era en aquellos tiempos la monomania de las gentes desocupadas, y aun de las que se preciaban de mejor gusto en materia de letras. La providencia y no la casualidad hizo que le presentáran, á falta de aquellos libros romancescos y frívolos, la vida de Jesucristo y algun tomo del *flos sanctorum* ó vida de los santos; y esta lectura que sin duda Ignacio tomó desdeñosamente á los principios, provocó igual crísis en su espíritu que la que produjo en Agustin, en sus dias de libertinaje, la historia del abad Antonio.

Ignacio se encuentra irresoluto; siente que se le derrumba el cúmulo de vanas esperanzas que relativamente al mundo alimentaba; mas despues de perplegidades y luchas interiores muy reñidas se decide por la virtud. Cambiase en otro hombre; y si bien cayó en el lecho del dolor soldado vencido aunque con gloria, se levantó de ese mismo lecho vencedor de sus pasiones, del mundo y del infierno, y con la idea fija de ser soldado de Jesucristo, y si puede, general en gefe tambien de un ejército de apóstoles que piensa levantar contra la impiedad y el vicio.

Con este pensamiento, Ignacio abandona sigilosamente la casa paterna, aunque sin haber dado forma perfecta todavía al gran proyecto que ha concebido; y arrastrado dulcemente por una atraccion secreta é irresistible, toma el camino de Monserrat, célebre santuario consagrado á la Santísima Virgen. Pasa allí toda la noche en oracion y gemidos, en contricion y lágrimas, en humildes súplicas y repetidos propósitos.

Al siguiente dia se despoja el nuevo penitente de su rico

traje militar, lo dá de limosna al primer mendigo que encuentra al paso, y dejando su espada pendiente del altar de María, emprende á pié el camino de Manresa, pueblecillo no muy distante de aquella montaña santa.

En Manresa ¿dónde ha de hospedarse Ignacio sino en el hospital, entre los pobres de Jesucristo? En efecto, en traje de pordiosero y ceñido de una cuerda grosera, sirve allí á los enfermos con una abnegacion que todos admiran, sin que nadie se dé cuenta, ni de quien es ese hombre, ni de donde ha venido. Por no ser gravoso á la casa que lo hospedaba, y por otros motivos que él solo sabe, sale y anda cada dia por las calles, algunas horas, pidiendo en las puertas un pan por amor de Jesucristo; y como su vestido, mas que pobre era grotesco intencionalmente, tómanle por loco los niños de aquellas inmediaciones, síguenle gritando, le arrojan piedras y lodo. Y los que no eran niños compadeciéndose de Ignacio le miraban y decian: pobre loco! ¡quién será este! El, empero, callaba é interiormente se regocijaba de haber hallado tan fácilmente quiénes le ayudasen á matar el orgullo que le habia esclavizado, enceguecido y tenídole por tanto tiempo separado de su centro y fin último que era Dios.

Impaciente Ignacio por saber de un modo esplícito lo que Dios quería de él para ponerlo luego en ejecucion, siquiera fuera derramar su sangre en lejanas y desiertas playas, ó fuese sufrir él solo todos los martirios de todos los mártires juntos por la gloria de Jesu-Cristo, siente una sed vivísima de soledad, quiere silencio absoluto, porque si tal vez no lo habia leido ó meditado, por instinto sobre natural ya comprendia que Dios, salvo casos muy raros, busca siempre almas solitarias, almas recojidas, para hablarlas al corazon: *Ducam eam in soli-*

tudinem, dice el Señor, *et loquar ad cor ejus*. Con este fin busca y halla bien pronto á seiscientos pasos de Manresa una gruta ó cueva profunda al pié de un risco; penetra en ella por entre las zarzas y maleza que obstruyen su entrada; entrégase allí á una oracion ferviente, importuna, infatigable, lacrimosa y estática. Sugeta su cuerpo á un tratamiento y servidumbre severísimos; ora, todavia, y no descansa Ignacio, hasta que inclinando en su favor la divina misericordia le acomete un éxtasis sabrosísimo que se prolonga por ocho dias no interrumpidos. —Durante este síncope delicioso, Ignacio vé, como Pablo ó como el Evangelista, cosas impenetrables, maravillas escondidas, subidos misterios, arcanos altísimos, que ni á la lengua ni á la pluma es dado espresar ó revelar.

De esas especies ó noticias sobrenaturales de que su espíritu se llena y nutre, reune, coordina algunas que juzga mas á propósito para edificacion de las almas y las vierte sobre el papel; y de estos conceptos, señores, resulta un libro de oro, un libro que bastara á hacerle inmortal, si ninguna otra cosa mas hiciera Ignacio en toda su vida; un libro que, en sen'ir de San Francisco de Sales, ha ganado mas almas para Dios que letras él contiene. Hablo, señores, del libro que conocemos por los «Ejercicios espirituales de San Ignacio de Loyola;» libro milagroso en su origen, y que ha sido el objeto de las recomendaciones y encomios de todos los hombres eminentes en letras y en virtud.

Tal fué, señores, la maravillosa conversion de Ignacio de Loyola; y tal el libro que compuso apenas convertido, y que debia de ser el emblema de la órden religiosa que habia de capitanear en vida, y despues de muerto por sus sucesores.

¿Quién no comprende, en vista de lo espuesto, que solo fué

dado triunfar sobre el arrogante soldado á la gracia de Jesucristo que tan abundantemente llenó y ganó para sí ese corazon belicoso y vano; y que, por lo mismo, gloria es de Jesucristo la adquisicion de ese héroe suscitado para grandes desempeños en su Iglesia santa? *Gloria Domini plenum est opus ejus.*

Veamos como fué tambien gloria de Dios la órden religiosa que fundó Ignacio.

II.

El espíritu de Dios es benéfico, oficioso, comunicativo y fecundo, porque Dios es amor, y el amor es todo eso; pues así como el egoismo todo lo hace converjer hácia sí, así la caridad ó el amor tiende hácia afuera; todo quiere abrazarlo y vivificarlo todo.

En la gruta de Manresa Ignacio habia recibido á raudales el espíritu de Dios, y necesitaba dilatarse, comunicarse, reproducirse espiritualmente en una generacion numerosa que segundára sus santas miras de dar gloria á Dios, trabajando en la salvacion de las almas y avanzando siempre en la difusion de la verdad y en persecucion del error y del pecado.

Las circunstancias se prestaban á esta santa cruzada, pues, como queda dicho, el infierno acababa de abortar en Alemania al protestantismo, su hijo predilecto, y las predicaciones del fraile apóstata Lutero, reclutaban para esa *secta madre*, numerosos prosélitos.

Pedro Lefreve y Francisco Javier, jóvenes todavia, se adhieren al pensamiento de Ignacio y se entregan á él con cuanto poseen y con cuanto saben; y con estos hombres tan intelijentes como piadosos ya tiene el nuevo fundador dos columnas levantadas, que con otras que vendrán deben sostener el monumento

que ha ideado para gloria de Dios. Diego Laines y Salmeron se alistan muy luego bajo las banderas del soldado que poco antes defendia el castillo de Pamplona, pero que ahora se propone defender la casa de Dios, la Iglesia, con mayor arrojo y entusiasmo que el que entónces le animaba en favor de una causa política. Bobadilla y Avedo vienen en seguida á engrosar esta naciente falanje de obreros apostólicos; y con estos pocos hombres, despues de haber votado perpétua castidad todos ellos en presencia de la madre de Dios, se presenta Ignacio á Paulo III, Papa á la sazon, quien los autoriza para predicar la divina palabra, como tambien para que puedan recibir órdenes sacras por el Obispo que ellos tengan á bien elegir.

Esto es hecho: la Compañía de Jesus queda fundada, y las primeras evoluciones y hazañas de los nuevos campeones de la verdad empiezan á llamar la atencion de la Europa. ¿Quien lo creyera, señores? La compañía de Jesus cuando sus individuos no eran sino diez, hace sentir su accion poderosa en las principales metrópolis del mundo civilizado y hasta en los mas apartados reinos del Oriente!

Brouet y Salmeron son enviados por el Papa á Irlanda y encargados de la mision mas espuesta y difícil en favor de aquellas jentes católicas oprimidas por el sanguinario Enrique, quien á toda costa queria arrastrarlas á la apostasia; y bajo el incógnito, y amenazados á cada instante por la muerte, llenan su cometido con asombrosa prudencía y con el resultado mas venturoso.

He ahí la sagacidad del Jesuita, sagacidad para el bien y contra el mal; sagacidad aconsejada por Jesucrísto que dijo á los apóstoles: «sed prudentes como la serpiente y sencillos

«como la paloma: *Estote prudentes sicut serpentes, et simplices sicut columbe.*

El Padre Laines, orador del Papa en el Concilio de Trento, puso espanto en aquella veneranda asamblea de sábios por su erudicion vastísima y apénas creible, por su lójica robusta, por la independencia con que emitia sus opiniones, por su elocuencia fascinadora, y, mas que todo, por su profunda humildad.

En los intermedios que aquellas discusiones permitian ¿qué hacia ó á donde se albergaba aquel hombre eminente, aquel Jesuita que todo lo habia leido y todo lo sabia? Se albergaba en el hospital y era el último criado de los enfermos. Pero Francisco Javier ¿qué se ha hecho? Partió á la India á convertir á Jesucristo millones de almas, reinos y provincias, reyes y súbditos idólatras. ¿Qué séquito lleva ese apóstol á regiones tan desconocidas? Vá solo......Pero por lo ménos ¿lleva algun buque á su disposicion? No, señores, no lleva ni cama, no lleva un pan ni con que comprarlo; pero tan así, hermanos, que viendo Ignacio que Javier se embarcaba solo con su breviario, le detuvo diciéndole: «no, Francisco, eso ya es demasiado, lleva siquiera una manta para abrigarte, hijo mio.» Javier obedeció, y hé ahí todo el equipaje de un hombre que emprendia un viaje de cuatro á cinco mil leguas de mar y que iba á desembarcar ni él sabia donde, ni en que estacion, ni entre qué jentes. Por manera que con solo esos diez compañeros distribuidos en Alemania, Francia, España, Irlanda, Italia, la India, este predicando, aquel regenteando una cátedra, el otro discutiendo en Trento, aquel doctrinando niños, cual ó varios encargados de misiones importantes por el Santo Padre en esta ó aquella distante region, ya Ignacio veia en parte llenados sus dora-

dos sueños de oponer á la heregia que se desbordaba, una barrera, un muro de piedra donde se estrellase. No hay duda que este gran hombre, con aquella vista previsora y certera que le caracterizaba, comprendió perfectamente que su compañia, andando el tiempo, tomaria dimensiones tan respetables que seria la pesadilla de la impiedad, haria la mas cruda guerra al error, y llenaria el mundo de hombres que en todo sentido serían la luz y la sal de la tierra, por sus virtudes, por su ciencia, por su celo religioso, por su prudencia probervial, por su espíritu de oracion y por la concordia en que sabrian conservarse entre sí como la mas firme garantía de su estabilidad y de su fuerza contra el infierno que los persigue.

¿A cuáles costas ó playas, á cuáles regiones insalubres no habrán llevado triunfalmente los hijos de Ignacio el nombre de Jesucristo, haciéndole conocer y adorar, cuando, como hemos visto, solo Javier, y tan solo que no le acompañaban sinó su fé y su caridad, emprendió y obtuvo en la India oriental tan vastas conquistas, tan preciosos trofeos para Jesucristo?

Señores: mas de dos siglos y medio hace que los hijos de Loyola plantearon en el Paraguay las célebres misiones que dieron nombre á mas de cien pueblos que á fuerza de inmensos sacrificios supieron organizar y rejir bajo los auspicios de la cruz de Jesucristo. Esas repúblicas irrealizables y que tantos utopistas soñaron para mejorar las condiciones de la humanidad, las hicieron prácticas los hijos de Ignacio inspirados por la doctrina evanjélica. Y si no pasaron de sueño las que idearon todos los socialistas antiguos y modernos. desde Platon hasta Proudhon el blasfemo, es porque ni pudo haber jamás, ni se verá nunca república perfecta y feliz sinó al amparo de Jesucristo, principio y fuente de toda paz estable, de todo progreso, órden y

verdadera caridad. Si, querer ser felices, señores, bajo cualquiera forma de gobierno prescindiendo de Jesucristro, tanto quiere decir como pretender levantar una torre de piedra sobre la superficie del agua.—Ni conozco, ni concibo seres tan dañinos, ni tan malvados, como esos que menospreciando á Jesucristo, trabajando cuanto pueden por destruir el reino social de Jesucristo, empeñados en abolir hasta su nombre santo y su memoria sobre la tierra, prometen y auguran, sin embargo, paz y bienestar á los pueblos!

La maledicencia, la envidia y la calumnia se han ensañado, señores, á su sabor, en la obra maestra de los hijos de Ignacio: las misiones del Paraguay, testimonio irrecusable y fehaciente del celo religioso de esos apóstoles, de su constancia y prudencia, de su laboriosidad y sabiduria, de sus aventajados conocimientos prácticos en las ciencias sociales.

Pero la calumnia y la envidia lejos de fundar cosa alguna duradera, muerden lo que otros fundan, todo lo roen y enlodan, y no son aptas para otra cosa que para amontonar escombros. Los *Jesuitas retrógrados* crearon cien pueblos en esos desiertos del Paraguay: nosotros *progresistas* hemos asolado hasta su capital.

Pero sufridme otra alusion, todavia, señores. Escuchadme.—¿No teneis noticia de esos hombres, si hombres pueden llamarse esos furiosos poseidos del espíritu infernal, que acaban de incendiar la capital del mundo civilizado? ¿que acaban de demoler gran número de monumentos artisticos que decoraban esa elegante metrópoli? ¿que acaban de despretigiar la civilizacion moderna? ¿que acaban de asesinar cobarde y alevosamente al Sr. Arzobispo de Paris y tantos otros indefensos y pacificos sacerdotes, entre los cuales figuran vários religiosos domini-

cos? ¡Ved, todos esos se precian de ser enemigos de los jesuitas! ....Ved quiénes son los enemigos de los jesuitas! Yo deduzco de aquí, señores, lo que vosotros ya supondreis; por vuestra parte decid lo que os parezca, pero cuidad de ser lójicos.

¡Compañía de Jesus, digna hija de Ignacio de Loyola! ¿qué diré de ti despues de haber merecido los elogios de tantos sábios y santos que supieron valorizar tus sacrificios por la gloria de Jesucristo y la salvacion de las almas? Si digo que eres un árbol cuyas hojas son otros tantos apóstoles: ¿quien no lo sabe? Si te denomino la vanguardia valerosa del catolicismo y la ciudadela inespugnable de sus dogmas ¿quién lo ignora? Si te aclamo la madre fecunda de eminentes lumbreras en todos los ramos del humano saber, ¿quién te negará este atributo? ¿quien? Siendo tan copioso el número de tus escritores, de tus teólogos, de tus filósofos profundos, de tus piadosos místicos, moralistas y ascéticos, de tus poetas latínos, de tus oradores célebres; siendo tan numerosos tus consumados maestros en astronomía, en matemáticas, en física, en derecho eclesiástico y civil, en idiomas....pero, señores, ¿quién desconoce que la Compañía de Jesus es una basta universidad en la que se enseña cuanto hay de ameno y útil á la humana inteligencia, ávida siempre de conocimientos y de cuanto hay de verdadero y de santo en la teoría y en la práctica?

Oid, amados mios, dos testimonios, entre innumerables que pudiera citar, de la admiracion que ha suscitado la Compañía de Jesus, por la sabiduría de sus leyes ó constituciones, por el lustre de los grandes hombres que ha producido y por las virtudes religiosas y civiles que ha practicado y enseñado.

El primero de estos encomios ó tributos de admiracion es el del gran Bossuet, órgano, no obstante, y personificacion de la

galicana Iglesia. «Y tu, la dice, célebre Compañía que no en « vano llevas el nombre de Jesus, á quien inspiró la gracia el « grandioso pensamiento de conducir los niños desde su mas « tierna edad hasta la madurez del hombre perfecto en Jesu- « cristo; á quien Dios ha dado hácia el fin de los tiempos, doc- « tores, apóstoles, evanjelistas, á fin de hacer brillar en todo el « universo y hasta las regiones mas desconocidas la gloria del « Evangelio; no ceses de hacer concurrir á tan alto fin, segun « tu santa institucion, todas las fuerzas del talento, de la elo- « cuencia, de la urbanidad y de la literatura; y á fin de com- « pletar mejor tu grande obra recibe». . . .y el ilustre prelado, en pleno concurso, en uno de sus inimitables sermones, bendijo con efusion piadosísima la familia de Ignacio de Loyola.

El otro tributo de admiracion y de justicia, señores, á que aludo ahora, fué rendido á la Compañía de Jesus en un momento lúcido por el hombre mas funestamente grande que quizá ha existido; por el patriarca de la impiedad, por el que empleó una vida de ochenta años nada mas que en aborrecer y en burlarse de Jesucristo; y por cierto, que el informe de este malvado no será sospechoso á los enemigos de los Jesuitas.

Habla Voltaire: «en el espacio de siete años que viví en casa de « los jesuitas, ¿que es lo que ví en ellos? la vida mas laboriosa « y al mismo tiempo la mas frugal; todas las horas tenian dis- « tribuidas en el cuidado de nosotros y los ejercicios de su « austera profesion. Invoco aqui, continua diciendo el impío, « invoco aqui el testimonio de millares de discípulos como yo; « por eso no puedo ménos de admirarme que se les acuse de « una moral corruptora.» (1)

(1) Obras comp. de Volt. t. 55, edicion de 1851.

Los grandes talentos estraviados, suelen revelarse por rasgos de justicia como el que acabo de mencionar.

Dejo, señores, á vosotros, en vista de lo que llevo dicho, deducir si la institucion religiosa que fundó Ignacio dió realce ó no á la obra de Jesucristo; y paso sin mas á manifestar ligeramente que no menor gloria han dado á este divino Señor las persecuciones que la santa institucion ha padecido.

III.

Nunca recibió el eterno Padre ni recibirá jamás mayor gloria que la que Jesucristo le dió, cuando por desagraviarle con el hombre le presentó el gran sacrificio de sus inauditos tormentos interiores y exteriores; y por final, su vida misma, exhalada entre indecibles angustias en el altar de la cruz.

Tampoco puede recibir Jesucristo mayor gloria, por consiguiente, que la que le dán aquellos que se someten con mansedumbre y alegría á los golpes que sobre ellos descargan los enemigos del mismo Jesus, solo porque trabajan asiduamente en propagar su doctrina y estender su reino.

Por esta razon, señores, los doce apóstoles son las doce estrellas mas brillantes de la inmortal corona de Jesucristo, porque todos ellos derramaron su sangre en defensa de la verdad de sus palabras, de la santidad de sus hechos y de la divinidad de su persona; y guardando la divina proporcion, estrellas son tambien ó piedras engastadas en esa corona, todos los que sufrieron y sufren por esta sagrada causa, es decir, por la exaltacion del nombre de Jesucristo.

Todas las órdenes religiosas han apurado el caliz de las persecusiones, porque todas ellas fueron fundadas para dar testimonio de Jesucristo, el cual dió testimonio de la verdad

que el mundo, la carne y el demonio aborrecen, por cuanto la verdad á su vez dá testimonio y condena la injusticia y fealdad de ese infernal triunvirato. Es preciso, empero, confesar, que á la Compañía de Jesus cupo apurar de ese cáliz la mas fuerte y la mas amarga dósis.

Tan es exacto esto, señores, que no titubeo al decir que cualquiera otra órden religiosa, aun despues de ya crecida, hubiera sucumbido bajo el peso de las persecuciones que la Compañía de Jesus padeció en su cuna.

Viviendo el Santo Patriarca Ignacio, y á pesar de ese cúmulo de virtudes heróicas que le recomendaban, fué calumniado horriblemente juntamente con sus compañeros, y hasta fué quemado en estátua, creo que en Alemania. La Universidad de Paris les declaró por algun tiempo una guerra cruel. Los púlpitos de esa capital han tronado en varias ocasiones contra la Compañía de Jesus. Hasta excomuniones se han lanzado contra ella por algunos prelados franceses. Por fin, señores, aun personas las mas espectables por su saber y su virtud fueron inficionadas por los enemigos de la Compañía, y con la mejor buena fé quizá, la han hostilizado y anatematizado sin misericordia.

Preguntareis que cómo personas tan caracterizadas y bien intencionadas, han podido declararse contra la Compañía de Jesus si esta es inocente. A esto se responde, amados mios, que la envidia es la pasion mas hábil en el arte de disfrazar sus resabios y sus ataques, y que ni el mas avisado y cauteloso está á salvo de sus sugestiones.

La historia de la Compañía de Jesus, en suma, no es otra cosa que la historia de la mas perseguida de todas las instituciones santas; pues, como sabeis, solo ella ha recibido un golpe

de muerte de manos de su mismo padre, y padre tan amado, el vicario de Jesucristo. Mas del mismo modo que Isaac doblegó su cerviz al cuchillo de Abrahan su padre, y sin observar cosa alguna se dispuso á recibir la muerte de la misma mano de aquel que le habia dado la vida, así tambien la compañia de Jesus murió sometida y silenciosa al golpe de Clemente XIV, con grande alegría, sí, de aquellos cuya grita infernal habia puesto á este Papa en la mas dolorosa de las necesidades: sacrificar á la mas adicta y fiel de sus guardias, la que mas denodadamente habia luchado siempre en defensa de los derechos de la Santa Sede.

Pero como todo lo que es verdadero y esencialmente vivifico aunque puede ser mortificado, y á veces conviene que lo sea, es imposible que muera, la Compañia de Jesus se levantó de su sepulcro á la voz poderosa de Pio VII, para continuar trabajando y sufriendo por la gloria de Jesucristo y en defensa de su Iglesia.

Desde esa resurreccion gloriosa y que tan cumplidamente ha vindicado y realzado el lustre de la Compañia de Jesus, la impiedad viendo nuevamente en campaña ese ejército de sábios varones dispuesto á combatirla y perseguirla en todos los terrenos legítimos, no ha cesado ni cesa de asestar sus tiros contra los hijos de Loyola. Y como la impiedad no sabe lo que es conciencia, ni siente remordimientos, ni distingue, ni se para en medios cuando se propone alcanzar un fin, es de aquí, señores, que no se vió jamás manera de hostilizar tan innoble, ni proceder tan bajo, como el que usa aquella contra la Compañía de Jesus. ¿Qué malas doctrinas no le atribuyen? ¿Qué crímenes no le imputan? Crímenes y doctrinas, señores, que solo ellos, esto es, solo los incrédulos que nada esperan ni

temen para despues de esta vida, son capaces de cometer y profesar, como de hecho profesan, enseñan y cometen.

De aqui resulta, que toda vez y donde quiera que estallan las ideas revolucionarias, ó donde quiera que prevalecen los ateos, falsos filósofos, petulantes reformadores, herejes, cismáticos, exaltados liberales y demas perturbadores del órden religioso y político; donde quiera, en fin, que el mal se entroniza, lo primero que se pide á gritos es la expulsion de los jesuitas. ¡Abajo los jesuitas! dicen, lo que estrictamente traducido quiere decir: ¡abajo los centinelas avanzados de las inmunidades y derechos de la Iglesia, porque queremos atropellarla y robarla! ¡Abajo los hábiles maestros que ilustran la juventud, porque para la obra de demolicion y de nivelacion á que hemos dado principio, necesitamos autómatas, ignorantes y simples á quienes podamos arrastrar sin resistencia á los tumultos, y á cuyas manos podamos confiar la tea incendiaria que ha de poner fin al presente órden de cosas! ¡Abajo los jesuitas! esto es, afuera los que desconciertan nuestras cábalas subterráneas, los que nos atisvan para revelar á los pueblos nuestros proyectos tenebrosos, porque queremos destruirlo todo para formarnos una sociedad segun nuestros intereses y cálculos! ¡Afuera, por último, á los atentos auxiliares de los Papas y Obispos en la guarda del rebaño de Jesucristo! ¡Afuera y pronto los que gritan ¡al lobo! porque queremos destrozar ese rebaño!

¡Compañía de Jesus! yo te rindo parabienes, no tanto porque supiste merecer los encómios de todos los hombres probos, cuanto porque has sabido hacerte digna del ódio y persecuciones de los mismos que aborrecen toda sumision, toda ley y todo freno.

¡Gloriosísimo Ignacio de Loyola! tambien á tí sean dados eternos loores y felicitaciones; pues que habiéndote Dios concedido lo que le pediste, que tu Compañía fuese perseguida, esas persecuciones mismas la robustecen, y robustecida vivirá con vida mas fuerte. Tambien esas persecuciones prueban que tu Compañía trabaja por el bien, puesto que el mal cobrá celos y le declara guerra. Tambien esas persecuciones glorifican á Jesucristo, pues ellas confirman la verdad de que tu Compañía lleva el camino que Jesucristo anduvo, es decir, el camino de la justicia y la verdad. *Gloria Domini plenum est opus ejus.*



SERMON

SOBRE

SANTO DOMINGO DE GUZMAN

Sacerdos magnus, qui in vita sua suffulsit domum; et in diebus suis corrovoravit templum. Eccl. c. 5. v. 1.

Tal es el gran Sacerdote que empleó su vida en el sostenimiento de la casa de Dios; y todos sus dias en el fomento de la Iglesia.

Eclesiástico, c. 5 v. 1.

Señores :

Al venir hoy ante vosotros con el fin de hacer el elojio de uno de los héroes mas esclarecidos con que se dignó el Señor honrar, embellecer y consolar su Iglesia, en una de sus épocas mas aciagas, concurren felizmente tres circunstancias que en verdad me alientan en tan difícil empeño. Primeramente, es indudable que yo debo hablar á personas, en su mayoría instruidas y piadosas, y por lo mismo conocedoras mas ó menos de la prodigiosa historia del Santo Patriarca Domingo, por dicha mia, mi amado Padre. Es tambien indudable que lo mucho que yo no diré, y que será lo mas de sus virtudes y proezas, lo dicen cada dia y prácticamente, las instituciones piadosas que fundó, y á las cuales tanto debe, no el mundo incrédulo y sensual, sinó el mundo sensato y cristiano. Y por último, es cierto tambien que desde todas las zonas y

puntos del globo donde es conocido y practicado el Smo. Rosario de María, necesariamente deben levantarse hasta el cielo himnos de reconocimiento al Señor, por haber enviado al mundo un tan perfecto maestro de oracion y tan ferviente promulgador de las glorias y exelencias de Maria.

Sin estos precedentes yo me sintiera tan agoviado bajo el peso de este compromiso que .. y podeis creerlo, lo esquivara huyendo de tan séria responsabilidad.

Felizmente, empero, no es asi; pues viviendo todavia el Santo Patriarca Domingo en las tres asociaciones relijiosas que fundó, y que se glorian en llamarle padre, y en el santo ejercicio del Rosario, que á tantas almas ha salvado de la perdicion eterna, estos cuatro monumentos clásicos, obra de las manos de Domingo, dicen mas en su alabanza que cuanto pudieran decir los mas ingeniosos y elocuentes panegiristas, despues de haber agotado todos los recursos del arte. Sostenida, señores, por estas cuatro columnas inconmovibles la gloria de mi Padre Domingo, no haya miedo que padezca menoscabo; y bien puedo yo entrar sin recelo alguno á formular su elogio.

Ora bien, ¿deseais, señores, que os manifieste ya que es lo que me propongo decir en este dia del Santo Patriarca Domingo, ó cual es la forma que debe llevar y de qué flores deba componerse la guirnalda que me empeño en tejerle y poner sobre sus sienes? Voy al punto á satisfacer tan lejitima curiosidad.

Si atentamente se observa, señores, la situacion de la cristiandad á fines del siglo doce, y el estado de las costumbres, de las letras y de la política, y aun la abyeccion y desprecio profundo en que cayera el sacerdocio mismo, y por consiguiente la desolacion y amargura de la Iglesia, hallaremos

sobrados motivos para que el observador se espante en presencia de tantas ruinas y de tamaño desórden; ni estrañemos si esclama tambien: ¡Dios santo, vuestra Iglesia sucumbe! ¿qué se hicieron vuestras promesas? Pero luego que ese observador, ya serenado, observe, así mismo, que en tal época y en tal estado de cosas, aparece un hombre de la índole y espíritu, de la firmeza y celo, de la fé, ciencia y abnegacion de Domingo de Guzman, dirá tambien y con entusiasmo una verdad, que es cabalmente mi proposicion. Ese hombre estraordinario, Domingo de Guzman, fué el gran sacerdote, en quien se manifestó, como encarnada, la accion divina sobre la Iglesia santa de Jesucristo. *Sacerdos magnus, qui in vita sua suffulsit domun; et in diebus suis corroboravit templum.*

No olvideis, hermanos, que debeis ser indulgentes con quien siendo un pequeñuelo en la casa del Señor, se dispone, no obstante, á elogiar al que la sostuvo como verdadero gigante en el órden de la gracia; al que es una de las mas brillantes glorias del Cristianismo.

Tampoco olvideis que los que creen y desean que la Iglesia de Cristo perezca, se indignan al solo nombre de Domingo de Guzman; pero la razon de esto es bien obvia, y yo no me ocuparé de ese punto.

¡Gloriosisima reina de todo lo creado! el honor de vuestro amado Domingo, se interesa en que me seais propicia. Sea asi, Señora, en gracia de haber sido él quien introdujo en la Iglesia de Dios, la loable costumbre de saludaros desde la cátedra sagrada con la palabra del Arcangel: *Ave-María.*

Sacerdos magnus, etc, ...
Eccl. c. 5. v 1.

He dicho, señores, que Domingo de Guzman, mi gloriosísimo Padre, fué el gran sacerdote en quien encarnó la accion divina, sobre la santa Iglesia de Jesucristo.

Bien, pues, Dios Nuestro Señor, mediante esa accion conservadora de la Iglesia, ejerce tres actos, ordenados á ese fin. El primero de ellos consiste en restablecer lo arruinado:—el segundo en sostener lo ya restablecido,—y el tercero en promover el desarrollo ó progreso de lo ya restaurado; puesto que la Iglesia no solamente debe conservarse, sino que debe dilatarse hasta los confines de la tierra; pues Jesucristo dijo á sus apóstoles: *Docete omnes jentes. Predicate Evangelium omni creaturæ.* Id y enseñad á todas las gentes. Predicad el Evangelio á toda criatura.

Si os demuestro, pues, que el Sto. Patriarca Domingo, con su predicacion y con sus grandes virtudes, reparó y sostuvo la Iglesia de Jesucristo; y que, además, con las instituciones que fundó, la dió un poderoso impulso hácia su progreso ó dilatacion, habré llenado mi propósito y satisfecho vuestra piadosa ansiedad. Escuchadme.

I.

Una de las mas sorprendentes bellezas de la increada sabiduría resulta, Señores, de que á ella sola es dado cosechar ventajas del mismo mal, convirtiéndolo en motivo de bien, de prosperidad y de gloria. Esto, sin duda, tuvo presente el Apóstol, cuando dijo: «que donde abundó el pecado, sobreabunda despues la gracia. Lo contrario acontece á la sabiduría

humana, la cual, abusando del bien, como suele, conviértelo en pretesto, causa ó motivo de mal.

Por esto tambien es que, ya en el hombre individuo ó particular, como en el hombre colectivo, ó en las asociaciones ó sociedades, suele el Señor permitir decadencias y contrastes, que en verdad parece que deben traer la ruina total á esa corporacion ó á esa persona. Pero en un momento dado, y que Dios conocia y veia venir, acude con su eficaz poder, y todo cambia. Todo cambia, digo, no solamente porque se recupera lo perdido, sinó porque se mejoran las condiciones de esa alma, de esa institucion, ó lo que fuere. Siguiéndose como es consiguiente, de esa transformacion admirable, mucha gloria y alabanza para el que todo lo ha creado y con tanto acierto y sabiduria conserva y perfecciona todo.

De estas alternativas y vicisitudes, ni estuvo, ni está exenta la misma Iglesia de Jesucristo segun que se compone de hombres, no obstante la divinidad de su origen; salvos, si, sus principios y su enseñanza, que son invariables.

Todo ese inmenso catálogo de herejías que nos relata la historia, no es mas que la nomenclatura de las dolencias que la han aflijido, y que Dios con su poder supo convertir en ventajas para ella, en lustre y honor para su santo nombre.

El maniqueismo, arrianismo, pelagianismo, monotelismo, y demas sectas y capitales heregías anteriores al siglo trece, tuvieron sus antagonistas que las refutaran victoriosamente y las abatieron. S. Agustin, S. Atanasio, S. Ambrosio, S. Gerónimo, y otros muchos santos y doctos varones anteriores y posteriores á los mencionados fueron los adalides que el Dios fundador de la Iglesia opuso á esas hidras venenosas que amenazaban devorar el rebaño de Jesucristo; pero Domingo de

Guzman estaba llamado á lidiar, confundir y poner en fuga à una heregía que, por decirlo así, reasumía ó epilogaba todas las paradojas, blasfemias, aberraciones y errores pasados. Tal era la heregía albijense.

Enrico y Pedro de Brui eran los corifeos de esta maldita falanje. No habia dogma católico que no negasen, ni error que no enseñasen, ni verdad que no impugnasen, ni Sacramento que no profanasen, ni cosa santa, en fin, que no menospreciasen. Reíanse de la eternidad de las penas y de la doctrina santa del purgatorio, para ensanchar el camino á sus instintos sensuales y vergonzosos excesos. Daban á la Iglesia de Jesucristo los epítetos mas denigrantes y propendian con desesperado afan á la destruccion de la gerarquía eclesiástica. Arrastraban, siempre que podian, por los suelos, las imágenes sagradas, y negando á la Sma. Virgen su pureza y santidad, la profesaban un ódio verdaderamente diabólico, síntoma el mas característico de la índole infernal de aquella secta.

Infiltrándose luego esos errores en el corazon de los pueblos, por lo regular siempre dispuestos á abrazar todo lo que es licencia, todo se maleó, señores, en aquella época fatal; porque el principio relijioso es á la sociedad, y algo mas todavía, que lo que la aguja magnética á la nave, ó lo que el centro de gravedad à los cuerpos, ó lo que la conciencia al individuo; quitad estas tres cosas, y vereis la nave vagando sin rumbo en el océano, al mundo físico desmoronarse, y al mundo moral convertido en caos. . . .

Ved, señores, sin ir mas lejos, ved nuestro estado de cosas en política, en relijion, en costumbres, en educacion. . . Ved ya qué estravío, qué incertidumbre y qué desquicio! Sin embargo, esto no es sinó el principio de los males. Si la incre-

dulidad, por desgracia, prevaleciese... ¡vereis cuántas lágrimas y cuanta sangre! ¡Ay entónces de vuestros hijos!

Decia, pues, que á consecuencia de la heregía albijense, alimentada, por otra parte, por la exaltada imaginacion y por la proverbial ignorancia de aquella edad, á que llamamos la *edad media*, los pueblos, la aristocracia, el clero mismo, como ya dijimos, infundian lástima, escándalo, desesperacion. La Iglesia de Jesucristo, por esos elementos minada y sacudida, amenazaba desplomarse, iba ya á caer.

Por esos años, pero ántes que la perversion subiese hasta ese punto, sucedió lo siguiente. Allá en Calahorra, en Castilla la Vieja, una noble señora, temerosa de Dios, como Sahara, sencilla como Rut y fecunda como Lia, habia soñado que de su seno se escapaba un can, que al mismo tiempo que llevaba una tea encendida atronaba el mundo con sus gritos. No faltó quien la descifrase ese enigma, diciéndola «que tendría un hijo que hablaria bien fuerte en la casa del Señor, anunciando el Evangelio, y que llenaría de luz toda la tierra con los resplandores de su doctrina y de sus ejemplos.

Juana de Aza dió á luz un niño, y todos cuantos le veian se decian unos á otros, lo que en otro tiempo del Bautista dijeron muchos: ¿Quién, pensais, será este niño, andando los tiempos? Y esto decian, entre otras cosas, porque les maravillaba un no sé qué que en la frente del pequeño Guzman relucía. Ese *quid*, que admiraban todos, era una cosa *sui generis*; una cosa indefinida, sin nombre; pero que de hecho, derramaba luz y regocijaba el espíritu.» (1)

(1) Lacordaire, vida de Sto. Domingo.

La piadosa señora, pasados cuarenta dias despues de su alumbramiento, llevó su niño al templo para presentarlo al Señor, y tuvo lugar entónces un nuevo prodigio. El sacerdote celebrante al volverse al pueblo despues del *gloria in exelsis*, en vez de decir: *Dominus vobiscum*, dijo: *ecce reparator Ecclesiæ*; esto es: «he ahi el que viene á reparar la Iglesia.» Perturbóse un tanto al advertir su yerro, y para correjirse, quizo decir lo que debia, segun la rúbrica: *Dominus vobiscum*; pero volvió á decir: *ecce reparator Ecclessiæ*. Pensó si seria inspiracion y continuó su oficio... Era, señores, todo esto el lenguaje del cielo, anunciando al mundo que habia ya venido el gran sacerdote que habia de consagrar su vida al sostenimiento de la casa de Dios. *Sacerdos magnus, qui in vita sua suffulsit domun*; y que habia de emplear sus dias y sus esfuerzos todos, en corroborar la Iglesia; *et in diebus suis corroboravit templum*.

Mientras tanto que ese niño prodigioso se desarrollaba bajo tan felices auspicios en un rincon de Castilla, el error ganaba terreno; pero bien distante, si, de sospechar que habia ya nacido el que desharia, con sus palabras y ejemplos, cuánto él iba amontonado para oscurecer y desprestijiar la verdad.

Poco tiempo pasó cuando ya se veía en la Universidad de Palencia un estudiante modesto, meditabundo, concentrado, humildísimo, silencioso, muy dado á los templos, á la oracion, á los libros devotos y á la penitencia. Sus condiscípulos decian de él, los unos, que era un misántropo; los otros, que era un fanático; estos, que no era amigable; aquellos... por fin, cada cual disfrazaba su envidia con varios pretestos y colores; pero ese jóven sin cuidarse de hablillas, medraba de un modo sorprendente en aquella sabiduria; que reconoce por punto de

apoyo el santo temor de Dios, sin que descuidase por eso el estudio de las humanidades, de que fué maestro muy en breve.

Muy en breve, si, porque algun tiempo mas, y ya ese jóven era Arcediano en la Catedral de Osma, y rejenteaba la cátedra de teolojía, en aquella misma Universidad donde habia sobrellevado tan ejemplarmente las amargas contradicciones de sus envidiosos cólegas.

Otro poco tiempo, señores, y ya Galicia, Castilla y Aragon, se conmovian á la voz poderosa de un predicador ferviente, que habiéndolas despertado del sueño de la tibieza, del vicio y la ignorancia, y poniéndolas delante los juicios de Dios, severos y terribles, operaba en ellas una verdadera revolucion; pero una revolucion de la índole misma de la que Jesucristo trajo al mundo pagano: una revolucion salvadora. Y ese que así revolucionaba los pueblos para arrancarlos de la servidumbre del pecado, era Domingo de Guzman.

Ya el delgado y manso arroyuelo que en las famosas aulas de Palencia reanimaba con sus corrientes aquellas almas que estaban bajo su influencia inmediata, habíase vuelto un rio caudaloso que prestaba fertilidad y vida á populosas ciudades: *fons ille modicus, crescens in flumen maximum, potum largitur optimum.* Ya el misterioso can que viera en sueños la esposa de Félix de Guzman, habíase convertido en un centinela potente, fiel y vijilante, cuya voz, salvando los encumbrados Pirineos, escuchábase en el Langüedoc, campamento general de la herejía albijense, y blanco tambien que iba á ser de los dardos que como de aljaba partirian de la boca y corazon de Domingo; y de las piedras que con la honda del Rosario le arrojaría el nuevo David, hasta estirparla en la viña del Señor.

En efecto, señores, aquellas primeras campañas evanjélicas revelan á Domingo la mision á que era llamado y las pujantes fuerzas con que contaba; y sediento de nuevas y mayores luchas y conquistas, parte á Roma y pide á Inocencio III su bendicion, ó para remontarse al norte de la Europa á llevar el Evanjelio á jentes desconocidas, ó para pasar al Langüedoc á apagar el incendio que allí habian levantado los albijenses con sus perversas doctrinas. El Santo Padre opta por lo segundo, y Domingo parte para Roma en calidad de Delegado Apostólico.

Bajo este carácter preséntase Domingo ante el trono del Rey Cristianísimo y hace saber al Monarca que Su Santidad le exhorta y aun quiere que tome sérias y eficaces medidas para estorbar la marcha devastadora de la heregia; y hecho esto, empieza el Santo Patriarca sus apostólicos trabajos, poniendo de manifiesto los sofismas con que se pertrechaban aquellos sectarios y los fines malvados que se proponian con su rebelion insensata contra la Iglesia de Jesucristo.

Aun no se acostumbraba decir la salutacion angélica en los exordios en los discursos sagrados. El Santo Patriarca la introdujo entónces, no solamente como un testimonio del amor tierno que á la Sma. Vírgen profesaba, y con la mira de contrariar á aquellos sectarios que á manera de demonios, y como queda dicho, odiaban á María, sino tambien para que se entendiese que él emprendia la lucha bajo los auspicios de aquella á quien tan oportunamente canta la iglesia estas palabras: « *Cunctas hereses tu sola interemisti*; tú, señora, y tú sola, con el poder que Dios te ha confiado, en todo tiempo aniquilaste todas las herejias.» Y predicando el santo Padre, y poniendo en práctica por do quiera el santo ejercicio del

Rosario, por inspiracion y aun por órden espresa de la misma divina Madre, estableciendo procesiones en que se cantase este nuevo psalterio en honor de Maria y en que se conmemorase à la vez la pasion dolorosísima de Jesucristo ¡cuánto campo hizo perder á aquella soberbia secta!

Esta ciega confianza del apóstol Domingo en la proteccion de la mas bondadosa de las madres y poderosas de las reinas; y la consideracion profunda sobre aquellas palabras del Señor à Jeremias, que el Sto. Predicador entendia ser dichas á él: *Mi palabra ha caido en oprobio por el desprecio que de ella se hace; mas yo me vengaré poniéndola en tus lábios como un fuego devorador; y los pueblos que la oyeren serán como un leño seco que ella consumirá»*; aquella confianza plena, digo, en la proteccion de Maria y la consideracion sobre ese testo sagrado, llenaron á Domingo de un celo y valor como el de Elias en presencia de Acab, de una libertad y arrojo como el del Bautista delante de Herodes, y de un espíritu como el de Paulo en el Areópago.

El oráculo sagrado cumplióse á la letra: *Los pueblos que oyeren mi palabra de tu boca*, habia dicho el Señor, *serán como leños secos que ella consumirá*. Porque, señores, ante la lógica de fierro de ese nuevo Jonás, ante la uncion, temple de voz, acento de Profeta y rostro de ángel de Domingo, desertaban las almas por centenares de las filas del error. ¿No habeis observado en algunos dias borrascosos como el viento de la pampa aleja los negros y pesados nubarrones que nos ocultan el sol? Asi la predicacion de Domingo, robusta, luminosa, recia, llena de fuego y de vida, ahuyentó los errores, desterró la ignorancia, avergonzó à los sectarios; y los pueblos que estos fascinaran, pendientes ahora de los lábios de

Domingo y volviendo de su torpe letargo vieron libre y despejado el camino de la vida eterna; el dogma católico en toda su magestad, y la verdad en toda su sencillez, no obstante las sombras con que habian pretendido desfigurarla aquellos emisarios del infierno. *Doctrinam evangelicam, spargens per orbis cardinem, pestem fugat hereticam.*

No hicieron falta à Domingo, no, los recursos de la humana elocuencia, ni las palabras escojidas y buscadas con candelas en estraños idiomas, ni los periodos redondeados, ni las frases injeniosas, ni esa torrentosa erudicion que antes bien produce vértigos en los oyentes que reforma en sus ideas y costumbres: no, Domingo predicaba à Jesucristo y à Jesucristo crucificado.

La predicacion de Domingo consistia en la manifestacion injénua y sencilla de las verdades católicas: en comunicar à sus oyentes el fuego del amor divino que lo devoraba, y en la limpieza de su vida, compendio de todas las virtudes.

Domingo aprendió à predicar del grande Apóstol que decia: *predicatio mea, non in persuasibilibus humane sapientie verbis; sed in ostentione spíritus et virtutis.* (1) «Mi predicacion, decia S. Pablo, no hace alarde de palabras tomadas de la humana ciencia; pues solo consiste en la manifestacion sencilla de la virtud y del espiritu.»

De aquí no se infiera, señores, que Domingo despreciaba ó ignoraba las prescripciones de la retórica; no, porque las poseyó tan cabalmente como prolijamente las habia estudiado; infiérase, antes si, que quien posée como él poseia el espiritu

(1) S. Pab. à los Cor. c. 2, v. 4.

de caridad, imprime á su palabra una eficacia como jamás le dará el arte.

Los preceptos de la oratoria, si no me engaño, se establecieron para suplir en el orador sagrado lo que le falta de humildad y de espíritu; y en el orador forense lo que á sus causas falta de justicia.

Al oirse predicar á Domingo nadie hacia memoria de las reglas del decir sino de lo que decia. De los sermones de Domingo nadie salia diciendo: ¡Oh qué estilo y qué lenguaje! ¡Oh qué magnífico discurso! El que lo escuchaba salia desagradado del mundo, aborreciéndose á sí mismo, pidiendo á Dios misericordia, y formando muy sérios propósitos de mejorar de vida, y de mejorarla inmediatamente.

Así predicó y debió predicar, señores, un hombre cuya preparacion inmediata para el público consistía en mirar fijamente y con lágrimas en los ojos un crucifijo que tenia en su mano izquierda; mientras que con la mano derecha levantaba una cadena de fierro con la cual azotaba su inocente cuerpo, su cuerpo virginal, hasta caer á veces exànime y desangrado.

Así predicó Domingo, vuelvo á decir; y siempre preparándose con la disciplina, el ayuno y la oracion, recorrió toda la España, la Francia y la Italia, reclutando en todas partes innumerables almas para Jesucristo; y edificando á todos ya con la mansedumbre con que sufria los mas groseros insultos públicos por parte de los herejes, ya con la pobreza de sus vestidos, por lo regular remendados, aunque siempre limpios, y con la desnudez de sus pies santos, magullados y heridos por los àsperos caminos que atravesaba, y con su caridad y misericordia... ¡tan raras! tan raras, señores, que en cierta ocasion en que una mujer desvalida referia al Santo como un

hermano habia caido cautivo entre los moros, él la dijo al punto: «Pues mira, hija mia, no llores; véndeme que yo para poco sirvo; y con el dinero que por mi te dén, podrás, talvez, rescatar á tu hermano!»

No quedó por él si esta venta no se realizó, sino por la mujer aquella, que quedó absorta de ver tanta caridad y tanto candor.

Asi, finalmente, asi predicaba, y asi practicaba lo que enseñaba el gran Sacerdote del siglo trece, cuya mision fué reparar y sostener la Iglesia de Cristo, y al mismo tiempo impulsarla hácia su dilatacion ó progreso.

Los dos primeros puntos de los tres enunciados, quedan probados en cuanto lo permiten el tiempo que se me otorga y mis débiles fuerzas.

Vengamos al tercero, que abreviaré en lo posible.

II

Antes de tratar, la segunda parte de este discurso, que, como recordareis, debe consistir en probar que mi Padre Domingo con las instituciones relijiosas que creó impulsó fuertemente la Iglesia hácia su dilatacion ó progreso, quiero hacerme cargo de una especie ó sombra con que los enemigos del Sto. Patriarca, que son tambien los de la Iglesia, tratan de empañar su memoria, ó por imbecilidad ó por sistema.

Esto de que voy á ocuparme por incidencia, ni lo haré por vindicar al Patriarca, que es un gran Santo y no lo ha menester, ni por sus detractores, que no se aprovecharán de ello; lo haré por vosotros que podeis ser engañados, si no lo fuisteis ya.

A todo lo que hemos dicho hasta aquí pudiera oponer algu-

no esta observacion: «Bien está, y sea como querais de vues-
« tro Patriarca, pero el mundo todo sabe que Domingo de
« Guzman predicó una cruzada contra los albijenses, y que
« acompañó al Conde de Monfort en esa campaña; lo que dá
« al Padre de los Predicadores, un aspecto histórico poco
« manso, y por consiguiente nada conforme con la manse-
« dumbre evanjélica.»

Aplaudo la observacion, señores, y responderé brevemente, ya que no me es dado por hoy ocuparme, de lo que quiere decir *mansedumbre evanjélica* en boca de nuestros adversarios.

Decidme, pues, partidarios de toda tolerancia y amantes celosos de los fueros populares, decidme: ¿reconoceis en los pueblos ó no el derecho de repeler por la fuerza y arrojar fuera de sí, (cuando las persuaciones ya se agotaron) á los que perturban su sociego, anarquizan sus familias, corrompen su juventud, estragan sus costumbres y pervierten sus creencias relijiosas, que son la base de su esperanza en un porvenir feliz, para el tiempo y la eternidad? Sí, que les reconoceis ese derecho, por que vosotros amais los pueblos, y teneis razon. Pues bien, el Papa Inocencio III tambien los amaba, y fué por esto que autorizó á Domingo para que predicase una cruzada que contuviese la osadia de aquella soberbia secta que traia en conflagracion una gran parte de la Europa.

¿Por ventura los pueblos se alimentan solo de adulaciones y de fiestas y banquetes que se celebran en su honor, y de que ellos no participan, y no tambien de que se les reconozca de un modo práctico sus derechos y esa su soberania tan decantada?

¿Siempre, siempre se dejarán engañar y asesinar y esplotar los pueblos, con tal que sea por los enemigos de la Iglesia y en

nombre de la tolerancia y de la libertad? ¿Están acaso condenados los pueblos á doblar su serviz bajo la cuchilla del verdugo, con tal que la última palabra que se les haga oir sea: ¡viva la libertad! abajo los reyes! como á fines del siglo pasado sucedió?

¡Cien mil hombres armados contaba la herejía albijense para sostener á sangre y fuego....pero, no, he dicho poco, para imponer á sangre y fuego sus bárbaras teorías y torpes errores!

Los monasterios eran arrasados, las iglesias saqueadas y algunas de ellas convertidas en fortalezas y cuarteles por el conde Raymondo. Ningun católico podia esperar justicia ni proteccion contra un hereje, porque ser católico era estar fuera del amparo de leyes y autoridades.

Sucedió un dia que el Obispo de Orange suplicó al Conde «que se dignase al ménos respetar los lugares sagrados, y que siquiera en los dias festivos no permitiese á sus tropas las tropelías y depredaciones de que era víctima la provincia de Arles. ¿Sabeis lo que respondió aquel *libre pensador y tolerante* del siglo trece? «Juro, dijo al Obispo, juro por esta « mano, no hacer caso alguno de los domingos y dias fes- « tivos, y no dar jamás cuartel, ni á las cosas, ni á las « personas eclesiásticas.» (1)

Vosotros, pues, los que con tanta justicia abogais por la infeliz Polonia de nuestros dias, y que con tanto entusiasmo veriais desfilar un nuevo grande ejército que la protejiera contra el despotismo ruso, ¿no concedeis que la cruzada que predicó Domingo es uno de los actos de su vida que mas lo

(1) Lacordaire, vida de Sto. Domingo de Guzman.

recomiendan y acreditan de hombre interesado en la libertad de los pueblos oprimidos? Ea! sed consecuentes.

Y bien, ¿cual fué la injerencia que el Santo Patriarca tomó en la batalla de Maurel, en la que segun sus detractores «él marchaba al frente del ejército de Monfort, animándolo al combate?» La historia imparcial, señores, la historia fiel y severa dice que durante esa batalla el Patriarca se mantuvo orando en una hermita cercana, en compañía de los Obispos de Tolosa y de Nimes, de otros cinco Obispos mas, y de tres abades del Cister. Y en testimonio de esto sabemos que las Córtes españolas en 1812 declararon, tratando este punto histórico, que Santo Domingo de Guzman no opuso a la herejia otras armas que la instruccion, la oracion y la mansedumbre. (1)

Sobre Inquisicion, señores, relativamente al Sto. Patriarca estoy dispuesto á satisfacer las observaciones que se me hicieren, despues de este momento y fuera de este lugar. Por lo pronto diré en resúmen: 1.° Que la jeneralidad de las gentes solo saben de Inquisicion lo que han dicho en sus novelas y periódicos hombres manifiestamente hostiles á la santa religion de Jesucristo; y es averiguado que en periódicos y en novelas no se aprende otra cosa que á no saber nada. 2.° que la Inquisicion de España no fué importada á ese reino, ni por Domingo de Guzman, ni por eclesiástico alguno, sinó á peticion de Isabel la Católica, reina á la cual el pueblo español ha mirado siempre con gran entusiasmo y veneracion. (2) 3.° Que la Inquisicion fué un tribunal misto, y que al inquisidor

(1) Cesar Cantú. Historia Universal; t. 4.°

(2) Balmes. Protestantismo, t. 1.°

eclesiástico no incumbia otra cosa que declarar si la proposicion emitida y denunciada era herética ó no. La pena corporal era atribucion esclusiva del poder civil. Y digo, la proposicion emitida y denunciada, porque una cosa es pecado de herejía y otra delito de herejía. El pecado de herejia, como que es un acto privado y solo conocido de Dios y del hombre que le comete, ní cayó, ni pudo caer jamás bajo la jurisdiccion contenciosa de la Iglesia. El delito de herejia, segun que es un acto escandaloso cayó bajo la accion de ambos poderes, entónces y aun ahora; sino que entónces se castigaba el crímen y hoy se tolera; salvo, empero, aquel que ataca *el círculo político dominante* porque hasta ahí no alcanza la *tolerancia moderna*. Por lo que hace á la legislacion eclesiástica, ni entónces, ni hoy castigó la herejía esterna con otras penas que con las espirituales. Y esto es así, porque la intolerancia es un derecho y un deber de la verdad. El error es tolerante por que es culpable. 4.° Que la Inquisicion de Roma, fué siempre incruenta; y el que diga lo contrario falsea la historia. «Los « Papas, dice Balmes, con un tribunal de intolerancia, no « derramaron una sola gota de sangre; y los protestantes, tole- « rantes y filósofos, la han derramado á torrentes.» (1) Y de paso diré yo que lo que es peor aun, la derramaron á nombre de la tolerancia y libertad; ahí están sino los Puritanos de Inglaterra, los Jacobinos de Francia y los rojos de la actual Italia. 5.° Que el Santo Patriarca Domingo, ni trajo la Inquisicion á España, ni jamás aflijió á nadie, y si enjugó cuantas lágrimas vió correr, porque fué dulcísimo, manso,

(1) Balmes; el Protestantismo; t. 2.° p. 459

modesto y humilde y para todos tierno y amable como una madre jóven con el primero de sus hijos.

Un historiador contemporáneo, en el tomo 4.° de su Historia Universal, con la imparcialidad que todos los sensatos le reconocen, al tratar de la Inquisicion, empieza diciendo: «Al escribir este nombre (Inquisicion) «que se quiso presen-
« tar como padron de ignomínia para la Iglesia, nos apresura-
« mos á declarar que ninguna parte tuvo en ella Sto. Domingo;
« que su ánimo fué fundar una órden, no para imponer la fé,
« sino para asegurar su libertad.» (1) ¿Hubo abusos só pretesto de Inquisicion? Yo no tengo inconveniente en reconocerlo, porque sé que de todo abusa el hombre; pero digo tambien que jamás se abusó de la Inquisicion en el grado que se abusa hoy de la libertad de imprenta; sin embargo, el mundo moderno insiste en que la imprenta sea libre.

Vengamos ya al argumento que quedó aplazado y aun nos incumbe probar: que el Sto. Patriarca Domingo impulsó poderosamente la Iglesia de Jesucristo hácia su dilatacion ó progreso.

Jamás se podrá probar, dirán algunos, que con instituciones religiosas como las que planteó Domingo, haya podido este promover progreso alguno.

Yo tambien diria eso, señores, si no viese en el mundo otra cosa que materia; pero veo al hombre, que si bien lleva un cuerpo organizado, segun el cual es comprendido en la esfera de las cosas materiales, es tambien inteligente y libre, y en este sentido está tambien eslabonado con los ángeles, tiene con ellos un mismo fin espiritual y eterno, y ese fin es Dios.

(1) Cesar Cantú; t. 4.° edic. de 1869 en Paris.

El progreso de la materia es accesorio; pero el del hombre es principal. El progreso de la materia, si, es conforme á los designios de Dios; pero el progreso de las almas es un precepto esplicito del Señor: *sed perfectos*, nos dice, *como vuestro Padre celestial lo es.* (1) Y dice en otro lugar: *buscad primeramente el reino de los Cielos y su justicia; todas las demàs cosas, se os darán de aumento.* (2) El progreso de la materia hermosea el mundo, morada del hombre; pero el progreso del hombre, puebla de almas el cielo, que es la morada de Dios. Del progreso del hombre hácia su fin último que es Dios, trató en primer lugar el Sto. Patriarca Domingo; y á este progreso impulsó la Iglesia con las instituciones piadosas que planteó en la tierra. En cuanto al progreso material, aplaudió el que hasta su tiempo se conocia, porque los santos comprenden mejor que nadie que el supremo dador de la intelijencia y del injenio, no quiere que sus dones se entierren, sino que jiren y circulen. Pero esa tarea no le incumbia en su carácter de gran Sacerdote y reparador de la Iglesia de Cristo. Promovió, pues, el progreso esencial, el progreso del hombre hácia Dios.

Con este intento fundó el Sto. Patriarca una órden cuyo fin inmediato fuese la predicacion del Evangelio; y como medio para desempeñar este papel, el cultivo de las letras; cuyo fin inmediato fuese, la salvacion de las almas, y cuyo fin último y supremo la gloria de Jesucristo.

Solo hasta el año 1753, es decir, hasta un siglo y diez y siete años antes de nosotros, habia dado el Patriarca trescientos

(1) San Mateo. C. V. v. 48.

(2) Id. C. VI. v. 33.

sesenta y dos santos á la Iglesia de Cristo; sin incluir en este número los mártires, que sin duda son muchos mas que los confesores y vírgenes que honran esta benemérita familia domínica.

Para que deduscais, señores, el gran contingente de fuerza que estos hijos de Domingo pusieron á disposicion de la Iglesia para su dilatacion, os indico un medio muy sencillo, y es que procureis saber lo que hizo en este sentido en el Perú un pobre lego como Martin de Porres. Vereis cuanta amplitud dió al principio católico; las casas de beneficencia que fundó sin otro capital que su fé y caridad; los ignorantes que enseñó é ilustró; el magisterio que ejerció, predicando á muchedumbres inmensas la verdadera ciencia del progreso del alma; y direis luego: pues si un hermano donado, de orígen tan oscuro, dió á la Sta. Iglesia de Jesucristo un impulso tan poderoso y la hizo dilatarse tanto en el nuevo mundo, ¡que habrán hecho en esta línea, tantos millares de hermanos suyos, hijos del P. Domingo, tan doctos, tan ilustres, tan espectables, tan autorizados, tan laboriosos, en todo el mundo que recorrieron, llenando con fidelidad imperturbable el pensamiento de su santo Padre, de dilatar el reino de Jesucristo hasta los confines de la tierra! ¿Qué estension no habrán dado al catolicismo mas de mil quinientos prelados que ha dado esta órden, entre Papas, Cardenales, Arzobispos, Obispos, Maestros del Sacro Palacio, y tan gran número de escritores, en todos los ramos del humano saber? (1) Cual punto del globo no ha sido visitado por algunos de esos apóstoles? ¿A cuál region apartada no han llevado el verdadero

(1) Gran Diccionario Histórico de Moreri. t. 3.º

progreso, cuando antes aun de medio siglo, escribia Inocencio IV estas palabras: «Salud y bendicion apostólica, á nuestros « caros hijos los religiosos de la Orden de Predicadores, que « predican en los paises de los Sarracenos, Griegos, Búlgaros, « Cumanos, Etiopes, Sirios, Godos, Jacobitas, Armenios, « Judios, Tártaros, Húngaros, y otras naciones infieles de « Oriente? (1)

Quince años apenas habian corrido desde el glorioso tránsito del Sto. Patriarca, y ya se veian en Murcia y en Tunez colegios de la Orden donde se enseñaban las lenguas orientales, con el fin de que los hermanos se hiciesen idóneos para misionar en toda el Asia; de modo que no hubiese raza, ni jentes, que por distantes ó desconocidas quedasen fuera del alcance de la accion civilizadora de Domingo, ejercida y dirigida por los hijos y herederos de su espíritu.

Nada diré de lo que se ayudó el Sto. Padre con el Smo Rosario para promover la dilatacion de la Iglesia; con los sagrados asilos para vírgenes, y con la venerable Orden Tercera ó Milicia de Jesucristo, porque seria empezar de nuevo y acabar con vuestra paciencia.

Recordad por lo tanto, señores, lo que llevamos dicho sobre los resultados de la predicacion de Domingo; recordad lo que hemos bosquejado sobre sus grandes, edificantes y heróicas virtudes; considerad, por fin, lo que acabamos de apuntar sobre los trabajos colosales de la Orden que fundó; y convendreis conmigo, en que, en efecto, Domingo de Guzman reparó las ruinas de la Iglesia de Cristo, que la sostuvo despues de reparada, y que la dió, además, un impulso poderoso hácia su dila-

(2) Cesar Cantú, t. 4.° de la misma edicion. p. 70.

tacion ó progreso. Todo lo que prueba mi proposicion: *El Sto. Patriarca Domingo fué el gran Sacerdote en quien se manifestó, como encarnado, la accion divina sobre la Santa Iglesia de Jesucristo,* puesto que, mediante esa accion, ejerce el Señor tres actos: el primero consiste en reparar lo arruinado; el segundo en sostener lo ya restablecido; y el tercero en promover el progreso de lo que levantó y sostuvo. Tres actos ó funciones que absorvieron toda la vida santisima de Domingo. *Sacerdos magnus, qui in vita sua suffulsit domun; et in diebus suis corroboravit templum.*

He concluido.

Os exhorto, amados mios, ahora, á que pidais á Dios humildemente que en las circustancias actuales, tan amargas para la Iglesia, nos envie hombres, sino tan altos, fervorosos y valientes como Domingo de Guzman, por lo ménos hombres cuyo espíritu se aproxime á ese espíritu grande, apostólico, y querúbico.

SERMON

SOBRE

SAN VICENTE DE PAUL

Vidi aflictionem populi mei.......
et mittam te....ut educas... filios Israel de Ejipto. Exodo 3, v. 7 y 10.

Al dirigirme á vosotros, señores, con el fin de hacer el elojio de uno de los Santos mas esclarecidos con que plugo al Señor honrar y embellecer su Iglesia, concurren felizmente tres circuntancias para alentarme, ó mejor diré, para levantarme del abatimiento en que cai luego que me hice cargo del peso de este empeño. La primera es que debo hablar ante un considerable número de hombres conocedores de la admirable historia de mi héroe; es la segunda que lo mucho que yo no diré, y que será lo mas, de sus virtudes y proezas, lo dicen cada dia y prácticamente las muchas y benéficas instituciones que á él deben su vida; y es la tercera que apénas habrá un pueblo, entre los pueblos cultos, que no tenga frecuentemente ocasion de alabar al dador de todo bien, por haber enviado al mundo un varon como el que recordamos en este dia.

Sin estas tres circunstancias, como que estaba esclusiva-

mente á mi cargo daros idea de los méritos de este hombre magnánimo, yo no me habria atrevido á emprender tarea tan superior á mis fuerzas. Además, viviendo todavia nuestro héroe en las congregacíones que fundó, herederas de su espíritu y á las que sustenta desde el cielo con sus ejemplos y doctrina, los desvalidos de todo el mundo, los huérfanos, los enfermos y atribulados, dicen sus alabanzas mejor que lo hicieran los oradores despues de haber agotado todos los recursos del arte del buen decir.

No teneis qne temer, señores, por la gloria de este atleta de la caridad, aun cuando anduvisteis poco acertados al encomendarme su panégirico. Poco acertados no; me enmiendo y digo que antes bien anduvisteis asaz juiciosos y prudentes, desde que es así, y vosotros lo sabiais, que el nombre de vuestro Patrono ni debe su lustre á las palabras, ni estas fueron parte jamás para eclipsarle, si tal se pretendiera. La verdadera oracion panegírica de vuestro Santo patrono son sus hechos pasmosos, los prodijios de su beneficencia, y no prodijios que pasaron, sino prodijios que aun hoy palpitan y le recomiendan, le engrandecen y le glorifican. Cualquier orador puede predicar de San Vicente de Paul; su gloria está garantida. Por lo que hace al punto de vista bajo el cual debemos hoy considerarle, acaso lo habreis deducido de las palabras de mi tema, que fueron estas: «He visto, dijo el Señor á Moises, he visto la afliccion de mi pueblo cautivo. . . .y yo te enviaré para que le libres de tan amarga y penosa servidumbre.» Me propongo demostrar que San Vicente de Paul fué un varon enviado por Dios para consolar al pueblo cristiano cautivo bajo el doble yugo del vicio y de la miseria. *Vidi aflictionem po-*

puli mei.... et mittam te.... un educas filios Israel de Ejipto.

¡Dios Sacramentado de quien es la gloria de vuestros Santos! imploro humildemente vuestros auxilios por la intersección de vuestra divina Madre. *Ave María.*

Vidi aflictionem populi mei etc
Exodo 30 0. 7 y 10.

I.

Por mas que el mundo trabaje, señores, por confundir la beneficencia evanjélica segun la gracia, con la beneficencia filosófica segun la naturaleza, jamás lo conseguirá, porque se distinguen como la apariencia de la realidad ó como el espíritu de la carne.

La beneficencia evanjélica segun la gracia, se estiende á todos los hombres y á todas sus necesidades, porque Jesucristo ó el Evanjelio, que es su palabra, nos hace ver un hermano en cada hombre, sean sus costumbres cuales fueren y sus ideas las que se quieran. El cristiano católico al practicar esta virtud prescinde del génio, de la nacionalidad, y aun de la bondad ó malicia del necesitado; mira al hombre y en él la imájen de Dios, el redimido con la preciosa sangre de Jesucristo; y esto le basta para compadecerle, para estrecharle contra su corazon, tambien, si el caso lo pidiese. El hombre católico, vuelvo á decir, se creeria culpable, y con razon, si abandonase á su semejante pudiendo favorecerle, porque sabe muy bien que en tal caso habria infringido el precepto grande de Jesucristo. Cuando dócil á la voluntad soberana de este Señor, y consecuente con esa ley, se inclina como

el samaritano de la parábola para levantar á su hermano caido, no solo atiende á sus dolencias corporales: su beneficencia pasa mas allá, pues trata tambien de que su espiritual salud no sucumba bajo el peso de la desventura; y es por esto que acompañando su accion benéfica con exhortaciones morales y relijiosas, le habla de Dios como el ángel Rafael, quien despues de haber llevado el consuelo á la familia de Tobias, *vos autem*, les dijo, *benedicte Deum, et narrate ominia mirabilia ejus.* Vosotros, ahora, bendecid al Señor, y publicad, para gloria suya, las maravillas que en vuestro favor ha obrado.

Empero, la filantropía, caridad filosófica, ó como quiera llamarse, señores, á ese remedo de caridad de que son capaces los hombres no católicos, jamás reunirá, porque no puede reunir, tan preciosas cualidades. Ese sentimiento, ó mejor dicho, esos hombres en fuerza de ese tal sentimiento compadecerán, puede ser, levantarán tambien del polvo á sus amigos ó correlijionarios, pero á los que no lo sean abandonarán sin remordimiento. Ellos tal vez se suscribirán en favor del que padeció ruina, mas no en obsequio al Cristo Jesus, cuya divinidad acaso niegan, tan solo porque se los inspira la carne y la sangre. Tampoco cuidarán de la espiritual salud del mismo cuyo llanto acallan, porque ó no creen que el alma existe ó niegan su inmortalidad. ¡Ah! esta no fué, señores, la beneficencia que caracterizó á nuestro santo; fué ella la que viene de Dios, la que enseñó Jesucristo, la cual es esclusivamente infatigable é inagotable, porque Dios es inmutable y eterno, porque los tesoros de Dios son infinitos. No os pese que me haya estendido tanto en mi introduccion, pues lo exige asi el siglo presente, el cual pretende canonizar su beneficencia bastarda.

En el principio mismo, señores, de la carrera de Vicente, encuentro grande analojia con los primeros pasos del libertador del pueblo de Dios, pues Vicente como Moises se ocupó en su juventud en apacentar rebaños, del mismo modo que antes lo hiciera el inocente Abel, y despues el patriarca Jacob, y despues David, el cantor inspirado de las grandezas de Jehová.

Y si la poderosa hija de Faraon encantada de las infantiles cualidades del pequeño Moises, lo adoptó por hijo y lo educó y protejió hasta haberlo puesto en el camino que el cielo le señalaba, tambien Vicente fué protejido en sus tiernos años por un noble y poderoso caballero, el cual introduciendo al predestinado niño en el templo de la ciencia, dió á las letras sagradas un nuevo campeon, un nuevo Pablo, pues tan copiosa como la de este sería la cosecha que habia de recojer la Iglesia de los apostólicos afanes de aquel hombre de Dios.

En efecto, no habia llegado aun Vicente á los cinco lustros cuando fué elevado al Sacerdocio; y por cierto que ya entónces nada se veia en él que no correspondiese á tan santo y elevado carácter. De una ciencia vasta y sazonada, de una modestia anjelical, colmado de prudencia, hombre aplicado al silencio, siempre en la presencia de Dios, práctico en los difíciles caminos del espíritu, ya era tiempo que los designios del Señor sobre su pueblo aflijido se manifestaran de lleno mediante San Vicente de Paul.

El teatro, señores, no podia ser mas extenso, ni mas oportuna la aparicion de este hombre benéfico y admirable. La Francia, convulsionada horriblemente, era un volcan.

La guerra civil y religiosa de mediados del siglo XVI duró con lijeros intérvalos treinta y nueve años: dió ocasion

á la famosa, fecunda en acontecimientos trágicos, célebre y espantosa noche de San Bartolomé: dió la muerte á mas de dos millones de franceses: costó á la Francia mas de tres mil millones de francos: dió márjen á la confiscacion de los bienes de la Iglesia y aun de personas particulares. El mísero pueblo y las personas acomodadas moríanse de hambre en la misma ciudad de Paris, tan agotados habian quedado los recursos de subsistencia En estas circunstancias y en medio de este empobrecimiento y corrupcion general de costumbres, que son siempre el mas inmediato resultado de la guerra civil, dejóse ver en la escena del mundo San Vicente de Paul. Su aparicion fué, señores, cual la de ese semicírculo hermoso á que llamamos iris y que suele ostentarse en las tempestades presagiando su fin. El evangelizaba la paz, pero mediando, sí, la penitencia, la humilde y lacrimosa confesion de los pecados.

Este era el asunto favorito de sus discursos apostólicos; tal era la palabra de vida que arrojaba siempre con el mejor éxito en aquellas numerosas poblaciones por tantos años privadas de sus pastores, y por consiguiente hambrientas del pan de la buena doctrina. El Dios que en sus misericordias le enviara para promover una reaccion prodigiosa en las costumbres, bendecia por su parte los afanes y sudores de su fiel siervo, y era por esto que nada habia que resistiese á la accion poderosa de aquella predicacion robusta, persuasiva, elocuente, simpâtica, insinuante hasta para los corazones mas recios y envejecidos en el pecado.

El paso de Vicente por los pueblos que recorria era un acontecimiento tan ruidoso y plausible, como saludable y duradero, porque si á su llegada no habia encontrado otra cosa que

enemistades, usurpaciones, impiedades, blasfemias, odios, y olvido total de Dios y de sus juicios, al des edirse Vicente de esa aldea, pueblo ó ciudad, dejaba tras sí á los esposos reconciliados, á los blasfemos enmendados, á los que se aborrecian armonizados, á la juventud edificada y correjida, restablecida la devocion, moralizadas las familias, muy otras de lo que habian sido las costumbres, y finalmente, todo mejorado: religion, culto, costumbres, instituciones, educacion. ¡Cuánto puede un hombre solo cuando el Señor lo ha escojido para grandes cosas!

Os dije, no ha mucho, que la aparicion de San Vicente de Paul coincidió con una de las épocas mas sangrientas de la Francia, lo cual es muy conforme, muy digno de aquel médico sapientisimo, que sabe aplicar el remedio segun y cuando lo exijen los males; y de aquí fué que no solo á las gentes pacíficas se limitó el apostólico celo de nuestro Santo, sino que, presentándose con heróica intrepidez en medio de los ejércitos en los momentos mismos de romper marcha hácia donde los llamaba la voz de la patria, la obediencia y el honor, exhortábalos á recordar con dolor sus pasados estravios, persuadiales la penitencia, instábales, argüiales, rogábales hasta la importunidad que depusieran personalidades y rencores, para que si morian en el combate no los juzgase el Señor como á homicidas. ¡Oh! era digno de verse, señores, doblar la rodilla ante Vicente á viejos y belicosos granaderos, derramando lágrimas que no les hicieran derramar ni la espada ni la sangre, ni el fuego, para recibir la absolucion sacramental mediante ese hombre magnánimo, perseguidor del vicio hasta en los mismos campamentos militares. ¡Qué mas señores! Vicente de Paul consiguió moralizar aun á los mismos condenados á galeras,

jente desalmada, cuyos crímenes por su gravedad y repeticion los infamaban y hacíanles apreciar, humanamente hablando, por hombres obstinados en el vicio y como que escluian hasta la esperanza de enmienda. Entónces, Luis XIII, en vista del triunfo inaudito de la eficaz predicacion de nuestro Santo, creó el oficio de capellan de galeras, que hasta ese momento no se conocia y que fué de tanto provecho espiritual á los infelices presidarios.

Esta pingüe cosecha espiritual avivó la sed de la salvacion de las almas que devoraba el corazon generoso de Vicente, y reuniendo cerca de sí un corto número de celosos presbíteros, empezó á formar esa hueste benemérita de soldados evanjélicos que conocemos bajo la denominacion de Sacerdotes de la Mision.

La conversion de los pecadores y la instruccion del clero son los dos objetos especiales que se absorben los cuidados y los trabajos de estos dignos ministros del Señor y verdaderos hijos de San Vicente de Paul. El pueblo que logra la dicha de poseerlos ó albergarlos, es retribuido con usura por los servicios que ellos prestan á la sociedad sin otra pretension ó esperanza que la de haber llenado con la fidelidad posible los encargos de su Santo Padre. Vicente tuvo el consuelo de ver á estos sus hijos en tanto número que solamente la Francia, la Polonia y el Piamonte contaban mas de veinte y cinco casas.

Señores: sobre el apostolado de San Vicente de Paul, mediante el cual tan espléndidas victorias obtuvo sobre el vicio y el pecado, lo mas, y acaso lo mas brillante queda por decirse; lo siento, en verdad, pero ello es indispensable si hemos tambien de decir algo sobre lo mucho que hizo para salvar los pue-

blos del yugo de la miseria, que es la segunda parte de mi discurso.

II

Por lo que respecta, hermanos, al apostolado de San Vicente de Paul, aun que tan feliz en sus resultados y tan fecundo en prodijiosas conversiones y mejoras en todas las clases de la sociedad, no puede negarse, sin embargo, y sin disminuir la gloria de muchos otros apostólicos varones, que pudo tener y en efecto tuvo ántes y despues émulos y competidores en el Señor. Muy efímera fuera la fama de nuestro héroe si para sostenerla hubiera de ser preciso menoscabar el lustre de tantos otros Sacerdotes fieles y ardientes defensores de la verdad, que en todos tiempos suscitó el Señor para volver el hombre á los rectos caminos de la justicia; no convengo con esa manera de hacerse de recursos para ensalzar á los Santos. Pero tambien sea dicho que en cuanto á subvenir á las necesidades que al hombre aquejan, considerado como es, no solamente un ser moral sinó tambien un ser físico, yo por mi parte no sé cual otro haya llevado la beneficencia á tan elevado punto.

Porque, señores, consagrarse un hombre al servicio de pobres enfermos en un hospital ó de cualquiera otra manera, hasta la muerte, grande abnegacion demanda, y por lo mismo muy alta perfeccion sería. Edificar un hospital desde sus cimientos, dotarlo con pingües rentas, y además servir en él personalmente como el último de los enfermeros, es mucho mas, sin duda alguna; pero levantar no uno sinó muchos hospitales, y otras casas de beneficencia y otros asilos para toda clase de

aflijidos y menesterosos, un hombre sin recursos humanos, en una época tan calamitosa, y al mismo tiempo que el clarin resonaba llamando á la lid á toda la Francia, y cuando, como ya he dicho, aun personas acomodadas perecian de necesidad; cuando el estampido del cañon llevaba por todos los ángulos de esa vasta monarquía la dolorosa nueva de que los hombres y los pueblos se despedazaban.... ¿Quién es ese hombre? ¿quién es ese hombre que en tempestuosa noche edifica tantos y tan magníficos y costosos asilos de caridad, bajo la misma borrasca que ruje sobre su cabeza? ¿Quién es ese hombre audaz que en los mismos dias en que el humo de los combates oscurece el sol se ocupa en fundar y organizar y reglamentar, y personalmente dirijir, congregaciones de caridad, como para contener él solo el caudaloso rio de males que á la nacion francesa inunda? ¿Quién es ese hombre que se me representa corriendo tras del Dios justiciero, como si pretendiese quitar al Señor de sus manos el azote? ¿Qué hombre es ese que pretende reedificar lo que el eterno Juez derriba indignado? Ese ser es un puro hombre? ó es un ángel enviado para derramar la vida y el consuelo en el mismo surco que viene abriendo la cólera celeste? ¿o es la beneficencia que ha bajado del cielo y que recorre el mundo para mejor oir los lamentos del hombre y obrar en su favor maravillas que solo á la diestra omnipotente fuera dado realizar? Esto último es Vicente de Paul; la beneficencia hecha carne... ¿Puedo asi decirlo? Si puedo: la beneficencia encarnada, decia, dulcifica la amarga situacion de la humanidad oprimida bajo el doble yugo del vicio y de la miseria. De otro modo, señores, ¿cómo se esplica lo que hizo ese hombre de Dios en favor del hombre doliente?

¿Es menester atender á los enfermos, asistirlos, consolarlos, proveerles de medicinas y alimentos? Vicente se hace cargo de esta empresa, y con este fin funda una congregacion de Señoras, las cuales multiplicándose como por encanto con los contingentes que se les presentaban cada dia, forman en breve un robusto ejército de heroinas, marchan luego esos ángeles divididos en grupos, toman á la miseria todos los caminos, empéñanse, por decirlo así, brazo á brazo con los contajios y epidemias; y tal es su fé y su abnegacion que obligan á estos monstruos á retroceder unas veces, á minorar sus golpes casi siempre, y á entregar una gran parte de sus presas.

Muy poco tiempo habia pasado, comparativamente, cuando en Francia se contaba hasta trescientas casas de caridad ó trescientas comunidades de hermanas, herederas por línea recta del espíritu benéfico del hombre de Dios, objeto de nuestros cultos. ¿Llega á noticia de Vicente que por do quiera suelen hallarse parvulillos abandonados por sus mismas madres, y que muchos suelen perecer de frio y de hambre en los átrios de los templos, ó en los zaguanes y otros rincones, y que á veces hasta han servido de pasto á carnívoras bestias? Pues él se propone servir de padre á esos séres desgraciados, hijos del pecado y víctimas del orgullo; y con este fin, funda las casas de niños expósitos, busca madres que provean de un alimento adecuado y sano á esos pobrecitos incapaces de procurárselo y hasta de saberlo pedir todavia, y multiplicándose esas casas de un modo rápido, hé ahi remediada la calamidad y puestos en salvo millares de niños, cuya existencia, á no ser Vicente de Paul, no hubiera sido otra cosa que pasar dando jemidos del vientre materno al sepulcro. Mas ¡ oh dolor ! los recursos pecuniarios se agotan, las piadosas señoras que in-

mediatamente administran esas casas caen de ánimo, desfallecen, y presentándose al hombre de Dios le dicen: Padre santo, ¿qué hacer ahora? los desgraciados niños que nos han enviado son ya muchos, se hace imposible encargarnos de otros, no hay ya con que sustentarlos! Pero Vicente que jamás retrocedia ante semejantes dificultades, les dice: «Señoras, el cielo os ha constituido madres de esas criaturas desvalidas; sin embargo, yo deseo saber si os habeis cansado de mirarlas con misericordia. Decidme, ¿quereis vosotras abandonarlas? hablad, ya os escucho». ¡Oh! palabras poderosísimas! Ellas produjeron en aquellas santas mujeres el efecto mismo que en los apóstoles las que les dirijió Jesu-Cristo viendo que muchos de sus demas discípulos le abandonaban: «*Nunquid et vos vultis abire?* Por ventura vosotros quereis tambien dejarme? Reanímanse, pues, la fé y la confianza en aquellas santas señoras; vuelven con nuevos brios á la obra comenzada de salvar á los huérfanos inocentes, y ya no se habló mas, ni se trató de otra cosa que de favorecer á cuantos venian y hallaban, esperando en aquel cuya providencia mantiene á las avecillas del aire y á los peces del mar. Las casas de beneficencia hasta entonces planteadas, ¿llenan acaso las aspiraciones caritativas de Vicente de Paul? No, señores, él pasa mas adelante, pues hay todavia otros desgraciados y otros jéneros de dolencias que dulcificar.

El gran hospital de Paris á la sazon tan lleno de enfermos como escaso de medios para atenderlos, era una mansion de muerte; el aire inficionado que allí se respiraba antes era para envenenar que para renovar la sangre. Vicente pone sus hombros infatigables bajo el árduo empeño de mejorar en lo moral, en lo material, y en todo sentido, aquella

jigantesca mansion de las dolencias humanas. Ofrécense espontáneamente para esta obra magna de caridad doscientas damas y entre estas varias señoras notables por su posicion social y su fortuna; se preparan diariamente alimentos para mil enfermos; se mejora, desde que Vicente se declara protector de aquellos infelices, el personal y el aseo; se facilita el paso del aire, entra allí la vida, el consuelo, la esperanza, y aquellos desventurados reanimados por el buen tratamiento que se les presta bendicen al Dios que segun su misericordia les enviara para salvarlos á Vicente de Paul y á sus heróicas hijas.

Señores: este argumento práctico de la verdad de la relijion católica presentado por Vicente persuadió é hizo abjurar sus errores á setecientos musulmanes, los cuales desde ese momento se declaran adictos á los dogmas católicos; y era consiguiente, desde que el sacrificio prueba el amor, y el amor y el sacrificio la verdad.

Despues de tantos afanes y sudores, despues de tantos viajes y peligros arrostrados para conservar en pié tantos hospitales y otros asilos; despues de tantos desvelos consagrados á la direccion espiritual de tantas congregaciones piadosas, ¿cuál hombre, señores, no diera por terminada su mision? ¿cuál santo por de ajigantado espíritu que fuese no se rindiera? Pues Vicente de Paul funda todavia otro asilo para recojer y sustentar en él á los ancianos menesterosos: esto es fé, señores, esto es confiar en Dios.

Vicente se encarga de alimentar pueblos enteros: ciudades populosas arrasadas por la guerra, aflijidas por el hambre y por las pestes, no cuentan casi con otros subsidios ni con otro pan que los que les proporciona Vicente de Paul. Vicente provee

de pan y vestido diariamente á quince mil pobres: Vicente envia limosnas á los católicos perseguidos en la Irlanda y en la Escocia: Vicente lleva el sustento y con él la vida á los cristianos cautivos en el Libano. *Non est qui se abscondat á colore ejus*, no hay desgraciado que esté tan lejos que no se halle al alcance de la accion vivificante de este hombre prodijioso. Si se desborda el caudaloso Sena é innunda multitud de pueblos, si una peste horrible se declara, ora en Polonia, ora en Tunes, en Génova y despues en Arjel, llega hasta allí multiplicado en sus hijos; él y estos arrostran todo género de peligros, y para salvar á los inundados y para curar á los apestados y para. . . .basta, señores, lo exije así el tiempo, y no es prudente, por otra parte, poner en tortura vuestra fé, porque á decir verdad llevan color de fabulosas las hazañas de este varon santo, y que á primera vista parece que al mismo Dios ponia en apuros y como que le obligaba á sacarle airoso en cuantas empresas acometía, superiores, segun el juicio humano, á todos los esfuerzos y á todos los recursos de la tierra. No era así, sin embargo, pues Vicente llenaba la grande mision de libertar al pueblo de Dios del doble yugo del vicio y de la miseria. *Vidi aflictionem populi mei. . . . . et mittam te. . . . ut educas filios Israel de Ejipto.*

Si esa filantropía vocinglera y rebelde á la Santa Iglesia tuviese vergüenza, se pusiera un candado en la boca mordaz en vista de los prodijios de la beneficencia católica y de lo que es capaz un hombre solo nutrido como San Vicente de Paul con la doctrina de Jesucristo administrada por la Iglesia. Si los gobiernos de la tierra, padres de los pueblos, marchasen por la senda que supo trazar nuestro héroe, el pauperismo se viera desterrado de las sociedades cultas; no trabajáran en vano los

economistas á ester especto, y esa comunidad de bienes á que se pretende por caminos criminales, y que jamás será otra cosa que una teoria insensata, seria un hecho en las sendas de la verdadera caridad y bajo los auspicios del majisterio católico.

He dicho.



SERMON

SOBRE

SAN PEDRO GONZALEZ TELMO

Signa tamen Apostolatus mei facta sunt super vos........ in signis, et prodigis, et virtutibus.

S. Pab. á los Cor. C. 12. V. 12.

Cuando Dios, señores, en virtud de la palabra que á su Iglesia diera de hacerla triunfar del infierno y de protejerla siempre con la éjida de su infinito poder, suscita varones apostólicos que con su celo, ejemplos y doctrina obliguen á los vicios á retroceder, y juntamente alienten al pueblo cristiano en la conquista de las virtudes, suele garantir la mision de estos héroes, sus enviados, con tales signos ó caracteres que no es permitido ni por un instante dudar de esa mision especial, estraordinaria y divina. Sin estos diplomas sellados por la misma mano del Señor, alguna disculpa tendria el mundo cuando se resiste á reconocer y acatar á los celestiales embajadores.

Por eso fué que cuando envió el Señor á Moises á dar libertad al pueblo de Israel, cautivo de Faraon, le dió una vara y confiriole al mismo tiempo la virtud de obrar con ella estupendos prodijios. Dijole: por este medio creerán que en efecto se

te apareció el Señor,—el Señor Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, y si no te creen ni quieren oir tu palabra, oirán y entenderán el lenguaje de las maravillas.

Igual conducta observó el Señor con todos aquellos hombres estraordinarios á quienes confió alguna empresa elevada, y á cuyos impulsos las naciones se levantaron como de un letargo, enderezaron sus caminos, rehiciéronse de sus quebrantos relijiosos y morales, y, finalmente, la sociedad entera se mejoró notablemente.

Siendo, pues, uno de esos hombres, el admirable San Pedro Telmo, cuyos cultos y risueña memoria celebramos, su mision sobre la tierra debió ser caracterizada con señales prodijiosas que le acreditasen enviado estraordinario de Dios; y tanto mas debió ser así cuanto que dicha mision fué la del Apóstol; por cierto la mas alta, la mas excelente, la mas vital é importante de cuantas misiones puede el cielo depositar en manos humanas.

En conformidad con lo espuesto, me propongo demostrar: 1.° que el apostolado de S. Pedro Telmo fué precedido por señales inequívocas de vocacion divina: 2.° que fué sostenido y acreditado con la prâctica de virtudes dignas de un Apostol: y 3.° que fué confirmado y como consagrado con sorprendentes, repetidos y auténticos prodijios. *Signa tamen Apostolatus mei facta sunt apud vos. . . . in signis, et prodigis, et virtutibus. . . . .*

Quiera la divina madre, dispensadora de la gracia, sernos propicia: á mi para que acierte á encomiar al héroe de nuestra fiesta, por lo ménos de manera que mis palabras no empalidezcan su gloria; y á vosotros para que no solo quedeis edificados, sino que tambien ameis mas y sirvais mejor al Señor, tan admirable en sus Santos *Ave Maria.*

Signa, tamen, Apostolatus........
S. Pablo, etc.

Aún cuando no contásemos, señores, con otra señal maravillosa que atestiguare que la vocacion de S. Pedro Telmo al apostolado fué esplícita, eficaz y divina, bastáranos saber, como en efecto sabemos por la historia, que nuestro glorioso Santo fué traido al sacerdocio de una manera tan solemne, tan luminosa' y tan clásica, como lo fué anteriormente el maestro universal, S. Pablo, el apóstol por excelencia. Escuchadme.

En el capítulo IX de los Hechos Apostólicos se lee que ocupado Pablo en sus correrias, persiguiendo y capturando á los fieles discípulos de Jesucristo, acertó á pasar cerca de la ciudad de Damasco; y hé aquí que entonces y de súbito un torrente de luz que partía del cielo le envuelve, le deslumbra, le enceguece. Desacertado el acérrimo perseguidor de los cristianos, bambolea, cae estrepitosamente de la bestia que cabalga, y oyendo al mismo tiempo la voz del Señor que le llama por su nombre y que le reprende su conducta impia:—¿Quién eres, Señor? dice Pablo, *quis es Domine?* Yo soy Jesus, le responde aquella voz; yo soy Jesus á quien tu persígues. Y estremeciéndose de pavor el derribado caballero, exclama balbuciente:—Señor, ¿qué es lo quieres que haga? Levántate, le dice el Señor, entra en la ciudad y allí te dirán lo que te conviene hacer.

Conservad, señores, en la memoria por un momento este sagrado pasaje, mientras averiguamos la patria, el nacimiento y los primeros pasos de Pedro Telmo, lucero brillante del cielo de la iglesia.

En la parte septentrional de la península española y en el reino de Leon, está la villa de Fremoste; y allí, como á mediados del siglo XIII, tuvo lugar el advenimiento de este héroe

dominicano, que tanto habia de ilustrar su patria, su órden y el mundo con sus palabras, virtudes y milagros.

Sin embargo, en el órden de la gracia su nacimiento no ofreció cosa que maravillase, pues en los designios de Dios estaba reservado para despues hacer brillar sobre ese niño toda la magnificencia y riquezas de su misericordia. En el órden de la naturaleza su orijen fué limpio, esclarecido y noble; y en el órden social tampoco le fué mezquina eso á que llaman fortuna. Criado y educado, como por lo general suelen criarse y educarse los niños de dorada cuna, no tuvo ocasion, ni sus padres quizá cuidaron de moderar y dirijir sus nacientes pasiones. Resultó de aquí que cobrando estas incremento y poderio se enseñorearon de su espíritu. Al llegar á la adolescencia. Pedro era un jóven ensimismado, voluntarioso, superficial y altanero. Sus padres habian observado con alta satisfaccion que su injenio era vivo, su memoria feliz, su inteligencia clara, muy pronunciado su afecto á las letras y su aplicacion muy tenaz; y tal fué la razon por la cual le enviaron á la ciudad de Palencia, muy floreciente entonces, para que su tio, que á la sazon era Obispo de aquella Diocesis, explotando los talentos y disposiciones de Pedro lo encaminase al estado ó carrera que su esperiencia y discrecion le sujiriesen. En efecto, bien pronto nuestro jóven salvó las dificultades escolásticas y allanó los pasos difíciles que ofrecen la lójica y la filosofia en tonos sus ramos; pero en tales términos que en aquella famosa Universidad Pedro Gonzalez llegó á ser el profesor de artes mas lucido y acreditado. Notad de paso. señores, que mi glorioso Padre Sto. Domingo, cuyas virtudes tan fielmente supo Pedro copiar, habia hecho tambien sus primeros estudios en esa mi ma ciudad y en esas mismas aulas, coincidencia que

nos hace comprender que el jóven Gonzalez Telmo, sin saberlo él y sin pretenderlo, seguia el mismo derrotero que el cielo trazára algunos años antes al glorioso Patriarca.

Pregunto yo ahora, hermanos, ¿por ventura la suficiencia científica ó la viveza de injenio, es la sola ó la bastante recomendacion en aquel que ha de ser promovido á las altas dignidades eclesiásticas? ¿No debe antes bien exigirse á los candidatos para esos delicados puestos, mucha piedad, espíritu de oracion, modestia, desprendimiento del mundo, mortificacion de sentidos, recojimiento y grande temor de Dios? Sin duda; pues lo contrario es cabalmente la razon, no solamente de esas escandalosas y lamentables caidas que damos muchos desde lo alto del tabernáculo del Señor hasta el abismo del vicio, sino tambíen la esplicacion de esa multiiud de sacerdotes distraidos, mundanos, frios y codiciosos que cuestan mas lágrimas á la santa iglesia, nuestra madre, incomparablemente mas lágrimas que las que le hacen verter sus declarados enemigos los impios, herejes é incrédulos. ¿Cómo entonces el prelado de Palencia sin hallar en el jóven Pedro otras prendas ó recomendaciones para el estado eclesiástico que una brillante intelijencia y un abundante acopio de erudicion, le confirió el beneficio de un canonicato en aquella Catedral, y poco despues, tambien, el Deanato de aquel venerando Cabildo?

Pedro por su parte no habia hecho otra cosa hasta entonces sino malograr su tiempo, y consumir sus pingües rentas en vanidades y en paseos, en que aparecia siempre perfumado y arrogante, ricamente ataviado y mas ávido de conquistar aplausos y corazones para si que almas para Jesucristo.

Pero descuidad, señores; ese Dios que escondió la chispa en el frio pedernal, y que cuando quiere de las tinieblas hace brotar

la luz con solo decir *fiat lux*, en ese mismo lodo mundano que cubre al engreido Pedro, mojará su dedo omnipotente, ungirá con él los ojos del desenvuelto mancebo y le volverá la vista del espíritu para que vea y conozca lo que es el mundo á quien trata de agradar, para que vea lo que es el hombre, de donde viene y cual es su fin. Sí, muy pronto y del mismo modo que el desobediente Absalon que mientras corria en persecucion de su mismo padre quedó sujeto de un árbol por aquella hermosa cabellera que era su orgullo, asi Pedro que hasta aquí ha sido rebelde á las amonestaciones de su tio y prelado y á las inspiraciones de la gracia, en sus mismas galas hallará una red en que caerá, pero caerá para levantarse desengañado, humilde, santo. Adoremos, hermanos, los secretos juicios de Dios en todas sus obras, pero especialmente en la justificacion y santificacion de sus escogidos.

Grande fué el júbilo que se apoderó del vano corazon de Pedro con la nueva dignidad de Dean de la Catedral de Palencia, y lejos de considerar que al paso que esta silla realzaba su honra y aumentaba sus rentas, tanto mas debia él humillarse en la presencia de Dios y tanto mejor servirle y amarle reconocido, acordó celebrar este ascenso convocando á sus amigos, que eran muchos, para solazarse con ellos en opíparo banquete. Quiso tambien en aquel mismo dia recorrer las calles de la ciudad caballero en un guapo corcel, ricamente enjaezado, con la pueril pretension de captarse fama de elegante y diestro jinete.

Muy olvidado andaba Pedro de que la verdadera grandeza consiste en despreciarse el hombre á sí mismo, y la verdadera gloria en triunfar de las pasiones y torpes apetitos del corazon.

¡Oh, señores, cuán pagado de sí, cuán henchido de soberbia y enredado en pensamientos mundados iba el nuevo Dean, cortejado de otros jóvenes tan atolondrados como él, por una de las principales calles de Palencia! Cabalmente habia procurado economizar los brios de su caballo para que este pudiese llegar á ella con toda la bizarría de que habia dado hartas pruebas.

¡Cuántos entusiastas bravos se prometia el enervado jóven! Cuántas coronas esperaba recojer en ese camino público, concurrido como pocas veces en aquel dia que era la fiesta de la Natividad, tan pomposamente celebrada en todos los pueblos cultos!

Hé aquí por lo que Pedro espolea su caballo, hácele oir los chasquidos del látigo, le estira la brida en la carrera y le refrena en seguida. La bestia se enardece, arroja espuma, se encalabrina, describe círculos.... Ya era crítica la posicion de Pedro; él lo comprende y se turba, una vez turbado, cae.... ¡Oh desgracia! y cae precisamente cuando mas ojos le miraban y admiraban su destreza y gallardia. Y no es esto todo, sino que cae casualmente ¿qué digo casualmente? no, cae por disposicion del cielo en un sitio inmundo, en un lodazal. ¡Cómo quedó el elegante Pedro medio sepultado en aquel estanque corrompido! El mundo entero se le escapa, cae el telon y el drama de su vida mundanal ha terminado!—Levántese ruborizado, enlodado, descompuesto...... No sigue en busca del bruto que lo ha derribado, ni le importa que se pierda con los valiosos arreos que lo adornan; no, porque Pedro entonces, como Pablo, vé una luz desconocida en las rejiones del espíritu: oye tambien como Pablo la voz de Jesucristo que desde el fondo de su corazon le dice: *Petre, ¿quid me persequeris?* Pedro ¿porqué me contradices? ¿porqué me

vuelves la espalda y corres tras la vanidad y en busca de la mentira: *ut quid diligitis vanitatem et quéritis mendacium?* Pedro, como San Pablo tambien, debió preguntar al Señor y decirle: ¿Quien eres, Señor, y qué quieres que haga? *Quis es Domine? Quid vis me f cere?* Entendiendo que la órden dominicana es la que el dedo de Dios le indica para que vaya á saber allí lo que le conviene hacer, Pedro Telmo obedece como Pablo; corre á un convento dominico y deja á sus espaldas un mundo fementido que lejos de haberle compadecido por su caida, la celebró con risas, burlas y escarnios.

Ved, señores, como Pedro Gonzalez Telmo fué levantado del polvo como Pablo á la alta dignidad de Apóstol, y ved como en la eleccion de estos dos Santos concurrieron las mismas señales de verdadera vocacion á tan sublime ministerio. *Signa, tamen, Apostolatus mei, facta sunt super vos in signis.*

Era proverbial en Palencia por los años 1243 la extricta observancia y espíritu del convento dominico de S. Pablo que Santo Domingo habia fundado y ejemplarizado con sus portentosas virtudes. Esta casa religiosa observante fué la ciudad donde se refujió Pedro luego que la gracia del Señor le ilustró é hizo conocer que lo único que el mundo tiene de verdadero es ser una verdadera farsa, que solo es consecuente en no serlo jamás con los mismos que le sirven, que solo es constante en cambiar como el viento, y que lo único que hay en él de positivo es la vanidad, la corrupcion y el pecado.

Por cierto que se consideró favorecida aquella venerable comunidad al recibir en su seno un jóven que si bien habia sido hasta entonces disipado y voluptuoso, tambien acababa de dar al siglo un clásico ejemplo de conversion de la vanidad á la verdad; y como ya de antemano tenia noticia de su privilejiada

intelijencia y aplicacion al estudio, muy fundadamente se prometieron aquellos santos relijiosos que Pedro Gonzalez Telmo sería bien pronto una luz que arderia é iluminaria; que arderia por la caridad, que iluminaria por su doctrina y por sus ejemplos.

Fué asi, en efecto, señores; apenas se vió Pedro vestido del santo hàbito dominicano, cuando ya no pensó mas que en ser de Dios, tanto y mas que antes habia sido del mundo; y como su vuelta fué de las tinieblas á la luz, con esta luz veia claramente y conocia sus pasados y grandes descarrios. Queriendo rehacerse momentáneamente de aquellas quiebras y yerros, dióse de tal modo y con tales brios à la oracion, mortificacion y demas ejercicios de piedad, que mas bien que corria volaba Pedro á la perfeccion relijiosa. Durante su noviciado ofrecia harto que aprender á los ya aguerridos en la lucha contra las pasiones y en la conquista de las virtudes. Pedro era en aquel convento y en todos los que tenian noticia de él una exhortacion viva, una predicacion ambulante que preconizaba estas verdades: que el tiempo es precioso y debe aprovecharse, que la carne debe ser humillada y debe someterse à las leyes é intereses del espíritu, que se debe orar sin intermision, que el relijioso debe abrazar la pobreza, rendirse ciegamente á la obediencia y sacrificarse por la castidad, que no se debe hablar ociosamente, porque de toda palabra ociosa se pedirá cuenta al hombre en el tribunal de Dios.

Finalmente, no habia virtud relijiosa, ni consejo evanjélico que no brillase en el nuevo hijo de Domingo. Pedro Gonzalez era el espejo de sus compañeros, la flor mas lozana de aquel verjel de santos.

Pedro fué tan buen religioso dominico, que muy juiciosa-

mente puede decirse que si las reglas y constituciones de la órden se hubiesen perdido, solo con observar la conducta de Pedro se habrian podido volver á escribir.

No olvideis, señores, que vengo hablando de la perfeccion de las virtudes de Pedro Telmo siendo todavia novicio; esto es, en el primer año de su vida religiosa; dejo, pues, á vuestro buen sentido el deducir á qué grado llevaria Pedro sus progresos en la vida interior y en las prácticas exteriores despues de profeso, y mucho mas cuando sacerdote.

Deducid vosotros á qué grado de perfeccion llegaria él, mientras ensayo é intento decir algo siquiera sobre sus tareas apostólicas, que era, cabalmente, la mision á que el cielo lo llamara con un llamamiento revestido de circunstancias tan especiales.

Siendo tan abundantes los caudales de ciencia y de virtud que Pedro habia acopiado, era, por consiguiente, llegado el tiempo en que la órden le enviase á predicar á las jentes las eternas verdades, los juicios del Señor, cuyo olvido es la gangrena que carcome el corazon de la sociedad y dá muerte á sus miembros.

Empezó el nuevo Apóstol sus evanjélicas hazañas tomando por asunto favorito para sus sermones la horrible fealdad del pecado, el yugo ignominioso que impone á los que se entregan á él y la mancha degradante que imprime sobre el alma pecadora. Hablaba frecuentemente, tambien, sobre las recompensas eternas con que el Señor coronará en el cielo á los que por la virtud padecen persecuciones, á los que por la virtud son menospreciados en la tierra, burlados y escarnecidos. Dicen nuestras crónicas que era tal la fuerza persuasiva, el celo, la elocuencia, y sobre todo el espíritu con que predicaba, que no

satisfechas las jentes con oirle una y muchas veces, le seguian como encantadas de pueblo en pueblo sin saciarse de escuchar aquella palabra inspirada, ardiente, poderosa, irresistible; y admirados sus oyentes decian como la Reina de Sabá despues de haber escuchado la sabiduria de Salomon: *Mayor est sapientia et opera tua cuam rumor quem audivi:* en verdad que es mayor la uncion y facundia de este varon santo, que todo lo que de él habia llegado á nuestra noticia.

Emulando Pedro Telmo la sed insaciable de la salud de las almas que habia devorado el corazon del Patriarca Domingo quizo seguir sus huellas en cuanto á la actividad con que le llevaba su celo á evanjelizar provincias y reinos distantes; y fué por esto que despues de haber descargado, á manera de nube fecunda, torrentes de doctrina, y despues de haber producido una total reforma de costumbres en las provincias y pueblos de los reinos de Castilla y de Leon, se encaminó al reino de Galicia, el cual hallándose á la sazon harto menesteroso del pan de la divina palabra por falta de operarios evanjélicos, recibió la predicacion de Pedro Telmo como la tierra recibe la lluvia despues de una dilatada sequia. Personas hubieron en aquellas comarcas que observando los cambios prodijiosos que se realizaban á impulsos de la palabra potente de Telmo, dudaron si ese religioso que asi hablaba y obraba era efectivamente criatura humana ó un ángel disfrazado y enviado por el cielo para remedio y mejora de aquellas almas necesitadas.

¿Cuál seria, señores, la predicacion de nuestro santo, cuales sus resultados y los triunfos que obtendria sobre el infierno, que, como refiere la historia, predicando en cierta ocasion á campo raso, no lejos de la ciudad de Tuy, y escuchándole mi-

llares de almas que de las villas y lugares vecinos habian concurrido, levantóse una borrasca tan sañuda é imponente, que, como era natural, las gentes empezaron á inquietarse y aun á dispersarse en todas direcciones. ¿Fué aquella borrasca suscitada por artificio diabólico para estorbar el fruto de aquella predicacion? ¿Fué por el contrario una borrasca segun las leyes ordinarias de la naturaleza? O fué que Dios la levantó para que se manifestase con aquel motivo la santidad de su siervo? Créase de esto lo que se quiera: el hecho fué que el santo predicador, lleno de una fé semejante á la de Josué cuando mandó prolongar el dia ó á la de Moises cuando ordenó á las aguas del mar Rojo que se dividiesen, vuelve al turbado auditorio, le aquieta, levanta sus ojos hácia la tempestad, alza su mano prodijiosa, forma la cruz, é instantáneamente sepáranse las nubes y descargan una lluvia impetuosa en derredor de la muchedumbre, sin que una sola gota de agua cayese fuera del espacio que el hombre de Dios le habia señalado.

Este prodijio, entre otros que para acreditar la palabra de Pedro Telmo realizó el Señor, dió tal estension á la fama del nuevo apóstol español que no se hablaba ya sino de él, ni se trataba mas que de escucharle y de acudir á él por remedio en toda suerte de quebrantos, tanto morales como físicos; y el santo, por su parte, á todos consolaba, instruia, respondia, sanaba y despachaba mejorados y edificados.

¡Oh que despecho y rabia se apoderó del envidioso Luzbel al medir la estension que iban tomando las conquistas de Pedro, y observando el número de almas que diariamente se convertian por su predicacion! Por eso fué que sabiendo el maligno espíritu que la fuerza y eficacia de la predicacion evanjélica consiste en mucha parte en el buen nombre y virtud del ora-

dor sagrado, tejió con sutilísima malicia una red infernal, para enredar, y si posible fuese precipitar en la culpa al varon santo. Esa red fué la siguiente. Algunos libertinos de esos que ven con envidia las virtudes del sacerdote, conviniéronse con una muger, tan hermosa como malvada, á la cual ofrecieron una considerable suma de dinero, en que fuese al Santo pretestando hablarle sobre un asunto grave de conciencia, y que una vez con él se finjiese de su belleza varonil ciegamente apasionada y lo provocase al pecado. Desempeñó ella su satánica mision con la destreza con que suelen hacerlo mujeres hasta ese punto desvergonzadas y perdidas. Pero ¡oh gracia de Jesucristo, sin la que no habria castidad sobre la tierra! Nuestro héroe, señores, así que comprendió las miras de aquel demonio disfrazado, en su misma presencia se arrojó sobre un brasero encendido que la providencia ó la casualidad habia colocado allí cerca. Espantada la seductora mujer arrójase á su vez inundada en lágrimas á los piés del Santo pidiéndole la perdone su pecado, con lo cual el infierno quedó burlado, la muger convertida, y coronado Pedro con el mas grande de los triunfos.

Tales son en bosquejo las tareas evanjélicas y las virtudes de nuestro Santo, que en consorcio con las señales inequívocas que precedieron al desempeño de su mision, dieron claro testimonio de su apostolado: *Signa tamen Apostolatus mei facta sunt super vos. . . .in signis et virtutibus.*

Réstame haceros ver que muchos y sorprendentes prodijios pusieron el sello y confirmaron ese mismo apostolado.

Bien pudiera, señores, resumir todo lo que hemos dicho hasta aqui y hacerlo valer por prueba de la tercera division de mi discurso; pues si esta se ha de probar demostrando que el

apostolado se confirmó y quedó sellado con numerosos y sorprendente prodijios ó milagros, hartos milagros ó prodigios se encierran en las narraciones que preceden. Demasiado prodijio fué, señores, su vida fatigosa, su vida penitente, su vida santa, las innumerables almas que convirtió al Señor, los muchos pueblos que moralizó, y la reaccion admirable hácia el bien que promovió en cuantos reinos y provincias tuvieron la dicha de hospedarle y de disfrutar de su inspirada palabra.

¿Qué mayor prodijio quereis que una vida consagrada á la salud espiritual y corporal de sus hermanos, visitando moribundos, consolando atribulados, respondiendo á mil consultas sobre asuntos de conciencia, doctrinando á los niños, reconciliando enemistades, oyendo en confesion á centenares de almas que sin permitirle reposo lo llamaban á toda hora para recibir consejo, paz y alivio, sin que tantas y tan variadas ocupaciones lo privasen de su recojimiento, ni le hiciesen perder el espiritu, la atencion y el amor con que trataba con su Dios? ¿Que mayor prodijio que ver á un santo religioso, observante, estudioso, recojidísimo, contemplativo y consiguientemente amador entusiasta de la soledad y de los ejercicios ascéticos, concebir el gran proyecto, (como si le sobrase tiempo) de construir un puente magnifico sobre el Miñó, rio de los mas considerables y caudalosos de la península española, para facilitar el paso á los pobrecitos aldeanos que teniendo necesidad de atravesarlo perecian no pocos anualmente sepultados en sus ondas? Y lo construyó, señores, á fuerza de fé, de paciencia y de milagros, no siendo de los menos sorprendentes la obediencia que los peces prestaban á su voz, saliendo espontáneamente á la orilla del mismo rio para que el hombre de Dios tomase de ellos los

que habia menester para alimentar á sus trabajadores, retirándose los que no necesitaba hasta que Pedro tornase á llamarlos. ¿Y no es tambien maravillosa la existencia de este puente en nuestros dias, despues de haber prestado importantes servicios al público por mas de seiscientos años, sin que el tiempo ni las borrascas, ni las inundaciones hayan podido desmoronar ese testimonio material de la heróica beneficencia de Pedro Telmo? ¿Que mayor prodigio?. .Pero, señores, os he dicho que la vida de Pedro Telmo es un tejido de milagros; y que por lo tanto, ninguna necesidad tenemos de apelar á los inumerables que realizó despues de sus dias para dejar satisfactoriamente probada mi proposicion.

Sin embargo, si deseais alguna noticia mas circunstanciada de esos milagros, os remito á las crónicas de la provincia dominicana española, pues en ella hallareis sérias y concienzudas narraciones de los innumerables que obró en vida y despues de su glorioso tránsito, especialmente en favor de los navegantes; en gracia de los que parece confió el Señor en las manos de su siervo todo el poder de su divino brazo; por cuya razon, el Marques de Villa-fiel esclamó una vez, despues de haber sido visiblemente favorecido por el Santo en un gran peligro del mar: ¡Oh Santo! Santo! si los marinos supiesen lo poderoso de tu patrocinio, cuánto mas y mejor te venerarani

Confirman esta proteccion y estos prodigios y os hablan mas elocuentemente de lo que pudiera hacerlo el orador mas acreditado, la multitud de capillas, oratorios, imájenes y otros monumentos levantados á la portentosa memoria de S. Pedro Telmo, en todo el reino de Galicia y Portugal: las muchas gracias y concesiones de los Sumos Pontifíces en favor de esos monumentos que los fieles de todo el mundo católico erijieron,

agradecidos à los reiterados favores que de nuestro Santo recibieron: el testimonio de S. Antonino de Florencia, el cual, escribiendo sobre la vida de S. Pedro Telmo dice: *ad cujus Sancti invocationes mu'ta sunt patrata miracula.* Muchos milagros se han obrado mediante la intercesion de este glorioso Santo.

Seria cansado, pueril, y, sobre todo, imposible, que yo refiriera numéricamente esos prodigios, que tan bien puede conocer cualquiera de vosotros hojeando, aun cuando sea ligeramente, la vida portentosa de S. Pedro Telmo.

El renombre de Telmo ni le fué dado en su bautismo, ni le vino de familia; lo adquirió á fuerza de prodijios en favor de los navegantes.

Telmo quiere decir protector especial, amparo, y salvador de los navegantes.

Creo, señores, muy suficiente lo espuesto para que pueda sostenerse que el apostolado de S Pedro Gonzalez Telmo fué anunciado é iniciado con señales especialísimas, sostenido con virtudes heróicas, y confirmado con muchos y sorprendentes milagros. *Signa tamen, etc.*

Réstame advertiros que si bien suele decirse que los Santos son mas para admirados que para imitados, esto solo es exacto en cuanto á ciertas virtudes estraordinarias, cuya práctica, ó, mejor diré, el grado en que son practicadas, no están al alcance de todos; pero no es evidente en lo relativo á la fé, la esperanza y la caridad.

SERMON

SOBRE

MARIA SANTÍSIMA DEL ROSARIO

Súmite psalterium jucundum: in insigni die solemnitatis vestræ.
Pulsad un salterio armonioso en el dia grande de vuestra solemnidad.—*La Sta. Iglesia.*

SEÑORES:

Al apercibirse hoy el mundo irrelijioso del entusiasmo y regocijo del pueblo cristiano con motivo de la solemnidad del santisimo Rosario de Maria, talvez sonreirá desdeñoso y dará por causa de su ironia que tratamos de resucitar prácticas antiguas, propias de almas vulgares, de injenios mezquinos; prácticas opuestas, por consiguiente, á los progresos de la moderna ilustracion. Pero vosotros, señores, á quienes tengo el honor de dirijirme, habeis querido solemnizar tan relijiosa fiesta, bien seguros de que se trata en ella de lo mas grande y precioso que sustentan los cielos despues de Dios.

Dejad en buena hora, dejad al mundo incrédulo reir, que al desgraciado mucho le espera que llorar. Vosotros que aun creeis bien haceis en alegraros con entusiasta alegria, pues es

vuestra la presente solemnidad: es el dia especial de vuestra reina, de vuestra protectora, de la que os ama entrañablemente, de vuestra madre, de la madre mia tambien. Por tanto: *Súmite psalterium jucundum in insigni die solemnitatis vestræ;* congratulaos; pulsad un salterio armonioso en el dia insigne de vuestra solemnidad.

Digo en el dia de vuestra solemnidad, porque aunque me oisteis que es solemnidad mia tambien, con todo, es tan pesada y espinosa la parte que me cupo en ella, que no es dado á mi corazon dilatarse de júbilo, como en otros dias y con igual motivo; y podeis creerme que es la vez primera que un dia tan plausible á la sociedad católica, se torna para mi en un dia cabiloso, medroso y ajitado.

¿Y qué mucho cuando se ha confiado á mi pequeñez la defensa de una causa tan preciosa, en circunstancias tan poco favorables á esa causa y á mi mismo carácter, hábito y profesion? Juzgad vosotros cuál será mi desaliento al querer tratar de las glorias y excelencias del santo Rosario, en unos dias en que la antorcha de la fé parece estinguirse totalmente, ajitada sin trégua por los impetuosos vientos de la impiedad; en una época en la cual el entendimiento humano juzga no deber rendirse sin exâmen á las verdades católicas mas autorizadas ni á los mas profundos misterios; en una edad en la cual hasta los niños apelan al tribunal de una razon apenas desarrollada, antes que rendir su ascenso dócilmente á los dogmas revelados! Y sobre todo, cuando tan desprevenido me hallo de los conocimientos que exije la manifestacion de la sola verdad que entraña mi tema; persuadido, sin embargo, como estoy, de que ella es una verdad grande, accesible á la comprension menos perspicaz; verdad sensiblemente manifestada, confir-

mada por los hechos mas clásicos y por la mas dilatada esperiencia de las almas cristianas y devotas.

Pretendo manifestaros que atendido el estado lamentable en que se hallaba el mundo cuando el Rosario apareció sobre la tierra, y atendidas tambien las necesidades del hombre, sus profundas dolencias y su elevado destino, el Rosario de María fué una concepcion felicisima, un proyecto injenioso, maternal, fecundisimo en los mejores resultados para la humana sociedad.

¡Cuánto vuelo ha tomado la relijion de Jesucristo favorecida en sus empresas rejeneradoras por el Rosario de María! ¡Cuántas conquistas ha efectuado! Cuántos enemigos jigantescos vió palpitantes á sus piés, arrojados por la accion potente de ese arco misterioso, eficazmente terrible en sus tiros contra la herejia, el cisma y el pecado!

¡Cuántas glorias, cuántos triunfos le deben las huestes cristianas! Cuánto han medrado en la vida espiritual las almas! ¡Cuánto han atesorado y atesoran cada dia, adiestradas en la escuela del Rosario. en el arte precioso de combatir los vicios y de adquirir las virtudes!

El Rosario de María ha influido poderosamente en el órden público, tan necesario á la felicidad de los pueblos y á la quietud y seguridad del individuo. El Rosario de María ha sido y es favorable al humano injenio, y tambien á la brillantez y perfeccion de las artes bellas.

Bien consideraba todo esto al emprender el pobrísimo trabajo que os presento en honor de mi divina madre, y dije para mí lo mismo que repito ahora:—verdaderamente que el Rosario es propicio al mundo todo; es el reflejo de una idea celestial; la manifestacion práctica de un pensamiento que revela el divino carácter de María.

Esta es mi proposicion y trataré de probarla del modo siguiente:

I. El Rosario ha revelado tal poder en María, que este solo ha podido confiarse á la predilecta hija del Eterno Padre.

II. El Rosario ha revelado tal misericordia en María, que esta solo ha podido encerrarse en el corazon de la madre de Dios Hijo.

III. El Rosario ha hecho sentir al mundo las benignas influencias de María; pero influencias tales que solo han podido proceder de la que es en verdad la Esposa del Espíritu Santo.

¡Vírjen adorable! Vos pudisteis elejiros, Señora, un panejirista mas digno, mas proporcionado á la grandeza de este empeño; pero pues habeis querido oprimirme bajo un peso enorme, espero vuestros auxilios. *Ave María.*

I.

Súmite psalterium, etc ...

Un acto solemnísimo, augusto, divino, tuvo lugar un dia, allá, en la corte del señor de los que mandan. Ese acto se efectuó en el dia en que la Trinidad beatísima ciñó la frente de María con preciosísima corona; puso en sus manos el cetro imperial, símbolo del gran poder que le confiaba, é hizo que la acatasen por señora las mas altas jerarquias de aquella ciudad viviente. La divina majestad confirmó lo que decretara desde el principio de los tiempos. . . .Y era esto que fuese María la distribuidora de gracia. virtud y elementos sobrenaturales á las huestes fieles en las guerras del Señor. La en-

cargó tambien de tomar á su cargo la defensa de su causa y de su iglesia amada, siempre que el infierno suscitase en su contra herejias, cismas, errores y tumultos. Como habia previsto el Señor que esa su iglesia, heredera de su espíritu y de su doctrina, seria tambien la heredera de sus persecuciones y trabajos, constituyó su defensora á la criatura mas amante de la libertad é inmunidad de sus derechos.

Asi como puede decirse que los combates contra la iglesia empezaron con la iglesia misma, puede tambien decirse que con la iglesia empezaron las proezas admirables, las hazañas pasmosas, los glorioros triunfos de Maria del Rosario.

No obstante, católicos, si no quereis que llamemos Rosario á la fórmula aquella ú órden de *Ave-Marias* adoptada por los discípulos de Jesus y los primeros fieles para saludar á la divina madre y rendirla culto, sea en buen hora.

Abandono de grado la inmensa edad de once siglos y los triunfos obtenidos en ella por Maria en favor de la iglesia, para considerar algunas de sus victorias desde los últimos años del siglo XII.

Una época llegó, amados mios, sobradamente amarga para la siempre aflijida iglesia; época de incalculables atrasos para la moral, de vaivenes espantosos para la fé, de tribulacion y luto para todo corazon cristiano; aciago tiempo en el cual el infierno habiéndose prometido un completo triunfo sobre la cruz y su doctrina, sonreiase con maligna y amenazadora sonrisa. Hablo de la segunda mitad del mencionado siglo.

En efecto, á la vez que este siglo tenebroso declinaba para hundirse en la eternidad, parecia que arrastraba consigo leyes, piedad, iglesia, esperanza, decoro y aun á la verdad misma; y parecia de tal manera que pudo temerse muy bien que

la sociedad no fuera otra cosa en adelante que un monton de víctimas, un campo de sangre, un espantoso caos. El cisma habia roto los vínculos sagrados que ligaban la iglesia latina con la griega: el alfanje de Saladino habia echado por tierra la insignia del Dios crucificado: las lejiones de Mahoma, como revuelto é impetuoso rio que salva sus riberas, habian invadido y posecionádose de una gran parte de la Europa: por fin, todo era descalabro y pérdida para los ejércitos cristianos, todo ventaja y triunfos para las huestes infieles. A este mal se agregaba otro, que es el resultado natural de las contiendas políticas ó públicos disturbios: la licencia en las ideas, la corrupcion en las costumbres. La disipacion, la licencia y las convenciones simoniacas, habian atropellado el Santuario y arrojado del corazon de sus ministros el espíritu de piedad, el amor al estudio y al retiro. Aprovechándose de esta coyuntura los gobernantes civiles despojaban á la iglesia de sus propiedades; y arrancando el báculo de las manos á los amedrentados Pastores, lo confiaban á manos favoritas y rapaces, ajando y profanando de ese modo el casto velo de la esposa de Jesus. Fué de aquí que en la viña del Señor mezcláronse horriblemente los llamados y los intrusos, los obreros apostólicos y los mercenarios, los que edifican y los que corrompen;—y para decirlo todo de una vez, me valdré de las palabras de un moderno escritor, que espresan cuanto pudiera desearse el grado de abandono en que se hallaba en tales dias la disciplina eclesiástica. «Los ladridos de las jaurias, dice, y el relinchar de los corceles, atronaban los claustros religiosos». Todo estaba, pues, completamente perdido. ¡Mi Dios! qué es de vuestra iglesia santa? ¡Ah! Vos habiais dicho, Señor, que no prevalecerian contra ella las puertas del

infierno ...... Y no prevalecieron, pues luego apareció el Rosario de Maria como iris precursor de la bonanza, ó como viento saludable que despeja el cielo, ó como áncora de socorro desprendida de lo alto para salvar la nave que naufragaba.

A mi gloriosísimo Padre Domingo cupo la gloria de ser el instrumento inmediato de la celestial Emperatriz en la grande obra de volver la sociedad al órden que perdiera por haber olvidado el temor santo del Señor.

En efecto, inspirado é impulsado el Santo Patriarca por la divina Maria, de quien tantos favores y tan señaladas pruebas de predileccion habia recibido, presenta y ofrece á los pueblos el Rosario, como en otro tiempo presentara Moises al escojido la milagrosa serpiente de metal, cual un antídoto de infalible resultado para aquellos á quienes hubiese mordido la mortífera herejia.

Las muchedumbres inficionadas, devoradas por la duda y el amargo torcedor que acompaña siempre á esa mortal dolencia del espíritu, corrieron luego á escuchar los discursos del apóstol de Maria; y suavemente arrastradas por su palabra elocuente fueron llevadas como por una especie de encanto irresistible hácia la práctica de una devocion tan sencilla, tan dulce, tan injeniosa.

Esos tributos de adoracion y acatamiento á la Divinidad, esas fervientes plegarias desprendidas de la tierra en dias tan calamitosos, fueron presentadas al Señor por las manos de Maria, como otras tantas flores que la buena madre supo hallar en un campo que por ingrato el cielo talvez se preparaba á maldecir. Y hé aqui lo que el Dios de las misericordias esperaba para volver por su iglesia hasta entonces tan profundamente aflijida. ¿Qué otro resultado podria haber produ-

cido la asociacion de las almas para orar mancomunadas pidiendo al Todo Poderoso el remedio de tanta calamidad? ¿Cuál ha sido siempre el efecto de la oracion pública en las penosas crisis porque ha pasado la sociedad? La estirpacion del error, amados mios, el triunfo de la verdad, la paz, la desaparicion de la herejia y la vergüenza de los sectarios, el armonioso equilibrio entre la autoridad que gobierna y el pueblo gobernado, el restablecimiento del órden, de la moral y de las mismas virtudes, porque todas estas cosas emigran cuando se entronizan en un pueblo, la guerra y la herejia.

Esto sucedió en aquella época. Planteadas en el centro de la Europa las cofradias del Rosario, establecidas públicas procesiones en las que ancianos, matronas, virjenes y niños cantaban devotamente el dulce nombre de Maria, la impiedad empezó á perder terreno, la devocion á encenderse, la moral á rejir las acciones humanas; la disciplina eclesiástica volvió al esplendor que perdiera, y las filas heréticas sufrieron la mas completa derrota.

¡Qué mutacion tan sorprendente! ¡Qué cambio de ideas, de sentimientos y de voluntades presenció el mundo en el siglo XII! Una revolucion tan universal y de consecuencias tan felices, no pudo ser obra sino de las manos de la divina Señora; de esas manos en que está depositado el poder de un Dios!

«El mas grande de los triunfos, un triunfo popular, dice un sabio relijioso, bendijo el pensamiento de Domingo»....El pensamiento de Maria, que habia dicho al Patriarca: vé, Domingo, y predica mi Rosario, que lo que no has podido con tantos sudores y fatigas lo acabarás con él.» ¡Oh madre injeniosamente amorosa! ¡abismo de gracias! criatura, es ver-

dad, pero criatura incomprensible, sobre admirable, mas que santa, vuestros fueron aquellos triunfos!

No se ha limitado la divina Señora, al dispensar su proteccion á la iglesia, á los favores que hemos recordado, pues no solamente la herejia y los hereciarcas han aprendido á temerla. La temen y han temido las naciones infieles mas poderosas y aguerridas; pues ya que no la hayan conocido segun la fé, la conocieron por su celo por la causa católica y por los prodijios que obró en varias épocas mediante su Rosario.

Prescindiendo ahora de los demas, solo quiero recordaros el hecho histórico que motivó la presente solemnidad.

Una dilatada serie de triunfos habia engreido de tal manera al poder otomano á mediados del siglo XVI que harto neciamente creyó que él acabaria para siempre con la causa de Cristo y de su iglesia. Con esta esperanza apura sus elementos de guerra, cubre el Mediterráneo con una potente armada, invencible, al parecer, por la multitud y calidad de sus naves y tripulantes.

Gobernaba entonces la iglesia uno de los esclarecidos hijos de mi santo Patriarca, S. Pio V; el cual, temeroso por la suerte de su amada grey, al ver levantarse sobre ella tan fiera borrasca, ordena se hagan procesiones públicas en honor de Maria del Rosario, implorando su proteccion en favor de las armas cristianas.

Dado este y el mas importante paso, estrecha á la España con Venecia, y nombrando por gefe de las fuerzas marítimas aliadas al intrépido y católico Príncipe D. Juan de Austria, avanza este, con aquel ardor y entusiasmo que inspira la fé, contra la escuadra turca estacionada en Lepanto.

La iglesia que no temia perecer, porque ella aprendió de su

esposo divino que es invencible, contempló, no obstante, desde su trono, con anciedad y con dolor la grandiosa escena del Mediterráneo.

Hasta ese dia el mundo habia creido que las huestes de la media luna asi como predominaban predominarian siempre en los mares. Pero estaba reservado á Maria Santisima sacar al mundo del error destronando el coloso y conculcando su arrogancia.

En efecto, fué asi, pues apenas pasaron tres horas de un vivisimo fuego, la reina soberana, usando de aquel amplio poder que ejerce sobre la naturaleza, desencadenó un huracan, que á la vez que favoreció las operaciones de la escuadra católica, envolvió en confusion, en espanto y en humo las naves mahometanas. *Fecisti viriliter!* Te portaste valerosamente, madre mia! El resultado de la jornada fué estrellarse contra las costas noventa galeras enemigas, caer prisioneras ciento treinta mas, recobrar la libertad veinte mil cristianos cautivos, y perder los turcos treinta mil soldados.

Es muy digno de notarse que el dia que esto sucedió en las aguas de Lepanto fué el mismo que en Roma y en otros pueblos cristianos se hacian las procesiones del Rosario ordenadas por el Pontifice. La filosofia rebelde llamará casualidad á esta coincidencia. Pero los hijos de la iglesia la llaman prodigio del poder del Rosario.

En memoria de Lepanto, Su Santidad Gregorio XIII decretó para todo el mundo cristiano la fiesta que hoy celebramos.

Si de mayor número de hazañas habeis menester para concederme que el Rosario ha revelado el gran poder de Maria, ese poder que, como dije, pudo solamente convenir á la predilecta hija del Eterno Padre, pedidlas á Buenos Aires,

que de algunas os dará razon, á este mismo templo, á sus columnas, á esos trofeos suspendidos sobre vuestras cabezas....

II.

Las obras del Señor, amados mios, se manifiestan regularmente bajo un doble aspecto ó son significativas de sus mas resaltantes atributos; al mismo tiempo que dan testimonio del poder divino, revelan tambien la divina misericordia. Los cielos, por ejemplo, en su inmensidad, órden, magnitud y concertadas relaciones de sus astros, publican el grande poder de quien los ha creado. Siendo esos cielos la hermosa bóveda de la habitacion del hombre, y siendo esos astros las antorchas que iluminan las noches de su destierro, tambien publican la misericordia de ese mismo adorable Creador. La tierra, cuyo fundamento es la divina voluntad, dice bastante del poder de nuestro Dios. Este globo inmenso, el palacio decorado para el hombre, en cuyos jardines encuentra cuanto necesita para su conservacion y recreo, harto dice de la ilimitada misericordia del Creador. Y por fin, los elementos que nos rodean, el aire, el agua, el fuego, con su accion irresistible, con la prontitud con que conmueven, levantan y aun destrozan las mas pesadas moles, confirman á nuestra vista ese poder y los bienes y ventajas que de él reportamos.

Pues bien, ese mismo dóble carácter que se descubre en las obras que hace y ha hecho el Señor, inmediatamente se deja ver en las que mediatamente ha hecho y hace por medio de Maria.

De donde resulta que aquellos mismos prodijios de que hicimos mencion para probar el grande poder de la divina Vírgen mediante su Rosario, incluian tambien la prueba de su

inconcebible misericordia. Sí, destronando ella con su santísimo Rosario el poder de la here ia, y volviéndose terrible contra sus propagadores, desmembrando los mejores ejércitos infieles, y arrojando sobre la armada turca la confusion y el asombro, hizo comprender la fuerza de su brazo; y en los bienes que de esos triunfos reportó la iglesia y sus verdaderos hijos, hizo ver tambien la misericordia de su maternal corazon.

Pero demos un paso mas en el dilatado campo de sus piedades.

Seria necesario convocar y reunir aquí esa parte máxima de la familia humana, esa multitud de la que no hace memoria el poderoso y á la que cupo en suerte sobre la tierra no tener suerte jamás, para de algun modo formar idea de las misericordias que proceden de Maria mediante su Rosario.

Esto digo porque así como para apreciar la protectora influencia de la tibia luz de la luna, es casi preciso haber peregrinado lejos de la propia patria y en frias y largas noches, del mismo modo es casi necesario haber sufrido los rigores de lo que el mundo llama fortuna, es preciso comprender que peregrinamos hácia el cielo por entre sombras, incertitumbres y peligros para saber apreciar lo que importa hacer este camino alumbrados por Maria, mística luna del firmamento de la iglesia.

Tambien puede decirse que sucede á ese respecto lo que en una numerosa familia compuesta de niños aun muy tiernos y de hijos ya crecidos, independientes é ingratos. Al mismo tiempo que estos, embebidos en los goces de su emancipacion, han olvidado totalmente el respeto y amor de que son deudores á la que los llevó en sus entrañas, los primeros, al contrario,

reconociéndose débiles é insuficientes para todo, no viven sino ante los ojos y bajo la sombra de la dulce maternidad. Si de algun dolor se quejan, si algun peligro los amenaza, si el frio ó el hambre los aflije ó mano estraña y cruel les ha hecho verter lágrimas, luego corren hácia aquella de cuyo amor están seguros y de cuyo regazo no se separaron jamás sinó con la sonrisa en los labios y el consuelo en el corazon.

Por lo dicho habreis comprendido que quise hacer sensible la diferencia que hay entre los verdaderos hijos ó devotos de Maria y entre los que no lo son y que viven como si no necesitasen de ella; como si no fuese una de las mas espantosas señales de eterna reprobacion la falta de piedad para con la divina Señora.

Los humildes, los que padecen persecucion por la justicia, los aborrecedores del vicio, las almas á quienes el mundo desprecia y por quienes el mundo es despreciado, esas almas cuya ilustracion es tan antigua como el Evanjelio, hé ahi los que componen la porcion mimada de la madre divina.

En el corazon del cristiano humilde se esconde y vive una íntima y profunda conviccion que le asegura el favor de una madre celestial, dulce y buena, cuyos ojos le siguen donde quiera que le lleven ó arrojen las violentas tempestades de la vida. En aquel hombre en quien vive la fé vive tambien la idea consoladora de una gloriosa vírgen, de cuyo poder todo lo espera, sean cuales fueren los peligros que le amenacen. Y como es consiguiente á la fé de esa alma asentir tambien á la creencia comun de que el Rosario vino del cielo, y es de valimiento para obtener los favores de Maria, cúbrese y escúdase con el Rosario. Con ese escudo se reanima, triunfa y sale siempre vencedor, pues para diestramente los tiros y rompe

valerosamente los lazos del espiritu infernal, del mundo y de la carne.

En virtud, pues, de ese instinto. celestial inspiracion ó idea, sucede que allí es bendita María, allí con las palabras del ángel saludada, donde quiera que hay necesidades, conflictos y amarguras. Si á la nave que surca los mares sorprende la borrasca, si las ondas encrespadas la atropellan y amenazan sumerjirla, cuando todo al parecer está perdido, no está perdido todo para el cristiano. El Rosario es su esperanza; rezale devotamente; dice el nombre de María á los vientos encontrados, estos lo reproducen, y ceden á las influencias benignas de tan dulce nombre. Respondan todos los náufragos. prodijiosamente favorecidos por el Rosario de María en los peligros del mar, ¿cuántos trofeos ha ganado María en esta línea de triunfos? ¿cuántas velas se han amarrado en señal de gratitud al carro de sus glorias?

Esos trofeos ençomian con mas elocuencia que los retóricos la eficacia del Rosario para empeñar á la dulcísima estrella de los mares en favor de los que atraviesan las movedizas ondas del océano.

Si el cielo se declara vengador y aflije justamente á la tierra con el peso de sus iras, guarda silencio entonces la filosofía incrédula, porque ella no posee, ni enseñó jamas el arte ó modo de aplacar al cielo. No callan, empero, los hijos fieles de María ó devotos del Rosario, pues ellos, avisados por superior sabiduria, saben algo de lo mucho que puede y debe esperarse de tan buena y tierna madre; exítanse mútuamente á invocarla, congréganse en el hogar doméstico, en los templos, y en las mismas calles, para tejer con *Ave-Marías* una corona preciosa á la reina de los ánjeles; una corona que acepta siempre la

vírgen amable, y que no solo acepta, sino que aun, como la iglesia canta hoy, ella misma reclama de sus devotos, diciéndoles: *Florete, flores, quasi lilium, et date odorem, et frondete in gratiam*: formad un ramillete para mi con las *Ave-Marias* de mi Rosario, ofrecédmele perfumado con los *Padre Nuestros* que como lirios le matizan, y engalanándoos vosotros tambien con las flores de la gracia, que son las virtudes, *colaudate cánticum*, entonad un cántico de alabanzas, *et benedicite Dominum*, y bendecid al Señor por las maravillas que ha obrado en mi, la sierva entre sus siervas.

Si, mis hermanos, el cántico del Rosario es tan grato á los oidos de Maria por los misterios, gozos y glorias que le recuerdan, que paréceme ver á la Señora inclinarse para escucharle, estender sus manos para alcanzar esas flores, presentarse á Jesucristo ataviada, y demandarle bendiciones, indulgencia y perdon para los que la coronaron.

Y si es en efecto, verdadero, cuanto se ha dicho en sentido espiritual, ¿os parece negará Jesucristo á Maria lo que le demande en favor de sus devotos?

De aqui, señores, de aquí es que el Rosario de María acaba con las guerras, con las pestes, la sequía y el hambre, capitales enemigos de las grandes poblaciones. . . .

¿Quién podrá enumerar las misericordias de Maria mediante su Rosario?

¿No es acaso el Rosario de Maria el consuelo de nuestras tribulaciones? No nos valemos de él como de un lenitivo para calmar las penas y cicatrizar las heridas de nuestro corazon?

Cuando la agonía de la muerte asalta al cristiano, sus deudos y amigos recitan las *Ave-Marias* del Rosario, en torno del lecho, para dulcificarle aquella hora y ayudarle á

partir en paz de esta tierra de llanto. En la casa mortuoria se reza el Rosario de Maria para llenar el vacío que ha dejado en la familia la tierna madre, la jóven esposa, ó el hijo predilecto. ¡Ah! señores, hablad á un moribundo ó al reciente huérfano de las máximas corruptoras del filosofismo moderno, y lejos de calmar sus penas le desgarrareis las entrañas. Pero si le hablais de Maria del Rosario, al huérfano dais una madre divina, al moribundo una poderosa medianera ante el tribunal de Dios. Decid al que padece que no crea en nada, y le hareis desesperar de todo. Pero pedidle que os acompañe á rezar el Rosario: despertándole con él el recuerdo de los trabajos de Jesucristo y de Maria, dulcificareis su amargura.

Es, sin duda, el Rosario nuestro único é inseparable amigo, el compañero amable de los verdaderos hijos de la iglesia, la espresion de sus contentos en los dias de prosperidad, la espresion de su esperanza en los dias borrascosos.

El es lo que era para el Profeta Rey su divino Salterio; pues si tañendo en él celebraba sus victorias, tañendo tambien en él se consolaba en sus penas.

Mucho podria decirse en confirmacion de que el Rosario ha revelado al hombre de algun modo la grande misericordia de Maria; mas doy por concluido este punto para ocuparme lijeramente del tercero y último de mi discurso.

III.

No habreis olvidado que la última de las tres principales razones con que os ofrecí probar que el Rosario es la manifestacion de uno de los pensamientos mas dignos del alto carácter de Maria, fué que él ha hecho sentir al mundo las benignas y poderosas influencias de la Señora, lo cual es

tan perceptible que bien pudieramos escusar su demostracion.

Respecto á la influencia que el Rosario de Maria ha tenido en el desarrollo de la magnificencia, majestad y decoro del verdadero culto, ó sea el culto católico, apenas se hallará un solo cristiano, medianamente instruido, para quien esta verdad no sea palpable; pues los suntuosos templos, las frecuentes solemnidades religiosas, la multitud de piadosas corporaciones, los copiosísimos jubileos que de tanto estímulo sirven á la frecuencia de los sacramentos, las procesiones devotas, las sagradas imájenes y mil otras edificantes obras que él ha inspirado, son argumentos harto sensibles en confirmacion de lo que vamos diciendo. Por lo que hace al culto interno ó del corazon, y en que manera le es favorable el Rosario de Maria, déjase ver de esas mismas esterioridades sagradas, como quiera que esos monumentos no son otra cosa que un desahogo que el pueblo cristiano dá al espíritu devoto que interiormente le anima y que le lleva santamente inquieto por glorificar al Señor en su purísima Madre.

¡El culto interno! ¿Qué práctica devota es aquella que dá mas fuertes impulsos á las almas ó que mas rápidamente las lleva á una sólida piedad? En cuales fiestas reciben las almas mayores aumentos de gracia, y, por lo mismo, mayores esfuerzos para practicar las virtudes, que en las fiestas del Rosario á las que tanto ha enriquecido la iglesia con sus espirituales tesoros? ¡El culto interno! ¿Qué ejercicio espiritual es aquel que ofrece á nuestro espíritu consideraciones mas saludables, escenas mas interesantes, mas tiernos y divinos cuadros? ¡Oh qué celestial romeria hace el alma fiel en este santo ejercicio! Amante peregrina, ella corre en el breve tiempo que

requiere un Rosario desde Nazaret hasta la casa del Bautista; de aquí al pesebre de Belem y del pesebre al suntuoso templo de Jerusalem. Vá tras el divino amado y le contempla luego sudando sangre, sobresaltado y solo en el huerto de los olivos; de allí lo sigue hasta el Pretorio, el que abandona despues para hacerle compañia en la calle de Amargura; andada la cual sube siempre siguiéndole hasta la cumbre del Gólgota, cumbre en la que es testigo del acontecimiento mas terrible y patético que el sol jamas alumbrara..... Un Dios estendido en un leño, pálido, ensangrentado, despreciado y desnudo, que agoniza y muere por el hombre, por el hombre, por el ingrato por excelencia! Las escenas se cambian; y el alma, poco antes entristecida piadosamente, reanímase, porque el Rosario la conduce á donde se entusiasme y glorie con los triunfos de su Dios; la lleva al sepulcro del cual salió triunfante Jesucristo y al monte desde el cual subió á los cielos por su propia virtud; al Cenáculo tambien la lleva para que contemple allí á Maria llena del divino espíritu, y á las alturas la lleva, por fin, sobre los mismos tronos anjélicos, en los dos últimos misterios gloriosos, que le recuerdan la asuncion y coronacion gloriosa de la vírgen inmaculada.

Hé ahí el ameno y fertilísimo campo de cuyas flores estrayendo el alma cristiana, como avejuela diligente, el delicado y suave néctar de los afectos mas santos y de los mas firmes propósitos, se alimenta para progresar en la virtud.

Cómo ó cuánto influye el Rosario de Maria sobre el culto del corazon!

Traed á la memoria, tambien, señores, lo que dijimos para probar el primer punto de este discurso, y me escusareis manifestar cómo ha influido el Rosario sobre el mundo

político hasta deber este á Maria mucha parte de la altura á que se ha elevado, no sin imponer bastante respeto á las naciones bárbaras. Y si tambien me concedeis lo que no podriais negarme de buena fé, que el santo Rosario sabe formar hombres morales, ciudadanos obedientes y pacíficos, me habreis concedido implícitamente que la sociedad civil, cuya vida esencialmente consiste en el respeto á la autoridad y á las leyes, debe tambien á María no pequeña parte de sus adelantos y felicidad.

No es mucho, señores, todo lo dicho, desde que el Rosario de Maria ha influido tambien poderosamente sobre el mundo artístico,

Para hacer sensible esta afirmacion seria menester, en cuanto á la poesia, hacer un parangon entre los fantásticos pasajes é impúdicas metamórfosis de las falsas divinidades mitolójicas con las adorables escenas que nos recuerda el santo Rosario; parangon que por lo monstruoso y abominable yo no haré jamás. Seria necesario, asi mismo, cotejar el maravilloso de los poemas á que prestó asunto el cielo soñado del jentilismo, con el maravilloso que ha inspirado á la lira cristiana el psalterio de Maria, especialmente su último tercio ó sean sus misterios gloriosos. Comparar fuera preciso los voluptuosos lienzos de Xeujis y de Apeles, con los devotos y espirituales cuadros de Rafael y de Murillo; los delirios de la Odisea con las verdades augustas del Evanjelio, las tinieblas con la luz.

Jamas el Señor permitiera que así profanara yo unos misterios que adoro.

Diré solamente que una mujer purísima, mas hermosa que el sol, inocente como el lirio de los valles, modesta como la aurora, humilde como la violeta, al mismo tiempo que supe-

rior á todo lo que no es Dios; una señora á quien los ánjeles arrebatan de un sepulcro florido, llevan en suntuosa procesion á lo mas alto y la colocan sobre los querubines; Maria santísima, digo, en la cueva de Bethlem, atravesando las montañas de Judea, al pié de la cruz en el Calvario, donde quiera que se la considere, es sin disputa el orijinal mas fecundo en bellezas y el mas precioso y noble estímulo para la lira del poeta, para el pincel del pintor, para el cincel del estatuario.

Si antes que apariese Maria se cantaba, esculpia ó pintaba una reina, ó una vírjen,ó una madre, dejándose ver en el mundo la madre de Dios, el pintor, el escultor ó el poeta, pinta, labra ó canta todos esos caracteres reunidos en una persona; y aun le queda que hacer mucho, porque no es posible al arte significar las virtudes, los sentimientos y emociones de la mas preciosa alma que se confió jamas á cuerpo de criatura.

Es, pues, la consideracion detenida de los misterios del Rosario una fuente inagotable de espirituales tesoros; y si lo quereis asi tambien lo es de concepciones felices para enriquecer la literatura. Por lo cual me atrevo á decir que combatir el Rosario no solamente arguye gran impiedad, sino tambien gran ignorancia y falta de gusto artístico.

Por incidente pudo tocarse este punto y para incidente basta lo dicho.

Paréceme, finalmente, que os he manifestado la verdad que yo deseaba esclarecer: no atribuyais la imperfeccion con que lo hice á mi causa, sino á mí que no supe desempeñar dignamente mi cometido.

Que el Rosario es la espresion sensible ó la manifestacion práctica de un grande pensamiento de Maria, de un pensamiento digno de su divino carácter, fué mi proposicion; y

cuando os hice ver que la Señora, mediante su Rosario, obró tales prodigios en favor de la iglesia y de las armas cristianas que solo pudieran convenir al poder de la hija predilecta del Eterno Padre; tales misericordias de las que solo pudo ser capaz el corazon de la Madre de Jesucristo; y tales y tan benignas influencias que solamente pudieron proceder de la que es esposa del Espíritu Santo; cuando esto os decia llenaba el compromiso que con vosotros contraje, pues lo que forma el carácter ó distintivo de Maria, es aquella triple dignidad que confesamos en ella, cuando la decimos: Dios te salve hija del Padre, Dios te salve madre del Hijo, Dios te salve esposa del Espíritu Santo.

Del mismo modo, ó al mismo tiempo que aquellos argumentos esplanaba, os daba tambien la razon de la cual debeis congratularos en este dia grande y entregaros libremente á las emociones entusiastas de un santo y profundo júbilo; puesto que si alguna cosa debe llenarnos de alegria sobre la tierra es el saber que tenemos una madre en el cielo, que así quiere como puede favorecernos en todas nuestras necesidades. *Sumite Psalterium jucundum, in insigni die solemnitatis vestræ.*

Ahora, y para dar fin á un discurso tan indigno de la celestial señora cuya fiesta celebramos, os exhorto á que practiqueis devotamente el santísimo Rosario, pues atravesamos, como lo sabeis, una época deplorable, peligrosísima, sumamente aciaga, y en que parece ha permitido el Señor, por ocultos juicios suyos y para probar á sus escojidos, que prevalezca la impiedad, que se entronicen los enemigos de la Iglesia, que el infierno se congratule como en otros dias con la vana esperanza de triunfar sobre la verdad.

Volved sino los ojos hácia la culta y antigua Europa, hácia

esa tierra de santos, y vedla incendiada por el fuego que han encendido en ella los enemigos de Jesucristo. La sociedad no tuvo jamás otros verdugos que los que sienten mal del Evanjelio. Preguntadlo á la historia, y os dirá que ellos la destrozaron y la cubieron de sangre. Si las pasiones del hombre no son cohartadas por la religion, el hombre, entregado á sus caprichos, dará en tierra con el hombre.

Es incuestionable, señores, que una palabra contra la relijion de Jesus dicha inpunemente en público, en un pueblo cristiano, es una chispa infernal arrojada en un campo dispuesto á incendiarse. El incendio se produce al punto, y á todos parece licito hablar contra la relijion.

Los pésimos efectos de la pública impiedad los conocieron y temieron, apesar de que eran paganos, Ciceron y Caton, pues habiendo César pronunciado en cierto dia una palabra contra los Dioses, aquellos dos oradores, señalándolo con el dedo, le acusaron de haber dicho una palabra funesta á la República.

Si no quereis, señores, perder vuestra fé, ni que el cielo nos aflija, sed relijiosos, y apartad vuestros ojos con horror de todo hombre que os hable una sola palabra contra la religion, contra la Iglesia, contra el santo Rosario.

No dariamos fin, Vírgen purísima, si al implorar vuestro favor en este dia, hubiéramos de enumerar los grandes males que aflijen al mundo cristiano. Por lo tanto, solamente os decimos quieras volvernos vuestros ojos y tener misericordia de los aflijidos por tanta calamidad.

La Iglesia de Buenos Aires os rinde hoy el homenaje de su gratitud, pues por vuestros ruegos ha podido despojarse del negro ropaje de la viudez y vestir el blanco velo de la esposa. No jime ya como Noemi, sino que se alegra como Ana, madre

de Samuel, y dice con ella: «Yo, la que era estéril, soy esposa y pronto seré madre de muchos hijos.» Así suceda para honor de María y edificacion de las almas.

SERMON

SOBRE

EL APÓSTOL SAN PEDRO

In omni gente primatum habui.
Yo tengo la supremacia sobre todas las gentes.

Eccl'co. 24—10

Ilmo. Señor.

Señores:

Para hacer el elojio del primero de los santos, del primero de los maestros y del supremo entre los jefes en el órden espiritual, todos convendreis en que seria necesario el primero de los oradores. Y cuando lejos de ser así se ha confiado este desempeño á quien por su pobreza de intelijencia y erudicion, no puede menos que sobrecojerse en vuestra presencia, doctos y venerables sacerdotes, y especialmente ante la vuestra Ilmo. Señor, creo que debiera hacerse por ello muy serios cargos á quien quiso honrarme sin tener en cuenta que donde falta el órden y la proporcion no hay armonía ni belleza posibles.

El órden, pues, en este caso exijia que por lo ménos se hubiese impuesto esta honrosa tarea á alguno de tantos maes-

tros como por la misericordia de Dios ornan todavia el personal de la metropolitana iglesia de Buenos Aires.

Sin embargo, como esto sea ya un hecho, imploro la indulgencia de todos, particularmente la vuestra, ministros de Dios, para mi y para quien con mas benevolencia y generosidad que acierto quiso asi favorecerme.

Voy al asunto.

Aquellas palabras que al principio espuse, *in omni gente primatum habuí*, y que me inspiraron lo que pienso decir en alabanza del Príncipe de los Apóstoles, bien sé que en rigor literal solo convienen al que es la gloria del Padre, cabeza de los predestinados, salvador del mundo y fundador de la iglesia; al que es causa y dador de toda gracia y fundamento de toda esperanza de salvacion para el hombre, y á quien fué dicho por el Eterno mismo: *Filius meus es tu, postula á me et dabo tibi gentes hereditatem tuam:* tu eres mi hijo, pideme, que yo te daré todas las jentes en heredad.

Este Señor, Jesucristo, redentor nuestro, fué quien pronunció esas palabras desde *ab eterno* con todo derecho y propiedad, *in omni gente primatum habui*: yo tengo la supremacia sobre todas las gentes; es decir, sobre toda criatura anjélica y humana y sobre todo lo creado, porque para Jesucristo todas las cosas fueron hechas, *per quem omnia facta sunt cui omnia vivunt.*

Con todo, siendo la iglesia católica la manifestacion de esa heredad que al eterno Verbo fué dada en patrimonio, segun que ella de su misma institucion es llamada á formar ó componer de todas las gentes una sola familia de adoradores é hijos de Dios, quiso Jesucristo, despues de su ascension al cielo, dejarla al cuidado de un hombre que hiciese sus veces,

presidiéndola, apacentándola, gobernándola, para lo que dió ó confirió á ese hombre mismo una potestad ámplia, plenísima y perpétua; pero tan ámplia que parecen aludir á la potestad á Pedro conferida aquellas palabras de Jeremias: *ecce constituite super gentes et super regna, ut evel as et destruas, et disperdas, et dissipes, et edifices, et plantes.* He aquí que te he constituido sobre todas las jentes y reinos, para que arranques y destruyas, consumas y esparzas, edifiques y plantes.

En este sentido, pues, bien convienen al santo apóstol Pedro las palabras de mi tema: yo tengo la supremacia sobre todas las gentes: *in omni gente primatum habui.* Y no solamente le convienen segun que fué constituido cabeza de la sociedad cristiana, sino, además, porque el mismo Jesucristo nos lo ofrece por modelo de toda virtud y por maestro de toda verdad en órden á la salud eterna.

He aquí las tres supremacias que á mi juicio componen la triple corona del héroe de nuestros cultos:

Supremacia de santidad;

Supremacia de majisterio;

Supremacia de autoridad; *in omni gente primatum habui.*

Imploremos, etc. . . . . *Ave Maria.*

In omni gente etc.
Eccl'co 24 - 10.

El sucesor de Augusto en el Imperio Romano, el cínico y sangriento Tiberio, desde Cáprea, isla que habia escojido por guarida, hacia correr la sangre á torrentes, pues en él empezaba aquella série de monstruos que terminó con Diocleciano y que durante mas de tres siglos fueron el horror de la

humanidad por sus costumbres lúbricas y feroces instintos. Y esa Roma idólatra, licenciosa y soberbia, era, no obstante, en aquella sazon la despótica señora del mundo hasta entonces conocido. ¡Cuán lejos estaba la nueva Babilonia en esa época de su apojéo de preveer su decadencia y su ruina! ¡Cuánto distaba Roma, repito, de sospechar que la doctrina del crucificado en el Gólgota, pululaba en su mismo seno, y cuyo desarrollo no solamente derribaria sus ídolos, sino que llevaria tambien la luz mas allá de sus fronteras, mas allá todavia de lo que la misma Roma podia imajinarse, hasta los confines de la tierra!

En efecto, Jesucristo Señor nuestro, naciendo en un establo, viviendo despues treinta años una vida totalmente obscura en la pequeña Nazareth, sufriendo en seguida con admirable mansedumbre vejaciones sin cuento, desprecios, injusticias, dolores inauditos y muerte de cruz, bien á las claras habia manifestado que la verdadera grandeza no consiste en lo que el mundo hasta entonces habia creido: esto es, ni en cuantiosos tesoros, ni en la ciencia, ni en las glorias y conquistas militares, ni en los grandes espectáculos y demas placeres de los sentidos, ni en mantener y hacerse servir por muchedumbres de esclavos, cosas que, sin embargo, eran el blanco de las aspiraciones del hombre y en especial del pueblo romano, norma que era entonces, ó modelo, de la conducta, gustos y caprichos de las demás naciones sus tributarias. ¡Qué revolucion, señores, tan radical habia dejado iniciada Jesucristo y cuya prosecucion y complemento habia confiado á Pedro y demás Apóstoles! Solo un Dios pudo acometer la empresa de desengañar á todo un mundo, haciéndole adorar lo que despreciaba y abominaba, y despreciar lo que le tenia robado el corazon. Y

solo un hombre que de oficio debió ser y fué el primero de los grandes hombres cristianos, y á quien fué dada para el lleno de su mision la supremacia de la santidad, pudo ser puesto á la cabeza de los que, sin mas armas que la persuasion y la virtud, debian dar cima al cambio social mas sorprendente que vieron y verán los siglos.

Os demando humildemente vuestra atencion.

I.

La santidad, señores, consiste, como sabeis, en la práctica de todas las virtudes, ó por lo menos, en la disposicion ó prontitud de ánimo para practicarlas todas en grado heróico, así que las circunstancias lo exijan. El indicio de esa santidad ó su barómetro, por decirlo así, es la fé, la humildad y la caridad. En el apóstol San Pedro descollaron estas tres virtudes de un modo tal que dieron testimonio de la supremacia de santidad que le condecoró.

Por lo que hace á su fé, los santos Evanjelios nos ofrecen pruebas concluyentes de su grandeza y excelencia.

Jesucristo no era aun conocido: era todavia cual un tesoro ignorado y enterrado en estraño y lejano campo, pues de Nazareth, donde se habia creado, pasó al desierto en el que permaneció solo en oracion y penitencia durante cuarenta dias. Encaminado á Cafarnaum, pueblo situado en la costa al norte del mar de Tiberiades, vió á Pedro entendiendo en sus faenas de pescador, llamóle y le dijo que le siguiese pues iba á hacerlo pescador de hombres.

Pedro, sin mas informes ni averiguaciones, abandonó su barquilla y sus redes y siguió á Jesucristo. Dirase acaso que esta docilidad no recomienda en mucho á nuestro após-

tol, por cuanto hubiera sido mas prudente certificarse antes de la bondad, intenciones y fines de aquel que le llamaba.......... No hay duda que Pedro pudo hacerlo sin desagradar á Jesucristo, como no le desagradaron las precauciones y observaciones de la Samaritana antes de reconocerlo y de anunciarlo á sus vecinos; mas Pedro prefirió acatar y dejarse conducir en silencio por la interior inspiracion que recibió de que no dudase, pues aquel que le llamaba era el Mesias.

Pero aun me parece mas admirable la fé de Pedro cuando en una noche tempestuosa, viendo á su maestro Jesus que venia hácia su barca caminando sobre la superficie de las aguas, solo por haberle dicho él que viniese á donde estaba, arrojóse al mar y caminó tambien milagrosamente sin hundirse. Y si bien vaciló un momento por haberle acometido un fuerte huracan, esa fé misma en su maestro lo salvó al punto, pues esclamó lleno de confianza: *Señor, sálvame!* y fué salvo. Por manera que aquel rápido instante de flaqueza sirviole para confirmarse mas y mas en la bondad y divinidad de aquel á quien seguia.

Todos estos testimonios de la fé sobresaliente de nuestro apóstol, fueron coronados por aquella confesion solemne que hizo de la filiacion divina de Jesucristo, cuando preguntándo el maestro á sus discípulos por quien le tenian ó consideraban, Pedro se adelantó para responder por todos y dijo: «tu eres, Señor, el Cristo, Hijo de Dios vivo; *tu es Cristus filius Dei vivi.*

Se mostró en esa ocasion el santo Apóstol tan celoso de la divinidad de su maestro, que parece temió sucediera que alguno de sus hermanos ó compañeros respondiese á esa pre-

gunta de algun modo menos esplícito y satisfactorio, que hubiese dado algo que sentir á su amado Jesus. Si tal hubiera sucedído, cierto es que Pedro hubiera increpado esa falta de fé, pues siempre se le halló dispuesto á volver por la honra del Maestro divino, viniese de donde quiera la ofensa, y aun cuando le costase la vida. Por eso no quiso esperar á que otro contestase á la pregunta de Jesucristo y respondió él: «Tu eres, Señor, el Cristo Hijo de Dios vivo.»

Si esta pregunta de Jesus hubiese sido hecha despues de su gloriosa Transfiguracion, de la cual Pedro fué testigo, su fé no resaltára tanto, puesto que aquella maravilla hizo ostensible la divinidad del Salvador; mas habiendo sido hecha antes de ese suceso, la fé de nuestro apóstol aparece de relieve, triunfante, luminosa y llevando grandes ventajas á la fé de sus hermanos.

Esta fé, señores, del apóstol Pedro, acabó de conquistarle el afecto y corazon de Jesucristo; pues vemos que por ella llamóle Jesus bienaventurado; *beatus es Simon Ban-jona*, bienaventurado eres, Simon, porque no habiendo la carne, ni la sangre, ni la razon natural, ni la ciencia humana reveládote esta verdad fundamental, has creido á mi Padre cuya gracia te ilustró para que me reconocieses; *quia caro et sanguis non revelavit tibi, sed pater meus qui in cœlis est.* Una fé así tan predominante y animosa, convenia, por otra parte, á un hombre llamado, no solo á ser el custodio de la verdad, sino tambien el oráculo infalible, y por consiguiente, el juez inapelable en lo concerniente á doctrina.

Ved aquí, pues, intrusos y fementidos reformadores de la sociedad; ved ahí un hombre á quien no engrandeció la ciencia sino la prontitud y simplicidad con que obedeció á la voz

secreta de la gracia que le hablaba y le inclinaba á creer en Jesucristo. Ved aquí, repito, un hombre que fué sublimado á una dignidad y á una gloria que no alcanzaron los Césares, porque creyó con docilidad, sin preciarse de filósofo, sin prestar oido á las objecciones de una razon deleznable y enfermiza, á la vez que vosotros que traeis al mundo en conflagracion titulándoos libres pensadores y queriendo sentar la duda en el trono de la fé, acaso no llevareis vuestra memoria á cuatro pasos de vuestra tumba, porque debe caer sobre vosotros y sobre vuestras teorías, aquella sentencia en que hablando de los impios se dice que su memoria se extinguirá como el sonido: *perit memoria eorum cum sonitu.*

Por lo que hace á la caridad, que es la segunda de las tres virtudes que indican el grado de perfeccion ó santidad á que ha llegado un alma, ella consiste, como tambien sabeis, en el amor á Jesucristo; y de este amor, como emanacion natural, viene necesariamente el amor al prójimo; por que ¿cómo será posible amar á Jesucristo sin amar lo que Jesucristo ama? Y Jesucristo, ama al hombre y dió su vida por él, y el máximo entre sus preceptos es que nos amemos unos á otros: *hoc est preceptum meum, ut diligatis invicem.*

El apóstol Pedro, señores, se distinguió entre los mas ardientes amadores que tuvo Jesucristo y fueron sus apóstoles. Juan el Evanjelista fué el discípulo mas amado de Jesucristo; Pedro fué el discípulo mas amante de Jesucristo. Pedro, preguntóle una vez Jesus, *¿me amas tú mas que estos?* que estos, es decir, que sus demás apóstoles; y respondiendo Pedro dijo: *Tu scis quia amo te;* tu sabes, Señor, que te amo.

Oh! señores, en verdad que casi me arrepiento de no haber tomado por único asunto de este mi discurso el amor

de Pedro á Jesucristo, por que me ocurre ser este amor el distintivo ó la especialidad de nuestro apóstol. Pedro vé á Jesucristo y le ama, oye su voz y le sigue, y siguiéndole se entrega todo á él, se hace todo de Jesucristo sin reservarse cosa ni afeccion alguna. *Ecce nos reliquimus omnia, et secuti sumus te*, dice á su maestro: hé aquí, Señor, que por seguirte hemos renunciado á todas las cosas; y él por su parte cumplia este propósito tan estrictamente, que apénas hay pasaje evanjélico en que no veamos á Pedro como ligado á Jesucristo. Cuando Jesucristo anunció el Santo Sacramento de la Eucaristía los demas apóstoles formaron de sus palabras cierta especie de escándalo que hubo de alejarlos de su maestro. Penetrándole Jesus volvióse á ellos y les dijo no sin dolor observando la flaqueza de su fé: *¿Y tambien vosotros me quereis abandonar?* Y al punto dice Pedro: ¡abandonaros, Señor! pues á quien iremos? ¿Podemos. por ventura, vivir sin vos que teneis palabra de vida eterna? Palabras dogmáticas, señores, que nos obligan á creer y sostener que sin la amistad de Jesucristo el hombre aunque parezcá vivo está muerto, porque así como la vida del cuerpo es el alma, la vida del alma es Jesucristo. Por eso dice el Señor: yo soy la vida: *Ego sum via, veritas, et vita.*

Otra vez hablaba Jesucristo de los dolores, pasion y muerte que le esperaban en Jerusalem; Pedro cometiendo la falta de no poder soportar semejante idea esclamó: «lejos de tí, eso, Señor; vámos, que eso no será para tí.» Que Pedro erró en esta ocasion se infiere de las palabras reprensivas que le dirijió Jesucristo, pero que esta su falta fué hija del entrañable amor que á su divino maestro profesaba, tambien es indudable. Poco hacia que le habia confesado Cristo hijo de

Dios vivo, y la sola imajinacion de que ese mismo hijo del Altísimo fuese ignominiosamente muerto en un patíbulo, le perturbó de manera que rechazó semejante vaticinio, sin reflecsionar que quien le producía era el mismo Cristo Dios, que no podia engañarse, ni engañar, y que por ese medio daria al eterno Padre una gloria infinita y al género humano la salud eterna.

Si conforme fué Jesucristo quien anunció su propia muerte hubiera sido alguno de los otros apóstoles el profeta de ese suceso entónces futuro, sabe Dios hasta que punto hubiese arrebatado á Pedro su celo por la conservacion de la vida preciosa de su divino maestro; pues todavia el Espíritu Santo no habia venido á él en toda su plenitud, para ordenar, consolidar y confirmar sus grandes virtudes, especialmente su ardoroso amor á Jesucristo. No hay que olvidar, señores, que las grandes virtudes del apóstol eran cual el oro recien estraido de la mina; no habian pasado todavía por el crisol del sagrado fuego del divino espíritu: incluian, quiero decir, sus resabios de naturaleza. Su carácter, además, era sencillo, sumamente injénuo, franco y algun tanto impetuoso; su amor á su maestro divino era afectuosísimo, encendido, estático; así es que era arriesgado en presencia de Pedro decir una sola palabra que no fuese muy en honor y gloria de la sagrada persona de Jesucristo; perdia la razon toda vez que le veia amenazado de algun peligro ó lo sospechaba siquiera. ¡Cuán bello y grande es el amor de Pedro á Jesucristo! Las mismas indiscreciones á que mas de una vez le arrebató, parece le hermoseaban mas, así como vemos en algun famoso lienzo, obra de algun pincel clásico, que las sombras suelen hacer su principal mérito y todo su encanto ó nombradia. Vuélvolo á

decir: Pedro fué el discípulo amante, así como Juan fué el discípulo amado de Jesucristo.

De su humildad solo diré que estaba en consonancia perfecta con su fé y con su caridad. «Apartaos, Señor, de mí, dijo á Jesucristo una vez, por que soy hombre pecador.» Érale tan delicioso como doloroso andar siempre al lado de Jesucristo. Érale delicioso, porque Jesucristo era su tesoro, su amor y su vida: érale doloroso, porque no quisiera, si fuera posible, que su divino maestro anduviese acompañado siempre de un hombre como él, que en su juicio era el mas indigno y despreciable de los hombres; quisiera que solo los serafines y la santísima Vírgen compusiesen el séquito de su amado y celestial maestro.

Por esta razon, cuando en la noche de la cena el divino Jesucristo se disponia á lavarle los piés, Pedro se confundió de tal manera y tan decididamente se resistia, que fué menester que Jesucristo le amenazase con que no seria su amigo si no consentia en ello. Solo esta amenaza pudo imponerle temor. La misma muerte no se lo hubiese impuesto; pero que Jesucristo lo separase de su compañía era para él una idea insoportable. Bien lo sabia Jesus, y por eso echó mano de aquella conminacion, única que pudo someter á su apóstol á dejarse lavar los piés por las manos que habian formado los cielos.

¡La humildad de Pedro, señores! ¿Pues acaso no sabeis que cuando fué crucificado nuestro apóstol, pidió que se le colocase con la cabeza hácia abajo, por parecerle que ni en la ignominia de la muerte merecia parecerse á su amado maestro?

La grande é inimitable humildad de Pedro antes se infiere ó deduce que se prueba; no obstante que puede

probarse con nuevos testimonios, poderosísimos tambien, tomados del santo Evanjelio; pero mas facilmente se infiere, digo, de la altisima dignidad á que Jesucristo le elevó; pues es averiguado que Dios ensalza al hombre en proporcion que el hombre se humilla. Si pues la dignidad á que Pedro fué sublimado es la dignidad mayor entre los hombres, su humildad debió ser peregrina y escepcional. Hablo de aquellos ascensos segun la voluntad de Dios y no de aquellos que aun cuando lo parezca no cuentan con ella, por haberse mezclado é injerido el artificio del candidato ó las pasiones y miras de sus favoritos.

Aquellas y no estas son las dignidades que prueban humildad.

Los que os habeis dignado seguirme atentamente en lo que llevo dicho, habreis comprendido la supremacia de la santidad del apóstol Pedro.

Digamos algo sobre la primacia de su majisterio.

II

Segun dos Evanjelistas, san Mateo y san Marcos, Pedro fué el primer discípulo de Jesucristo; y por la misma razon el primero que empezó á beber las eternas verdades en su misma fuente ú orijen, que es el mismo Jesucristo.

Asi que, desde entónces, es decir, desde que se organizaba el apostolado, Pedro investia cierta prioridad que de hecho le daba sobre sus hermanos ó co-apóstoles una evidente superioridad.

Jesucristo, por su parte, como ya lo destinaba para su Vicarïo en la tierra, suave, secreta, pero eficazmente imprimía en el ánimo de sus otros discípulos una pronunciada ten-

dencia á estar subordinados á Pedro. Sin embargo, hasta aquí no estaba declarada ni legalizada su autoridad docente.

Despues, empero, que tuvo lugar la gloriosa ascension á los cielos del divino maestro y en virtud de aquellas palabras que este Señor habia dicho á Pedro: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia»; y de aquellas otras no ménos esplícitas y significativas de la superioridad del majisterio que se le conferia, cuando le dijo: «Pedro, Satanás te ha pedido para triturarte como trigo, mas yo rogaré por ti para que tu fé no desmaye; una vez tú fortalecido confirmarás á tus hermanos»; en virtud de estas palabras, decia, nuestro apóstol, ¡Dios maravilloso! el humilde pescador de Tiberiades, abrió su escuela, y escuela que habia de anular y echar por los suelos las tan famosas cátedras de Atenas, cuya filosofía sensual no habia formado sino misántropos, utopistas y petulantes declamadores!

Una vez Pedro en posesion plena y pacífica de los derechos de pastor, maestro y gefe de la naciente iglesia, ya docente como militante, empezó abiertamente y sin descanso su lucha gloriosa contra los envejecidos errores del mundo pagano.

Y así como él habia sido llamado el primero, y era el primero que habia recojido las verdades de la divina boca de Jesus, fué tambien el primero en anunciar el santo Evanjelio; y con tal éxito, que su primer sermon importó á las banderas de Jesu-Cristo el poderoso continjente de tres mil almas, que allí mismo lloraron sus culpas y pidieron el bautismo. Su segundo discurso arrancó al infierno cinco mil almas mas, y bajo auspicios tan lisonjeros no dudó el ardiente apóstol que aquel lance que aventuró en el mar en otros dias, por insinuacion y á nombre de Jesucristo, y que le valió los suficien-

tes peces para llenar dos barcas, habia sido una significacion ó figura de la gran cosecha de almas que habia de hacer para poblar los cielos.

A él, por consiguiente, como á primer maestro de la celestial filosofía de Jesucristo, incumbia enviar sus hermanos á llevar la luz por toda la tierra: lo hizo así y fué obedecido.

No es, señores, el menor de los testimonios en favor de la primacia del majisterio de Pedro, el haberle reservado Dios para evanjelizar en Antioquia, metrópoli del Oriente, y en Alejandría, y sobre todo en Roma, reina del mundo; pues era muy del caso que la que habia de ser la iglesia madre, la iglesia maestra en la sucesion de los siglos, reconociese por fundador y padre al primer maestro de la verdad, al Vicario de Jesucristo.

Además, Pedro es quien convoca en Jerusalem el primer concilio que vió el mundo, y en el que se elijió á Matias para que integrase el apostolado que quedó numéricamente incompleto por la prevaricacion y apostasia de Judas. Pedro fué quien hizo el primer milagro despues de la subida del divino maestro á los cielos. Pedro fué quien rebatió al primer hereciarca, Simon Mago, que pretendia introducir en la iglesia el abuso sacrílego de convertir en mercancías las cosas y gracias espirituales. Pedro es el primero á quien menciona San Mateo al enumerar el apostolado, pues dice: el primero entre ellos era Simon que se llamaba Pedro; y por fin, y omitiendo mil otros argumentos que pudiera aducir, digo que sin la anuencia de Pedro nada se hacia por los demas apóstoles, pues todos le reconocian y acataban como á su verdadero prelado.

Pero asi como Pedro fué el primero en jurisdiccion y en honor, fué tambien sobre quién gravitaron mas los

afanes y cargas del apostolado. Se diferencian las dignidades eclesiásticas de las civiles en que estas proporcionan al majistrado mas honra y provecho que afanes y sudores; aquellas, por el contrario, convierten al jefe en súbdito de todos; *si alguno quiere ser el primero*, ha dicho Jesus, *será el último de todos y el que á todos sirva.»* Y en verdad, señores, ¡quién podrá seguir de cerca á ese infatigable pescador de almas y conquistador del mundo, en sus penosísimas y apostólicas jornadas! Basteos saber que las iglesias del Ponto, de Galacia, de Capadocia, de Siria, de la Bitinia, de Ejipto, de España y de Italia, le reconocen por su fundador, lo cual supone innumerables viajes y trabajos.

Una de sus cartas trae la direccion de Babilonia, y aun cuando algunos creen que el Apóstol en esa vez quiso llamar Babilonia á Roma, otros opinan que pudo bien haber llegado hasta aquel lugar en alas del celo ardiente que le devoraba por la propagacion del Evanjelio.

Solamente el haber acometido Pedro la tentativa de invadir á Roma para predicar á Jesucristo, haria de nuestro apóstol el primer hombre de la era cristiana. ¡Entrar en Roma un pobre pescador en el reinado del parricida Neron, todavía en el siglo de Augusto, cuando Roma ébria de placer en vista de su engrandecimiento, solo pensaba en sus conquistas y en sus espectáculos, en su lujo y en su voluptuosidad, en sus poemas y en su anfiteatro, en sus templos y en sus ídolos; presentarse allí un hombre vulgar, sin antecedentes que le recomendasen ante el gran mundo, sin séquito, sin letras, sin dinero, descalzo, vestido de una túnica grosera! ¿Y con qué fin? Nada menos que á echar abajo un mundo, aplicando el hacha á su capital que era Roma!

Es decir: á predicar un solo Dios al politeismo; á persuadir la humildad á los soberbios; la pobreza evanjelica á los avaros; la mortificacion á los sensuales; la castidad á los lascivos; la frugalidad á los voluptnosos; á escalar el Olimpo y derribar de ese soñado cielo á Júpiter, Juno, y demás falsas divinidades, dioses y semi-dioses; á hacer trizas sus estátuas, altares y templos; á colocar en su lugar una cruz y hacer adorar en ella á Jesu-Cristo, el oscuro nazareno condenado por Pilatos y muerto ignominiosamente! ¡Qué gran locura! ¿No es verdad, señores? Pedro, sin embargo, hizo todo esto; arrojó su eficaz palabra en Roma, regó luego tan preciosa semilla con su misma sangre, jerminó esta semilla, se propagó la verdad, el Cristianismo se difundió como la luz, Roma se conmovió por sus bases, cayó, y de sus escombros nació graciosa y lozana la Roma nueva, la Roma de Constantino, la Roma nuestra, la Roma católica!

¡Loor inmortal al pescador de Galilea! ¡Gloria eterna, repito, al humilde Pedro, al primer apostol de una relijion que apesar de haber ya corrido cerca de dos mil años no ha declinado un ápice en la austeridad de sus dogmas primitivos y principios fundamentales! El mismo santo apóstol que encabezó su propaganda, á despecho de la incredulidad y la herejia, se conserva en su puesto, siempre grande, esclarecido, radiante de gloria. Trescientos millones de cristianos le bendicen; llámanle padre, pastor y maestro, y le aman de manera que su sepulcro es el término ansiado de millares de peregrinos.

Ahora bien, ¿dónde están los triunfos de la incredulidad, del cisma y la herejía? ¿Qué fué, señores, de aquel filósofo que á mediados del pasado siglo, con aquella risa sardónica,

que era su arma favorita, decia que él solo destruiria la relijion que habian fundado doce hombres? Dónde está el patriarca de Ferney, aquel que plagiando al apóstata Juliano emprendió el restablecimiento del jentilismo? Pasó como un meteoro funesto sin dejar en pos de sí otra cosa que sus libros contajiosos y una memoria fatídica! El pescador de Tiberiades no ha pasado, porque si la verdad puede padecer eclipse recobra luego su esplendor para brillar perpetuamente: el error y la mentira, empero, lucen un momento, engañan, fascinan y mueren.

No es mucho, señores, que el incrédulo filósofo aludido sucumbiese en el choque contra la barquilla de Pedro, cuando desde Simon Mago hasta Jansenio, cuantos encabezaron rebeliones contra Pedro y su doctrina se estrellaron contra esa piedra; porque segun Jesu-Cristo Pedro es piedra: *super hanc petram edificabo eclesiam meam.*

Diré una palabra sobre la primacia de autoridad.

III.

La dignidad ó autoridad del apóstol Pedro es divina en su orijen, universal en su estension y perpétua en su duracion.

Sobre la divinidad de su orijen ya dijimos lo suficiente al hablar de la supremacia del majisterio; aquí solamente agregaré otro sagrado texto que viene en confirmacion de los precedentes.

Dijo tambien Jesu-Cristo á Pedro: *tibi dabo claves regni cœlorum*, etc.: á ti daré las llaves del reino de los cielos, y todo lo que desatares en la tierra será desatado en los cielos, y todo lo que atares en la tierra atado será en el cielo. ¿Hay alguno entre vosotros, señores, que ignore la importan-

cia de la tradicion de las llaves? Entregar las llaves de una casa es conferir el derecho de permitir ó no la entrada en ella; y de aquí se infiere que en el reino de los cielos solo entra aquel que previamente haya arreglado y convenido con Pedro en las condiciones y requisitos para entrar. La condicion principal entre estas es estar en armonia y union con Pedro por la fé, la esperanza y la caridad. Por la fé, creyendo lo que Pedro, por la esperanza, esperando con Pedro; por la caridad, amando lo que Pedro. Es decir: creyendo segun Cristo, esperando en los méritos de Cristo, y amando à Cristo. Este es el hombre católico práctico y no otro, señores; y este Pedro es el apóstol y sus sucesores los Papas. Creer, esperar y amar diferentemente, es ilusion manifiesta.

¿A quién desata Pedro en la tierra? A quién absuelve de los pecados? ¿Y á quien no desata? A quien no absuelve. Fuera de Pedro ó sus sucesores ¿hay quien pueda absolver ó ligar en este sentido? No, sin que sea autorizado por él, en quien reside esta potestad en toda su plenitud ó como en su fuente: *tibi dabo claves*....

La estension de la autoridad de Pedro comprende á todo cristiano, inclusos los príncipes ó gefes de las naciones, en el órden espiritual; sea que ese príncipe ó súbdito cristiano habite la zona que se quiera y en la latitud que se suponga. Desde ese punto debe á Pedro sumision y obediencia; en caso contrario, es un cismático y vive en estado de condenacion eterna.

La autoridad de Pedro empezó en la ascension de Jesucristo, y no acabará sino en la segunda venida del mismo Cristo en el juicio final, porque en presencia del Señor legítimo cesa su Vicariato.

¿Y no lo veis, señores? Se levantan imperios, monarquias y

repúblicas, y luego caen y desaparecen; el reinado de Pedro no cae, ni caerá, porque su base descansa en la palabra de Jesu-Cristo: *yo estaré con vosotros*, dijo, *hasta la consumacion de los siglos y las puertas del infierno no prevalecerán contra mi iglesia.*

Hubo guerras contra la iglesia, las hay y las habrá, porque conviene que la promesa de Jesu-Cristo se cumpla, que se manifieste al frente de la contradiccion y de la lucha; pero así como despues de la borrasca tenebrosa reaparece el sol, siguiendo magestuoso, ó mejor diré, siendo siempre el centro inconmovible del sistema planetario, así despues de las borrascas que la impiedad levanta contra la iglesia, ella déjase ver de nuevo, no solamente ilesa, pero aún mas hermosa, pues las tempestades son su crisol ó el fuego que la purifican y embellecen.

Los incrédulos y racionalistas pasados fueron los ajentes ciegos de las pasadas glorias de la iglesia; los incrédulos y racionalistas modernos le dan ocasion para sus presentes victorias; y los incrédulos y racionalistas futuros la preparan, si bien nuevos sufrimientos, tambien nuevas palmas y coronas; y de este modo, cuando la impiedad y la herejia trabajan con ahinco por la destruccion del reinado de Pedro ó de la iglesia, llenan, sin sospecharlo, un gran designio de Dios: mantener la iglesia en ejercicio para que sus armas no se emboten y su sacerdocio no se enerve; para que su doctrina se esclarezca, se ostente su gracia, sea la fé probada y se multipliquen los merecimientos de sus amigos. Los impíos, no lo dudeis, señores, los impíos siembran con lágrimas y despecho para que la iglesia recoja con abundancia satisfaccion y alegría. ¡Ay del incrédulo! ¡ay del impío racionalista.........

Pero es menester que los haya para que el Catolicismo medre. ¡Qué fuera de la Iglesia, señores, sino fueran los impíos! ***Es preciso que haya escándalos***, ha dicho Jesus, pero añadió: *¡Ay del escandaloso!*

La nave del pescador galileo vacilará pero no se hundirá jamás, porqué, como queda dicho, la iglesia verá el último dia de los siglos, y hasta entonces llegará sin menoscabo la autoridad de Pedro, autoridad divina en su oríjen, ilimitada en su estension y perpétua en su duracion.

Pedro tiene, pues, sobre todos las jentes la supremacia de santidad y la supremacia de majisterio: *in omni gente primatum habui.*

He concluido.

Quiera el Dios omnipotente que tan glorioso hizo á su apóstol, conservar en nosotros la fé predicada por Pedro, confirmada por sus innumerables milagros, y sellada con su sangre. Porque, mis hermanos, si hemos de salvarnos ha de ser por Jesu-Cristo; para salvarnos por Jesu-Cristo es menester pertenecerle y ser miembro de ese cuerpo místico que es la iglesia; pero no es miembro de ese cuerpo sino aquel que vive en union con su cabeza que es el Papa.

Por lo tanto, señores, ¡gran cautela sobre este punto! ¡Mucho cuidado con la unidad católica, que tanto trabajan por romper todas las sectas disidentes, capitaneadas por el obcecado, rudo y satánico protestantismo!

¡Quiera tambien ese mismo Dios, Ilmo. Señor, conservar vuestros dias, tanto cuanto posible sea, para que desde la altísima dignidad á que habeis sido elevado, como desde una dominante atalaya, víjileis el numeroso rebaño que os confió el cielo, alentando al flaco, exaltando al humilde, premiando la

digno, separando al indigno del sagrado ministerio, reprimiendo al soberbio y protejiendo al débil; para que al fin cual otro Pablo podais decir: *bonum certamen certavi: cursum consumavi: fidem servavi.*

SERMON

SOBRE

SAN MARTIN DE PORRES

Pertransit benefaciendo et sanando omnes.
Pasó haciendo el bien y sanando á todos.

Act. Ap. C. 10. *V.* 38.

Al dirijirme á vosotros, señores, en este dia, con el fin de formar el elojio de uno de los santos con que ha querido el cielo engalanar el nuevo mundo que habitamos, tres circunstancias concurren para alentarme ó levantarme, diré mejor, del abatimiento en que me hiciera caer el peso de este empeño. Es la 1.ª que haya sido americano el héroe de nuestros cultos; es la 2.ª que haya sido uno de los mas dulces y sazonados frutos que produjo un árbol querido, que hace algunos siglos plantára con sumo cuidado y regara con entrañable amor mi Padre Santo Domingo; y la 3.ª es que me haya cabido la suerte de consagrar las primicias de mis trabajos de este jénero en alabanza de ese mismo dulce fruto, de ese inmortal y altamente glorioso americano.

Perdonadme, señores, lo que pueda encerrar este pensamiento de terrenal, pues no es tan fácil como parece ser indiferente á la gloria de pisar el continente mismo que ha pisado

un ánjel visible, el modelo del candor, verdaderamente relijioso, admirablemente humilde, y grandemente benéfico, San Martin de Porres.

Tal es el varon eminente á quien yo, como quizá tambien vosotros, habia confundido hasta hoy entre el número de aquellos héroes, que aunque grandes y muy gloriosos por otra parte, parece que forman, sin embargo, la série de varones santos de un órden menos sublime; aquella gerarquía de segundo lugar, por decirlo así, entre los hombres casi divinos y que á manera de astros llenan de luz y aun de alegría el cielo de la santa iglesia; pero me habia engañado, señores, y entonces lo adverti, cuando me fué preciso abrir y leer, no digo ya su historia circunstanciada, un brevísimo compendio solamente de su anjélica y admirable vida

¿Deseais amados mios que os haga saber bajo que punto de vista debo presentaros hoy á tan glorioso atleta de Jesu-Cristo? Pero antes de satisfacer vuestro deseo quiero que sepais que tal fué precisamente mi mayor dificultad al meditar su elojio. Y no lo estrañeis: porque si se tratase de alguno de aquellos hombres cuya especial mision ha sido llevar pueblos enteros hácia el bien, con la virtud y elocuencia de su palabra, yo pudiera valerme de las noticias de sus mismos triunfos para hacer su panejirico. Si se tratára de algun esforzado capitan de las huestes de la cruz, cuyo denuedo y hazañas militares le hubieran hecho famoso, yo le siguiera, me transportára con él de pueblo en pueblo, de rejion en rejion, y valiéndome de los mismos laureles que á su paso arrojáran la gratitud y el entusiasmo, formára con ellos una corona para su frente y su nombre. Si se tratase de alguno de tantos varones ilustres que supieron valerse para labrar su gloria de los elementos que les

proporcionaba una fortuna cuantiosa adquirida ó heredada, mi empeño no fuera tan árduo. Pero se trata de mas, porque se trata de un hombre grande que supo hacer laudable y esclarecida su memoria ante los hombres y ante el mismo Dios, sin querer y sin poder echar mano de elemento alguno temporal que pudiera llamarse propio; de un varon santamente glorioso, sin necesidad de esas cosas, sin autoridad, sin letras, sin fortuna, sin antecedentes civiles; de un hombre, finalmente, que supo elevarse al rango de los santos y de los héroes por un camino muy difícil, no se si alguna vez trillado, cual fué, tomar sobre sí la jigantesca empresa de hacer conocer al nuevo mundo, no con lecciones teóricas sino con hechos prácticos, la verdadera beneficencia, aquella beneficencia ajustada ó conforme al espíritu del Evanjelio; aquella beneficencia, señores, cuyos resultados felices, cuyos excelentes frutos, luchando con los tiempos, é inmortalizando al hombre que fué su inmediato instrumento, hace decir de este á las futuras edades: ¡Ah! él pasó por aqui haciendo el bien á la sociedad y aliviando á todos!

Gran mision, señores, sobremanera importante, é incompatible al parecer con el estado, oscuridad de cuna y solemne pobreza de un humilde y desamparado relijioso! Pero él supo llenarla de tal modo que para que este nuevo mundo no olvidase sus lecciones, Martin dejó monumentos suntuosos que conservasen siempre fresca su memoria, donde ese mismo mundo leyese, tambien, y aprendiese que para mejorar los pueblos y hacer tolerables á la humanidad sus desventuras, antes se requiere piedad que afluencia de bien sonantes palabras, humildad y sólida fé antes que inmensos tesoros y elementos materiales.

Esto me propongo demostrar con la brevedad posible.

¡Madre purísima! Señora de inconcebible dignidad! Vírgen de innarrables gracias, de santidad incomparable! yo os imploro con la vehemencia de un verdadero necesitado y con el temor que me inspira la idea de que al tratarse de las alabanzas de uno de vuestros mas fieles hijos, se trata, en cierto modo tambien, de vuestra alabanza y de vuestra gloria. Sedme propicia, pues, y ya que para obligaros no pueda haceros presente merecimiento alguno mio, á lo menos sedme propicia en atencion á vuestra misma gloria, por el honor de vuestro dulce nombre, por vos misma, en fin, á quien reverente saludamos.—*Ave María.*

Pertransit benefaciendo....
Act. 10, 38.

I.

Por mas que el mundo se afane, señores, por confundir la beneficencia evanjélica ó segun la gracia, con la beneficencia filosófica ó segun la naturaleza, jamás lo conseguirá; pues se distinguen como la realidad de la apariencia, como las tinieblas de la luz; y creo que no me escedo si afirmo que se distinguen como el espíritu de la carne.

La beneficencia evanjélica ó segun el corazon de Jesu-Cristo abraza á todos los hombres y todas sus necesidades; porque Jesu-Cristo ó el Evanjelio que es su palabra, nos enseña un hermano en cada hombre, sean sus costumbres cuales fueren, y sus ideas religiosas las que se quiera; el cristiano, al practicar esta virtud, prescinde del jenio, de la amistad y aun de la bondad ó malicia del necesitado; mira al hombre y en él la

imájen de su Dios: al amado de Jesu-Cristo, al redimido con su sangre preciosísima, y por consiguiente, al heredero del cielo. Esto le basta para compadecerle y aun para estrecharle contra su corazon, si le pareciere necesario ó conveniente. El hijo de la iglesia, vuelvo á decir, se creerá delincuente si abandona á su infeliz hermano pudiendo socorrerle, porque sabe muy bien que en ese caso ha desobedecido, ha quebrantado el mas fuerte precepto del lejislador divino, de Jesu-Cristo, de su Dios; y cuando dócil á la voluntad de ese lejislador y consecuente con esa ley, se inclina á levantar á su hermano caido ó atribulado, no solo atiende á sus dolencias corporales; quiero decir que su compasion no se limita no mas que á aliviar su hambre ó á apagar su sed; no, su misericordia vá mas allá todavia, pues trata tambien de que su espiritual salud no padezca detrimento bajo el peso de su desventura; por esto es que, á ejemplo del Samaritano del Evanjelio, no solamente toma en brazos á su hermano afiijido para conducirlo donde le asistan y le curen, sino que vierte tambien sobre su espíritu el jeneroso vino de la mas afectuosa caridad y el oleo de la palabra consoladora.

La beneficencia, humanidad, filantropia, ó como quiera llamarse á esa sombra de misericordia, á ese fantasma de caridad de que son capaces los hombres sin fé, no reune, no, ni jamás podrá reunir tan laudables cualidades. Ese sentimiento, ó, mejor dicho, esos hombres, en virtud de ese tal sentimiento, compadecerán, levantarán del polvo á sus amigos, pero á sus enemigos abandonarán sin remordimiento, pues no quieren creer, ni menos adorar á aquel que ha dicho: «*Amad á vuestros mismos adversarios; haced bien á los mismos que os aborrecen*». Ellos talvez curarán las heridas de su semejante, pero ní por

obedecer ni menos por agradar á Jesu-Cristo, sino tan solo porque se los inspira la naturaleza; tampoco cuidarán de su alma, porque ó no creen que existe ó niegan su inmortalidad; ó tan absoluta es su ignorancia que ni de esa inmortalidad ni de aquella alma afirman ni niegan cosa alguna. Finalmente, ellos enjugarán las lágrimas á un desgraciado, si les parece bien, y haciéndolo no lo habrán hecho impulsados por la gracia, ni por algun fin sobrehumano; lo habrán hecho solamente movidos por la carne y por la sangre. Esto no es caridad, señores, segun el Evanjelio, esta no es beneficencia segun el corazon de Jesus; y así, no en esta, sino en aquella quiso el Señor instruir al nuevo mundo por medio de Martin.

Leemos en el Jénesis, amados mios, que paseándose una vez con algunas cortesanas la hija de Faraon por las márjenes de un pacífico rio, vió que mas allá y á favor de sus corrientes hendia las calladas ondas un pequeño canastillo; exitada, como era natural, la curiosidad de aquella princesa por un objeto en aquel lugar tan raro, hizo traer el canastillo y con la sorpresa, que fácil es figurarnos, halló dentro de él un niño de tres meses, hermoso, lleno de vida, aunque, como era de esperarse, lloroso y temblando de frio.

Préndase aquella mujer poderosa de tan inesperto navegante y de tan tierno y desgraciado náufrago; adóptale por hijo, le regala y le educa con grande amor. El niño adelanta así como en edad en discrecion, en gracias y en valentia; él anuncia que será un héroe;—pero basta, señores, porque ese niño fué Moises, el libertador del pueblo amado, el profeta, el prodijioso Moises.

He dicho esto porque yo encuentro en la infancia de Martin grande analojia con la infancia de aquel Profeta; yo lo veo,

aunque por diversos motivos, abandonado tambien por sus padres y espuesto ó arrojado á merced, no digo de un pacífico rio sino del mar proceloso del mundo, donde son tan numerosos los náufragos porque tan frecuentes son los naufrajios. Así mismo lo veo adoptado por hijo, regalado, acariciado y educado con sumo esmero por la gracia divina, hija poderosa del Altísimo, compasiva y casta nodriza de los verdaderos héroes en el órden sobrenatural. Así como Dios se valió del abandono del niño Moises para llevarle cerca de una opulenta mujer á cuyo lado se conservara y se formara capaz de ser un dia el paño de lágrimas de su predilecto y perseguido pueblo, tambien supo aprovecharse del destierro á que un padre desnaturalizado condenó al inocente Martin, para ponerlo bajo la tutela inmediata de la gracia divina, á cuyos místicos y abundantes pechos se robusteció, y bajo cuya disciplina se formó capaz de ser un dia el padre y el único consuelo de una porcion desgraciada de la humanidad, de cuyos infortunios era vasto teatro la capital del Perú.

No hay ya que estrañar si un carácter sumamente amable, si unas inclinaciones las mas felices, si un corazon el mas compasivo, si un entendimiento despejado, y en fin, si un temprano desarrollo de las mas grandes virtudes forman los primeros dias de ese niño adoptado por hijo por tan celestial maestra y tan fecunda madre.

Un ánjel era Martin en su niñez, y un ánjel destinado, no á las manifestaciones de la justicia de un Dios irritado, sino á las manifestaciones de un Dios compasivo y amoroso.

Entre las prendas admirables de Martin descollaba especialmente un corazon tan sensible y tan dispuesto á la virtud de la misericordia, que mas de una vez fué necesario amena-

zarlo con el castigo, á fin de que moderase su ternura para con los pobres y no se espusiese al peligro de perder él su propia vida por alimentarlos y cubrir su desnudez Rasgos prematuros de un hombre que habia nacido para ser el amparo de la indijente viuda, el padre del huérfano, el tutor de la virjen desamparada, el protector infatigable del esclavo desvalido, el libertador del encarcelado; en fin, señores, el mas eficaz lenitivo á las dolencias de que era víctima aquella desgraciada capital, escenario que ha sido de grandes virtudes y tambien de grandes vicios.

Una tendencia fuerte aunque suave á las prácticas devotas, un espíritu admirablemente dócil al imperio de la verdad y sumamente inclinado al trato con Dios, mediante la oracion y las plegarias, unos vehementes deseos de santificarse y un aborrecimiento á todos los vicios tan implacable como era universal su amor á las virtudes, hé ahí el caudal, señores, que Martin recibe del cielo, y que, multiplicado prodijiosamente por la mas tenaz cooperacion por su parte, constituye esa disposicion ó espiritual robustez que le era indispensable para el buen desempeño de su empresa, y que le hizo invencible ante las mas jigantes contradicciones.

De aqui fué que habiendo hallado Martin entre aquellos preciosos dones que el cielo le regalára un delicado amor á la castidad, pronto lo vemos, así que comprende que esta virtud al modo que una fragante rosa no puede conservarse lucida sino entre los espinas de la penitencia, pronto lo vemos, digo, con un valor que asombra armarse de la disciplina, del silicio y del ayuno. Oprime su inocente carne bajo este triple y pesado yugo y hace jemir á la misma naturaleza con sus estraños rigores...... Pero Martin santamente cruel y santamente

sordo á sus quejas, se previene de ese modo contra sus futuros ataques, si por ventura sobreviniesen. ¿Qué prudencia mayor? ¿Cuales medidas tan oportunas como arrebatar á un siervo de quien consta que un dia se convertirá en adversario, como arrebatarle, digo, aquellos elementos ó armas que ha de asestar muy luego contra su mismo señor?

Yo no he creido necesario advertiros, lo que vosotros bien pudisteis suponer, y es que pues Martin habia sido elejido por el cielo para realizar tan grandes cosas, debió tambien ser condecorado por ese mismo cielo con la divisa ó distintivo de los héroes en el órden de la gracia. Quiero decir, con un amor tierno, con una devocion entrañable y entusiasta hácia la divina Maria. Porque ¿qué pudo esperarse jamás de un corazon tibio, de una alma indiferente para con la reina de los cielos? Sin ese móvil secreto, sin ese afecto celestial y que puede considerarse como las alas del corazon, ¿quién pudo jamás remontarse hasta un grado de amor divino capaz de grandes renuncias ó de laudables hazañas? Si son las virtudes inaccesibles, ¿cómo podremos prometernos grandes virtudes de quien no busque esa gracia por su verdadero canal, que es la divina señora? Por esa razon es que en el cultivo de esta devocion han puesto el mayor empeño todos los santos, los cuales bien supieron que para llegar á Jesus y alcanzarlo todo de Jesus, es Maria el medio mas eficaz y poderoso.

Martin la habia amado desde su misma cuna; su espiritu parece se habia nutrido con este afecto santo y delicadisimo; los primeros latidos de su corazon habian sido á impulsos de ese amor, de ese sentimiento filial, virtud necesaria en el cristiano, y signo que honra á la vez que señala á los que han de heredar un dia y para siempre la feliz inmortalidad.

Así fué que una voz que oyó Martin en cierto dia y le decia que el claustro relijioso lo llamaba, era la voz de María, era la voz de esa madre bajo cuya tutela él supo, desde muy temprano, colocarse. Que esa voz misteriosa era la voz de María, Martin no puede dudarlo, porque el cielo mismo se lo asegura; por consiguiente ya no trata mas que de obedecerla con prontitud, con fé y con admirable docilidad; y con tanta mayor docilidad, presteza y fé, cuanto que hacia mucho tiempo que él abrigaba en su pecho el ardiente deseo de pertenecer ó ser un dia enumerado entre los hijos de Domingo, mi gloriosísimo Padre.

En efecto, señores, no ha pasado mucho tiempo cuando entre los hermanos predicadores se observa un humilde donado, entendiendo siempre por eleccion en los últimos y mas bajos oficios de la comunidad. Pero ¡cuán modesto es ese hermano! ¡cuán ejemplar y edificante! ¡cuán ciega su obediencia! Y en público y privado ¡cuán intachable su conducta! Quién quisiere saber cuanto distan sus acciones externas, ó cuanto se hallan estas conformes ó disconformes con las reglas de la modestia, acérquese á ese hermano y sin duda lo sabrá.

Es Martin, señores, admirable ya, no sé si tanto por sus grandes virtudes, como por su grande empeño en ocultarlas.

¿No recordais, amados mios, que os dije no ha mucho que Martin, niño todavia, era un ánjel por la pureza y rectitud de sus costumbres? ¿Qué esperais, pues, que os diga de lo que fué Martin en el claustro religioso? Si tan infatigable fué, si tan solícito en atesorar virtudes hallándose espuesto aun á los aires frios y corruptores del mundo, en contacto con el siglo, ¿qué quereis que os diga de lo que fué, de lo que hizo Martin á la sombra apacible del claustro, donde se respira un ambiente de cielo que parece enjendrar en el alma el desprecio del

mundo y el amor á la cruz de Cristo? Si apesar del bullicio atronador de ese mundo supo Martin en el silencio de su espíritu ocuparse con tanta quietud de las cosas del cielo, ¿cómo podré daros idea de la santa libertad con que Martin corre á perfeccionarse, de la rapidez con que vuela su alma, libre ya de ese bullicio, hasta su creador?

Es imposible, y aun cuando posible fuese tampoco me ocupara de esto, glorioso Martin, porque á mis oyentes y á mí mas que á ellos, confundiria la narracion de tus virtudes! Si me han hecho estremecer tus crueles penitencias, me ha confundido tu profunda humildad, me han avergonzado tus ayunos, me han sobresaltado tus vijilias; y en fin tu obediencia, tu pobreza, tu oracion, tu sufrimiento, tu modestia ... Digo, señores, que no enumeraré tantas virtudes porque no ha sido mi propósito daros en rostro con vuestra excesiva delicadeza y regalo. El consiste en recomendaros la beneficencia de Martin. Basta saber, en general, que Martin, contando apenas diez y seis años, se habia elevado tanto sobre si mismo, de tal modo habia sofocado la rebeldía de las pasiones, tan diestra y vale rosamente habia salvado los obstáculos que el mundo, la carne y el demonio oponen al hombre en su camino hácia la santidad, que los relijiosos mas versados en la ciencia del espiritu, los mas esperimentados en sus sendas escondidas, los mas ejercitados en la conquista de las virtudes, por favorecidos se tenian en acercarse al hermano Martin para recibir de su boca discretisimas y prácticas lecciones sobre los puntos mas difíciles de la mistica teolojía. Os basta saber, así mismo, que Martin, en esa edad, por lo ajigantado de sus virtudes, era un gratísimo espectáculo, no solamente para los hombres, pero aun para los mismos ánjeles; porque estos y aquellos le con-

templaban ya ornada la frente con tres lucidas coronas, dignamente adquiridas por la triple victoria que habia alcanzado sobre el siglo y su carnal sabiduría, sobre el demonio y sus tramas infernales, sobre la carne y sus groseras tendencias.

Así se dispuso Martin, señores, para entrar despues sin peligro en la escena pública, no á gozar de sus favores, ni á mendigar sus aplausos, sino á enseñarle la verdadera beneficencia y el modo de llevar los pueblos por seguro camino á una ilustracion piadosa, á un engrandecimiento sólido.

II.

Asi como fué grande, señores, la santidad á que supo elevarse Martin, cooperando vigorosameute á las gracias que del cielo recibiera para el mejor desempeño de su caritativa mision, así tambien era vasto el campo que debia ser testigo y al mismo tiempo objeto de sus benéficas proezas; quiero decir, que asi como la caridad en que Martin se abrasaba era intensísima y ardiente, asi tambien era inmensa la multitud de infelices cuyas amargas lágrimas él era quien estaba destinado á enjugar con sus propias manos.

Multitud de infelices, si, señores, pues habia sucedido que la negra codicia, ese mónstruo cuya hambre mas y mas se despierta ó aviva á proporcion que absorve ó devora aquello mismo que apetece; ese mónstruo, digo, habiendo lanzado una mirada sedienta de oro desde el antiguo sobre el moderno continente, parecióle ver este brillante metal hasta sobre las nevadas cumbres de sus altas montañas; y parecióle asi por uno de aquellos engaños á que están siempre sujetas las desenfrenadas pasiones. Con este motivo, esto es, con el fin de esplorar

esos tesoros, que la imajinacion hacia mayores, arranca y arrastra multitud de africanos habidos por cambios inícuos en oprobio de la naturaleza, en desdoro de la misma divinidad, cuya imágen y semejanza es el hombre, sea el que fuese el punto en que haya nacido, su color ó sus costumbres. Atraviesa con ellos los mares, déjase caer sobre la famosa Lima y obliga á esos desgraciados á sepultarse vivos y á que busquen y estraigan de las entrañas de la tierra el tesoro apetecido. Una vez agotadas las fuerzas de esos desventurados, estragada su salud, inutilizados por las impresiones de un clima estraño, y por las fatigas anejas á un trabajo tan ingrato é insalubre, la ambicion, ese mónstruo de quien vengo hablando, los desecha, y luego, ¡fiereza sin semejante! los abandona á todo el rigor de la mas cruel y desesperante miseria!

Todavia ese inmenso número de mendigos se multiplica de dia en dia de un modo asombroso por un sin número mas de hombres inespertos, á quienes traia al nuevo mundo embusteras esperanzas de mejor fortuna. Y era sorprendente, señores, tan copiosa inmigracion, pues no parecia sino que los hombres todos abandonaban la culta y antigua Europa con el fin de acabar sus dias respirando el aire virjen de esta nueva tierra de promision, la inculta pero inocente América.

Muy pronto, pues. la gran ciudad de Lima se convierte en un pueblo de aflijidos; despertaba el recuerdo del Ejipto, puesto que alli jemia tambien entre cadenas una jeneracion desventurada. ¿Quién será el Moises á quien el cielo ha destinado para libertador de estas jentes? ¿Quién será el varon prodijioso destinado á enjugar tantas lágrimas, á trozar tantas cadenas, á curar tantas heridas, á vestir tantos desnudos; y en fin, señores, á salvar á tantos desgraciados de tan mísera y

aflijente crisis? Martin, amados mios, es ese hombre, ese libertador.

El estado lamentable de aquellas jentes, que en sentir de un escritor contemporáneo componian las cuatro quintas partes de la poblacion limeña, en tal manera consternó á las comunidades dominicas de la insigne ciudad, que al fin acordaron, especialmente las de los conventos del Rosario y de la Magdalena, constituirse en verdaderas madres de las desamparadas familias, atendiendo solicitas al socorro, por lo menos, de sus primeras y mas apremiantes necesidades. Movidas por las bellas disposiciones de Martin, por aquella sensibilidad y compasion profundas que admiraban en él, ó lo que es mejor dicho, enseñadas por el mismo dedo de Dios, lo hacen dispensador de aquellos subsidios, el instrumento inmediato de aquella obra de misericordia, lejítima y digna hija del espíritu de la relijion católica, de esta relijion fundada por un Dios benéfico, por ese Dios hombre que seguido una vez por una muchedumbre fatigada y hambrienta, mirándola con ojos de verdadero padre esclamó: *Misereor turbæ.* Me compadezco de este pueblo; tres dias hace que me sigue, ahora no tiene con qué alimentarse . . . No, no quiero despedirlo ayuno no sea que desfallezca en el camino. Y mediante un prodijio alimentó toda esa muchedumbre con siete panes y dos peces solamente.

De aqui es que solo á los que con verdad profesan esta relijion y participan por ello del espíritu de ese Dios compasivo, está y estuvo siempre reservado acallar el llanto de la humanidad entristecida; esto lo saben y siempre lo supieron los que lloran, por eso es que no se acercarán jamás á las puertas de esos hombres que hacen el estúpido alarde de ser irrelijio-

sos, despreciadores de todo lo santo, enemigos de todo lo honesto, y amadores entusiastas no mas que de aquello que es superficial, sensible, animal, estrepitoso. No, el desgraciado no se acordará de esos hombres, porque la impiedad es egoista, avara, cruel; carece, y no puede ménos de carecer, de la noble sensibilidad que busca al indijente, y que es la única capaz de tomar una parte en sus dolencias. Ay! de los que lloran! ay! de los que han hambre y sed en una sociedad donde se ha entronizado la irrelijion! Ellos lo saben, como he dicho, y lejos de hacer memoria de esos hombres, se acercarán á las puertas de un claustro, ó allí donde quiera que haya frailes, jesuitas, beatos, ó como quiera el mundo llamarlos, que puede ser que entre ellos no falte uno que parta con ellos el único pan que acaso tiene y que con accion de gracias recibió de la providencia. No creais, señores, que con lo que acabo de decir trato de defender mi individualidad, no; pues por mi pequeñez estoy harto garantido, me escuda mi propia nada; si quisiera defender á mis hermanos, á los relijiosos en jeneral; ellos siempre fueron benéficos, y esta verdad, aun cuando el mundo entero la reconoce, no todo el mundo la confiesa: solo la confiesan la historia y el desgraciado.

Pero dejemos esto y volvamos á Martin.

Constituido Martin en protector de los pobres, y contando ya con el beneplácito de sus prelados para entregarse á su consuelo y remedio, ¿quien podrá seguirle de cerca en tan piadosas correrias? ¿quien? Si tan pronto le lleva su caridad á lo mas oscuro de una mazmorra, como á lo mas profundo de una mina; ora se deja ver á la cabezera de un moribundo, ora atraviesa las calles llevando acuestas un infeliz agonizante á quien conduce á su misma celda con el fin de prodigarle allí toda

especie de cuidados. En el dia y por la noche, en la ciudad y en el campo, siempre Martin; todos ven á Martin, todos le hallan allí donde hay llanto, enfermedad, miseria, porque es su mision neutralizar el rigor de esos males con sus limosnas, con su amabilidad, con sus palabras, siempre llenas de uncion para todo espíritu atribulado. Era incomprensible, señores, como atendia Martin á tantas necesidades, ó mas bien, como hacia Dios para llevar a Martin casi á la misma hora á tan diversos y opuestos puntos, pues si estos aseguraban que Martin en la mañana precedente habia estado al norte de la ciudad ocupado en socorrer á este ó aquel desgraciado, aquellos aseguraban tambien que en la misma mañana lo habian visto en ocupacion semejante en el opuesto estremo. De aquí era el llamar á Martin el espíritu ó el relijioso que vuela.

Muy en breve la fama de su beneficencia se hace oir mas allá de los límites de aquel gran pueblo; todos hablan de Martin como de un prodijio de misericordia. Ha aparecido un buen relijioso, se dice por todas partes, que se ha consagrado á favorecer á los pobres y á proveerlos de sustento. Se puede adivinar la rapidez con que correria nueva tan propicia. Se comprende bien que así como por una especie de electricidad se comunicaria de unos á otros hasta cobrar una estencion prodijiosa. Por este medio, si el número de indijentes era ya tan crecido al aparecer Martin en la escena pública, se hace inmenso, incalculable, á proporcion que aquella voz se dilata y hace notoria la caridad de este nuevo santo. Los infelices que, ó por un invencible rubor, ó por haber perdido toda esperanza de remedio, se habian como entregado ó abandonado á los brazos horribles de una muerte lenta y cruel, se levantan ahora, arrojan un suspiro de esperanza, se desen-

vuelven de sus harapos y emprenden una marcha vacilante y trémula hácia el caritativo Martin.

¿Veis ese grupo compuesto de inútiles esclavos, de inconsolables viudas, de achacosos ancianos, de pálidos y casi desnudos huérfanos? Pues no lo dudeis, Martin se encuentra en médio de ellos. A los unos pregunta cual necesidad les aflije, cual tribulacion, cual trabajo; y si no es del momento remediarlos, les promete un pronto socorro y los despide consolados; reparte á los otros el pan que lleva consigo, oye á este la triste narracion de sus desgracias, enjuga el llanto de aquel y le acaricia con dulzura, cual jamás lo hiciera la madre mas amorosa; y así todos se separan de Martin con la sonrisa en los labios, con la esperanza y el consuelo en el corazon, bendiciendo con entusiasmo santo una relijion cuyo espíritu nutre y cuya doctrina forma seres tan amables, tan jenerosos y tan benéficos.

Qué caridad, señores, la caridad de Martin! El es infatigable, y hasta parece insensible al rigor de los inmensos sacrificios que arrostra á impulsos de esa virtud ardiente, de ese fuego en que se abrasa! Jamás retrocede, ni aun vacila, ante la multitud de pobres que antes puede decirse que le acometian para oprimirle con sus clamores, y no que se acercaban á él á implorar su misericordia. Nunca desmaya, porque agotados sus recursos y no teniendo ya qué dar él mismo pide de puerta en puerta, en nombre y por el amor de Jesucristo, aquello mismo que despues ha de distribuir á los pobres. Si la caridad pública no es capaz de llenar las grandes exijencias de sus favorecidos, Martin entonces echa mano de los prodijios, trastorna las leyes de la naturaleza, de un solo pan hace mil ó los que basten para sustentar el asombroso número, preparaos

á creerlo, pues que habeis confesado tantas veces que Dios es admirable en sus santos, el asombroso número, digo, de diez mil criaturas, diez mil hambrientos, multitud que pusiera á dura prueba al mas benéfico monarca!

Y no creais, señores, que la beneficencia de Martin se limita solamente á socorrer esa clase de indijentes á quienes una miseria, por decirlo así, hereditaria, ó por lo menos muy antigua, ha hecho ya olvidar el natural rubor que asalta regularmente á todo el que implora la compasion ajena, no; porque si hay indijentes que lo son tanto mas cuanto que ni se atreven á revelar sus necesidades, por esto mismo ellos son el objeto especial de los desvelos y ternura de Martin.

Entre esas victimas de la caprichosa fortuna están comprendidas muchas y numerosas familias, y el mundo no sabe que si esas familias viven, viven con las limosnas de Martin. Se hallan tambien entre ese número virjenes de nacimiento ilustre, muchas de las cuales acaso ya premeditan el tristísimo proyecto de comprar la vida con el remordimiento y la infamia. En el breve tiempo de un año veintisiete de esas vírjenes reciben cada una la dote de cuatro mil escudos, con lo que á la vez que restauran su pasada grandeza logran tambien una colocacion brillante. Tampoco sabe el mundo que esas dotes son limosnas de Martin. Hay, así mismo, en las cárceles públicas, hombres, que por no haber podido solver crecidas deudas, lloran entre cadenas su perdida libertad y su reputacion manchada; cuando estaban mas lejos de esperarlo ellos recobran esa reputacion y aquella libertad, porque una mano escondida ha satisfecho sus deudas; y tambien ignora el mundo que esa mano benéfica, que ese ánjel que sabe romper las cadenas del cautivo, es Martin.

Ahora, señores, os parece que esas tareas, y esas incumbencias benéficas, y ese intervenir Martin en tan intrincados asuntos, os parece, digo, le dejasen libre una sola hora del dia para respirar siquiera? Pues no obstante esto, ¿quién es aquel relijioso que se deja ver en los caminos públicos, fuera de la ciudad, abrasado del sol, cubierto de polvo, fatigado, en actitud de labrar la tierra con sus propias manos? ¿Cual es su nombre y qué hace allí ese relijioso? Es Martin! En lo que se ocupa él mismo lo dice: «Me ocupo en poner árboles en este camino para que los viajeros tengan un dia frutas con que alimentarse, y no se vean en la necesidad de hurtar las ajenas.» ¡Beneficencia rara, señores! Un inmenso pueblo no le basta, y salva sus muros para ejercitarse mas allá todavia! Pero lo diré mejor: no le basta el tiempo presente, se extiende hasta el futuro. abraza las venideras generaciones! ¡Cómo el cielo no habia de bendecir esas plantas, puestas por una mano tan humilde y tan celosa de su honor! Sí, el cielo se encarga de regarlas. pronto se remontan, se cubren de flores y de frutos, y despues de dos siglos aparecen verdes, nuevas y fecundas, para que dado el caso de que los hombres ingratos pongan en olvido á tan insigne benefactor. esos árboles prestando al sediento caminante dulces y sazonados frutos le obliguen á esclamar: San Martin pasó por aquí, á su beneficencia debemos este lugar de reposo y estas sombras apacibles.... *Pertransit benefaciendo*...

Como la caridad de Martin fué una caridad en todo conforme con el espíritu del Evanjelio, fué por consiguiente una caridad bien ordenada; y como el órden de la caridad prescribe que sea en primer lugar socorrido aquel cuya necesidad es mayor, ¿cual os parece sería la caridad de Martin con los desamparados enfermos, si como hemos visto fué extremada

con los que gozaban de salud? Oh! señores, para que pudieseis formar idea de su admirable solicitud en el desempeño de tan penosas y benéficas tareas, habriamos menester de un tiempo que al presente no nos es concedido; por lo cual os diré, no mas, que su beneficencia en este punto llegó á tal grado de heroismo que habiendo caido en cama setenta religiosos acometidos de un contajio, Martin se encargó esclusivamente de la asistencia de todos; con una puntualidad admirable sirve á todos en cuanto han menester en su estado de dolencia. Si Martin en todo este tiempo tomó algun instante de sueño, ó descansó, ó se alimantó, ó si pudo darse alguna trégua para en algo atenderse á si mismo, yo os lo pregunto á vosotros los que sabeis por esperiencia los afanes que demanda un enfermo solo, si es que se le atiende. Dice un escritor de este siglo que no sabe qué admirar mas si una caridad tan prodijiosa ó el prodijio que obra Dios conservando á Martin bajo el peso enorme de tantos sacrificios y fatigas.

¡Cómo asiste Martin á sus queridos enfermos! ¡Con qué amor! ¡Con cuánta paciencia y afabilidad! No es posible declararlo, asi como no es posible declarar el amor con que Martin amaba á Jesucristo á quien veia en cada uno de esos dolientes; pues su amor era la medida de aquel con que les miraba y favorecia. Los grandes sacrificios que arrostra en esta misericordiosa práctica, revelan, sin duda, una caridad muy entrañable; empero, lo que pasa allá en los secretos de su magnànimo corazon, la ternura de sus afectos, la decision y sencillez de voluntad con que los arrostra, esto, asi como entonces no estuvo sujeto à la vista, tampoco ahora lo está ni á pluma ni á lengua.

Finalmente, y para terminar este tan poderoso argumento

de la caridad de nuestro Santo, tambien os digo que Martin fué el enfermero de toda Lima; porque Martin está en todas partes, Martin se hace pedazos, por decirlo así, para socorrer á todos los que lloran; yo no sé que ánjel se ha encargado de hacer saber á Martin el punto, rincon ó choza donde alguno está aflijido, porque luego está él allí; puede decirse que él es la Providencia visible, la beneficencia encarnada, la compasion viviente, la caridad palpable, el todo para todos segun la necesidad de cada uno. No es mucho, pues, que se le llamase, como he dicho, el espíritu, el relijioso que vuela.

¿No es mucho? Es exacto, señores: Martin volaba. No creais que esto es un hipérbole. Tribus numerosas, pueblos enteros han visto á Martin mas de una vez sentado cual otro Elías en refuljente carroza, atravesar los espacios y salvar de milagrosa manera las distancias que dividian los pueblos que se proponia visitar. En ese vuelo, rayos de luz celestial ornaban su frente, enarbolaba una cruz misteriosa, rodeábanle resplandores vivisimos, y habia en el todo de aquel viajante, de aquel carro y de aquella luz, un no sé qué de terrible y mucho de majestuoso y de divino. La omnipotente mano de Dios lo sostenia, y allí lo conducia donde la caridad de su siervo deseaba, á consolar á sus hermanos cautivos en el Africa, en el Japon, en el Asia, en los confines de la tierra; siendo lo mas admirable, señores, en este prodijio que todo eso andaba Martin, sin dejar la ciudad de Lima, ni sus enfermos, ni sus demas quehaceres en el Perú. ¿Correspondia, señores, la idea que de San Martin os habiais formado con su verdadera grandeza?

No sin algun pesar, amados mios, advierto que debo ya tratar de concluir este elojio, sea dicho con injenuidad, muy indigno del verdaderamente admirable San Martin de Porres.

Lo siento, porque como me habia propuesto hablaros casi esclusivamente de su beneficencia, he omitido la narracion de sus demas virtudes. Por esto no os hablé de propósito ni de su obediencia, ni de su humildad, ni de su fortaleza, ni de sus maceraciones, ni aun de sus milagros, que fueron tantos que como dice un orador moderno, antes bien era un milagro que, Martin no hiciese milagros. Tampoco os dije cosa alguna notable de aquella su oracion continua, elevadísima, poderosa, en alas de la cual su preciosa alma era llevada sobre todo lo terrenal, sobre todo lo sensible y material, sobre si misma, sobre las puertas del mismo cielo, sobre los coros de los ánjeles, hasta el mismo seno de Dios, y allí como en su fuente bebia y se empapaba en aquella ciencia sobrehumana, que derramaba luego en los consejos que daba, en las amonestaciones que hacia, y en la claridad con que esplicaba los puntos mas difíciles y los misterios mas hondos de la cristiana fé.

He callado, tambien, sus conquistas espirituales, sus discursos apostólicos, y aquella vista certera, infalible, profética, con que veia, al traves de las edades, los acontecimientos mas remotos, y aquella perspicacia espiritual con que sondeaba y leia hasta los pensamientos del corazon. Nada os dije de todo esto por hablaros de su gran beneficencia, ni ya os diré por llamar vuestra atencion hácia la celda humildisima donde Martin con suma paz, resignacion y alegria, se dispone á dejar la tierra y volar á la eternidad.

Tantas y tan continuadas fatigas, tantas noches insomnes, un trabajo tan dilatado, el peso de tantos sacrificios, el peso de tantas desgracias ajenas gravitando sobre Martin por tantos años, rindieron al fin no el vigor de su espiritu sino lo quebradizo de su inocente y estenuado cuerpo.

Fray Martin está enfermo, fray Martin se muere! Tal es la infausta nueva, el rumor calamitoso que generalizándose muy en breve, llena de profunda consternacion á cuantos le escuchan; pero en especial á esa porcion querida de Jesucristo y parte máxima en toda sociedad: á los pobres, quiero decir, seres mas dichosos de lo que se cree, pero olvidados del resto de los hombres, porque su herencia no es de este mundo. ¡Ah! ellos pierden en Martin un padre, una madre, un hermano, un defensor, un amigo, todo lo pierden con él, y por esto es mayor su pena.

La muerte del justo, amados mios, es un espectáculo digno de observarse, porque como es tan corto el número de ellos, es por consiguiente muy pocas veces visto en la tierra. Por esta razon se precipitan todos á presenciar la muerte de Martin. Las autoridades eclesiásticas y civiles, el noble y el plebeyo, el rico y el menesteroso, todos quisieran verlo, oir de su boca una palabra, besar sus manos benéficas ó aquellos pies poco antes tan veloces para correr detras del aflijido. Martin ha concluido su carrera. En medio de tantas lágrimas solo él sonrie y con rostro apacible vé llegar el momento deseado que ha de unirle al Dios que amaba. Llega luego, y su alma santísima, rotos una vez los vínculos que á la mortalidad la estrechaban, escàpase, se remonta, sube á los fértiles campos del cielo, cual solicita y blanca paloma que abandona en tiempo un campo ingrato, mezquino é infecundo, que no le prestó un solo grano y donde no halló sino sierpes, abrojos y espinas.

Un magnífico establecimiento de beneficencia erijido y aun dotado por los esfuerzos de su gran caridad, una total reforma en las leyes de su patria, debida á las instancias de su celoso espíritu, innumerables familias levantadas del polvo con

sus secretas limosnas, la estirpacion de los vicios predominantes en aquella capital, mil vidas que ha salvado, un pueblo entero mejorado y reformado bajo todos aspectos, todo un mundo, la América, enseñado practicamente por Martin á ser sólidamente ilustrado por el camino mas breve y por los únicos medios que son la fé, la piedad, el espíritu relijioso; todas esas cosas se convertirán en lenguas; y cuando los hombres hubieren enmudecido, esas lenguas hablarán y dirán: Martin de Porres en su peregrinacion hácia la patria celestial pasó por la tierra cual la bendicion del Señor personificada, haciendo el bien y aliviando á todos. *Pertransit, etc.*

Nada tan natural y oportuno, señores, como que nos ocupásemos ahora en reflecciónar sobre los hechos de Martin, y sobre el modo y elementos de que se valió para hacer tan notables mejoras en la sociedad de su siglo en lo relijioso, en lo moral y en lo político; y que comparásemos su marcha y elementos civilizadores con la conducta de los que al presente predican y pretenden pasar por apóstoles de la ilustracion; pero no lo temais, porque habré concluido despues de una palabra mas.

Ved aqui ilustrados tenebrosos, maestros que no enseñais, progresistas que retrocedeis, apóstoles que no evanjelizais, ved aqui un hombre que no en pomposos artículos, ni en ridículos trajes, ni en el voluptuoso cantar de inmodestas actrices, hizo consistir sus elementos verdaderamente civilizadores; y si supo basarlos en la influencia de la relijion de Jesucristo, en el respeto á su iglesia, en la práctica de cristianas virtudes! Imitadle, valeos de los mismos medios, y entonces conseguireis el mismo fin. De lo contrario harto necio será quien os crea, y por la misma razon harto prudente y juicioso quien desdeñe

vuestras doctrinas y vuestra pretendida ilustracion; pues ilustracion é irreligion, son dos cosas que se repelen, se escluyen mutuamente: son, en fin, dos cosas de irrealizable conformidad.

En cuanto á vos, inolvidable Martin, tened á bien disculpar la gran imperfeccion con que he hablado de vuestras heróicas y admirables virtudes, ya que habiendo podido estorbarlo permitisteis, no obstante, se confiase á mi insuficencia tan árduo é importante desempeño. Si á pesar de esto me exijiéseis una pública reparacion por lo que haya podido sufrir el esplendor de tu vida por haberla yo tratado tan mal, públicamente diria que en verdad no he sabido elojiarte, que en verdad no fueron dignas de tus hechos las alabanzas mias, y que mi discurso todo no ha correspondido ni á la grandeza de tu mision ni á tu santidad prodijiosa. Mas olvidaos de esto, glorioso Martin, y escuchad las plegarias de un pueblo que devoto se os encomienda hoy por conducto mio, y os dice: sed nuestro protector, sed nuestro amparo, y no querais olvidar á la nacion arjentina, porcion tan principal de este nuevo mundo, teatro que fué de tus admirables virtudes, y heredero que es de tus brillantes glorias. Haced que la paz recientemente firmada sea inalterable, perpétua, fecunda mas que en adelantos materiales, en adelantos morales, en progresos relijiosos, en cristianas virtudes, que nos hagan dignos de la paz eterna, de la paz del cielo.

SERMON

SOBRE

SAN JUAN BAUTISTA

Erit enim magnus coram Domino.
Lucas C. 1º V. 15º.

Toda vez, señores, que algun orador sagrado se dispone á formar el elojio de algun santo ó persona ilustre del cristianismo, se preocupa ó sobrecoje, mas ó menos, bajo esta idea: si sucederá que por la flaqueza de mis argumentos ó la manera irregular con que los esponga, en vez de engrandecer y realzar eclipse y menoscabe la gloria de mi héroe en el concepto de los oyentes! Y esto, hermanos, es una idea imponente á todo panejirista.

No obstante, tratándose del precursor de Jesucristo, del mas insigne de los profetas, de Juan el Bautista, nada tiene que temer á este respeto el orador mas inhábil; absolutamente nada, por esquiva que le haya sido la gracia y mas mezquina la naturaleza. La gloria del hijo de Isabel está perfectamente asegurada contra todo evento oratorio; no solamente por lo mucho que los evanjelistas hablan de él como de un varon prodijioso, santamente raro, anjelical, sorprendente en el ór-

den sobrenatural ó de la gracia, sinó porque el mismo Arcanjel Gabriel á quien enviára Dios desde el cielo á saludar á María y á tratar con ella sobre la encarnacion del Verbo, llamó grande á Juan Bautista: *erit enim magnus coram Domino.*

Hé aquí la razon por la cual ahora apesar de la majestad y preminencia con que el Bautista descuella entre la lejion innumerable de héroes que han dado gloria al Señor desde Abel hasta nuestros dias, me atrevo á formular sus alabanzas sin zozobra ni recelo, aunque sí reconociendo mi incompetencia y confesando mi indignidad, para constituirme en panejirista del que vino á la tierra á dar testimonio de la luz, cuyos resplandores fueron tan vivos que las jentes lo confundieron con el mismo sol de justicia Jesucristo, de quien Juan no era, sin embargo, sinó el divino heraldo.

Siendo ya tiempo que os haga conocer el punto de vista bajo el cual debamos considerar al hombre de Dios, traed, señores, á la memoria las palabras de mi tema: *erit emim magnus coran Domino*; será grande en la presencia de Dios, dijo el arcangel á Zacarias anunciándole el nacimiento de Juan. Y prescindiendo por ahora nosotros de la cuestion inoportuna, resbaladiza y peligrosa, de como deban entenderse aquellas palabras de Jesucristo: *non surrexit inter natos mulierum mayor Joane Baptista*, ninguno fué mayor entre los nacidos de mujer que Juan Bautista, vengamos á lo que importa y á lo que es indiscutible, porque es indudable, que Juan el Bautista fué grande en el acatamiento divino:

I—Por la grandeza y calidad de las señales que á su nacimiento precedieron.

II—Por la grandeza de la mision que trajo á la tierra.

III—Por la grandeza de sus virtudes.

Imploremos con gran fé y reverencia los auxilios de la gracía por la intercesion de Maria. *Ave-Maria.*

Erit enim magnus etc.
Lucas 1º *V.* 15º.

I

Dios nuestro Señor que lleva sus obras hasta la perfeccion de que cada una es suceptible segun su naturaleza, nada omite de cuanto conviene hacerse para imprimir en los que envia al mundo, para grandes é importantes desempeños, toda la respetabilidad y brillo que ha de hacerles espectables.

Esto es tanto mas digno de un Dios próvido y sapientisimo, por cuanto de otro modo no seria posible distinguir los verdaderos de los falsos profetas; los enviados de Dios de los emisarios del Satanas; y el rebaño de Jesucristo estaria espuesto con frecuencia á ser víctima de los engaños y esplotaciones de profetas intrusos, de fanáticos é hipócritas.

La manera como fué hallado Moisés en las aguas del Nilo, como fué de ellas estraido, por quienes y en cuales circunstancias, todo esto arroja evidentes detalles de providencial y aún de milagroso orijen. El nacimiento de Isaac y de Jacob, los precedentes que prepararon el camino á Josef, para que llegase un dia á ser el gran privado de Faraon y el primer hombre del Ejipto; por fin, señores, los libros del antiguo y nuevo testamento, abundan en testimonios inequívocos en confirmacion de lo que venimos diciendo. Los hombres especiales, los enviados estraordinarios de Dios para operar las grandes crisis ó transformaciones sociales y para impulsar poderosa y eficazmente las masas humanas hácia su bien y

perfeccionamiento, son anunciados por signos y prodijios análogos á la categoria del que ha de venir y hablar á los hombres de parte de Dios. El advenimiento de Juan el Bautista á la tierra aventajó sin disputa á todos los demás, ya por la manifiesta divinidad de las señales que le anunciaron, como por la evidente dignidad de las personas que solemnizaron y autorizaron esas mismas señales.

El esposo de Isabel, Zacarias, sacerdote justo y temeroso de Dios, ejercia en cierta ocasion las funciones sagradas en el templo, cuando el ánjel del Señor, el mismo arcanjel Gabriel, se le apareció, y viéndole temeroso le dijo: « No temas Zaca-
« rias porque ha sido oida tu oracion, y tu mujer Isabel te
« dará un hijo á quien llamarás Juan. El será lleno del
« Espíritu Santo desde el vientre de su madre, convertirá á
« muchos de los hijos de Israel al Señor su Dios, y precederá
« delante de él con el espíritu y la virtud de Elías á fin de
« preparar al Señor un pueblo perfecto. » Zacarias duda que lo que el ánjel le anuncia pueda suceder, porque él es ya demasiado anciano, su esposa tambien, y además infecunda. Pide al divino mensajero alguna garantia ó fianza de lo mismo que le anuncia y el ánjel le dice: «Quedarás mudo y no podrás hablar una sola palabra hasta que se cumplan las cosas que te acabo de revelar.»

¿Quién os parece, señores, que será con el tiempo ese varon con tan augustas señales vaticinado? ¿Quién os parece, repito, que será ese hombre que ha de nacer de una mujer tan santa, descendiente de Aaron, y de un varon como Zacarias, sacerdote grande, de corazon recto, dado á la oracion y á las cosas del espíritu? ¿Quién os parece será, vuelvo á decir, andando los tiempos, ese ser privilejiado cuya concepcion y

nacimiento no ha bastado un ánjel á prevenir, pues el ministro de la encarnacion del Verbo lo anunció á la tierra? ¿Cuál será la luz que irradiará ese astro, cuando antes de aparecer en el cielo de la iglesia deslumbra con el aparato de su advenimiento?

El será lleno del Espíritu Santo desde el vientre de Isabel, ha dicho el ánjel á Zacarias.

Segun esto, pues, ¿quién de los nacidos de mujer será como Juan Bautista, que será de Dios y para Dios antes de nacido; que será de Dios de un modo pleno, y para Dios de un modo escepcional, pues no solo será santificado desde el vientre, sinó que será lleno de Dios desde entonces, todo de Dios, todo para Dios, todo segun Dios, todo agradable á Dios y segun el corazon de Dios?

Pero no es esto todo, señores, antes creo que es lo menos que hay que saber y que admirar sobre los celestiales vaticinios que preludiaron el advenimiento del mayor de los profetas.

Seis meses despues de lo referido la santisima Virgen llevando en su seno purisimo al Verbo encarnado, y acompañada del santo Patriarca José su castisimo esposo, faldeaba las ásperas montañas de Judea, arrostrando mil peligros, á cada paso sobrecojida por sérias dificultades. ¿Hácia donde se encamina? Ella vá á la casa de Isabel para con su presencia perfeccionar la felicidad de su santa prima y coronar tambien aquella aglomeracion de circunstancias con que el cielo se ha propuesto anunciar la venida del Precursor de Jesucristo.

Llega la divina madre á la casa de Isabel, la que se abisma al contemplar tanta dignacion en Maria. ¿De dónde á mi, le dice, la dicha de que me visite la madre de mi Dios?

Desde que tu voz sonó en mis oidos saltó de gozo el niño que llevo en mis entrañas! María, entonces, previniéndose contra cualquiera idea de propia estimacion, glorificó al Señor improvisando aquel cántico, el mas melifluo, el mas celestial de cuantos canta la Iglesia en sus espansiones misticas y sacrosantos arrobos: «Magnificat anima mea Dominum.»

Ahora, hermanos, permitidme os diga de nuevo: ¿quién será ese niño, pues solo la revelacion de haber sido concebido y de hallarse ya á la mitad de su tiempo en el vientre de Isabel, ha convertido su casa en un verdadero cielo? Pues qué falta sinó? Allí se encuentran Isabel y Zacarias, dos grandes santos segun el mismo Evanjelio; allí está el santo Patriarca José, allí está la soberana reina de los ánjeles, María, la que es el gozo de la Jerusalem eterna; allí se encuentra Jesucristo, aunque oculto todavia en el seno virjinal; allí tambien se halla el Espíritu Santo llenando con sus dones, con su gracia y con su luz al pequeño Juan, el cual con estremecimientos de alborozo manifiesta que ha reconocido á los huéspedes que le visitan. La voz de María ha producido en él el efecto que suele producir el aura suave en las cuerdas de una bien templada lira, pues ha suspirado de júbilo á impulsos de esa voz encantadora. . . .Examinad, señores, ese grupo, estudiad esas personas y esas circunstancias; fijad la atencion en la inteligencia en que se han puesto Jesucristo y Juan, el Precursor y el Mesias, al través de las entrañas de sus respectivas madres; y deducid luego cual será la grandeza del que viene al mundo bajo tan felices auspicios. *Erit enim magnus coram Domino!* sin duda que será grande en la presencia del Señor.

Veamos la importancia y altura de su mision.

II

La mision del Bautista, señores, la declaró el arcanjel cuando dijo á Zacarias lo que ya oisteis: « precederá delante de « él, (esto es, de Jesucristo) con el espiritu y la virtud de « Elias, para convertir los corazones de los padres á los hijos, « y los incrédulos á la prudencia de lós justos, á fin de pre- « parar al Señor un pueblo perfecto. » Para convertir los corazones de los padres á los hijos, segun esplican estas palabras algo oscuras, san Agustin, San Gerónimo y el venerable Beda, para conciliar los ánimos y sentimientos de los judios, con los de los patriarcas y profetas, padres suyos, recibiendo al Mesias como estos santos le habian esperado y anunciado; para inclinar los corazones de los judios á la piedad y santidad de sus padres, de que tanto se habian apartado.

Juan vino delante de Jesucristo á preparar las almas y disponerlas próxima é inmediatamente á la recepcion del reino espiritual; del reino de amor y de gracia que Jesucristo iba á establecer sobre la tierra. Juan vino como la luz que ilumina el mundo antes de la aparicion del sol sobre el oriente sensible; por consiguiente, él no era la luz eterna, divina y esencial, pero era luz que daba testimonio de aquella luz. El Bautista venia como viene la aurora delante del sol para preparar la vista material y disponerla á mirar sin deslumbramiento el gran luminar del dia; y para que los que quieran aprovecharse de sus rayos y calor se incorporen y levanten en busca del pan cuotidiano. Jesucristo era y es el pan vivo: *Ego sum panis vivus qui de cœlo decendi.* Jesucristo era y es sustento de la intelijencia, porque es la verdad al mismo tiempo que es el verdadero camino y la verdadera vida. *Ego sum via, veritas et vita.* Juan venia á preparar el mundo para que

recibiese la verdad; á iluminarle para que adoptase y siguiese el verdadero camino; y á hacerle conocer la verdadera vida. *Non erat ille lux; sed ut testimonium periberet de lumine.*

Juan, pues, como ya dijimos, no era la luz, pero venia á dar testimonio de ella. Y con la luz que él traía del cielo y que á su vez difundia, ilustraba el mundo y le adaptaba para el conocimiento y recibimiento de la sustancial, eterna y divina luz, que es la única que ilumina á todo hombre, á todo ánjel, á todo ser, en fin, intelijente y libre.

De otro modo, si esa luz viniera súbitamente y sin prévia preparacion por parte del que habia de recibirla, deslumbraria antes que iluminára. *Non erat lux, sed ut testimonium periberet de lumine.*

Dijo tambien el ánjel al declarar la grande é importante mision del Bautista, que éste vendria delante de Jesucristo con el espíritu y la virtud de Elías. Y ved aquí, hermanos, de donde los sagrados intérpretes infieren ó deducen que no es menos grande la mision del Bautista que la de aquel profeta; porque así como Elías vendrá á despertar el mundo del letargo de sus impiedades, de su sensualidad y de sus vicios, y á disponerlo para recibir á su juez que vendrá entonces á juzgarle con rigor, con indignacion y con ira, *dies illa, dies iræ*, asi tambien Juan vino á llamar á las puertas del mundo sumerjido en el tenebroso sueño del politeismo y la ignorancia para que recibiese á su Salvador, Jesus, que iba á romper las cadenas con que el demonio lo traia uncido á su infernal carro.

Elías y Juan, el uno ya vino y el otro vendrá delante de Jesucristo, pero con la diferencia de que Elias vendrá como el relámpago que precede al trueno aterrador y pone espanto en

cuantos le oyen; y ese trueno será la voz de Jesucristo que sentenciará á muerte eterna á los réprobos en el último dia de los siglos; á la vez que Juan vino á la mitad de los tiempos como el que trae la buena nueva; vino como la alborada que preconiza ó anuncia la presencia del rey de los astros.

Juan, segun esto, fué el precursor de la misericordia; Elías será el precursor de la justicia. Juan vino, es verdad, á un mundo pecador, pero á un mundo pecador que no habia oido todavia el mas grande y fuerte llamamiento, cual fué la encarnacion y la vida, la predicacion y los milagros, la pasion y la muerte de Jesucristo.

Por esto la venida del Bautista fué pacifica, aunque enérjica.

Elías, empero, vendrá á un mundo obstinado; á un mundo rebelde y que habrá ya inutilizado todos los medios y recursos de que Dios se habrá valido para correjirle y mejorarle; á un mundo que habrá desoido á la iglesia, que habrá despreciado los sacramentos, que habrá hecho infructuosos todos los trabajos, afanes y fatigas del sacerdocio católico.

Elías vendrá como el ministro de Dios que entra por última vez en la mazmorra en que se revuelca el impenitente reo, sobre cuya cabeza criminal vá á caer la cuchilla de la justicia.

La venida de Elías, pues, será severa, terrible, vehemente imponente y tan tempestuosa como la de Juan fué insinuante y apacible.

Uno y otro preceden á Jesucristo, como queda dicho, pero Juan dijo, indicándole: *Ecce agnus Dei qui tolit peccata mundi*: «Hé ahí el cordero de Dios que viene á quitar los pecados del mundo.» Elías dirá: *Vicit leo de tribu Juda*: «Ha ven-

cido el leon de Juda! Hé ahí á Jesucristo que viene á castigar los pecados del mundo.»

Ved aquí, hermanos, por lo que dijo el ánjel á Zacarias: «y precederá delante de él con el espiritu y la virtud de Elias»; y por lo que la mision de Juan fue idéntica á la de aquel profeta, varon el mas encendido en celo por la gloria de Dios de cuantos florecieron en los tiempos antiguos.

Erit enim magnus coran Domino. En verdad que fué grande Juan el Bautista, ya por las señales que le anunciaron, ya por la grandeza de la mision que trajo al mundo. Pero lo fué mas todavia por sus grandes virtudes.

III

Sobre las virtudes del santo Bautista me ocurre que fuera mejor callar y remitir este punto á vuestro ilustrado juicio. Porque ¿quién no supone que un hombre como Juan, cuyo advenimiento al mundo fué prevenido por señales tan portentosas; cuya cuna fué santificada y rodeada por Jesus, por el Patriarca José y por María, debió descollar entre los santos por la mas esquisita práctica de todas las virtudes?

Sin embargo, algo diremos, puesto que lo pide asi nuestro santo.

No está al parecer suficientemente averiguada la edad que el Bautista tenia cuando renunció á la casa paterna para sepultarse en los desiertos de Judea; pero es indudable que empezó su peregrinacion en la niñez.

¿Qué necesidad habia, dirá alguno, de que Juan abandonase sus padres á quienes tantos cuidados debia para tratar con Dios en el desierto? ¿Acaso no está Dios en todas partes y

muy principalmente en la sociedad humana, puesto que la sociedad es un designio, una creacion de Dios.

Asi habla el hombre idólatra del hombre; asi habla el que se siente fuertemente atraido por los halagos seductores de la sensualidad. Asi habla, en fin, el hombre disipado, el hombre material que no gustó de Dios, y que renunciaria aún á la gloria eterna á trueque de vivir siempre pegado á la tierra, alimentándose de tierra, de ilusiones y de vanidades.

Se trata de atesorar riquezas? de acopiar ciencia? El hombre, entonces, desde su infancia abandona sus padres, sus amigos, su patria; parte al Asia, á los desiertos del Africa, marcha á la guerra á empaparse en la sangre de sus hermanos ó se engolfa entre los témpanos flotantes de los polos, en persecucion de fenómenos naturales que estudiar y describir.

Trátase de las cosas del espíritu y de Dios; entonces el hombre debe moderarse y contenerse porque la sociedad lo reclama.

Juan Bautista huyó al desierto á donde Dios le llamaba para hablarle al corazon, para instruirle y hacerle independiente para los altos desempeños á que lo habia destinado.

Desde el desierto hablaba al mundo y decia á los hombres: «haced frutos dignos de penitencia y no digais tenemos por padre á Abraham; porqué os lo digo, Dios es poderoso para hacer de las piedras hijos de Abraham. Ya está puesta el hacha á la raiz de los árboles; y asi todo árbol que no dé buen fruto será cortado y echado al fuego.» Y el pueblo le preguntaba: ¿qué debemos, pues, hacer? Entonces Juan les instruia en sus deberes, y les decia entre otras cosas: «no hagais mal á nadie, ni calumnieis, ni tomeis lo ajeno, y contentaos con vuestro salario.»

¿Cual seria, señores, la humildad, la pobreza, la austeri-

dad y abstinencia, la pureza de vida, en fin, del santo Bautista, que tomándole las jentes por el mismo Jesucristo, ó sospechando por lo menos si seria él vióse obligado el profeta á sacarlas de este error, diciéndoles: «No, no soy yo el Cristo. Yo soy la voz del que clama en el desierto; *parate viam Domini*, preparad el camino del Señor.» «¿Pues porqué bautizas? le replicaron, sinó eres el Cristo?» «Yo bautizo en el agua, les decia Juan; pero en medio de vosotros está uno que vosotros no conoceis. Ese es el que ha de venir despues de mi, que es mas que yo, á quien no soy yo digno de desatar las correas de su calzado. . . .Ese os bautizará en el Espíritu Santo y en el fuego de la verdadera caridad.»

Y en efecto, Juan llevaba una vida superior a las fuerzas humanas. Se aproximaba á las riberas del Jordan y administraba el bautismo á la multitud de jentes que se lo pedian; luego huia de nuevo á la soledad para entregarse libremente á la contemplacion de las cosas eternas Su vestido era una piel de camello, se alimentaba de miel silvestre, de yerbas del campo y de agua; su morada ó habitacion era los huecos de los peñascos; dejando caer su santo cuerpo sobre la tierra, tomaba asi un breve descanso para reparar sus fuerzas quebrantadas en su oracion continua y estática, en sus idas y vueltas al Jordan, y én su predicacion á la intemperie haciéndose escuchar por muchedumbres numerosas, que iban á él en busca de instruccion, de consuelo y de esperanza.

Juan fué mas que un hombre, fué el ánjel del desierto; y ánjel le llama espresamente el mismo Evanjelio, y ánjel fué por su espíritu, por la pureza de sus pensamientos, por la rectitud de sus obras é intenciones, por su trato tan íntimo, tan respetuoso, tan familiar con su Dios y Señor.

Todo, hermanos, todo fué estraordinario y sorprendente en este jigante de la gracia; pero yo encuentro en su vida una circunstancia, un sacrificio, que mas que todo llama mi atencion. Morando Juan en los desiertos de Judea, sabiendo que Jesucristo habia venido y que vivia en Nazaret y pudiendo verle, no lo hizo, sin embargo, por mas que él apreciara esta vista como la mayor ventura y la mas piadosa satisfaccion.

Esto prueba, pues, que la voluntad de Juan estuvo tan pendiente de la voluntad divina que antes él quisiera vivir en aquellos páramos eternamente, segun la voluntad de Dios, que ver á Dios y á María si para esto tuviese que desviarse un ápice del divino beneplacito.

No me admira, señores, en el Bautista ni su soledad, ni su silencio, ni sus ayunos, ni la aspereza de sus vestidos, ni su mucha oracion, ni su abstraccion y apartamiento de todo lo que es lisonjero á la vida, cómodo, conveniente, deleitable, alhagüeño y apetecible; nada de esto me parece mucho, aunque lo sea en efecto. Pero que amando á Jesucristo como él lo amó desde el vientre materno no quisiese verle hasta que el mismo Jesucristo se presentó á él para ser bautizado, esto es, segun mi pobre juicio, lo que hizo á Juan acreedor á que Jesucristo dijese de él: *non surrexit major iñter natos mulierem, major Joane Baptista;* y á que el arcanjel le llamase grande delante de Dios: *erit enim magnus coran Domino.* Cumplir la voluntad divina, constituye, señores, la verdadera grandeza.

¿Y no habeis notado, señores, ó reflexionado alguna vez sobre esa alegria tradicional, sensible, popular y esteriormente manifestada, que esperimentan las jentes de fé senci-

lla y de buena voluntad al aparecer el dia de la natividad de Juan Bautista?

Ello es un hecho, y un hecho que por mas que el incrédulo ni sepa apreciarlo, ni aún se aperciba de él, realiza aquellas palabras proféticas del ánjel: *multi in nativitati ejus gaudebunt*: «se alegrarán muchos en el nacimiento de Juan.»

Hasta este punto quiso el Señor honrar al precursor de Jesucristo, de aquel que nació en Bethlem, llenó de gozo á los pastores, convirtió la noche en dia, y á quien los ánjeles saludaron cantando: «Gloria á Dios en las alturas y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad!»

SERMON

SOBRE

SAN VICENTE FERRER

Ecce dedi te in lucem gentium.
He aquí que yo te he dado para que seas la luz de las jentes.

Isaias 49-3.

Dificilmente, señores, habrá sucedido alguna otra vez que un predicador tan menesteroso de conocimientos oratorios haya tomado á su cargo las alabanzas del gran orador cristiano, del predicador evanjélico por excelencia desde S. Pablo hasta nuestros dias.

No es modestia mia lo que acabais de oir, no; recordad sino lo que sabeis de Vicente Ferrer, volveos por un instante al teatro de sus tareas apostólicas, haced memoria de su predicacion admirable, de sus viajes dilatados, de sus misiones repetidas, de su imperio sobre el corazon humano, sobre la naturaleza, sobre la misma muerte; recordad, digo, esas cosas, el tejido de prodijios que ofrece la historia de Vicente, y volviéndoos en seguida sobre mi pequeñez vereis que soy injénuo cuando os confieso esta desproporcion.

Pero apesar de todo tambien puedo decir que hablaré de mi héroe con seguridad y con reposo. La razon es que han corrido cuatro siglos y medio desde que Vicente Ferrer floreció en la tierra, y tantos años como encierran esos siglos son otros

tantos cuerpos que entran á formar el elevado monumento erijido por las generaciones á la gloria de nuestro santo. Entonces ¿qué menoscabo puede venirle por parte del encargado de hacer su elojio? Ninguno, absolutamente ninguno.

Búsquense, pues, en hora buena, búsquense hombres de poderosa palabra para recomendar y perpetuar la memoria de sujetos ó hechos medianos. Para predicar de San Vicente Ferrer no es menester tanto porque él es grande, no por lo que dijeron sus panejiristas, ni por lo que dirán, sino por la magnitud de sus hechos, por la escelencia y altura de sus virtudes, por el cambio ventajoso que en la gran familia cristiana se operó á impulsos de su predicacion infatigable y ferviente, en fuerza de sus ejemplos y de los sorprendentes milagros con que dejó confirmada la verdad de su apostólica mision: *Ecce dedi te in lucem gentium.*

Tal será mi asunto; y para mi desempeño y vuestra edificacion, séanos propicia la divina madre. *Ave-María.*

Habreis notado que en fuerza de mi proposicion yo no debo hablaros de la infancia de Vicente, ni de lo mucho que hay en ella de especial y prodijioso. Séame dado, pues, prescindir de los primeros pasos ó albores de ese hermoso luminar del cielo de la iglesia; permitidme omita cuanto la historia nos relata de peregrino y sobrenatural en esa niñez tan madura, tan tejida de maravillas, y tales, que de Vicente, en aquella edad, pudo decirse lo que del Bautista dijo el ánjel á Zacarías: será grande en la presencia de Dios y le llenará el Espíritu Santo. *Erit enim magnus coram Domino. . . . et Spiritu Santo replebitur.* —Convertirá al Señor un crecido número de los hijos de Israel, —*et multos filiorum Israel convertet ad Dominum.* No era

mucho que estas cosas se dijesen y esperasen de un niño á cuyo nacimiento habian precedido señales misteriosas y sueños proféticos.

Salvemos, pues, como ya dije, esa infancia preciosa y esa niñez anjelical, y esa juventud ejemplarísima, campo dilatado para muy oportunas y edificantes reflecciones, y vengamos desde luego á considerar á Vicente recibiendo del Señor el encargo importante y dificil de llevar la luz de la verdad al mundo católico y de alejar con sus resplandores las tinieblas del error y del pecado.

I.

Tiempo hacia que militaba Vicente bajo las banderas gloriosas del patriarca Santo Domingo, de cuya órden era llamado á ser un dia ornato precioso. Su voz poderosa y elocuente se habia dejado ya escuchar de una gran parte de la Europa; el infierno se habia estremecido á los primeros écos de la palabra inspirada del nuevo apóstol; la herejia habia sospechado su ruina, y el mundo torpe y carnal se incorporó asombrado al nuevo soldado de Cristo, al David de la era cristiana, al moderno Elias. ¡Tanto era su celo por la gloria de Dios! Sin embargo, Vicente hasta entonces no habia hecho otra cosa que ensayarse para mayores y mas espléndidas conquistas.

Una gravisima enfermedad interrumpe por algun tiempo los trabajos del nuevo apóstol. Habiéndose consultado el caso á acreditados médicos fallan estos que Vicente debe morir. Pero, oh! cuanto distan los juicios de los hombres de los juicios de Dios! He aquí, hermanos, que en esa enfermedad un misterioso y sabrosísimo sueño abstrae por algunos instantes á Vicente, y una magnifica escena preséntase delante de su alma. Jesus,

Señor nuestro, déjase ver sobre un trono elevado, y las santos patriarcas Domingo y Francisco aparecen tambien ante ese trono suplicando á aquel se digne visitar á su muy amado hijo. Otórgales su majestad la pedida gracia y desciende sobre el lecho del enfermo y deshauciado Vicente. Así que hubo llegado abrázale mas amoroso que en otro tiempo Isaac á su predilecto Jacob, y con mas ternura y efusion que despues este al sencillo y casto Josef. Háblale muy luego y le manda espresamente que á imitacion de Domingo y de Francisco recorra el mundo llevando á los pueblos la luz del Evanjelio para la salud de las jentes; y aplicando Jesus su mano divina sobre el cuerpo doliente de su fiel siervo, vuelve este de su arrobamiento en perfecta salud, y se dispone al alto desempeño de su cometido.

El ya electo evanjelizador de la verdad parte á Roma con el fin de obtener la bendicion del Papa Benedicto XIII y de dar principio á su apostolado.

Sin embargo, pasan dos años y aun no ha recibido Vicente el tan deseado beneplacito de Su Santidad, pues hallándose Benedicto en aquella sazon en grandísimos trabajos y ansiedades de espiritu, no pudo menos que entretener cerca de sí al varon santo para su direccion y consuelo. Serenada que fué la borrasca política, manantial que habia sido de los sinsabores del santo Padre, Vicente reitera su solicitud con nuevo y mayor ahinco, é insistiendo Benedicto todavia en conservarlo á su lado nómbrale cardenal é incórporale al Sacro Colejio. « Beatí-
« simo Padre, dícele entonces Vicente con humildísima liber-
« tad, si quiero é insisto en ausentarme de Roma no es porque
« antes no se me haya conferido unos honores de que en ver-
« dad me creo indigno; quiero, si, dejar á Roma para llevar la

« predicacion del Evanjelio á toda la Europa, en cumplimien-
« to de lo que me ha ordenado nuestro Señor Jesucristo. »
Luego que dijo esto Vicente se somete Benedicto, bendice al nuevo apóstol, y además le constituye su legado con poderes plenísimos para atar y desatar las conciencias, para imponer penas y conferir gracias segun lo pidiesen los casos y á su discrecion y prudencia pareciese convenir.

Armado así el campeon dominicano con las espirituales armas de la iglesia, parte lleno de alegría á encontrarse con el mundo enemigo de su Dios La tierra toda le parece campo muy estrecho comparativamente al celo que le anima por la causa de la verdad, y á la sed de la salud de las almas que consume su caritativo corazon. De aqui lo infatigable de su vida apostólica, de aqui su ánimo en los peligros, su constancia en las fatigas, su valor imperturbable en los viajes que emprende; de aqui su mas que humano sufrimiento en la sed, en el hambre, en el frio, en el calor, en las vijilias; de aqui, por fin, los resultados maravillosos de su predicacion, pues no se habia escuchado hasta entonces en el mundo un orador sagrado que así conmoviese, arrebatase, persuadiese, ni que llevase la verdad tan al fondo del espíritu humano. Aviñon, Cataluña y Barcelona reciben desde luego la palabra de Vicente, no á la manera de un suave rocio que lijeramente refresca y vivifica la superficie de la tierra, sino como la lluvia copiosa y continuada que saturándolo y fecundándolo todo hace manar por do quiera el verdor, la abundancia, la vida.

La Francia entra tambien en el plan de sus espirituales conquistas. Se detiene en Aix poco mas de un mes, y en tan breve tiempo deja esa ciudad notablemente mejorada, muy otra de lo que habia sido. ¡Cuánto puede un hombre santo! Enca-

mínase Vicente despues de Aix á Marsella y predica en esta gran ciudad con el mejor éxito durante todo un adviento. Recorre luego la Francia, desde Marsella hasta dar con el Canal de la Mancha, y atravesando este pisa las islas Británicas, donde predica con iguales felices resultados. Inglaterra, Irlanda y Escocia fueron teatros de sus hazañas evanjélicas.

Vicente adquiere noticia de tres poblaciones del Delfinado en las cuales habitan jentes no solamente pervertidas en moral sino estravíadas en relijion. Se le previene del inminente riesgo á que espone su vida llevando hasta allí su palabra; pero Vicente agradeciendo el aviso y haciendo un heróico menosprecio de su individuo, vuela á aquellas mansiones de abominacion y de escándalo, déjase ver de aquellas jentes disolutas cual ánjel enviado por el justíciero Díos para revolucionar las conciencias adormecidas en el pecado, para conmover y quebrantar los corazones marmoreos. Y sucedió, señores, lo que se temia, porque aquellas almas negras y obstinadas en el vicio se disponen á inmolar al que de parte de Dios les predica la penitencia. El mundo siempre acometió furioso al que le trajo la luz, dió muerte al que le ofreció la vida, crucificó y escarneció al que del cielo vino á redimirlo. ¡Ay! de aquel que venga, aunque de parte de Dios sea, á turbarle en medio de sus orjias! Ay! de aquel que al mundo dé en el rostro con sus abominaciones! Ay! de aquel que pretenda amargar la copa babilónica que el mundo apura en sus bacanales!

Pero tal es la mision del sacerdote, y por eso Vicente lejos de arredrarse enrostra á aquellas jentes sus detestables vicios; lejos de huir como pastor intruso y mercenario, permanece allí entre los que lo odian, entre los que lo acechan para quitarle la vida, y les predica con libertad santa, y les increpa y

amenaza con el divino juicio, hasta que al fin desengañadas esas almas, quebrantadas, mejor diré, por los golpes de aquella predicacion ardiente é infatigable, se rinden, se mejoran, hacen penitencia; y de tal manera que de guaridas del crímen que eran aquellos valles conviértense en albergue de las mas edificantes virtudes.

Alejandria, Alba, Jénova, Pádua, el Piamonte, toda la Italia, España,—toda la Europa,—se conmovieron á impulsos de la palabra mas elocuente y evanjélica que en aquel continente civilizado hasta entonces se escuchára: *conturbatæ sunt gentes et inclinata sunt regna*, se conturban las muchedumbres licenciosas y el reinado del vicio se inclina rendido, se derrumba en presencia del hombre de Dios que truena desde los púlpitos, las calles y las plazas.

Vicente se hace oir cual el ánjel que en el último dia preconizará el juicio á la tierra, y la tierra se estremece. Dios es el que habla por órgano del prodijioso predicador, y por eso la fé, la penitencia, las lágrimas, la virtud, la vida del espíritu son los frutos inmediatos de sus apostólicos afanes.

El templo en que mas de ordinario predica Vicente es el que tiene al cielo por bóveda. ¿Y de otro modo cómo hubiera podido el orador dirijir su palabra á diez mil y hasta catorce mil almas que mas de una vez se reunieron para escucharlo? Sí, señores, todas esas almas le oyen distintamente, porque la voz de Vicente Ferrer es un clarin sonoro que rasgando los aires lleva la palabra santa á distancias prodijiosas; todos la oyen, y no solo la oyen sino que la entienden: el francés, el español, el italiano, el inglés, el aleman, el árabe, el turco, el israelita le comprenden perfectamente, porque cada uno de estos le oye hablar el idioma natal, y cada uno se persuade de

que Vicente habla con él espresamente. Cada uno y todos á la vez comprenden que el ojo espiritual del predicador santo ha penetrado el secreto de sus conciencias; cada cual escucha asombrado y temeroso la historia de sus descarrios, y todos se humillan compunjidos en la presencia del Dios á quien ofendieron y que por medio de Vicente les habla al corazon.

Era consiguiente, señores, que una predicacion en todo sentido escepcional y prodijiosa, diese resultados prodijiosos é inauditos; y efectivamente, las masas se reconcentran, meditan, vuelven al buen camino, abandonan sus hábitos pecaminosos.

No podia suceder de otra manera porque la palabra poderosa de Vicente Ferrer no se insinúa de un modo lento sino que invade los corazones y los toma y gana como por asalto: la palabra de Vicente, y en especial cuando reprende y apostrofa al pecador, no permite á este reflexionar sino que lo abate y hace caer contrito y anegado en lágrimas á los pies del Dios ofendido. Es cual espada cortante; es cual afilada segur manejada por robusta y diestra mano la palabra de Vicente; y no hay pecador tan cinico y obstinado que no caiga bajo sus golpes certeros é irresistibles. Cuando Vicente habla puede ser tomado por Moises increpando al pueblo idolatra desde la pendiente del Sínai; puede ser confundido con Josué proclamando á sus soldados ante los muros de Jericó, con Elias confundiendo al usurpador Achab ó con el Bautista cuando al tirano Herodes decía: no te es lícito relacionarte impúdicamente con la esposa de tu hermano. ¡Qué imponente y terrible era aquella voz! *Vox Domini confrigentis cœdros Libani.* Era la voz del Señor que ajita, si lo quiere, y si lo desea troncha los envejecidos cedros del Libano!

¡Oh cuanto diera el infierno por sofocar esa garganta infatigable, por arrancar esa lengua de la que pende la Europa entera y cuyas sentencias y frases son otros tantos golpes de muerte contra el error y el vicio! Pero todas sus tentativas se inutilizan, y las conquistas de Vicente van siempre adelante.

No hay que estrañar si muchos de las príncipes católicos enviaban á rogar á Vicente con humildad y encarecimiento tuviese á bien visitar los pueblos de su dominio y hacerlos participantes de su admirable doctrina, de la luz de su presencia y de sus ejemplos; y como no fuesen otros los deseos del varon santo sino llevar en triunfo el nombre de Jesucristo hasta los confines del mundo, si posible fuera, accedia complacido á tan piadosas demandas. Ved aquí la razon del continuo movimiento de su apostólica vida, de sus travesias penosas de pueblo en pueblo, de nacion en nacion, cual si á él solo fuese dado apagar con los raudales de su santa elocuencia el incendio en que el mundo se abrasaba en fuerza de la iniquidad que amenazaba consumirlo todo.

¿No haceis memoria, señores, de aquel ánjel misterioso que vió el evanjelista Juan recorriendo la elíptica celeste y evanjelizando á las gentes todas el santo temor de Dios? Tal fué Vicente Ferrer. El ángel del Apocalipsis se llamó él mismo, y confirmó que en verdad lo era con un sorprendente milagro.

Tal fué Vicente, repito, y tal la predicacion con que ilustró el mundo. ¿Quisierais ahora que os hablase de sus heroicas virtudes, con las cuales llevaba las jentes á la práctica de las verdades que les revelaba y predicaba? Escuchadme.

II.

Cuando se nos dice, señores, de un capitan que conquistó

con su espada muchas y aguerridas naciones, desde luego hacemos juicio que su valor fué grande, el celo por las glorias de su patria muy ardiente, su abnegacion á toda prueba, y el amor á su jefe muy profundo y muy sincero. Allí de donde procede abundante luz debe suponerse copioso fuego, y el árbol que produce frutos ecselentes y abundantes prueba su fecundidad y su escelencia.

Cuando habeis visto, pues, las conquistas espirituales que Vicente emprendió y llevó á cabo con su predicacion prodijiosa; cuando habeis formado idea del celestial esplendor que ella mediante derramó sobre la Europa toda, y de los pingües frutos que de sus misiones apostólicas recojió la iglesia, debisteis suponer en él muy encendida caridad, celo muy ardiente por la gloria de Dios, humildad acrisolada, estudio asiduo, austeridad de vida, oracion continua; finalmente, el acopio de todas las virtudes. Y en efecto, la vida de Vicente mas fué de ánjel que de hombre.

Con semejante vida, repito, fué que persuadió Vicente á las inmensas muchedumbres que le escuchaban y seguian la conveniencia y necesidad de practicar la virtud y alejarse del pecado, sin olvidar jamas en sus sermones su asunto favorito, la terrible aproximacion del juicio final. Temed á Dios, decia y repetia continuamente á la terminacion de sus sermones; temed á Dios porque se acerca el dia de sus venganzas. Llorad vuestros descarríos mientras habeis tiempo, correjios de vuestros errores, atesorad buenas obras, porque el gran dia del Señor, anunciado por los patriarcas y profetas, se aproxima. Cuando Vicente tocaba este punto, señores, era indispensable temblar, porque tal actitud tomaba entonces y tal majestad le revestia, que en efecto parecia llegado el tremendo

cataclismo. Su voz, cuya naturaleza y temple fué una de las rarezas de su siglo, venia en esos momentos como si dijésemos impregnada del divino furor del juez eterno, ó como saturada del espanto de aquella final trajedia.... Al oirla, como ya dije, el santo temor de Dios se infiltraba en las muchedumbres que le escuchaban: era menester estremecerse de espanto.

No os parecerá mucho, señores, que predicando Vicente con ese espíritu, facundia y celo toda su vida, trajese al gremio de la iglesia tantos millares de almas; solamente moros y judios fueron treinta mil los que convirtió al catolicismo. ¿Cuántos serian los cristianos estraviados que reduciria al buen camino, siendo incomparablemente menos difícil convertir al que conserva la fé que al que jamás la tuvo?

Corrió un periodo en la vida de Vicente en el cual hizo tal guerra al vicio con su inspirada palabra, que en diez y ocho años, admiraos de esa fortaleza en un cuerpo macerado y que jamás se sustentó de carne, que en diez y ocho años continuados solo dejó de predicar quince dias!.... Admirad, repito, pero no tanto á Vicente, cuanto á ese Dios que es admirable en sus santos! *Mirabilis Deus in sanctis suis.*

Acaso esperais ahora que os hable yo detenidamente de aquella potestad ámplia que Dios comunicó á su amado siervo para realizar milagros y con los que satisfizo y probó al mundo que su mision habia sido divina: pero entended que no lo haré por no creerlo necesario ni á vosotros que creís ni al incrédulo, si desgraciadamente alguno me escuchase, ni á mi propósito. No á vosotros, porque creo muy difícil que alguno de los que me escuchais no tenga noticia de la rara y maravillosa historia de San Vicente Ferrer; no al incrédulo que pudiera escucharme, porque, para quien no hay santos, ni verdadera igle-

sia; para quien ni Jesucristo es Dios, ni hay sacramentos divinamente instituidos, ni Dios existe, ¿cómo puede haber milagros? El incrédulo confiesa, porque no puede menos de confesar, que hubieron hombres que hicieron prodijios, que interrumpieron en casos dados las leyes de la naturaleza; pero se guarda bien de confesar que esos hombres eran santos, pues de confesarlo se condenaria á si mismo por perverso puesto que sus obras están en directa oposicion con las obras de aquellos héroes; confesará, cuando mas, que fueron hábiles químicos, diestros magnetizadores, profundos conocedores de la virtud y propiedades de los cuerpos, pero no que fueron santos, porque esto no hace á su causa.

Ya, pues, por lo que queda dicho, cuanto porque sé muy bien que á quien Dios quita la fé para castigar su soberbia no hay poder humano que pueda volvérsela, dije que ni al incrédulo es necesario que hable yo aquí de los innumerables milagros de San Vicente Ferrer. Tampoco hace á mi propósito de una manera esencial. En fuerza de lo prometido basta que os diga y sepais que en la revision del proceso, presentado á la Santidad de Calisto III, concerniente á la causa de la canonizacion de Vicente Ferrer, resultarón ochociento sesenta milagros de primer órden, autorizados por mas de cuatrocientos testigos fidedignos por su calidad, autoridad y otras recomendaciones, y que entre esos milagros entran veinte y ocho muertos resucitados. En vista de lo cual Su Santidad decretó que todos los cardenales y demas prelados que entonces se hallaban en Roma concurriesen á su palacio para reveer y dictaminar sobre dicho proceso, resultando de aquella vista y de tan respetable asamblea que en fuerza de los datos recojidos, número y calidad de los testigos, podia

Su Santidad proceder á la canonizacion del siervo de Dios; habiendo tenido lugar dicho cónclave el dia 3 de Junio de 1455, y dicha canonizacion el 29 del mismo mes y año.

Con tales y tantos milagros, pues, aparte de los que, y acaso en mayor número realizó Vicente despues de su glorioso tránsito, confirmó que en efecto fué enviado á la tierra para ser la luz de las jentes, y no porque sin los tales milagros su mision quedara desautorizada ó incompleta, pues harto la acreditaron las mejoras en todo sentido que la Europa recibió á impulsos de su doctrina y de sus ejemplos, sino porque quiso el Señor que la gloria de su fiel siervo sobreabundase con esos timbres y maravillas. *Ecce dedi te in lucem jentium.*

Ateneos, hermanos, á las verdades que Vicente predicó; Vicente predicó á Jesus, predicó la confesion sacramental, predicó la obediencia á la iglesia santa y al vicario del Señor en la tierra, y vosotros, y yo, y todos solo por el camino y prácticas que Vicente recomendó, podremos vivir una vida virtuosa, morir en paz y alcanzar la eterna dicha.

SERMON

SOBBE

EL PATRIARCA SAN JOSÉ

Joseph virum Mariæ, de qua natus est Jesus.

S. Mat. C. 1° *V.* 16.

Sucede, señores, que el curioso viajero que escala un escabroso monte puede darse cuenta de todo lo que despertó su curiosidad durante su ascencion y de cuanto pudo su vista alcanzar desde la empinada cumbre. Nada le es tan fácil como satisfacer los deseos de los que le interrogan sobre lo que vió, admiró y estudió en su excursion fatigosa. Pero hay montes tan elevados é inaccesibles que escondiendo su frente majestuosa entre las nieblas y profundidades de rejiones altísimas, no solamente no permiten al curioso que lleve su atrevida planta hasta su cúspide, pero ni aún el ojo mas perspicaz puede sorprender los misterios que se esconden allá sobre su corona flameante de nieves y vapores.

En el órden moral hay tambien seres altísimos, encumbrados, sublimes, pero que se dejan conocer, definir y aún bosquejar mas ó menos, segun el punto de vista de donde se les contemple ó segun el injenio del observador. Mas hay tambien

tales héroes, hombres tan aproximados á Dios, tan unificados, por decirlo así, con la aureola de la Divinidad, que antes convendria admirarlos en silencio que emplear en su alabanza una palabra balbuciente é ineficaz.

Uno de estos seres privilejiados es el Patriarca San José, cuya fiesta habeis querido realzar con vuestra devota presencia.

Si en la vida de este hombre de Dios nos empeñásemos en encontrar hechos ruidosos, empresas atrevidas, milagros sorprendentes, nada de esto hallariamos. Los hechos esclarecidos no constituyen la santidad, aunque regularmente la prueban ó la suponen. Pero si buscamos un hombre anonadado en la presencia de su Dios, una voluntad aniquilada, perdida en la divina voluntad; si buscamos un hombre silencioso, recojido, sumiso á las órdenes de la Providencia; un hombre espiritual, interior, muerto para sí mismo y para el mundo; si buscamos, por fin, un hombre purísimo, humildísimo, un hombre segun el corazon de Dios, encontraremos en José el Patriarca por excelencia, tal cual debió ser el esposo verdadero de María. *Joseph virum Mariæ, de qua natus est Jesus.*

Comprendo, no obstante, que la grandeza y excelencia de nuestro santo no consisten en ser el esposo lejítimo de la madre de Dios, sinó en haber sido un esposo digno de ella.

Del mismo modo tambien sabemos que la grandeza de María no se funda esclusivamente en ser madre de Jesucristo, sinó en haber cumplido fielmente la voluntad divina, lo cual la hizo merecedora de tan alta dignidad. Jesucristo mismo confirma esto, pues habiéndosele dicho en una ocasion: «*Beatus venter qui te portavit, et ubera quæ sumpsisti*, Bienaventurado, Señor, el vientre que te llevó y los pechos que

te alimentaron», Jesus contestó: «Antes son bienaventurados « los que oyen la palabra de Dios y la cumplen.» Con lo cual quiso significar que no estaba la dicha y grandeza de su amante madre precisamente en serlo, sino en que sus obras eran como convenian á la madre de Dios.

José fué digno esposo de Maria. Tal es el asunto de que me ocuparé en este breve rato. Sedme induljentes, teniendo en cuenta mi valer escaso y la grandeza de mi héroe. Pero antes ayudadme, etc. *Ave-Maria.*

Señores :

Si la sociedad conyugal de María y José hubiese sido el resultado, como ordinariamente sucede, de un amor puramente humano, habria lugar para creer que no existia proporcion de santidad, de merecimiento y de gracia entre ambos esposos; pues tal amor funda sus apreciaciones y determina su eleccion antes por lo que aparece que por lo que las cosas ó las personas son en el fondo. Mas esta sociedad ó matrimonio entre Maria y José fué el cumplimiento de un designio divino, eterno, intimamente ligado al misterio de la redencion del hombre, y que no obstante que para realizarse en la plenitud de los tiempos debia injerirse en él indispensablemente la espontánea y libre voluntad de los contrayentes, debió ser tambien y en efecto fué todo conforme á la voluntad de Dios y estrechamente ajustado á su preordenacion y decretos sapientísimos.

Yo bien sé, porque de la Escritura santa consta y la iglesia nos lo enseña, que no hay nada creado igual en santidad á la santa Vírgen con una igualdad rigurosa ó de equivalencia; pero una vez que era indispensable segun los juicios del

Señor dar á Maria un esposo, este esposo debió ser el hombre mas digno, mas puro, mas anjelical de cuantos en su tiempo existian y pudieran existir, porque nada tan conforme al buen sentido como el creer que si Dios hubiera de haber creado en algun tiempo el mejor de los hombres lo creara entonces cuando era llegado el instante de dar un esposo á la que habia sido elejida para madre del Verbo.

Dios, que en todo sentido y en todo momento trató de realzar la honra y la gloria de Maria; Dios, en cuya mano estaba darla el esposo mas proporcionado á ella, el que mas se le aproximase en inocencia, candor, pureza y humildad, ¿no lo haria dignamente?

¿Convenia, era propio que á la que habia nacido para reina de cielos y tierra, y sobre todo para concebir, dar á luz y sustentar con su sangre la vida de Jesucristo se ligase el mejor hombre que entonces existia y el mas santo de cuantos sabia el mismo Dios que habian de existir? No se puede responder negativamente. ¿Pudo Dios por otra parte elejir á ese hombre para compañero inseparable, para custodio y protector de su madre inmaculada? Tambien es indudable que si. *Ergo fecit.* Dios lo hizo tanto porque pudo hacerlo como porque convino que lo hiciera.

Ved, pues, hermanos, como la excelencia culminante del Patriarca José naturalmente se deduce del hecho mismo de ser el esposo lejítimo de Maria. *Joseph virum Mariæ, de qua natus est Jesus.* Y sino, decidme, ¿cual es aquel padre que para esposo de su hija única y entrañablemente amada no busca el mas bondadoso y recomendable de los varones? ¿Qué esposo siendo indispensable que su querida consorte emprendiese un dilatado viaje en que no hubiera de acompa-

ñarla él no elijiria para este desempeño al mas casto é intachable de los hombres? Y por fin, ¿qué hijo siendo menester confiar á otro hombre los bienes, el sustento y cuidado de su tierna madre no buscaria para este ministerio al mas honrado, al mas integro, al mas caballero de los mortales?

María es la hija primojénita del eterno Padre; María es la esposa predilecta del Espíritu Santo; María es la verdadera madre de Jesucristo, y, por lo mismo, José, verdadero esposo de María, y esposo que Dios la deparó, debia ser y fué el hombre mas santo y en todo sentido el primer hombre de la tierra, inclusos los que le precedieron.

Este augusto título, la dignidad inconcebible del Patriarca de ser esposo lejítimo de María, de esa señora á quien los serafines acatan y sirven de rodillas, fué la razon ú origen en él de otra dignidad ó título que le levanta hasta asociarle, si así puede decirse, al mismo eterno Padre, con el cual comparte una prerogativa que en Dios es incomunicable: el título de padre de Jesucristo.

Dios Padre, dice San Basilio, quiso dividir con José la gloria de llamarse padre de Jesucristo.

Los ánjeles y arcánjeles, querubines, serafines y demas espíritus puros, los santos todos de la antigua y nueva ley solo pueden con verdad llamar su soberano á Jesucristo. El Patriarca José puede lo que nadie pudo ni podrá: llamar á Jesus su hijo y su Dios, y decir de si mismo que es enviado y representante del Padre eterno que está en los cielos. *Ego ero illi in patrem, et ipse erit mihi en filium.* Yo, José, pobre artesano, llamado á desempeñar para con mi Redentor y mi Dios, el oficio de padre! Él me llamará padre, como á padre me obe-

decerá, y por hijo mio será considerado por cuantos no tengan revelacion del misterio que se obró al concebirle mi esposa María por virtud del Espíritu Santo.

Juzgad, señores, si algo mas es menester decir en alabanza del Patriarca José despues que sabemos que fué el hombre á quien Dios halló digno de unir en matrimonio á Maria y de ser considerado por las jentes todas de su tiempo como verdadero padre de Jesucristo. ¿Puede darse mayor gloria?

Es de notar que esa gloria llegó á brillar con todo su esplendor, llegó á inundar el alma de José de un gozo inefable, cuando supo, (que sin duda debió saberlo) que la misma María, conformándose con el juicio público, dijo á Jesus al encontrarlo en el templo despues de tres dias de ausencia: «Hijo mio, ¿porque habeis hecho esto con nosotros? Yo y vuestro padre (José) aflijidos os hemos buscado por todas partes.» *Fili, ¿quare fecisti nobis sic? Ego et pater tus, dolentes querebamus te!*

Mas la excelencia del Patriarca San José no solamente se demuestra á *priori*, que es lo que hasta aqui hemos hecho. Se prueba tambien á *posteriori*; es decir, no solo se prueba por el rango y dignidad á que fué llamado, sino tambien y mas principalmente por la fidelidad con que desempeñó su mision, la mas delicada y honorifica que haya Dios confiado á hijo de mujer.

Dejó á vuestra piadosa consideracion, y por cierto que es uno de los puntos mas edificantes de que pueda ocuparse un espíritu cristiano, cuán circunspecta y limpia seria la conducta de un hombre que vivia bajo el mismo techo de la virgen que Dios habia escojido y que desde la eternidad venia preparando para madre de su hjio!

Verdad es que José aun no sabia que su esposa seria la ma-

dre de su Dios; pero el prodijio que tuvo lugar al desposarse con ella en presencia del sacerdote y de cuantos allí habian concurrido, cuando la vara que el Patriarca llevaba floreció instantáneamente à la vez que permanecieron secas y desnudas las de los otros que aspiraban á la misma mano, mucho y bien alto le hablaba en favor de María. Lo muy bastante, por lo ménos, para indicarle que esa vírjen venia al mundo con una mision altísima. Tal vez José allá en su corazan entreveia que bien pudiera ser ella la futura madre del salvador del mundo.

Estas fundadas consideraciones y un no sé qué de sobre humano que el Patriarca vislumbraba en su esposa; aquella majestad de María asociada á un candor sin igual; aquella simplicidad unida á la mas severa circunspeccion; su porte, sus palabras, su prudencia, su compostura, su mirar, su andar, la sábia distribucion de su tiempo, su réjimen de vida, todo esto le inducia á mirar el hogar doméstico como un verdadero templo, como un sagrario.... Aquella vírjen su esposa revelaba que Dios la poseia, que Dios estaba en ella; su presencia lo embalsamaba todo, llenàbalo todo de luz.... ¿Qué mujer es esta? se diría tantas veces José abismado en su propia nada y bendeciria al Señor que le habia elejido para custodio de criatura tan celestial.

Pero ya era tiempo que esa semejanza ó proporcion entre los dos esposos que tan lójicamente se desprende del mero hecho de haberlos Dios ligado con los sagrados vínculos del matrimonio, se manifestase por parte de José con virtudes dignas de su adorable esposa.

En efecto, no era lo bastante ser un justo para salir airoso de la primera prueba porque tuvo que pasar la santidad de

José; era menester algo mas: se necesitaba ser el primero de los santos para conducirse como él se condujo al descubrir en una esposa como la suya señales evidentes de una maternidad de que no era autor.

¿Pudo una esposa como María, pudo esa vírjen admirablemente humilde y pura olvidar sus deberes hasta precipitarse en el horrendo crímen del adulterio? Solo el sospecharlo hubiera sido.... ¿qué digo? no, eso era inconcebible!

Que Maria era madre tampoco podia dudarlo José pues lo veia.

¿Quién era, pues, el padre de ese ser que Maria llevaba en su seno? ¡Qué misterio tan oscuro! y qué oscuridad tan afligente!

¿O será acaso la esposa de José la vírjen anunciada de los Profetas, y ese ser en formacion será el Verbo encarnado? Pero ¿quién eres tú? se diria el humilde José, ¿quién eres tú, hombre desconocido, hombre del pueblo, hombre que buscas tu pan inclinado sobre las maderas que labras, para figurarte que te haya elejido Dios para ser llamado padre del Redentor del mundo; para tenerle bajo tu techo, para sentarte con él á la mesa, para mandarle y ser por él obedecido? Si á semejante presuncion te abates, continuaria diciéndose, es grande tu soberbia. Si sospechas que tu esposa es culpable de adulterio es imperdonable tu temeridad. ¿Pero puedo dudar que mi esposa es madre? se diria él. Si apesar de esto permanezco cerca de ella no siendo yo causa de su fecundidad ¿cómo puedo vivir ignorando toda la verdad de este caso, el mas espinoso y tremendo que á un esposo puede sobrevenir? ¿Me alejaré de ella? Pero no es esto una pena cruel? No será mi esposa tan anjelical como seria clasificada de infiel por las jentes todas al

notar que la abandono cuando su maternidad se hace espectable? ¿Qué consejo dais, señores, en este conflicto al mas desolado y santo de los casados?

Pero, dejadle, dejadle! Dios desde su trono, ó mejor dicho, desde el mismo corazon de José, en donde reside como en un sagrario, se está recreando en verle luchar imperturbable contra la mas impetuosa oleada que el mar de las tribulaciones levantára jamás para probar la constancia de un justo. José tiene á raya sus juicios de una manera heróica, aprisiona su lengua, comprime su corazon, y con una prudencia sin ejemplo le cierra todas las entradas para que ninguna sujestion, cavilacion ó perturbacion desordenada le avasalle, y como varon esperimentado en los procedimientos de Dios sobre las almas aflijidas que saben esperarlo todo de su majestad, deja la solucion de aquel enigma para cuando fuese del divino agrado.

Asi fué, en efecto, pues hablándole en sueños el ánjel le dijo: « José no temas cosa alguna ni tengas reparo en permanecer cerca de tu esposa; pues lo que en ella adviertes viene « del Espíritu Santo. »

El alma de José con esta revelacion se espande: pasa para su espíritu aquella noche oscura y borrascosa; y la luz, el júbilo y la paz, vuelven de nuevo á tomar asiento en su inocente corazon.

A propósito de esto, hermanos, os diré de paso que si nosotros en nuestras vicisitudes, en los casos mas inesperados y dolorosos, supiésemos serenarnos, conservar cierta calma, cierto dominio sobre nosotros mismos, ir en seguida á Dios para que nos inspire lo que entonces nos conviene hacer, qué medios adoptar, qué partido seguir, Dios, que bajo su palabra

de rey eterno, de padre y de amigo, ha prometido escucharnos y valernos siempre, nos librará pronto y del mejor modo de todas esas angustias Pero, ¿qué sucede? Sucede que vivimos disipados, sin trato íntimo con el Señor, no tenemos habitudes de almas místicas, y al presentarse la tribulacion, hallándonos desprevenidos, flacos y desprovistos de gracia y de virtud nos perturbamos. Una vez perturbados resulta que todos los medios de que nos valemos para sacudir aquel trabajo son ineficaces, ó por su naturaleza misma, ó por importunos, y quizá, quizá, lejos de aliviarlo agravan el caso. Sucédenos entonces lo que á aquel que habiéndose incendiado los vestidos en vez de sumerjirse en el agua vecina corriese á refujiarse en un campo cubierto de yerba seca.

Comprendo, señores, que saber conservar la paz interior en los grandes conflictos es árdua empresa; pero esa dificultad nosotros mismos nos la hemos criado, pues hemos mirado siempre muy en poco, y quizá hasta con desprecio, las prácticas devotas, las cuales fielmente observadas son las que nos acercan á Dios, fuente y principio de todo consuelo, y único remedio á toda especie de males. Cuando oigais decir, pues, que alguna persona desesperó ó que se quitó la vida, podeis con toda seguridad decir que ese desgraciado no supo tratar con Dios sobre el trabajo que le sobrevino; el infeliz ha dado ese escándalo porque no tuvo la costumbre de ocurrir á Dios en sus aflicciones, en pena de lo cual castigóle el Señor dejándole en sus propias manos, en las cuales fió siempre mas que en el que es omnipotente é infinitamente bueno.

Prosigamos. No bien acababan de pasar las amarguras que el Patriarca tuvo que apurar la noche del purísimo parto de su

celestial esposa, viendo á esta señora y á su niño en tanto desamparo y pobreza, cuando hablándole de nuevo el ánjel de parte de Dios le dijo: « José, levántate; toma al niño y á su madre y huye á Ejipto. » *Surge, et accipe puerum, et matrem ejus, et fuge in Egiptum.*

No creo que haya entre nosotros uno solo que ignore todo lo que es preciso preveer, encargar y no olvidar al emprender un viaje cualquiera de un solo dia; y por lo tanto, todos sabemos las privaciones y necesidades que amenazan y tienen forzosamente que sobrevenir al que parte precipitado por no concedérsele tiempo para prepararse.

Esto sucedió al Patriarca. Se le ordena que se levante y parta al punto al Ejipto. *Surge*, le ha dicho el ánjel, *et accipe puerum, et matrem ejus; et fuge in Egiptum.*

Era media noche de un dia de invierno; apenas nacido el niño; la santa vírjen delicada, candorosa, timida, como es natural en una doncella de diez y seis años no acostumbrada ni á viajes, ni á peripecias violentas, ni á sustos. El Patriarca, por otra parte, ni poseia, ni se le concedia el tiempo material para procurarse comodidades de ningun jénero. Y sin embargo era menester partir, y partir ya, apenas despierto: *surge, et accipe puerum, et matrem ejus; et fuge in Egiptum.*

¡Anjel del Señor! pronto se dice huye desde Beethlem á Ejipto, pero es una gran distancia la que media entre uno y otro pais. Es, ademas, ese trayecto, fragoso, salvaje y desolado. ¿Cómo podrán recorrerlo un pobre anciano y una vírjen con un niño en brazos? Tú vienes de parte de Dios y mandas á José que huya; pero le dejas solo en cuanto á la ejecucion de tu severa y terminante embajada. ¿Nada le proporcionas para

el viaje, no obstante que vienes de parte de quien lo puede todo, lo posee todo, lo gobierna todo?

¡Ah! hermanos, tales observaciones serian propias de quienes como nosotros no tuviesen en la Providencia divina una confianza ciega, de los que somos flacos en la fé, remisos en la caridad y poco subordinados á las disposiciones del Señor. El Patriarca procedia y procedió siempre en esos casos con la docilidad, silencio, mansedumbre y resignacion que convenia á quien era real y verdaderamente el esposo de María.

Voy á terminar mi discurso, señores; como la vida del Patriarca San José es un manantial inagotable de doctrina de alta perfeccion evanjélica, fuera interminable si hubiera de insistir probando que la excelencia de él no consíste tanto en ser el esposo lejítimo de la madre de Dios, como en haberse hecho digno de serlo. *Joseph virum Mariæ, de qua natus ès Jesus.*

Os exhorto, pues, á que seais devotos decididos y entusiastas de tan poderoso abogado y protector de los hombres.

Santa Teresa de Jesus os hablará por mi; oidla. «No me acuerdo hasta ahora, dice, de haber pedido cosa alguna al santo Patriarca que no me la haya concedido. Es cosa que espanta las grandes mercedes que Dios me ha hecho por medio de este bienaventurado santo y los peligros de que me ha libertado» He concluido.

SERMON

SOBRE

SANTA CATALINA

Quœsivi sponsam mihi eam assumere.
Sap. 8 *v.* **2.**

Illmo. Señor:

Señores:

Cuando os ocupasteis, como sin duda muchas veces lo hicisteis, en admirar las maravillas del universo, recordareis acaso que arrebatados en álas de un entusiasmo santo dijisteís estas ó semejantes palabras: ¡Oh! cuánta es la magníficencia del Señor, y cuán fecunda en prodijios su diestra omnipotente! Y dijisteis muy bien, porque ¿es otra cosa este Universo que un gran libro que nos dá testimonio de los atributos de nuestro Dios? Los espacios ilimitados nos predican su inmensidad; el sol y la luna su magnificencia; las estrellas la multitud de sus piedades; los mares su grandeza; los vientos su poderio; las flores su hermosura; las fuentes, los rios, y las aves su providencia y liberalidad; las borrascas, el trueno y el rayo su terrible justicia; y por fin, las relaciones y armonias de todas estas cosas, nos dán así mismo testimonio

de su infinita sabiduria. ¿ Pero sabeis, amados mios, lo que dá testimonio de su amor al hombre? Vosotros direis que esas mismas maravillas. Yo estoy con vosotros, mas digo tambien que esas maravillas dán tal testimonio no en si mismas sino en el fin para que fueron creadas, desde que fueron creadas en provecho nuestro; pero lo que en sí, ó por su misma naturaleza prueba el amor de Dios al hombre, es esa jenerosidad, esa abnegacion, si me es dado decirlo, esa sencillez sorprendente con que tan gran Señor se acerca al hombre, su criatura, se hermana y comunica con él.

Ahora bien, yo sé, y en la Escritura santa se rejistra, que el Señor se ha comunicado frecuentemente con todos ó con la mayor parte de los héroes del antiguo y nuevo Testamento; sé tambien que á Moisés, por ejemplo, habló desde la zarza ardiente de Oreb, en la borrascosa cumbre del Sinai y en otros sagrados lugares; pero si no estoy engañado siempre con economía y como desde cierta distancia. Con igual economia y reserva se comunicó el Señor á sus grandes amigos los Profetas y aun á sus mismos Apóstoles. Pero la manera como se comunicó el Señor á Catalina, objeto de nuestros cultos hoy, fué tan nueva y admirable que para creer en ella no es bastante una fé vulgar; se necesita mas que eso: se necesita la fé valiente de Abraham alíada á la sencíllez santa de Isaac.

El Señor se comunicó á Catalina con un jénero de comunicacion casi omnímoda, como habitual; talvez no tuvo ejemplo ni tendrá semejante. Dice un escritor sagrado: «Si los otros santos fueron escojidos cada uno para un fin particular, Catalina fué escojida para ejemplar de la familiaridad purísima con que puede un Dios comunicarse á las almas sus amadas.»

Es en vírtud de esto que me propongo manifestar ahora

que habiéndose comunicado el Señor con Catalina como una esposa que Su Majestad se escojió, *Quæsiví sponsam mihi eam assumere*, Catalina correspondió á esta gracia siendo para Jesus una esposa amante, fiel, celosa de su hónor, fecunda.

Es mi asunto, y para tratarlo ayudadme á implorar los divinos auxilios. *Ave Maria.*

Quæsivi sponsam mihi eam assumere.
Resolví tomarla por esposa.

Sapientia 8.

Oisteis, señores, que lo que me propuse manifestaros fué que en Catalina concurríeron todas las cualidades ó prendas que se requieren para que una vírjen pueda con toda verdad ser llamada esposa de Jesucristo, y que entre estas prendas ó cualidades predominaron las cuatro principales dotes de una esposa: amor, fidelidad, santo celo, fecundidad. Esto me propuse manifestaros; mas no por esto creais que haya quedado comprometido á haceros ver hasta qué grado fué amorosa Catalina, fiel, celosa y fecunda, porque tal empeño seria sobre lo que yo sé decir, entender y aun concebir de las cosas del espíritu.

I.

Hubo almas que vueltas á su Dios despues de algun tiempo empleado y perdido en pasatiempos culpables le amaron con un doble amor, pues le amaron porque es infinitamente amable y le amaron porque les habia perdonado sus desaciertos. Asi amaron al Señor Pedro y Pablo, Agustin y Magdalena.

Almas hubo y las hay que amaron y aman al Señor porque en sí mismo es amable, no habiéndole perdído jamás por la

culpa. Asi le amó un inmenso número de privilejiadas criaturas. Catalina marcha al frente no tan solo de las almas que amaron al Señor porque en sí mismo es amable, sino tambien de las que le amaron por esto y porque es bueno para el hombre. No porque Catalina hubiera irritado al Señor alguna vez no, sino porque su amor era tan vivo, tan jeneroso y dominante, que ni por habérsele perdonado muchas y enormes culpas, si las hubiera cometido, pudiera haber sido mayor. Fuera de que, segun el juicio de Catalina, ella habia pecado mucho. Oh! mucho, segun ella decia. ¿Y sabeis porqué lo decia? Porque alguna vez siendo niña, por no dar que sentir á su madre y hermana, habia cuidado de adornar algun tanto su persona; pero algun tanto nada mas, sin esceder de lo modesto y recatado, y mas que gozando sufriendo. ¡Oh! qué pecados los de Catalina!

¿Y quién no cede á la vírjen Catalina el premio de la mas ardiente amadora de Jesucristo, viendo que aun antes de cumplir siete años, arrebatada por los ímpetus del divino amor, sabiendo ya lo que se hacia, aunque sin saber donde iba, parte de la casa de sus padres sedienta de hallar la soledad, nada mas que porque habia entendido que en la soledad se puede hallar mas fácilmente á Jesus? ¡Anjelical Catalina! ¿qué haces? adonde vas? te reñirán tus padres, y con razon; vuelve, pues, hácia ellos, inesperta niña; las leyes no te autorizan para disponer de tí ni aun para elejir estado.... Pero, no os escandaliceis de esta fuga de Catalina. ¿Qué quereis? ella es un anjel, toma su vuelo hácia su amado, dejadla.

Catalina, por cuanto sabia mas de amor divino que de jeografía, solamente porque consiguió llegar en esta su primera escursion amorosa á la otra parte de una elevada cuesta

que la ocultó los altos edificios de la ciudad en que naciera, creyóse sepultada en algun desconocido desierto como Antonio, Pablo y Jerónimo, ó como Magdalena, Ejipciaca y Jenoveba. ¡ Oh ! y qué bien venia á sus amorosos y seráficos delirios una gruta que halló tras aquella cuesta ! Entróse en ella con la mira de acabar allí sus dias ardiendo como lámpara solitaria en servicio de Jesus, objeto de sus amores. Alli fué, pues, el ofrecerse una y mil veces á su Dios y Señor ; allí el deshacerse en penitentes lágrimas en memoria de lo que ella llamaba sus grandes pecados ; allí el abrasarse en deseos semejantes á los del Apóstol de ser absuelta de las ligaduras de la mortalidad para estar con Cristo ; allí sus proyectos de empezar y sostener hasta el fin el mas ajustado sistema de austeridad ; alli el convidar á los cielos y á la tierra, á las flores, á las fuentes y á las aves á que la ayudasen á bendecir y alabar al dulce objeto de sus ternuras. Pero ¿qué no hizo y proyectó hacer la enamorada Catalina, en obsequio de Jesus, en aquel imajinado desierto? Mas, si bien habia sido delicioso á Jesus el verse buscado con tales veras por la inocente vírjen, hízola entender, sin embargo, que no era su voluntad adoptase la vida heremítica, y por consiguiente que se restituyese á sus padres. Catalina obedece al punto, porque la obediencia fué su norte desde la misma aurora de su vida espiritual; pero al querer poner en práctica su regreso.... ¿cuál camino tomará? ¿hácia que viento ó rumbo está situada la casa paterna? ¿por cual senda vino allí Catalina? Nada de esto conserva en la memoria la niña perdida de amor. No importa ! Si hubo una carroza ignea para llevar á Elías al terrenal Eden, y si no faltó un ánjel qne acompañase á Tobías en su viaje á Rages, y de aqui hasta sus padres nuevamente, tam-

poco faltó una nube que arrebatando suavemente á Catalina la condujese á aquellos cuyas delicias era ella.

¿Lo habeis oído? una nube fué la carroza que deparó el cielo para sacar á Catalina del conflicto en que se hallaba.

¿Y acaso no es esto de lo menos que hay que admirar en la portentosa vida de esta singular criatura? Os lo prevengo, ó tened fé, ó alejaos de donde quiera que se hable de la vida de Catalina, porque nada hay en ella de vulgar; es un ramo y cada flor es un prodijio. Digo tambien, y perdonad si corto el hilo de mi narracion, que tratándose de Catalina, es menester convenir en que su historia es la epopeya del divino amor. Calle, pues, la filosofía moderna, desde que no es competente voto en asuntos de este jénero. Y nosotros, que tenemos la dicha de adorar un Dios que es admirable en sus santos, continuemos el elojio de nuestra heroina.

El amor divino que, como hemos visto, tanto se adelantó para tomar entera posesion del corazon de Catalina, la inspiró en seguida la resolucion de consagrar al amado su virjinidad, y la prudente vírjen hizo este voto en las manos de Maria, quien despues de Jesucristo era para ella todo su embeleso.

Era consiguiente que ilustrada Catalina sobre la escelencia del voto que habia celebrado, lo fuese tambien sobre los medios que adoptar debia para llenar su compromiso. Por esto fué que, no obstante que desde su misma cuna Catalina sabia prácticamente de austeridades, estrechó desde ese dia ó puso á su inocente cuerpo tan riguroso sitio, que así como otras niñas se entretienen en travesear sin intermision ni descanso, se entretenia Catalina en fabricar y aplicarse disciplinas y cilicios, bien como quien estaba destinada á humillar con planta firme la carne y sus apetitos, al mundo y sus respetos

al demonio y sus tentativas.... ¡Oh! las maceraciones de Catalina! Cuán sangrientas fueron! Pone horror su sola noticia. Baste decir lo que sienta su historiador. Los mismos espíritus infernales, apesar del ódio mortal que á la vírjen tenian, no la hubiesen aflijido mas si en sus manos Catalina cayera, que lo que ella misma se aflijió, pues jamás, jamás el monarca mas carnal y voluptuoso discurrió tanto, ni corrió tan á prisa en pos de los deleites, como era injeniosa y lijera Catalina en seguimiento de todo cuanto era mortificante, àspero, humillante, doloroso. ¿Y todo esto por qué? Porque Catalina amaba á Jesus, y en razon de este amor trataba de sacar en si misma una viva cópia del Crucificado. Amaba tanto Catalina á su crucificado dueño, que á no haber podido ella crucificarse tambien, hubiera muerto. ¿No habeis oido mil veces que el amor es como el fuego? Pues bien, así el corazon de Catalina una vez puesto en contacto con el celestial amor quedó tan saturado de ese fuego que era fuego tambien; y como tal, si alguna cosa no devoraba, se consumiera, dejára de latir. Por esto dije: Catalina hubiera muerto á no vivir crucificada. ¡Qué amor tan valiente! Humillémonos nosotros, y tanto mas profundamente cuanto que alguna vez quizá caimos en la tentacion de creer que amábamos á Dios.

Constituido el amor santo en mentor de Catalina, y siendo ella obediente y dócil á sus inspiraciones purísimas, vierais qué niña! ¡Cuánta era la economia, peso y cordura de sus palabras! Qué modestia y gravedad en sus acciones! Qué compostura en su semblante! ¡Cuánta majestad y sencillez cuando andaba, cuando conversaba, cuando sonreia, cuando miraba! ¡Cuán ambiciosa era del tiempo! Cuán ocupada siem-

pre en los afanes de casa! ¡Cuán hábil para la labor! ¡Cuán tenaz y cuán intrépida en el ejercicio de la oracion, y qué oracion! ¡Dios mio! ¡Ah! ella se levantaba del corazon de Catalina, como el humo del incienso impregnado de aromas, llena de inocencia, de candor y de humildad. Por esto fué, señores, que si el mar se embravecia, si el incendio estallaba, si alguna enfermedad prevalecia, si la borrasca se obstinaba, Catalina cerraba sus ojos, hacia una breve oracion, y los elementos se apaciguaban y la enfermedad desaparecia. ¡La oracion de Catalina! Fué tan grata esta oracion en el acatamiento divino, que á no haber sido dichas especialmente para la madre de Jesus aquellas palabras de los Cánticos, *sicut virgula fumi exaro-matibus myrrhæ,* «como columna de humo aromático,» hubiesen sido dichas aludiendo á la oracion de Catalina; porque.... y perdonadme los que no seais de mi sentir, despues de Maria, tratándose de mujeres, Catalina.

Ilustrisimo Señor: vos que sois lejitimo juez en estas materias sabreis si he dicho mal; pero si mal dije tambien se excedió el Padre Granada cuando dijo que despues de la maravilla de la Encarnacion no habia leido ni meditado en nada mas admirable que la historia de Catalina de Sena.

Vosotros direis, amados mios, oyendo esto, que no pudiendo decirse mas en alabanza de Catalina, es escusado continúe; es muy cierto, pero permitidme confirmar esto mismo con algunos otros hechos ó rasgos de esta singular mujer.

Plenamente satisfecho el celestial esposo del amor de su escojida Catalina, manifiéstale, por fin, el estado en que era su voluntad le sirviera.

Reposaba la santa niña en cierta noche bajo las influencias de un sueño apacible, puro, espiritual, parecido al sueño de

Jacob cuando vió la misteriosa escala, ó al de Salomon cuando le fué dada la sabiduria, ó por fin al sueño de José esposo de Maria, cuando le fué revelada la encarnacion del Verbo. En este sueño vé claramente Catalina que los Patriarcas fundadores de las órdenes relijiosas unánimemente la ofrecian los especiales distintivos de sus relijiones; pero muy particularmente mi glorioso padre Domingo, el amado de Catalina, presentándole la azucena, símbolo de la castidad, que ostentaba en su mano, la dijo: «No dudes amada hija mia; vestirás mi santo hábito y con él perseverarás hasta el fin.» Y así fué, pues no obstante muchas, y al parecer invencibles contradicciones, Catalina fué incluida en la órden dominicana, que ya profundamente arraigada y frondosa burlábase de los vientos y desafiaba las tempestades.

Entonces, como ahora, hermanos mios, no faltarian filósofos que sin conocer el terreno que invaden ó la cuestion en que se empeñan, reprobarian la estraña resolucion de Catalina, que todo lo abandonaba por un hábito grosero y por una vida de abnegacion y de sacrificio, y dirian tal vez: «Hé ahí los resul-
« tados de las preocupaciones, hijas del fanatismo relijioso.
« Pierde la sociedad una encantadora niña que despues de ha-
« ber hecho las delicias de sus padres, haria tambien la feli-
« cidad de una nueva familia.» « He ahí, continuarian, he
« ahí una perla escondida en las oscuridades del claustro, un
« talento sepultado, una esposa ménos y una víctima mas sa-
« crificada á un misticismo uraño, anti-social y retrógrado.»
Pero este lenguaje, señores, supone desde luego la mas triste ignorancia del alto destino á que es llamado el hombre y de los médios ó sendas para llegar á él; y por esto, una virjen que á imitacion de Catalina se aleja de un mundo engañoso,

detractor, lisonjero y enemigo irreconciliable de toda virtud, debiera responder á los que asi la deploran lo que Jesus á las hijas de Jerusalem: « no lloreis por mí hermanos, amigos; llorad, sí, sobre vosotros; llorad sobre vuestras costumbres y liviandades; llorad sobre vuestros pleitos y perpétuas rencillas; llorad sobre vuestros periódicos, sobre vuestros teatros, sobre vuestros ódios políticos; sobre vuestro lujo, que os arruina; sobre el olvido de Dios en que vivis; sobre todas estas cosas, llorad y llorad sangre; pero no lloreis por mí que arribando al seguro puerto de la relijion, escapo del mar proceloso del siglo. No lloreis por mí que me consagro á mi Dios, para quien todas las cosas fueron creadas, y quien, por ser bondad infinita es el único que puede llenar las vastas aspiraciones del corazon humano.» Si, señores, lloren sobre sí mismos los que afectan compadecer á las virjenes que á Jesucristo se consagran á ejemplo de Catalina, pues al mismo tiempo que ellas habitan una tierra que mana leche y miel, cual la tierra de promision, esos que las compadecen viven sin libertad bajo el dominio del mundo, el mas impertinente y caprichoso de los tiranos.

Habia dicho que Catalina vistió el hábito de la familia dominicana. ¡Oh! qué dia tan señalado y placentero fué aquel para la vírjen de Sena! Pero lo fué mas para esta sagrada Orden, que en ese dia recibió en su seno á la que habia de ser una de sus estrellas de primera magnitud.

Padre mio! tú sabes que si entre los santos pudieran darse celos, los tubieran de tí los demas Patriarcas al ver que cuentas entre tus hijas á la verdaderamente querúbica Catalina de Sena!

Cuán alto subiera la valiente Catalina al monte de la perfec-

cion, en su nuevo estado, no es para mi el decirlo; dígalo mas bien que yo el siguiente suceso, pues él revela por su misma índole que Catalina fué un prodijio de santidad, como quiera que á proporcion de la gracia recibida es regularmente la disposicion que la precede.

Despues de haber recorrido Catalina toda la escala en la vida espiritual; despues de haber salido con lucimiento y gloria de todas las pruebas ó purificaciones que median entre uno y otro grado de esa escala, y forman los pasos críticos de esa cuesta mística cuyas escabrosidades ponen tanto terror á la humana naturaleza; y despues tambien de haber esperimentado todos esos favores é innarrables finezas que para ciertas almas escojidas reserva el Señor, extasis, raptos, arrobamientos, revelaciones, elevaciones, y demas vuelos amorosos del espíritu hácia Dios, sucedió que Catalina vió una vez estando en oracion, venir hácia ella á Jesus acompañado de la santa Virjen. Con ellos tambien venian su amado Domingo, el Evanjelista y el rey Profeta. ¡Qué lucida comitiva! Mas ¿á qué conduce esta celestial vision? Es acaso que ha llegado el feliz instante en que Catalina debe pasar de esta vida mortal á la vida imperecedera, como siempre lo ha deseado? ¿Es que Catalina ha muerto de amor y goza ya del premio á sus virtudes debido en la morada del descanso? No; por ahora no es esto lo que sucede; es que va á celebrarse entre Jesus y Catalina una dulce y espiritual union. En efecto, la felicísima vírjen contemplando absorta vision tan grata, vió en seguida que tomando la divina madre una mano de su hijo le ruega se digne aceptar á Catalina por esposa; Jesus accede á la súplica, y entonces, volviéndose aquella á Catalina, toma tambien una de sus manos, y uniéndola á la de

su hijo, es ya un hecho que Catalina de Sena es verdadera esposa de Jesucristo. *Quæsivi sponsam mihi eam assumere.*

Habeis visto el amor de Catalina á Jesus, amor digno de una esposa; veamos ahora brevemente su fidelidad.

II.

Asi como entre los esposos la fidelidad consiste en no dar entrada en su corazon á otro amor que al que los ha unido y que cada dia deben cultivar para que reine en ellos la paz, claro es que la fidelidad de Catalina una vez desposada con Jesus, segun la gracia ó el espiritu, debió consistir en no dar cabida en su pecho á lo que no fuera Jesus; en no tener por regla de sus acciones otra voluntad que la de Jesus; en no hablar sino con Jesus ó de lo que fuese conducente á su mayor gloria; en no pensar sino en Jesus, en cumplir las leyes de Jesus y sus consejos. Tan á lo sumo llevó Catalina, señores, esta condicion de esposa fiel, que basta saber viéronla algunos, y entre ellos el gran Raimundo su director, transformada en Jesucristo, el cual portento no pudo significar otra cosa que la sostenida contraccion de Catalina y su infatigable estudio por conformar su vida y sus pensamientos con los pensamientos y con la vida de Jesus. Pero lo que prueba con mayor eficacia todavia la verdad de que Catalina fué esposa fiel, hasta donde es posible serlo, fueron los dones que del mismo divino esposo recibió: entre otros sus cinco llagas y su corona de espinas. Las cinco llagas le fueron impresas en premio de haberse Catalina empleado siempre en buscar á Jesus; por haberse ocupado en obras agradables á Jesus, y por haber consagrado su corazon á amar lo que Jesus ama y á aborrecer lo que

Jesus aborrece. La corona de espinas la fué dada en premio de haber Catalina conformado sus pensamientos con los de Jesus. Pero ¿qué mas quereis en confirmacion de este aserto? ¿No hubo un cambio de corazones entre Jesus y Catalina? Sí; pero corramos un velo sobre estos arcanos de amor. Si vosotros podeis escucharlos con aprovechamiento, yo no soy para tratarlos. No es mi lengua tan delicada que pueda narraros tan espirituales maravillas. Quede, pues, tambien aqui lo relativo á este prodijio admirable y que incluye la prueba mas convincente de la fidelidad de Catalina, y veamos como fué celosa de la honra y gloria de su amado

III.

El celo santo es una consecuencia del santo amor; por eso es que asi como no es posible hallar fuego sin la bastante actividad para entenderse comunicándose á cuanto le rodea, así no es posible hallar el amor divino sin la suficiente virtud para referirlo y convertirlo todo hácia el Señor, que es el amado; siendo de notarse que si este amor es ténue ó remiso, remisamente se dilata, y si es ardiente y fogoso, se dilata con rapidez, sin trégua, sin reposo. Ahora bien, si el amor de Catalina á Jesus era tan dominante, tan estático, ¿cual os parece seria la actividad con que Catalina trabajaria por convertirlo en la mayor honra de su amado? Verdaderamente trabajó Catalina de un modo infatigable; trabajó como un apóstol, casi trabajó como Pablo, pues como él padeció persecuciones de los suyos y de los estraños, emprendió jornadas penosas, sufrió borrascas en el mar, castigó su carne, sostuvo fuertes luchas con el demonio, padeció gravísimas calumnias y escribió cartas

llenas de celestial doctrina. ¿Y quién no convendrá conmigo en lo que acabo de decir, por mas que parezca hipérbole, viendo á Catalina viajar de pueblo en pueblo en alas de su celo ardiente, cautivando á cuantos la veian para llevarlos á la senda del bien? ¿Cautivando, dije? Perdonadme la espresion. ¡Era tan bella Catalina al mismo tiempo que tan santa! Cuando hablaba era tan copioso el raudal de gracia y de elocuencia que de su boca corria, que no habia sino ó alejarse de ella sin oirla ó pertenecer al punto á Jesucristo. Por esto seguiala siempre en sus viajes un considerable número de personas.

Catalina sabia que tal atraccion ó virtud en ella pusiera el cielo, por lo cual jamás dejaba pasar la ocasion de conquistar almas para su amado.

Ella enviaba epístolas á personas de todo carácter ó rango; y todas esas cartas, como que eran portadoras de su inflamado espíritu, llevaban ó importaban un completo triunfo.

Escribió Catalina á pontífices, cardenales, arzobispos y demas prelados como eminente canonista, cuando lo pedia el asunto; escribió á príncipes y otros personajes seglares sobre asuntos políticos, como política consumada; escribió á personas de oracion, como mística doctora; escribió de costumbres, como moralista eminente. Cada uno de esos escritos, vuélvolo á decir, importaba una victoria. No descansaba Catalina de estas santas tareas: todos los pueblos de Italia querian poseerla, porque todos deseaban ser edificados con sus palabras y ejemplos. Ella era consultada sobre los asuntos mas árduos, complicados y trascendentales, y á todos ellos daba la respuesta mas feliz. Ella conferenciaba y sostenia cuestiones de altísima teolojía con acreditatos maestros en esta ciencia sagrada; y confesaban estos, despues de oirla, lo que de Judit los hijos de

Betulia: «no hemos visto mujer semejante á esta, ni en su aspecto ni en la sabiduria de sus palabras». *Non est talis mulier super terram, in aspectu, in pulcritudine et in sensu verborum.*

Catalina escribió unos diálogos que serán siempre la edificacion de las almas y la admiracion de los ascéticos. Si ella se deja ver en la ciudad de Pisa, sus habitantes se mejoran notablemente; en Florencia y en Roma su aparicion produce el mismo favorable cambio. De manera que bien podemos aplicar á Catalina aquellas palabras del Evanjelio: *pertransit benefaciendo*: «ella hizo el bien por dó quiera que pasó:» fué en sus caminos como la nube que derramando la lluvia los riega y los fecundiza.

Si Catalina escribia parecia un Agustin; si hablaba parecia un Bernardo; si predicaba, (porque tambien predicaba Catalina), parecia un Ambrosio; si pronunciaba un discurso la confundierais con el Crisóstomo; profetizaba como Daniel; lloraba los males de su pueblo como Jeremias; increpaba los vicios como el Bautista; oraba por los pecadores como Moises, y se disciplinaba por ellos como Domingo.

Paréceme que á pesar de lo que venimos diciendo del ardiente celo de Catalina por la gloria de su amado, estrañais que nada os diga sobre la injerencia que Catalina tomó en el restablecimiento de la paz de la iglesia en el reinado de Gregorio XI y de Urbano su sucesor, ni de los muchos viajes que hizo desde Sena á Pisa, de Pisa á Florencia, de Florencia á Roma, y de Roma á Florencia, y otras cortes, en carácter de delegado apostólico, depositaría de los secretos mas delicados concernientes á las grandes cuestiones de aquella época; y lo que es mas, autorizada por el Pontifice para ceder segun su prudencia, ante los gabinetes interesados, lo que es como decir, que el

Vicario de Jesucristo tuvo de la sabiduría, prudencia y cordura de Catalina tan alta idea que no trepidó en poner en sus manos los destinos de la iglesia universal Comprendo que habreis estrañado que no os diga nada de esas comisiones tan sagradas y honoríficas, que con tanto tino y gloria acometió y terminó felizmente mi heroina. Pero, ¿qué quereis? Ni hay tiempo, ni puedo yo tanto; razon por la cual pienso concluir despues que haya dicho que si esta esposa de Jesus fué amorosa, laboriosa y fiel, no dejó de ser fecunda.

IV.

Nada es tan seductor, hermanos, ni tan simpático como la virtud; y muy especialmente cuando la vemos resplandecer en alto grado en un sujeto al cual por otra parte recomiendan la nobleza, la juventud y la hermosura. Es entonces la virtud iman poderoso que arrebata el corazon y el entendimiento; el entendimiento, porque nos ilustra ó dá noticia de los divinos atributos; el corazon, porque nos hace amar al individuo en quien la encontramos. He ahí la razon porque la cual Catalina no tan solamente era seguida en sus evanjélicas jornadas, como ya he dicho, por un número considerable de personas, sino que por dó quiera que pasaba, semejante á una tea luminosa que ilumina en breve tiempo un gran espacio, así, ella, verdadera tea encendida en el fuego del celestial amor, al pasar se comunicaba, se multiplicaba: *nec est qui se abscondat á calore ejus.* No era fácil evadirse de su influencia vivificante. Sus palabras eran semejantes à una lluvia mansa, y el santo ardor y la uncion con que las pronunciaba semejantes al calor del sol. De ahi provenia que el espiritu de Catalina enjendraba hijos

espirituales en las rejiones ó pueblos que tenian la dicha de hospedarla.

¿No habeis tenido noticia de una mujer pecadora que segun el Evanjelio traia escandalizada toda una ciudad? Pues bien, asi como el vicio es fecundo en la línea de lo malo porque escandaliza ó contajia, la santidad lo es mas porque edifica y mejora; y es tanto mas fecunda la virtud que el vicio, por cuanto el vicio se estiende solamente en fuerza de su propia malicia. La virtud se propaga en fuerza de una doble eficacia; se propaga porque en sí misma es comunicable, y se propaga porque Dios así lo quiere.

Pero ¿para qué pierdo tiempo en probar la espiritual fecundidad de esta esposa de Jesus, cuando tenemos á la vista tan lucida porcion de hijas suyas, que ha sucedido à otras mil que tambien lo fueron, y que precederá á otras innumerables que admirará la posteridad?

Ademas, recorred el mundo católico y hallareis á las hijas de Catalina semejantes entre si, y siempre, siempre trabajando por imitar en cuanto pueden las altas virtudes de su admirable madre. Estos espiritus producen con sus prácticas otros espíritus idénticos; y sucediendo esto en los pueblos que conservan en su seno las relijiosas dominicas, ¿no veis que ello no es otra cosa que la accion de Catalina dilatándose de jeneracion en jeneracion y llenándolo todo con su numerosa y edificante familia?

Verdaderamente, amados mios, que lo que prometió el señor á Abraham cuando le dijo que multiplicaria su projenie como las estrellas del cielo, se ha efectuado tambien con Catalina, porque ¿hasta donde no ha estendido sus ramas este árbol precioso, cuyos frutos son las virtudes? ¿Quién no tiene

noticia de la multitud de doncellas que habiendo tomado por modelo á la inmutable Catalina, consiguieron tocar la cumbre de la perfeccion relijiosa, y por lo mismo ser colocadas en los altares?

¡Filósofos del siglo XIX! ¿Habeis considerado alguna vez esta fecundidad de la virjinidad? ¿Os habeis ocupado en contar las esposas que á Jesus ha dado el espiritu fecundo de Catalina? Pero, ¿qué os pregunto? ¿Sabeis por ventura qué es una esposo de Jesus? No, no lo sabeis; el apóstol me lo enseña cuando dice: *animalis autem homo, no percipit ea quæ sunt spíritus Dei. . . .*

No lo sabeis, repito; por eso no podeis apreciar á la esposa de Cristo.

Por fin, hermanos, creo haber dicho lo bastante para que no os quede duda de que en Catalina concurrieron todas las prendas y virtudes, por las cuales mereció llamarse y ser esposa verdadera de Jesucristo. Supo amar á su esposo en eminente grado; le fué fiel sin rival; trabajó por su gloria, trabajó sin descanso en fuerza de su santo celo, y fué fecunda como una vid. *Quæsivi sponsam mihi eam assumere.* La busqué y la recibi por mi esposa.

He concluido lo que no puede llamarse un panejirico de esta mujer portentosa; solamente he hecho un bosquejo de Catalina de Sena.

¡Hijas de tan santa madre, carísimas hermanas! Mis votos y los de todas las personas que os conocen, aprecian y veneran son porque tan copiosas sean las bendiciones con que os obsequie el cielo en este dia, para vosotras tan clásico, que á imitacion de vuestra madre merezcais llamaros verdaderas esposas de Jesucristo. Conseguireis esto amándole, siéndole fieles,

velando por su honra y comunicando vuestro espíritu á cuantas almas os traten ú oigan. Para lo primero que sea vuestro corazon de Jesucristo; para lo segundo, sed fieles á vuestros deberes; para lo tercero, sed celosas de la observancia regular; y para lo cuarto, tratad de multiplicaros en número, pero principalmente de crecer en santidad.



SERMON

SOBRE

EL SANTISIMO SACRAMENTO [1]

Exulta et lauda habitatio Sion, quia magnus in medio tui sanctus Israel.

De Isaia, c. 12 v. 6.

SEÑORES:

Reconocida la santa iglesia al inefable honor con que se dignó coronarla su divino esposo Jesucristo, al constituirla depositaria y dispensadora del adorable Sacramento del altar; deseosa, por otra parte, de hacer entrar á sus fieles hijos en sentimientos de gratitud hácia el Señor por tan señalado beneficio, acordó un dia, cual el presente, y en el que, libre de los santos aunque dolorosos afanes que la ocupaban en aquel santo jueves en que recordó la institucion de este mismo adorable misterio, pudiera entregarse de una manera esclusiva á la manifestacion pomposa de su profundo júbilo. Pero no solo se propuso esto la santa iglesia católica al instituir esta fiesta en un dia particular; se propuso tambien contrariar las ideas de ciertas intelijencias rebeldes que en aquellos tiempos y hoy mismo negáran y niegan la ver-

(1) Este sermon fué pronunciado en la iglesia Matriz de Montevideo.

dad consoladora de este dogma, el mas conforme, por otra parte, con la idea de un Dios, que asi como premia como Dios y castiga como Dios, debió tambien amar, y en efecto ama como Dios; es decir, hasta mas allá de lo que la razon alcanza.

¡ Pluguiese al cielo que este segundo fin, para el cual esta fiesta fué creada, no tubiese lugar en los actuales dias; pluguiese al cielo que de ninguna otra cosa se tratase hoy que de tributar gracias al Señor con devotos y melodiosos cánticos, por el solo hecho de acompañarnos en nuestro destierro, y de habernos preparado por sustento espiritual su carne adorable y su sangre preciosísima. Esto fuera de esperarse, amados mios, en un siglo que se precia de sus adelantos, pues no puedo creer que él por adelantos solo entienda los progresos materiales con prescindencia absoluta de los espirituales. Pero mas todavia es de esperarse de vosotros á quienes tengo el honor y la dicha de hablar, cuya relijiosidad es revelada por vuestra presencia y compostura en este lugar santo; y á quienes no ha podido arrastrar todavia ni menos envolver en sus corrientes venenosas, el caudaloso rio de impiedad que desgraciadamente se ha desbordado y amenaza inundarlo todo; y lleno de esperanza y casi seguro de que perteneceis al número de los que no han traicionado sus creencias católicas, os digo, os exhorto con el mas vivo interés por vuestras almas á que os regocijeis en el Señor, pues se ha dignado habitar en medio de vosotros. *Exulta et lauda habitatio Sion, quia magnus in medio tui sanctus Israel.*

Si, está en medio de vosotros, sin duda, el Dios santo de Israel; pero, como lo veis, no para infundiros espanto, ni sobrecojer vuestro espiritu con su gloria imponente. No, seño-

res; antes bien está en medio de vosotros para inspiraros confianza, para insinuarse en vuestros corazones, para dispensar por sí mismo el remedio de vuestras flaquezas, para mitigar vuestros dolores; por fin, para vuestro consuelo, para vuestra honra y proteccion.

Tal es la razon porque debeis llenaros de jubilo en este gran dia; y tal el asunto que debe ocuparnos. *Exulta et lauda habitatio Sion, quia magnus in medio tui sanctus Israel.*

Por lo que á mi hace, señores, grande es mi deuda de reconocimiento hácia vosotros; pues apesar de haberos hablado en otra ocasion habeis vuelto á favorecerme con la misma gracia y con igual jenerosidad.

Gracias, señores, gracias. ¡Ojalá pudiera yo retribuiros vuestra bondad produciendo en vuestras almas con mi palabra débil edificacion ferviente é inestinguible!

Para que asi sea ayudadme á implorar los auxilios divinos. *Ave-Maria.*

Exulta et lauda.
Isaia, c. 12 v. 6.

I.

Ocupábase una vez entre otras el incomparable Tomás de Aquino en la profunda meditacion del misterio del altar, y despues de haber su fervoroso espíritu mirado por cuantas faces y hasta el grado en que es posible considerar ese prodijio de los prodijios, esclamó: *¡O sacrum convivium in quo Cristus sumitur, recolitur memoria pasionis ejus; meus impletur gratia, et futuræ gloriæ nobis pignus datur.* ¡Oh! sagrado con-

vite en el cual se consume á Cristo, el alma se llena de gracia, se conmemora su dolorosa pasion y á la vez se nos dá una prenda segura de la eterna bienaventuranza !

Palabras, señores, que siendo la espresion de los pensamientos altísimos del mas docto de los hombres y de uno de los mas grandes santos, encierran admirablemente compendiados los principales efectos de ese sagrado pan, bajo cuyos accidentes, como ya os dije, está Jesucristo para nuestro consuelo y gloria.

¡ O sacrum convivium, in quo Cristus sumitur. . . .¡ Oh! convite sagrado en el cual se consume á Cristo! ¡ Cuán presto se dice lo que jamás será bastantemente considerado y nunca suficientemente entendido ! ¡ El Dios de majestad infinita, por quien y para quien todas las cosas fueron creadas, se consume verdaderamente en el santo sacramento del altar ! El que solo con quererlo hizo la nada fecunda, y tan fecunda que cuantas veces dice el hombre hé ahi un prodijio, maravilloso es esto, grande, hermoso, sorprendente, magnifico es aquello, no hace otra cosa que indicar otros tantos hijos de esa nada por la sola palabra de Dios hecha fecunda hasta la profusion ; pues ese Dios, repito, se consume verdaderamente en la mesa del altar; y se consume de manera que el hombre se vuelve fuerte contra el mundo y el infierno, porque en verdad es nutrido con la carne de Jesucristo ; porque en verdad es robustecido y vivificado con el misterioso y celestial vino que destiló el místico racimo de la Cruz.

Tanta grandeza, un Dios de majestad tanta, es lo que se recibe allí, en la mesa del altar. . . . Si, pero desgraciadamente hasta ahora no hemos reflexionado sobre esta verdad tan de propósito como debimos ; y es prueba de esto el hecho

solo de no vérsenos muy sériamente contraidos al cumplimiento de nuestros deberes relijiosos; pues fuéramos íntima y prácticamente católicos si al mismo tiempo que en tantas cosas perecederas empleamos nuestro espíritu nos hiciésemos tiempo para considerar quién es el que mediante ese adorable sacramento viene á nosotros, y quienes somos nosotros que tal huésped recibimos en nuestro pecho, y cual la intimidad de esta union amorosísima entre el Dios creador de todo y el hombre menesteroso, pecador, nada.

Tal es el primer efecto del adorable sacramento que celebramos, y de cuyas alabanzas y de cuyas escelencias se ocuparon los mas esclarecidos injenios católicos, quedando siempre escasos y como deslumbrados por los resplandores vivísimos de esta hoguera del amor divino. Si, porque no es dado á la intelijencia creada sorprender esos secretos amorosos ni á la lengua del hombre espresar tanta fineza, ni tanta dignacion en un Dios que por serlo no ha menester de nadie para ser infinitamente dichoso; porque nada hemos dicho despues que digamos que el sacramento del altar es el arca que encierra los tesoros incalculables del Omnipotente, que es la obra maestra del que es infinitamente sábio, que es la razon de nuestra esperanza, el estímulo poderoso de nuestra caridad hácia Dios, la corona de nuestra fé, la admiracion de los ánjeles, el recreo de los santos, la alegria del justo, la gloria del cristiano, el aliento, la medicina, el áncora del pecador.

Por ese adorable sacramento nos consta de un modo indudable que el Cristo nos ama con un amor sin medida; en él hallamos una garantia de salvacion eterna y una paz interior y un contentamiento tan varonil, tan limpio y tan noble que en vano se buscará en la posesion de las cosas terrenas; á él

corremos y nos refujiamos en todos nuestros conflictos y peligros ; en él y por él somos rejenerados y trocados de torpes y carnales en espirituales y castos, de disolutos en recojidos, de tibios en fervorosos, de inconstantes en moderados y parcos; de él y en él recibimos el esfuerzo, la virilidad y la enerjia para sostenernos en la fé de nuestros padres, en la fé de la iglesia de Jesus, sin embargo del conato infernal que pone y apura el licencioso filosofismo de la época para despojarnos de esta joya ; y finalmente, el alma en esa celestial mesa se rehace de sus debilidades, pues á la vez que descansa de las fatigas cobradas en la lucha santa con sus pasiones, adquiere nuevos brios y nuevas gracias para los futuros combates y contradicciones que espera.

¡O sacrum convivium! ¡ Oh ! sagrado convite ! ¿Qué diré de tí á mis hermanos, y con qué palabras te alabaré? Ni es mucho que me encuentre perplejo al llamar vuestra atencion sobre ese manjar misterioso por el cual es el alma unida con su Creador, y el entendimiento es ilustrado con luces sobrehumanas, y la voluntad es atraida y dulcemente llevada hácia su centro apetecido ; la devocion se enciende y el corazon se espande ; los buenos deseos se robustecen y afianzan, la esperanza de un porvenir venturoso y eterno se confirma, la humana flaqueza se cambia en virtud, en abnegacion, en heroismo !. . . . ¡ Almas piadosas que me escuchais ! ¡ Oh ! si os permitiese vuestra modestia narrar en voz alta los suaves transportes, las delicias castas que abundosamente bebisteis toda vez que contritas, humilladas y temerosas os acercasteis á ese convite sagrado ! ¡Oh! si os fuese dado, para vergüenza y confusion del mundo que os desprecia, dar publicidad á esos coloquios purisimos. . . . ! Pero ¿qué diriais? ó mas bien, ¿acaso

el mundo os comprendiera? ¿Qué sabe el mundo de goces espirituales? Es fuera de duda, señores, que la sabiduria del mundo es torpe necedad, es corrupcion y groseria ante la última de las almas á las cuales habla Dios mediante la amorosa union sacramental.

Los maravillosos efectos de ese manjar celestial son y serán siempre un misterio impenetrable para el filósofo vano, desdeñoso de las verdades reveladas; y solo se levanta el velo que esconde estos secretos á un corto número de almas sencillas y humildes. Los grandes del siglo ignoraron el nacimiento de Jesucristo; los Césares y altos funcionarios públicos no lo supieron; pero lo supieron los humildes pastores. Cuando Jesucristo resucitó glorioso, no lo supieron tampoco aquellos ó no lo creyeron; pero lo supieron María Magdalena y unos pobres pescadores. Dios se aparta de los soberbios, mas á los humildes se comunica; y por esto es que la ciencia soberbia es ignorancia, y la ignorancia humilde es sabiduria en presencia del Señor.

Y volviendo á vosotras, almas piadosas, diriais, si os fuese dado hablar sobre lo que habeis esperimentado en el convite del altar, lo que un profeta dijo: «¡Gustad y ved cuan suave es el Señor; acercaos á Jesus sacramentado y sabreis por vosotros mismos lo que si bien se posee y gusta no puede esplicarse con el idioma de la tierra». Y tambien probariais á esplicar, ¡oh almas devotas! cómo en esa sagrada mesa aprendisteis á conocer cuán frívolas é insustanciales son todas aquellas cosas que no nos ayudan á conquistar las virtudes, y cuán tristemente engañado vá aquel que con prescindencia de Jesus busca la felicidad.

Tambien nos diriais que en esa misma sagrada mesa apren-

disteis á amar la cruz, luego que con la luz que en ella se os comunicó entendisteis que si algo hay sobre la tierra que deje al alma grandes ventajas en órden á la vida eterna, son los trabajos llevados con resignacion cristiana. Diriais, por fin, si á ello se os compeliese, que animadas por la benignidad de vuestro amado Jesus, mas de una vez le dijisteis lo que en otro tiempo aquella reina de Oriente al magnánimo Salomon: «Ahora veo con mis propios ojos ¡oh Jesus! que todo cuanto sabia y de vuestro sacramento me enseñaron es mucho ménos que la realidad. No, la fama no dijo aun como lo que percibe mi espíritu, encierra mi pecho é inunda mi corazon! Mayores son, pues, vuestras piedades gustadas que predicadas y escritas; y sin proporcion mas admirables los efectos de vuestro sagrado pan que cuanto fué capaz de concebir mi entendimiento y desear mi voluntad. *Beati qui habitant in domo tua Domine.* Bienaventurados, Señor, los que andan siempre cerca de ti, y hallan ocasiones frecuentes de esperimentar cuán rico sois en misericordias y en favorecer con ellas á los que os aman!

Con estas ó semejantes palabras conversan familiarmente con Jesus los que contritos y humildes le reciben en su adorable mesa; y no estrañeis esta familiaridad porque el alma que poco antes se reconocia desmejorada y manchada por el pecado, encuéntrase por la virtud de ese sagrado pan rejuvenecida como el águila, restituida á las antíguas gracias de la inocencia, bañada con el rocio del cielo, y hermoseada con esa cualidad sobrenatural que llamamos gracia divina; hácese en cierta manera acreedora al trato íntimo con su Creador, á su benevolencia y á sus paternales consuelos. ¡Mutacion admirable! Obra esclusiva de la mano del Señor! Desalojado del corazon desde entonces el temor servil, y reemplazado

por una confianza humilde fundada en la bondad de ese Dios que así tan jenerosamente la recibe, y haciendo que el alma se sienta estremecida con emociones de reconocimiento, de admiracion y de amor, la obliga á esclamar enajenada con el seráfico Francisco: ¡Dios mio y todas mis cosas!; y con David cuando decia: *dilatasti cor meum*, dilataste, Señor, mi corazon con las avenidas abundosas de vuestros consuelos; y con Pablo cuando exclamaba: «No soy yo quien vive sino Cristo es quien vive en mi; Cristo cuya cruz es mi gloria y cuya amistad y posesion es toda mi dicha; y con la Esposa de los Cánticos: He aquí que hallé á mi amado! El es todo ya para mi y yo todo para él.» *Dilectus meus mihi, et ego illi*. Y cobrando brios desconocidos con la posesion de tanto bien, el alma, en un soliloquio amoroso, pregúntase á si misma con el Apóstol: «¿Quien será capaz de separarme de la caridad de mi Señor?» No la muerte, ni la vida, ni la espada, ni el fuego, ni el infierno. . . .

Decidlo, sino, almas recojidas, almas que el mundo no comprende; decid, os ruego, si no son así los vuelos entusiastas de vuestro espiritu, y si no es este un bosquejo de la felicidad que bebisteis en la mesa del altar?

Pues bien, ved aqui, señores, que esa union misma, Jesus sacramentado es tambien aquella prenda que nos habilita para ser admitidos en la casa eterna de Dios, y que el anjélico maestro menciona en su preciosa antifona cuando dice: *et futuræ gloriæ nobis pignus datur*.

Si, aquella vida feliz que esperamos no es mas que la perpetuidad ó perfeccionamiento de la union sacramental entre el alma y su Dios, que es el primero y mas inmediato efecto que produce el pan mistico del altar católico; y digo altar católico, porque todo otro altar al frente de este no es otra cosa

que el error trabajando por arrebatar á la verdad, á Dios, que es la verdad, sus adoradores.

He aquí porque, señores, omitiendo mil otras razones dije al principio que el sacramento de la Eucaristia es para el pueblo cristiano la causa fecunda de espirituales regocijos, por mas que ciertas almas, á quienes Dios ha castigado con la ceguedad de corazon, ni crean, ni entiendan siquiera lo que venimos diciendo. El santo Apóstol lo ha dicho: *animalis, autem, homo, non inteligit ea quæ sunt spiritus Dei*: el hombre carnal no entiende las cosas que proceden del espíritu de Dios.

II.

Si todo cuanto se propuso Jesus al quedarse con nosotros sacramentado fuese no mas que lo que hemos visto; es decir, para ser nuestro consuelo en los grandes y frecuentes conflictos que de ordinario nos cercan y que forman, por decirlo así, la tela de nuestra existencia, fuera mucho, á la verdad, y tanto que la misma eternidad fuera tiempo escaso para agradecer al Señor predileccion tan pronunciada y por nosotros tan inmerecida. Pero el Señor no se propuso esto solamente sino que ademas parece tener, y en efecto tiene, su divina majestad, especial complacencia en hacernos compañia, presidir nuestras solemnidades, y recibir públicamente nuestros inciensos y adoraciones; lo cual está en armonia con aquellas palabras suyas: *deliciæ meæ esse cum filius hominum*: son mis delicias estar con los hijos de los hombres.

¡Oh! señores, verdaderamente que este es otro de los grandes testimonios del amor de Jesus! ¡Honrarnos con su divina presencia; haber sentado su trono entre nosotros de una manera

tan estable y tan amorosa! Qué conviccion mas grata que el saber, hasta no sernos lícito dudarlo ni por un instante, que nuestro adorable Redentor, tan realmente como á la diestra del padre, hombre y Dios, en alma y cuerpo, es en los altares el objeto inmediato de nuestros cultos y el centro de nuestros afectos y deseos!

Non fecit taliter omni nationi; no, no hizo Jesus cosa igual con alguna otra nacion. *Nec est natio tan grandis*, ni existe pueblo alguno tan altamente honrado ni con el cual se haya el Señor familiarizado tanto como con nosotros, el pueblo católico, el pueblo suyo, su porcion predilecta.

Qué conviccion, repito, mas honorífica que el saber que algunos pasos solamente es lo único que media entre nosotros y ese Dios á quien adoran los cielos, los astros, los mares y la tierra; y ese Dios por cuya gloria tanta sangre derramaron los mártires. y ese Dios en cuya amistad y posesion consiste la verdadera y última felicidad á que aspira todo hombre, por mas que la busque en distintos objetos y por tan varios y tortuosos caminos; ese Dios, por fin, hermanos, que habló á Moises desde la zarza que ardia en el desierto de Oreb, que tronó sobre el Sinai, que resplandeció en el Tabor, cuya filiacion divina fué preconizada en el Jordan; ese Jesus, tan claramente anunciado y figurado en los sacerdotes y en las víctimas de los antiguos sacrificios, tan suspirado por los Profetas, tan deseado de los Patriarcas; ese Jesus que nació de Maria virjen, que cambió la faz del mundo y le conquistó sin otro ejército que doce hombres sencillos é iliteratos, vulgares é indijentes; ese Jesus, vuelvo á decir, está en medio de nosotros, aquí mismo en ese altar: yo os lo presento con las mismas palabras con que el Bautista le enseñó á las turbas que

le seguian: *Ecce agnus Dei, ecce qui tollit peccata mundi.* Hé ahí el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo!

¡Oh! fé preciosa! tu haces de la tierra algo parecido al cielo para las almas dóciles que sometiéndose al suave yugo de tus dogmas, se inclinan sin réplica ni observacion de ningun jénero ante aquellas aras sacrosantas para adorar al Dios escondido á los ojos materiales, pero revelado al ojo interior del espíritu!

¡Almas estraviadas! con vosotras hablo, donde quiera que os encontreis, y ¡ojalá que algunos de los fieles que me escuchan os transmitiesen los conceptos y el sentido de este apóstrofe!

Os digo que no seriais incrédulos si amaseis, porque como dice el Apóstol *todo lo crée la caridad*; y supieseis amar si tubieseis una idea mas digna del Dios que os ha creado y que os conserva con paternal solicitud; y tubierais esa mas digna idea de vuestro Dios si el desordenado amor de vosotros mismos no os trajese, como os trae, deslumbrados hasta el delirio. Pero ¿qué sucede? Lejos de conoceros sois pasionistas exaltados de vuestras partículares opiniones: os llamais maestros, canonizais vuestros juicios, é irritado el Dios aborrecedor del orgullo viendo la hinchazon de vuestro espíritu, os ha entregado en manos de vuestro consejo, os ha castigado con la ceguedad de corazon, y por consecuencia os ha comprendido en el número de aquellos sabios á quienes alude cuando dice á su eterno Padre: *Confiesote ¡oh! padre creador del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas á los sábios y á los prudent s y las revelaste á los párvulos!* Si vosotros, pues, filósofos del siglo, pero filósofos inconsecuentes é ilógicos; si vosotros, digo, fueseis evanjélicamente párvulos y con fé sen-

cilla os sometieseis á la enseñanza de la maestra infalible que en la tierra nos dejó Jesus, que es la santa iglesia, veriais, entonces, cuán sencilla cosa es creer en el sacramento de nuestros altares; nada os pareciera tan conforme al amor de un Dios como darse todo á las almas, asi como nada es tan conforme al amor de una madre como el sustentar con la sangre de sus venas al fruto de sus entrañas. Pero, por desgracia, llevais vuestra imprudencia hasta la pretension de comprenderlo todo, de examinarlo todo, de alambicarlo todo, incluso los mismos arcanos de la increada sabiduria. Os habeis dejado dominar por el espíritu de discusion; y fanáticos secuaces de una filosofía mal avenida con la teolojia católica, hasta en el seno de Dios quereis entraros con el solo auxilio de su débil luz; sois sabios ante vosotros mismos, como ya dije, y por eso sois ciegos. Y como es así, ni siquiera que sois ciegos conoceis y lo confesais; por eso os constituis guias de otros ciegos. Jesus os presintió y os definió hace diez y nueve siglos cuando dijo de los incrédulos ó racionalistas de entonces: « Ciegos son y guías de « otros ciegos. *Cæcei sunt et duces cæcorum.* »

Confieso, señores, que me he desviado algo de mi asunto, pues venia manifestando que el santo sacramento del altar por cuanto en él se contiene ó esconde el gran Dios que adoramos, el único y verdadero Dios, es mucha honra y gloria para nosotros que componemos su escojido pueblo.

Pudiera continuar y deciros mucho todavia en confirmacion de mis palabras; pero temo apurar vuestra paciencia.

Resumo, pues, y digo que el adorable sacramento del altar es y debe ser causa de nuestros espirituales regocijos; no tan solamente porque él es la piscina milagrosa en que nuestras almas se rejuvenecen y hermosean en virtud de la gracia que

mediante él nos comunica Jesucristo, ni solamente por los sólidos consuelos que nuestro espíritu bebe allí, y por la fuerza y virilidad que en él se nos comunica y que nos robustece en las luchas á que nuestras pasiones nos provocan, por el cambio sorprendente que en nosotros realiza, sino que tambien es justo nos regocijemos, y que, como David delante del arca, cantemos delante de ese altar santo himnos de reconocimiento, considerando que allí está nuestro Redentor y Dios para honrarnos y engrandecernos y glorificarnos: *Exulta et lauda habitatio Sion, quia magnus in medio tui sanctus Israel.*

Nada tan del caso, hermanos, como que os exhorte yo ahora á la reverencia, respeto y amor del sacramento del altar. ¡Ah! todos, cual mas cual menos, habremos delinquido durante el año que ha pasado relativamente al sacramento del altar. Los unos por habernos atrevido á tomar asiento en ese augusto banquete con la conciencia ennegrecida por el pecado; los otros por la tibieza y desafecto con que hemos recibido ese pan de ánjeles; estos por haberle menospreciado prácticamente trayendo al templo santo un porte irrespetuoso, liviano é insolente.

Hagamos, pues, hermanos, en este dia clásico y esclusivamente consagrado al culto del augusto misterio del altar, una reparacion satisfactoria; una reparacion que haciendo olvidar á Jesucristo nuestros antecedentes culpables, nos reconcilie con su divina majestad y atraiga sobre nosotros sus bendiciones y gracias, su paz y su amor en lo restante de nuestra vida; lo cual será un preludio de la bienaventuranza para que fuimos creados y que fervientemente os deseo.

SERMON

SOBRE

LA PASION Y MUERTE DE NUESTRO SEÑOR JESU-CRISTO

Propter scelus populi mei percusi eum.

De Isaia 53. 8.

Le he castigado por el pecado de mi pueblo.

Isaias 53. 8.

¿Qué son, señores, tantos elementos y esfuerzos empleados para desarraigar de los pueblos el sentimiento relijioso, la fé de Jesucristo? ¿Qué son, decidme, ante la faz majestuosa de este dia sublime, cuyo cielo, cuyo sol, cuya luz, lloran á su manera el espectáculo que presenciaron en la cumbre del Calvario? Hoy, este hoy impregnado en tan lúgubre recuerdo, absorve la atencion universal, ocupa todas las mentes, afecta todos los corazones, conmueve todas las almas.

Mundo, impiedad, libertinaje! ¿dónde están vuestras victorias?

¡Ah! sí, mis hermanos, esto que á nosotros sucede se realiza en todo el mundo cristiano; y, mal que pese al infierno, millares de almas, pueblos innumerables, fijan hoy sus ojos

y ponen sus esperanzas en el hijo de María, ensangrentado, agonizante, clavado en una cruz!

Esto dije para haceros notar el triunfo que alcanza hoi el sentimiento relijioso; hoy, no me canso de repetirlo, en este dia grande, muy parecido á un dia que vendrá y en el cual todos los hombres tendrán sus ojos clavados con espanto en la triunfante cruz de Jesucristo.

Yo no vengo, hermanos, á escitar vuestra compasion sobre Jesus, por mas que sea razonable que os compadezcais de sus penas, pues no he olvidado lo que á las hijas de Jerusalem dijo él viéndolas que llorando le seguian en la calle de la amargura: «No lloreis por mí, llorad sobre vosotras y sobre vuestros hijos; vendrán dias en que se dirá: bienaventuradas las estériles, feliz el seno que no concibió, felices los pechos que no dieron de mamar! Si en mí que soy árbol verde se descargan tales golpes; si á mí que soy inocente asi castiga mi Padre ¿qué será del árbol seco? ¿qué será del pecador?»

Palabras misteriosas, ellas nos indican cuales son los sentimientos de que debemos revestirnos; terribles palabras, ahogando, por espresarme asi, nuestros jemidos y sofocando nuestro llanto al querer desprenderse de nuestro corazon, nos imponen silencio á fin de que volviéndonos temerosos á nuestras conciencias busquemos dentro de nosotros las causas de esos tormentos y nos apercibamos de las obligaciones que nos oprimen, impuestas por esa sangre por nuestro bien derramada.

Ni lágrimas estériles, ni compasion estrepitosa nos pide hoy Jesucristo; no, no es eso lo que la santa iglesia con su luto nos demanda. Yo tampoco espero eso de vosotros, pues no

vengo á deciros que lloreis sobre aquella santa víctima, sinó que lloremos todos sobre nosotros mismos y sobre nuestros hijos ó hechuras, que son los pecados. Ellos son la causa de tan trájico suceso y de tan sangriento y nunca esperado suplicio; la causa por la cual irritada la divina justicia ha caido con todo su peso sobre esa víctima humilde, sobre el inocente Jesus.

Miremos, pues, en ese monte, hermanos, no aquel monte llamado Calvario por la geografía y la historia, sinó el mas terrible y formidable tribunal de la divina justicia.

¡Doliente madre! ¡Ay! cuánta es vuestra pena, vírjen santa!....Pero sé bien, señora, que acojereis benigna mi plegaria. Ave-Crux santa! Ave!

Propter scelus populi mei percusi eum.

Isaias 53. 8.

I

Nada es mas propio de un padre que convocar á sus hijos cerca de su lecho en la hora postrera de la vida. Jesus, el mas dulce de los padres, nos llama hoy, no cerca de su lecho, porque no le tuvo, sinó en torno de la cruz donde agoniza. Jesus se propone no solamente darnos nuevas pruebas de su paternal amor; no solamente hacernos testigos oculares de los grandes conflictos en que por nosotros se halla, sinó tambien hacer que presenciemos cuán duros golpes descarga la eterna justicia sobre su cabeza inocente en castigo de nuestros pecados: *propter scelus populi mei percusi eum.*

Constituido con respecto á vosotros en órgano mediante el

cual os convoca Jesucristo en torno de su cruz, os llamo con todas las fuerzas de mi corazon. «Venid, os digo, venid todos que nuestro padre comun nos quiere cerca de sí: poderosos é indijentes, jóvenes y ancianos, venid todos al pié de la cruz que nuestro amable padre quiere hablarnos. Él olvida nuestras ingratitudes; y tantas cuantas heridas se descubren en su adorable cuerpo otras tantas bocas son con que nos llama y anima: «venid á mi, nos dice, los que estais oprimidos de males; venid que yo os consolaré. Por vosotros me hice hombre, por vosotros padecí con gusto sed, hambre y frio; agonizo por vosotros ahora, y muy pronto por vosotros debo morir.»

¿Qué tenemos que temer, amados mios, de quien con tales palabras nos convoca cerca de su lecho de muerte?

El quiere desde lo alto de su patíbulo darnos utilísimas lecciones de virtud, cual padre que ama sus hijos. ¿Por qué no accederemos á tan justo llamamiento?

Sin embargo, como cuanto debemos considerar hoy supone necesariamente la fé cristiana, la fé en Jesucristo, en su vida y en su muerte, él no os llama á vosotros, jóvenes incrédulos, hombres en quienes parece haber encarnado la impiedad moderna.

No sois de Jesus, no porque Jesus no os quiera para su corazon, sinó porque por lo mismo que no creeis, no estais en disposicion de escuchar con fruto la triste narracion de su muerte; no os podeis aplicar el valor de su sangre. No por otra razon dice el Apóstol: «el que no cree ya está juzgado».

Por consiguiente, yo, indigno ministro de la fé, no hablo con vosotros sinó con aquellos de mis hermanos que aún cuando se hubiesen desviado del buen camino y deslizádose en la culpa

conservaron su fé, no adoraron Dioses falsos, ni hacen jactancia de sus pasados estravios, antes los detestan y ponen toda su esperanza en la virtud infinita de esa sangre, en el inmenso valor de esa víctima agonizante, en los umbrales del sepulcro.

¡En los umbrales del sepulcro! ¿Cómo así veleidosa Jerusalem? ¿Acaso no es este aquel hombre á quien no ha muchos dias recibiste en triunfo dentro de tus muros? ¿No es ese aquel hombre pacífico y amable á quien tus hijos decian en alta voz: «Hossanna en las alturas al hijo de David! bendito el que viene en el nombre del Señor?» ¿Qué fué de tanto entusiasmo y de tantas aclamaciones? ¿Acaso no se vén en tus calles los ramos de olivo aún frescos que tu misma en tu alegria arrojaste á su camino? Y no obstante esto, ese hombre debe morir en este dia! Y con muerte infame y sangrienta! Y como mueren los malvados! En afrentoso patibulo!

Si en él hubo alguna mudanza, muestra cuál ha sido. Justifícate probando y publicando su delincuente conducta; y si no la hubo, ¿porqué te cambiaste hasta perseguirle, maniatarle, atormentarle de mil maneras y condenarle á muerte? ¿Si no encuentras otra causa para condenarle que aquel «crucificale! crucificale!» de una turba soez, desenfrenada y sacrílega, sacrílega y mas que injusta le condenaste. Si quieres corresponder así á las grandes mercedes que te ha dispensado ¿por cuál de ellas decretaste su esterminio? ¿Acaso por haber dado vista á tus ciegos y resucitado tus muertos? ¿Acaso porque sanó tus paraliticos y curó tus endemoniados? ¡Ay! de tí Jerusalem! Pueblo ingrato! con este pecado llenas hoy la medida de la celeste indignacion!

¡Qué espantosa imájen de la instabilidad de nuestros sentimientos! Hé ahí, en Jerusalem, la mas viva representacion de un alma que ha prevaricado. ¡Ay! cuántas veces nosotros, cuántas veces tambien dimos entrada en nuestro pecho á Jesucristo y al recibirle empleamos nuestras potencias y afectos en bendecirle y aclamarle nuestro Dios y nuestro Rey! Entonces, tambien, llenos de santo entusiasmo arrojamos de nosotros, al parecer para siempre, los malos hábitos que nos vestian en honor y en obsequio de Jesus, á quien dábamos la entera posesion de nuestros corazones; y muy luego, no lo recordemos sin dolor, señores, se amotinaron nuestras pasiones y apetitos pidiendo todos á una voz la espulsion de Jesus. No fuimos suficientemente enérjicos para sofocar ese tumulto; traspasamos la ley, arrojamos de nuestro lado à Jesucristo, le condenamos á una nueva y afrentosa muerte; pecamos imitando de ese modo la conducta negra de la ingrata Jerusalem. No nos admire, señores, el proceder de ese pueblo, que igual ha sido el nuestro cuando cometimos el pecado.

Acababa de llegar, hermanos, el inocente Jesus al lugar señalado para su muerte. ¡Cuán fatigado, estropeado y pálido! ¡Cuán cubierto de polvo y atribulado llegára! ¿Quién podrá decirlo? ¿Qué pincel habrá que pueda darnos idea de como estaba Jesus despues de haber andado tantos y tan dolorosos pasos, despues de haber sufrido tantos y tan crueles tratamientos, tantos azotes, golpes y caidas, tantas bofetadas, tantas injurias....! ¡Dios mio! Cuán desconocido estabas y cuánto movias á compasion!....Acababa de llegar, repito, el atribulado Jesus al tristísimo lugar de su suplicio. En medio de un silencio profundo se lée por la vez última la sentencia

de su muerte. En ella se decia que era condenado á muerte por revoltoso, porque se decia hijo de Dios y Rey de Israel, y que sé yo por cuantos otros delitos forjados por la mas refinada malicia. ¡Cielos santos!. . . .¿Os fué posible sin desplomaros escuchar sentencia tan inícua? ¡Vientos de los cuatro puntos del horizonte! ¿pudisteis transmitir el horrible éco de semejantes blasfemias? ¡Eterno Padre! ¿permitisteis que se dijera esto de quien habiais dicho en su transfiguracion: *Este es mi hijo muy amado?* ¿Es posible que si hasta el mayor malvado tiene quien le defienda ante sus Jueces, solamente Jesus el inocente, el impecable Jesus, no ha de contar con un solo defensor? ¿Es posible que en tan gran pueblo no haya quien al oir que le condenan levante su voz para desmentir tan atroces calumnias? ¿Qué abandono es este, senores? Callan los ánjeles y callan los hombres, callan los cielos y calla la tierra . . ¡Y le han condenado á muerte! «Se ha llamado el hijo de Dios y Rey de Israel!» No se ha hecho hijo de Dios y Rey de Israel, sinó que desde la eternidad él ha sido el unijénito del Padre, Dios verdadero, y como tal, no solamente Rey de Israel sinó tambien del cielo, de la tierra, de los abismos. «¡Ha negado el tributo al César!» Nada pudo negar al César que al César fuera debido quien habia dicho: *«Dad al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios»*. . . .Pero, señores, tambien sabemos que dijo Jesus al mismo Juez que ha firmado su muerte: *«No tuvieras tú potestad sobre mi, si del cielo no te fuera dada.»* El cielo, pues, ha decretado que Jesus muera. *Crucifícale! crucifícale!* ha gritado el pueblo judio, por cuanto en los eternos consejos estaba ya decretado el martirio de Jesus. «Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos», clama ese pueblo, porque el eterno Padre habia

dicho: «sea derramada la sangre de mi unijénito muy amado para la redencion del mundo.» *«Qué muera Jesus, qué muera»!* prorrumpe aquella plebe amotinada, y en los cielos dice el padre: «Muera mi amantísimo hijo para que vivan eternamente los hombres. . . .» Y Jesus la misma obediencia y la misma sumision: «Sí, padre mio, esclama, sea hecho segun que vos lo querais en la tierra y en el cielo; vedme aquí pronto y preparado á sufrir esa muerte por llenar vuestra voluntad divina y por la salud de los hombres.» *Factus est obediens husque ad mortem, mortem auten crucis*; hizose obediente hasta la muerte y muerte de cruz! En efecto, católicos, vedle ya clavado en esa cruz, agonizante y en los umbrales del sepulcro. Ved á Jesus como agoniza, ved cuán á prisa le llevan hácia la muerte las maldades de todos nosotros: *propter scelus populi mei.*

Confundámonos, amados mios, contemplando en esa humanidad inocente y delicada la horrible carniceria que en ella hicimos cuando pecamos contra el Señor.

Veo en primer lugar, hermanos, mis muchas y grandes culpas, claramente señaladas en aquel cuerpo adorable. Sí, Dios mio, yo las veo y las reconozco en vuestras heridas; no hay miembro vuestro que yo no haya ensangrentado con mis repetidas prevaricaciones. Veo tambien en esa frente pálida y despedazada, castigada vuestra soberbia, ¡oh! hombres que al mismo tiempo que haceis alarde de no rendir vuestra cerviz al suave yugo de Cristo, sois y no lo sabeis tristes esclavos del orgullo, viles juguetes de vuestras pasiones! En esa cabeza y en esos hermosos cabellos descompuestos y polvorosos ¡jóvenes cristianos! ¿no veis castigado vuestro lujo, esa sed de agradar que os lleva embriagados, ese culto idolatra que á

vuestro cuerpo rendis? ¡Cuántas veces alguna alma inocente puso en vosotros sus ojos y enredada en los lazos que le tendisteis, importunada por vuestra imájen, acalorada su fantasía, debilitada su voluntad, fluctuó primeramente y al fin prevaricó su corazon.—Vosotros debeis esa alma á Jesucristo, y si fueron muchas las que inclinasteis al mal, muchas almas le debeis, pues muchas le arrebatasteis. Por vosotros pecaron, por vosotros reincidieron, por vosotros se obstinaron en la culpa, y tal vez, tal vez, por vosotros se han perdido para siempre. Mirad con cuanto rigor se castigan en Jesus vuestras liviandades y vuestra desenvoltura; ved esa sangre, apreciadla si podeis, y sabreis entonces cuánto valian esas almas que perdisteis y de las que os pedirá cuenta el Juez eterno. En esa divina boca, seca por la sed, cruelísimamente abofeteada, se castigan vuestros delitos ¡oh! lenguas maldicientes y blasfemas, hábiles en despojar á vuestro hermano de su buena reputacion, bajo la máscara del secreto bullicioso ó de una caridad desco razonada! En esos piés, de parte á parte traspasados, ved así mismo castigados vuestros pasos criminales, ¡jóvenes que os deslizais trás los vedados y vergonzosos placeres; trás de esos placeres que luego se convierten para el mismo que á ellos se entrega en otras tantas sierpes cuyo diente venenoso roe y emponzoña el corazon! Sondead, si os es posible, sondead los senos de aquel amante corazon, de ese corazon dulce y nobilísimo, y hallareis que todo él está lleno de amargura, triste y congojoso, en castigo de vuestros malos deseos, de vuestros ódios inveterados, ¡oh! almas que alimentais deseos de venganza, que mirais á vuestro hermano con ojos significativos de la malevolencia que os consume!

Pero ¡Dios mio! para que no suceda que corrijiendo á mis

hermanos me vuelva réprobo, otra vez os digo que reconozco en vuestras dolorosas llagas las muchas y grandes infidelidades mias! No pudiendo escusarme ni disculparme de ellos os digo con mi corazon: *Ne in furore tuo arguas me*; no me arguyas en tu furor santo; *nec in ira, tua corripias me*, ni quieras correjirme en el colmo de tu indignacion!

Pues bien, hermanos, este riguroso castigo ejecutado en Jesucristo, tuve en vista para deciros que el monte sagrado es en este dia un verdadero y formidable tribunal, y que lo es, tambien, por los cargos que desde él nos hace Jesus y por las leyes que nos dicta desde su elevada cima.

II

En verdad, mis amados hermanos, hoy no solo debemos mirar en el purísimo cuerpo de Jesus las dolorosas heridas que en él hicieron nuestros pecados; debemos tambien mirar en esas llagas otras tantas bocas por las cuales él nos habla al corazon, reclamando nuestra correspondencia y nuestra gratitud, haciéndonos cargos muy sérios é imponiéndonos muy sagradas obligaciones.

Verdad es, señores, que jamás pudo disculparse la tibieza de nuestro amor por Jesucristo y nuestro culpable caimiento en la práctica del bien; pero despues de este dia, despues de haber escuchado los reclamos de esa sangre preciosa, despues de haber oido las últimas lecciones del mas tierno de los padres que agoniza, y que agoniza de amor por nosotros, nada, nada podrá disculpar nuestra ingratitud y rebeldia.

Porque ¿qué cosas nos estorban ó nos hacen especialmente dificil la senda de la virtud? ¿Acaso el mundo y sus vanos

respetos? Pues Jesucristo ha vencido al mundo en este dia. El con su desnudez, humildad y sumision ha conculcado su orgullo, y humillado y condenado su soberbia; hoy ha sellado él con su purísima sangre la verdad de su doctrina, la cual se opone al mundo y contraría y desmiente todas sus máximas y todos sus falsos principios. Y si por otra parte la delicadeza de nuestra carne y sus tendencias importunas y desordenadas han sido hasta hoy el escollo en que tropezamos, ved esa carne inmaculada y santa, carne limpísima y adorable, azotada, despedazada horriblemente, condenando nuestro regalo y culpable decidia en contener los ímpetus pecaminosos de la nuestra, que es carne de corrupcion y de pecado.

Ay! de nosotros, mis hermanos, en presencia de ese ejemplo! Ay! de nosotros los que debiendo subyugar la carne al espíritu hemos hecho de nuestro espíritu un vil esclavo de nuestra carne, empleando sus potencias y nobles facultades en procurarla, por lo menos, no muy limpias ni muy seguras satisfacciones. Hoy la divina carne de Jesus condena nuestra conducta; y algun dia, sinó es que media un verdadero arrepentimiento, esa misma carne maltratada y esa misma sangre por nuestra salud vertida, clamarán contra nosotros pidiendo justicia, como en otro tiempo tambien demandaban justicia contra el primer fratricida la carne y la sangre de Abel.

¿Nos ha sido hasta hoy dificil y al parecer impracticable perdonar de corazon á nuestros enemigos? Ved á Jesus allanándonos la práctica de esta ley fortísima, cuya observancia es indispensable para que podamos ser perdonados. Rodéanle sus enemigos del modo que lo anunció un Profeta, diciendo en persona de Jesus mucho antes que aconteciera: *circumdederunt me vituli multi, tauri pingues obsederunt me:* por todas

partes me han rodeado mis enemigos como irritados toros. Si, le rodean en efecto, y le miran y le burlan y hasta rien de sus tormentos... « ¡ Ah ! le dicen unos, si eres hijo de Dios, líbrate de nuestras manos » ! « ¿ Y no eras tú, le dicen otros, y no eras tú quien destruiria el Templo, y en solo tres dias le volverias á levantar ?» Baja de la cruz, líbrate de ese patibulo... » Y Jesus mirándolos con mansedumbre de cordero ¡ cuánto los compadece ! Por eso es que eleva dulcemente sus ojos hácia el cielo y.... « Padre, dice, perdónalos, porque no saben lo que hacen » ! Esta es su voz, esta la venganza que pide Jesus para sus verdugos. Anjeles tiene para confundirlos, demonios à quienes entregarlos, infiernos donde sepultarlos y rayos para convertirlos en cenizas. Sabe bien Jesus quienes son los testigos falsos que han depuesto en juicio contra él, conoce perfectamente su interior dañado, cuenta desde la cruz quienes, cuantos y de que modo cooperaron á su martirio. Pero apesar de todo esto y de las horribles blasfemias con que atormentan sus castísimos oidos, « Padre, esclama, perdónalos; yo, vuestro hijo muy amado lo quiero y lo pido asi, porque no saben lo que se hacen ni menos lo que se dicen : «*Pater ignosce illis, quod enim faciunt neciunt.* ¡ Oh ! Jesus, dulce Jesus amor, Jesus misericordia ! ¡ Oh ! qué confusion para nosotros, señores, que tantas veces por una sola palabra, por una demostracion de poco comedimiento por parte de nuestro prójimo lo miramos con vista torva y airada, lo aborrecemo y quizás acariciamos la venganza ! ¿ Qué responderemos Jesus cuando dándonos en rostro con nuestras enemistades nos recuerde esa palabra, ese universal perdon que pide á su eterno Padre para los mas crueles y sangrientos verdugos ? *Pater ignosce illis* ...

¿Quereis un testimonio de la sinceridad con que Jesus perdona y disculpa á sus enemigos? Pues ved á su lado un criminal, un hombre cuya profesion ha sido el hurto y que no hace muchos momentos tambien lo insultaba. Pues bien, ese hombre hoy tendrá parte en el reino de Jesus. No ha dicho sino una palabra y fué: « Señor, acuérdate de mí cuando estés en tu reino. » . . . .Esto es bastante para Jesus, quien al punto le contesta: « Sí, hoy serás conmigo en el Paraíso. » *Hodie mecum eris in Paradiso.* » No recuerdo tus pasados estravios, ya son como si no hubieran sido tus pecados; nada temas, humillaste tu soberbia, eres mi amigo, eres mi hermano, y yo quiero asociarme contigo al entrar en la casa de mi Padre. . . . No te prometo para mañana el perdon; tampoco para la noche de este dia, ni aun para dentro de una hora, sino que en este momento mismo yo te perdono: hoy serás conmigo en mi gloria: *Hodie mecum eris in Paradiso.* ¡Oh! Jesus amabilísimo! ¿Quién de tanta misericordia no esperará el perdon?

Dije, señores, ó á lo menos debisteis entenderlo así, que en aquellas turbas que en el Calvario se burlaban de Jesus, estábamos representados todos los que en lo sucesivo debiamos serle ingratos despreciando su doctrina y sus leyes; y que, por consiguiente, aquel perdon que Jesus pide á su Padre en favor de los pecadores lo pidió tambien para nosotros; y cual si no fuera suficiente esa palabra para desterrar nuestros temores y alentar nuestra timidez, Jesus mira en torno suyo, parece que busca algo muy amado, algo que quiere legarnos, una prenda de su paternal amor. . . . Pero, no, Jesus amable, ¿qué prueba mayor de vuestro amor, Dios mio, que dar vuestra vida por nosotros entre tan amargas congojas? No

dudamos, Señor, de vuestra misericordia; creemos que si como Dimas, verdaderamente arrepentidos, os pedimos que os acordeis de nosotros, algun dia entraremos en vuestra gloria!

No, cristianos, todo esto es poco para Jesus si se trata de misericordia y liberalidad.... Mirándonos en la persona del Evanjelista, y tambien para que no quedásemos totalmente huérfanos, « Ved ahi á nuestra madre, » nos dice; y volviendo luego sus ojos á la mas angustiada de las vírjenes ¡ ah! si al menos la hubiera llamado madre!.... Mujer, la dice, ved ahí á tu hijo. » ¿ Donde os conduce, Señor, á qué estremo os arrebata el inmerecido amor que nos teneis? Si siempre os hubiéramos servido, si nunca hubiéramos pecado, si os hubiéramos siempre antepuesto en nuestro corazon á las cosas de la tierra, al fin, aunque indignos, nuestra confusion no fuera tanta.... Pero que apesar de nuestra negra ingratitud nos hagais hijos de Maria, que la llameis « mujer » para que nosotros la llamemos « madre »....¿ Cómo podremos ser buenos hijos, Señor, los que ni aun supimos siquiera ser buenos siervos? Rasgo admirable, jeneroso desprendimiento, con el cual nos prueba Jesus que ni sus grandes dolores, ni sus clavos, ni sus llagas, ni su cruz, ni sus agonias, ni aun la misma muerte, tanto le ocupan como nuestras necesidades, á cuyo remedio acude dejándonos en Maria una madre que será para nosotros visible amparo, visible providencia, en el valle de lágrimas en que vivimos.

¿ Jesucristo se olvida totalmente de si mismo para que sus grandes dolores no se estiendan mas allá de su purísima carne? ¿ Abundará Jesus en interiores consuelos como abundaron despues sus mártires en medio de los tormentos? ¡ Ah! no, señores, lo que Jesucristo padece esteriormente es lo menos

que él padece si se le compara con las penas que interiormente le atribulan ocasionadas por los pasados y futuros delitos de los hombres que él como Dios mira presentes; por la multitud de cristianos que para siempre se perderán por no aprovechar el fruto de su sangre; por los insultos que se arrojará á su iglesia y las guerras cruelísimas con que la afligirán los sectarios; por los pueblos que no querrán sujetarse al imperio de su cruz, y que como á pueblos rebeldes él no podrá menos de reprobar; por las herejías que suscitará el infierno para arrebatarle las almas por cuyo amor hoy muere; por los desastres morales que producen los vicios; por los hombres que pagados de su ciencia y arrastrados del orgullo arrojan el venenoso grano en el campo fértil del Cristianismo, sembrando doctrinas opuestas á su Evanjelio y á la sana moral; por la multitud de jóvenes que formarán séquito á los caudillos de la mentira.. Pero ¿adónde voy, señores? ¿quién contará los males que Jesus prevée y que de una manera cruelísima le inundan el alma de amargura? En medio de tan profundas penas el mismo cielo parece desconocerlo, y hasta su mismo eterno Padre parece olvidarlo!....¡Qué soledad la de Jesus! Qué opresion la de su espíritu! Qué desconsuelo tan absoluto! Entonces dando él un clamar tristísimo, «Dios mio, dice, ¿porqué me has desamparado?» Padre mio, me encuentro solo entre mis verdugos; todos me burlan y ninguno me compadece, donde quiera que vuelvo mis ojos no veo mas que enemigos, y cuando solo tengo á vos que sois mi Padre tambien me desamparas? *quare me dereliquisti?*

No, hermanos mios, no son comparables las penas esteriores de Jesus con las que allá en los secretos de su corazon aflijen su alma santísima; entre las cuales el divino Señor

hace sensible á nuestra consideracion una estraña y ardentísima sed que consume sus amorosas entrañas. «Sitio»! esclama, «tengo sed». Es de notarse que la falta de sangre, el calor del sol y el polvo pegado á su lengua, debieron ocasionar á Jesus una vehemente sed. Con todo, la sed natural no hubiera jamás arrancado tal quejido á quien habia sufrido y sufria tormentos mayores sin desplegar siquiera sus lábios. Es otra sed mas viva la que aflije á Jesus ahora; es la sed de nuestra salvacion. *Sitio!* ¡Hombres desnaturalizados! cuando una sed tan viva y tan amorosa consume las entrañas de Jesus, aplicais á sus lábios divinos una esponja empapada en vinagre? Cuando Jesus tan sediento está de vuestro arrepentimiento y salvacion ¡mas sedientos os mostrais vosotros de atormentarle y escarnecerle!. . . .Si alguna vez esa boca no habló del mejor modo, mostrad cuando ó en qué. . .Y sinó ¿por qué tan fieramente tratada?. . . .

Pero. . . .ya van á terminar vuestras crueldades; dentro de poco no tendreis en quien saciar vuestro rencor injusto y sanguinario. Estando todo acabado termina tambien vuestra víctima. *Consumatum est!* dice Jesus! «Todo ha concluido»!

En efecto, católicos, cuanto de Jesus estaba escrito y cuanto á Jesus fué mandado por su eterno Padre, se ha cumplido; el mundo ha sido salvado; tienen los hombres ejemplos que imitar y doctrina segura que seguir; está sellada la obra de nuestra reparacion; allanado el camino del cielo; el cielo en perfecta paz con la tierra; la justicia del Padre vengada; la soberbia confundida, el mundo avergonzado, el demonio vencido, su imperio aniquilado: «*Consumatum est*». . . .Un momento mas y habrá espirado Jesucristo.

¡Vírjen pura y adorable! ¡oh! qué dia tan cruel os esperaba!

¡oh! qué caliz tan amargo se os reservaba, señora; caliz que empezó á colmarse cuando se os dijo en el templo: *et tuam ipsus animam pertrancibit gladium*, que un dia llegaria en el cual vuestra alma inocentisima seria traspasada por el cuchillo del dolor. . . .*Consumatum est!* Ya se cumplió esa profecia; terrible fué, señora, pero mas terrible ha sido su cumplimiento.

Si, señores, estaba escrito de Maria: *Cui comparabo te virgo filia Sion: magna et enim velut mare contritio tua!* Con quien te compararé virjen, hija de Sion, pues es grande como el mar tu quebranto? Se cumplieron esas palabras, ¿porqué con quién compararemos á esta virjen dolorosa? ¿Cuál madre fué mas angustiada? ¿Cuál huérfana tan solitaria? ¿Cuál esposa tan traspasada? ¿Cuál mujer tan lacrimosa y aflijida? A ella no la conceden morir con su divino hijo clavada en la misma cruz; á ella no la conceden siquiera verle morir en sus brazos. ¡Ay! que ni siquiera la conceden una sola gota de agua con que refrescar sus agonizantes lábios. . . .*Magna est enim velut mare contritio tua*. . . .Si, madre aflijidisima, como el mar es profundo vuestro quebranto! Y si de esta misma virjen dijo Jeremias: *non est qui consoletur eam*, cumplida está su prediccion, porque no hay quien pueda enjugar ni contener sus lágrimas! Y finalmente, señores, si Noemi viéndose sin sus hijos, viuda y desamparada dijo figurando á Maria: «No me llameis Noemi que significa hermosa; llamadme *Mara*, porque de grande amargura me ha llenado el Señor». ved aquí la realidad. No me llameis Maria, nos dice hoy esta madre dolorosa; no me llameis María que significa luz de la mañana, estrella de los mares; llamadme *Mara*, amarga, porque hoy es profundo mi dolor y sin semejanza mi amargura! Y si asi es la verdad ¿porqué no os apartais de esa cruz? . . .Humilde-

mente os lo rogamos; por un momento, á lo menos, apartaos de ese suplicio! Mirad que si no es para una madre cualquiera presenciar la muerte de uno de sus hijos ¿cómo, vos, la mas amorosa de las madres, quereis presenciar la muerte del mas amable, inocente y hermoso de los hijos? ¡Anjeles santos! ¿donde os fuisteis?....Apareced sobre ese monte, socorred á María, apartadla de esa escena, tomadla en vuestras palmas y alejadla de ese lugar de sangre y de tormento! Pero qué es lo que digo, cristianos?....¿Quién será capaz de separar á Maria un punto solo de la cruz de Jesucristo? Hablé como cobarde que soy, madre mia, y como quien no sabe lo que es amar, ni de vuestro amor y heroismo tiene siquiera idea! Perdonadme, por que no supe lo que me dije!.... Vendrá la muerte por Jesus y allí encontrará á la madre; inmóvil y traspasada allí estará Maria!

Tal fué el momento, hermanos, cuya proximidad puso en jeneral perturbacion el universo todo. Empalideció el sol, se enlutó la luna, se conmovieron los sepulcros, se incorporaron los muertos. ¡Qué conmocion tan profunda! Un no sé qué de fúnebre se derramó por todas partes; y los montes y los valles, y los bosques, las flores y las aves lloraron á su manera; y no es esto mucho cuando hasta las piedras se volvieron sensibles y con estrepitosas convulsiones espresaron tambien la parte que tomaban en el lamentable acontecimiento!

Entonces, mis hermanos, el inocente Jesus hizo un esfuerzo y arrancó de su amoroso pecho una fuerte voz.... Pero qué voz! con ella probó Jesus que él era superior á todos los tormentos; que la muerte no tenia sobre su existencia otra jurisdiccion que la que él mismo quisiera darle, y que á no ser su voluntad....Pero es claro ¿qué jurisdiccion pudiera te-

ner la muerte sobre el autor de la vida?....Una voz atronadora, repito, la mas imponente que se oyó jamás, y al mismo tiempo la mas dolorosa y amarga....«Padre, dice, en tus manos encomiendo mi espíritu!....»

Jesus inclina dulcemente la cabeza sobre su angustiado pecho, deja escapar una lágrima, la última que su corazon lleva á sus ojos, fíjase luego en María, ¡ay! madre del alma! ¡qué momento tan solemne....Mas....ya pasó, señora; ya no sufre vuestro hijo....

¡Cristianos, almas todas que me escuchais! Hace diez y ocho siglos que oyó el mundo estas palabras: «Jesucristo, el Hijo de Dios hecho carne, ha muerto en una cruz desnudo y ensangrentado.» En esta misma hora la repiten mil y mil bocas y la escuchan absortos pueblos y naciones enteras. Y cuando apesar de esto se observa que nuestras costumbres van de mal en peor, es preciso decir que amontonamos la ira de Dios sobre nuestras cabezas para el dia de sus venganzas. ¡Ay! en ese dia de los que no supimos aprovecharnos de esas afrentas, de esa sangre y de esa muerte!

DISCURSO EN LA PROFESION RELIJIOSA

DE LA

SEÑORITA Dª GENOVEVA CONSTANZÓ

Hæc est virgo sapiens
et una de número prudentuum.

Esta es una virjen ilustrada
y del número de las prudentes.

La Sta. Iglesia.

Sor Maria de Jesus! Aun recuerdo que en aquel gran dia en que por la vez primera resonaron tus pasos en ese sagrado recinto, te exhortaba á que tuvieses fé en el Señor que te habia llamado, y á que firmemente tranquila esperases el advenimiento de este nuevo dia, doblemente señalado, feliz y plausible para ti y para cuantos con santo amor saben amarte en Jesucristo y para Jesucristo.

De aquel dia, carísima hermana, puede decirse que fué el de los esponsales entre el divino Jesus y tú, así como de este puede decirse que es el de tus bodas. En aquel empezaste á subir la cuesta elevada y difícil del estado religioso; hoy, habiendo llegado á su primer descanso, muy lejos de estacionarte en él, debes dar principio con nuevos brios á otro ascenso mas difícil y escabroso en cuyo término está la ciudad eterna, la ciudad de Dios. En aquel dia si bien se cerraron detras de tí las

sagradas puertas del claustro, las llaves, empero, quedaron en tus manos hasta hoy; mas hoy esas llaves se te quitan, ó mejor diré tu las arrojas al mar insondable de los tiempos, para quedar perpétuamente prisionera en esas cárceles de amor. Por fin, hermana mia, en el dia aquel el mundo no del todo perdió la esperanza de reconquistarte: mas hoy la pierde para siempre, porque mueres para el mundo como para Jesucristo renaces, pues tu profesion religiosa es á la vez bautismo y funeral. De aquí proviene que simultáneamente eres llorada y cumplimentada; cumplimentada por aquellos para quienes vives, y llorada por aquellos para quienes mueres. Esto es, cumplimentada por los que viven segun la gracia ó el espíritu, y llorada por los que respiran vanidades y sensualídad; sin embargo, distinguiendo, señores, pues bien se yo que hay lágrimas que proceden del gozo del espíritu. Yo justifico ese llorar y aun le aplaudo con tal que no traspase los límites de la moderacion.

¡Oh! Sor Maria de Jesus! Cuánto consuelo ha sído para mí el haber tomado una parte tan principal en estos dos grandes dias, los mas solemnes y risueños de tu existencia; el haberte iniciado en los caminos del espíritu, y finalmente, el haberte anunciado desde mucho antes las mercedes que el Señor te preparaba, en lo cual he visto que tambien los pecadores profetizamos cuando así place al Señor. Tú sabes, Sor María, que digo verdad....mas espérame, ya volveré nuevamente á tí.

Y vosotros, señores, ¿cómo? ¡qué no habeis temido que el siglo XIX os ridiculice y aun maldiga por haber querido solemnizar con vuestra presencia un hecho tan en contradiccion con sus doctrinas? ¿Un acto en el cual una jóven virjen,

conculca y anonada con su planta débil la orgullosa cerviz del filosofismo? Bien hicisteis! ¿Pues que solo habria de haber libertad para concurrir á mundanos é inmorales espectáculos? Bien hicisteis, repito, y yo, señores, animado por este vuestro proceder católico y espontáneo que tanto os recomienda, entraré ya en materia, esponiendo desde luego las razones que me asisten para llamar, como he llamado á Sor María de Jesus, vírjen ilustrada y prudente: *Ecce virgo sapiens et una de número prudentuum.* Debo tambien deciros que es tan robusta mi fé en la bondad de mi causa, que si conforme habeis venido con la piadosa mira de edificaros con ese ejemplo de abnegacion evanjélica, hubieseis venido con la perversa intencion de ridiculizarle y hacer que os compadeciais de esa vírjen como de una víctima sacrificada á lo que la estúpida impiedad llama fanatismo, no os temiera, señores, creedlo, ni retrocederia un solo paso, antes con voz mas alta diria que la conducta de Sor María de Jesus es un testimonio inequívoco de su ilustracion y de su prudencia: *Ecce virgo sapiens, et una de número prudentuum.*

Tal es mi asunto. Para que pueda tratarle con felicidad imploremos humildemente la intercesion de Maria, reina de las vírjenes y modelo perfectísimo en que se miraron siempre cuantas almas llevaron la obediencia, el recojimiento, la pobreza y la castidad virjinal hasta el heroismo. *Ave-María.*

I.

Hæc est virgo etc.
In com. Virg.

Habiendo dicho que el proceder de Sor María de Jesus en este dia es testimonio inequivoco de su ilustracion y prudencia,

conviene que antes de otra cosa recordemos cuál es el riguroso sentido de la palabra *ilustracion*. Y tanto mas conviene cuanto que nuestro siglo ha hecho de esta palabra su divisa; la invoca al inaugurar todas sus obras, la pone al frente de todas sus producciones literarias; por todas partes se lee ilustracion, y todos repiten hasta el fastidio: ilustracion! ilustracion!

Pues bien, mis hermanos, ilustracion es una palabra que, como sabeis, viene ó se deriva del verbo ilustrar, así como pretension del verbo pretender y manifestacion del verbo manifestar.

¿Y qué es lo que quiere decir *ilustrar*? Ilustrar, hermanos mios, creo que quiere decir ó significa iluminar, llevar la luz á alguna parte, lugar ó cuerpo; pero como aquí tratamos de una ilustracion moral y no material, ilustrar entónces y para nosotros significa llevar la luz de la verdad al entendimiento, arrojar fuera de él las sombras de la ignorancia, esclarecerlo.

Ahora bien, así como hay dos focos de luz intelectual, hay tambien dos de ilustracion, pues nuestra intelijencia puede ser ilustrada ó con la luz de la sabiduria humana, ó con la que despide la sabiduría divina. Si somos ilustrados con solo la luz de la sabiduria humana, nuestro entendimiento verá ó entenderá muchas cosas, muchos secretos y verdades; pero ni estos secretos ni estas verdades excederán ni pueden exceder la esfera de lo humano ó puramente filosófico. Por esta razon, Aristóteles, Sócrates, Platon, Demóstenes y muchos otros personajes de la antigüedad, célebres en letras, fueron hombres verdaderamente cientificos, eruditos, filósofos, pero nada mas. Esto es, supieron mucho y discurrieron y hablaron admirablemente sobre la esencia, naturaleza, pro-

piedades y accidentes de las cosas que caen bajo la jurisdiccion de los sentidos y de la razon natural, mas no pasaron de ahí; no fueron ni pudieron ser teólogos, dogmáticos, ni místicos, ni moralistas, ni escolásticos. No dogmáticos, porque no conocieron al verdadero Dios, ni estudiaron á la luz de la fé sus santas escrituras; no místicos, porque por lo mismo que no conocian á Dios tampoco pudieron tratarle con intimidad amorosa, respetuosa y familiar; no moralistas, porque no conociendo sus voluntades positivas ó sus mandatos escritos ó tradicionales, ignoraban, por consiguiente, las reglas á que deben ajustarse los actos humanos; ni escolásticos, por fin, porque sus raciocinios acerca de la Divinidad no tenian punto de partida fijo ó estable, por lo cual sus deducciones eran tan vagas y antojadizas como su razon y sus principios.

Mas si somos ilustrados con la luz de la sabiduría divina, vemos, sí, las cosas creadas, pero como la espresion de lo increado y como de paso á la eternidad, no como el término del saber, sino como un medio para alcanzar el eterno vivir. Comparamos entónces lo sobrenatural que esa luz como sobrenatural tambien nos descubre ó revela, con lo natural y deleznable que el mundo tanto aprecia, y ...¡oh! qué inmensa distancia vemos que separa estos dos órdenes de cosas! Vemos, pues, con el auxilio de esa claridad superior y en el mas allá de los tiempos, seres, maravillas y goces incomparablemente mas dignos de admiracion y de amor que cuanto nos habia revelado la filosofía; y llenos de asombro y aun de pena viendo á los hombres descender de su dignidad hasta el punto de perder la paz, el sueño y aun el alma por adquirirse cosas tan insustanciales y efímeras, somos llevados á exclamar con el Profeta: «*Filii hominum, usquequó gravi corde? ¿ut quíd*

diligitis vanitatem et quæritis mendatium? Hijos de los hombres, ¿hasta cuando, hasta cuando sois de pesado corazon? ¿Y porqué amais la vanidad y correis en pos de la mentira?

Por fin, señores, en fuerza tambien de ese golpe de luz que nos viene de arriba, y que como procedente de la verdad eterna aleja de nosotros el error, distinguimos en las costumbres lo que es virtud y lo que es vicio, cual es el lenguaje de la carne y cual el del espiritu, lo que sujiere la naturaleza y lo que inspira la gracia. No confundimos las cosas como los indiferentistas las confunden, pues sabemos bien en qué convienen y en qué se diferencian el cristianismo del catolicismo: cual es la verdadera Iglesia y cuales las dotes ó prerogativas que la distínguen de otras congregaciones llamadas Iglesias, y que en verdad no son otra cosa que asociaciones rebeldes, hijas de la insubordinacion y del orgullo. Entendemos, tambien, cuando somos ilustrados por la luz increada, y sabemos distinguir lo que es libertad y lo que es licencia, lo que es caridad evanjélica y lo que es filantropía; y que la primera á mas de venir de Dios, ó por lo mismo que viene de Dios, atiende primero al alma y despues al cuerpo de nuestros hermanos; mas la segunda, si bien atiende al cuerpo, no hace memoria del alma, porque niega su inmortalidad y aun su existencia. Finalmente, mis hermanos, y para concluir esta digresion que ya os cansará, digo que el que es ilustrado por el espiritu de Díos sabe bien discernir entre los mil y un caminos que toman los hombres ó sistemas relijiosos que adoptan, cuales conducen á la eterna vida y cuales á la muerte eterna.

¿Lo habeis visto, señores? ¿comprendisteis que asi como hay dos focos de luz intelectual, hay tambien dos maneras de ser ilustrado el hombre? Pues bien, si Sor María de Jesus

hubiese sido ilustrada con la luz de la sabiduría humana, ó con los resplandores fátuos que arroja la filosofía del siglo, no tuviera lugar en este dia y en este templo el acto que solemnizamos; pues ella entónces bien lejos de haberse consagrado á Jesucristo se habria inmolado á los caprichos del mundo; y por lo tanto, muy lejos tambien de tenerle hoy bajo sus plantas vencido y avergonzado, ese mundo ó ese monstruo tendria puestas su garras sobre su cerviz, como las tiene puestas sobre tantas otras jóvenes, tanto mas dignas de compasion cuanto se creen mas felices en su misma degradante servidumbre. Sí, señores, lo repito, si los periódicos, si las novelas, si los teatros, si los clubs hubiesen llevado á la inteligencia de esta niña, esa ilustracion sin pudor y sin Dios que tan embaucada trae á la juventud de nuestros dias, la avaricia y el amor á los placeres no sufrieran hoy esta solemne condenacion, ni la virtud recibiera este impulso poderoso, ní el mundo este golpe terrible, ni nuestra sociedad esta leccion edificante, ni las malas doctrinas este público desmentido, ni la Iglesia santa este consuelo, ni Jesucristo esta gloria accidental. Sí, porque tanto como todo esto, Sor María, importa tu solemne profesion relijiosa, y tal es el rango á que asciendes hoy en virtud de tu heróico sacrificio. . . .¡Qué grande me pareces, hermana mia, de pié, como te considero, sobre la cerviz de un mundo indómito, á quien has vencido, y haciendo entender á todos con tu conducta estas palabras: Jesucristo es mi gloria!

Y no se diga, señores, que en el siglo faltaron á Sor María de Jesus elementos mas que suficientes para desempeñar un papel lucido entre las jentes de la alta sociedad, pues es del dominio público que la fortuna siempre la sonrió, que su trimonio fué cuantioso, y ella perfectamente libre para dis-

poner de él á su talante; y que con estas ventajas materiales y con la esmerada educacion que sus padres la dieron, pudo prevalecer sobre muchas de sus contemporáneas, despertar en ellas la emulacion, rivalizarlas con éxito y. . . .Pero perdóname, Sor María! Comprendo bien que estos recuerdos de tiempos y de cosas que ya olvidaste, mortificarán tu modestia; mas lo que acabo de decir no para ti lo dije, sino para que sepan todos que no fuiste tú la desairada sino el mundo el desdeñado por ti, con todas sus pompas, esperanzas y vanidades. Lo que á ti directamente digo es que muy desventurada fueras hoy si pagada de las caricias de eso á que llaman fortuna, hubieras desoido aquella voz secreta, que algun tiempo atrás te decia desde tu corazon: «Genoveva! Genoveva! hija mia! tú serás toda para mi! olvida tu pueblo y la casa de tus padres: busca el retiro, huye á la soledad que en ella quiero hablarte al corazon y enseñarte la ciencia de los santos.» Que hubiera sido grande tu desventura, dije, Sor María, si ese amorosísimo reclamo de tu Dios y Señor hubieras desoido; y sin duda, porque en tal caso, justamente irritado el casto esposo por tu rebeldía á tan gratuita eleccion, repudiado te hubiera como Asuero Rey á la inobediente Vasti; y hoy en vez de la diadema de flores, distintivo de tu triunfo, con que apareces ornada, taladráran tu frente mil amargas cavilaciones, y tu corazon fuera presa de otras tantas inquietudes, despechos y remordimientos. Y allá en tu edad madura, ¡ay de mí! esclamarias, pues habiendo querido mi Redentor Jesus librarme del cautiverio de Ejipto para hacerme entrar á la parte con sus escojidos en la tierra de promision, yo no lo quisé, y una y mas veces cerré mis oidos á su dulce voz! Ahora fuéseme el tiempo precioso, perdi la salud, invadié-

ronme los años, mi juventud se fué, el siglo me causa hastio, sus pasatiempos me son aborrecibles, el claustro me repele....¿Qué hacer, pues, ahora?....¡Ah! qué desgraciada soy!

Si, señores, tal hubiera sido la suerte de Sor María, si ella hubiera escuchado antes la voz de la carne que la del espíritu. Pero como vengo probando, el sol de gracia y de justicia, Jesucristo Señor nuestro, ilustró su alma con un rayo de su soberana luz, y con esa luz hízola ver claramente que el mundo es una verdadera Caribdis en cuyos escollos se estrella y perece cada dia gran número de almas, que fuera de él conserváran, tal vez hasta la muerte, su inocencia: que los bienes de fortuna son lo que fueron para David las armas brillantes de Saul, una pesada carga, un estorbo que compromete la victoria en la lucha con el mundo y con la carne: que las modas y atavios hinchan el ánimo, corrompen el corazon, y por consiguiente, inhabilitan para el trato con Dios, sin el cual no puede haber virtud, asi como sin virtud no puede haber salvacion: que el trato humano está tan viciado que apénas puede conversarse con las jentes sin que la conciencia se manche con la murmuracion, con la calumnia ó con la mentira: que la fé parece disponerse á emigrar de la tierra, volviéndose al seno de Dios de donde vino, á consecuencia de la cobardia de los hombres, en los unos para defenderla, en los otros para conservarla, y en los otros para confesarla públicamente: que la virtud se esconde y huye cual si fuera vicio y que el vicio cual si fuera virtud marcha de frente á sus conquistas con impunidad; y con tal impunidad, que si en su marcha desvergonzada á la virtud encuentra en su camino ¡atrás! le grita, ¡paso al vicio! sin que una voz autorizada se levante en favor de la virtud Vió tambien, Sor Maria,

con el auxilio de esa luz que le vino de lo alto, que por una fatalidad sorprendente la iniquidad gana prosélitos á millares y que las malas doctrinas se propagan como las yerbas ponzoñosas en campos abandonados; y que como en los tiempos de Noé solo una nueva universal inundacion puede apagar tan vasto incendio de maldades. .Sí, señores, todos estos males y otros que no menciono, vió con aquella luz esa jóven virjen en nuestros dias aciagos; y sorprendida ante unos síntomas tan alarmantes y que parece anuncian ya muy cercano, ó bien un cataclismo social, ó bien un desborde de la ira divina por tantos siglos represada, temió justamente, no con aquel temor que es hijo de la pequeñez ó mezquindad del ánimo, sino con aquel que siendo un don del Espíritu Santo produce la verdadera sabiduria, segun aquellas palabras, *initium sapientiæ, timor Domini.* Con este noble temor, pues, temió Sor María permanecer por mas tiempo en un siglo. el mas sensual y corrompido, tal vez, de cuantos siglos le precedieron, y. . . .*ubi fugiam?* adonde huiré? se dijo para sí. *Ecce virgo sapiens.* Hé ahi una vírjen que ilustrada por superior luz comprendió lo que es el mundo. Y ofreciéndosele entónces el claustro como un monte sagrado é inaccesible á los grandes males que la espantan, *allí me esconderé!* se contestó; y ved aquí una resolucion prudente: *et una de número prudentuum.*

II.

Es la prudencia aquella virtud cardinal que tiene por oficio conducir ordenada y armoniosamente las demas virtudes hácia su objeto, pues ella es la maestra ó rectora del bien obrar. Mas como no sea de mi propósito tratar difusamente de esta

virtud ni de alguna otra por esta vez, digo que Sor María de Jesus procedió con suma prudencia al abrazarse de la cruz de Jesucristo en el estado relijioso.

Porque, en efecto, señores, si es prudencia elejir entre varias cosas buenas la que es mejor; si tambien es prudencia prevenirse contra los males para evitar en tiempo sus tristes resultados, y si así mismo es prudencia en los que están á punto de padecer naufrajio arrojar al mar los bultos mas pesados para alijerar la nave, quién no vé cuán prudente ha sido Sor María de Jesus en la eleccion que ha hecho del mas escelente, espiritual y sublime de todos los estados? Del mas escelente, si, porque la mujer en otro estado divide su corazon, mas no en este, pues solo es dado á una virjen relijiosa decir con verdad: toda, toda, soy para mi amado Jesus. El hombre de mundo dirá: niego que la virjinidad sea mas escelente que la fecundidad. Mas yo al hombre de mundo recordaré á mi vez aquellas palabras del Apóstol: *animalis autem homo, non inteligit ea quœ sunt spiritus Dei:* el hombre carnal no entiende las cosas que pertenecen al espíritu de Dios. Calle, pues, el hombre de mundo, como voto incompetente en esta materia.

¿Quién no vé, repito, cuan prudente ha sido Sor María de Jesus dejando de lado á los bienes de la vida presente, para con mas desahogo y libertad emprender la conquista de los de la vida futura; en alejarse del mundo para no ser víctima de sus engaños y emboscadas, y, sobre todo, en imitar al Apóstol Pablo, el cual decia que él habia menospreciado todas las cosas para por este medio ganarse la amistad de Jesucristo, cuya cruz era su dicha, su ambicion, su gloria.

¿Son imprudentes acaso, podria preguntar alguno, todos los

que poseyendo bienes de fortuna no los renuncian á ejemplo de Sor María? Se responde, hermanos mios, que si esos todos comprendidos en esta observacion fuesen llamados como Sor María lo fué á la práctica de los consejos evanjélicos, serian imprudentes y aun temerarios en no imitarla; mas no siendo así, por no ser para muchos la fatigosa subida al monte de la perfeccion, no todos están obligados á renunciar esos bienes. Obligacion es de todos, y obligacion indispensable, mantener el ánimo desprendido de los bienes de la vida, y estar en disposicion de perderlos con paciencia toda vez que fuese la voluntad del Señor que la propiedad ó el derecho á esas cosas pase á otras manos, á imitacion de Job que habiendo caido súbitamente desde la cumbre de la abundancia hasta lo mas hondo de la indijencia decia: «Vos, Señor, me disteis aquellos bienes: me los quitais ahora, sea por lo uno y por lo otro bendito tu santo nombre.» Este desprendimiento, pues, esta libertad de corazon, tratándose de bienes temporales, es indispensable á todos y á cada uno, en cualquier estado, para alcanzar la vida eterna, ya que no hacer de ellos un completo abandono; pues no la posesion de las cosas, sino el desórden en amarlas, la inquietud por conservarlas y el afan por multiplicarlas, es lo que realmente se opone á la eterna salvacion.

Tu caso, empero, carísima hermana, no ha sido este, pues si bien tu divino esposo y mi Señor dijo á uno en cierta ocasion: «si quieres entrar á la vida, guarda mis mandamientos», poco despues le dijo: «pero si quieres ser perfecto, vende todo cuanto tienes, dálo á los pobres y sígueme»; y habiendo dicho á ti esto segundo no pudiste sin traicionar tu vocacion y comprometer tu conciencia, permanecer en el siglo poseedora de esos bienes que renunciaste.

Por todo lo cual, Sor María, vuélvolo á decir, procediste con admirable cordura y muy en conformidad con la ilustracion que te vino del cielo. Pero advierte, carísima hermana, y no lo olvides, que si tu prudencia en lo sucesivo no correspondiese á la que has manifestado hasta hoy, tu grande proyecto de perfeccion, cuya sola iniciativa tanto ha edificado á este gran pueblo, fracasará, caerá como edificio levantado sobre arena; y para que esto no suceda te propondrás, desde ahora, lo primero, ser muy obediente.

Esta virtud te es tan necesaria para alcanzar el supremo bien que santamente ambicionas, como la aguja náutica al piloto; pues así como perdido ó inutilizado este instrumento ya ese piloto ni sabe qué hacer de sí ni de la nave que se le encomendó, de la misma manera tú, si pierdes de vista el norte de la obediencia, queriendo reconquistar ciertos fueros ó derechos de que libremente te despojas hoy, envuelta quedarás en espirituales tinieblas, sin saber lo que has de hacer de tí, ni á que viniste al monasterio; y sin luz, sin direccion y sin camino, ni te entenderás, ni te entenderán, y te encontrarás completamente perdida. La razon de esto es que mientras obedezcas ciegamente los mandatos de tus superiores, tus pasiones te obedecerán á tí; y vice-versa, si te rebelas contra la autoridad, esas pasiones mismas volviéndose contra tu razon tumultuosas y alborotadas te arrastrarán de rebeldía en rebeldía hasta el divorcio con tu celestial amado. Por lo tanto, Sor María, jamás te rebelarás contra las órdenes de los que te gobiernan, á no ser que clara y evidentemente conste que lo que se te manda es prohibido por el Señor. Y díje clara y evidentemente, porque dado el caso de que dudes si eso que se te manda es lícito ó prohibido, todavía debes estar á lo mandado

y obedecer, pues no es razonable que por una simple duda sea despojado el superior de su derecho cierto para mandar. No te rebelarás, habia dicho, y añado que ni razonarás contra lo mandado; porque no á razonar ni á deslindar cuestiones de derecho, sino á obedecer ciegamente viniste al monasterio. El siglo XIX, hermana mia, racionalista, insensato, antepone la orgullosa razon á la sumision humilde, y de aquí viene el estado de confusion en que se hallan hoy los hombres, las instituciones y las cosas todas. Pues bien, todo aquel que como tú quiera salvarse, ha de anteponer la obediencia á la razon, esto es, los derechos de la autoridad al orgullo del espíritu. Así que, Sor María, cuando te digan: vén, lo dejarás todo y la oracion misma, é irás: y cuando te dijeren vé allí, ó haz esto ó aquello, irás al punto y harás lo que te manden, que de todos esos actos no á ti se pedirá cuenta en el último dia sino á tus superiores. No quieras olvidar, hermana mia, estas sencillas pero importantes máximas, de cuya observancia mas ó menos exacta depende que seas mas ó menos feliz en la casa del Señor.

En segundo lugar, Sor Maria, cuidarás mucho de ser observantísima del solemne voto de pobreza que acaban tus labios de proferir; y tanto mayor debe ser tu cuidado sobre el cumplimiento de este voto, cuanto que el ánjel de tinieblas ha de apurar su malicia, para arrebatarte, si puede, la palma que hoy has ganado con el sacrificio que has hecho de tu pingüe fortuna. No lo dudes, él hará cuanto esté en sus alcances para que la que supo desacirse de muchas cosas de valor, venga á quedar cautiva de alguna insignificante pequeñez. Con este fin él pondrá en tus manos algunas veces ó delante de tus ojos curiosas niñerías, para con ellas, como con un cebo, extraerte del

dulce reposo del espíritu, ó por lo menos, hacer que te distraigas de tu Dios y Señor algun tanto siquiera. Un libro, una planta, una pintura devota, una...... que se yo, Sor María, pero ello es indudable que cualquiera de estas mezquindades puede servir de lazo al ánjel malo para enredar el corazon de una relijiosa, estinguir en ella el fervor, tras el fervor la devocion, tras la devocion la caridad, hasta dar con ella..... Ea! no temas, carísima, no sucederá tal cosa; pero si muy sobreaviso vivirás sobre estos escollos, que son muy frecuentes en la senda de la perfeccion relijiosa; de otro modo, y por mas que no quisiera decírtelo ahora, puede suceder que un dia te digan lo que á las vírjenes necias: *necio vos:* no os conozco.

Sobre el voto de castidad no he menester decirte mas que llamar tu atencion sobre el hábito santo que ostentas y sobre cuantas personas y cosas te rodean en la casa del Señor. Todas juntas esas personas y objetos te predican esa virtud que tan enamorada te trae, y por cuya conservacion lo has abandonado todo. Sí, Sor María, la blancura de tu velo y de tu escapulario, te predica castidad; la conversacion y modestia de tus hermanas, la aspereza de tu lecho, el silencio devoto de esos claustros, las sagradas imájenes que en ellos encuentras, la elevacion austera y majestuosa de esos muros, que á guisa de centinelas avanzadas obligan al mundo á retroceder para que no llegue hasta tí; todo, finalmente, todo en la casa de Jesucristo te exhorta y persuade que debes ser tan limpia, candorosa y pura, como una de esas flores que sueles tu misma consagrar á tu esposo sacramentado, adornando con ellas sus altares.

No te arredre, hermana mia, la idea de los grandes cuidados y sacrificios que te demandará la posesion, el cultivo y el

perfeccionamiento de estas tres principales virtudes y de otras mil á cuya conquista eres llamada: tampoco retrocedas ante la idea de la guerra feroz y rencorosa que hoy mismo te declara el infierno enfurecido al ver como triunfas sobre el mundo su aliado: y por fin, ni te acobardes ante el conocimiento de tu insuficencia para sostener tan fuertes luchas, porque la santa oracion, con cuya práctica debes familiarizarte, te volverá fuerte, y tanto que tus enemigos y el mismo infierno te cobrarán temor. La oracion, hermana mia, la oracion sostenida y fundada desde sus principios sobre la piedra del propio conocimiento: dirijida en sus progresos por las reglas y doctrinas de Teresa de Jesus, Juan de Avila, Granada y otros maestros de primer órden en esta sagrada ciencia, es la armería en donde los que eficazmente quieren salvarse toman sus armas para herir á los espíritus invisibles, malos é impuros, y defenderse de sus malignas sujestiones como de otros tantos dardos envenenados.

Solo asi, Sor María, armonizando tu conducta venidera con tu ilustracion y prudencia precedentes; solo asi, llenando con delicada fidelidad tus deberes relijiosos, esto es, solo siendo muy obediente, muy pobre, muy pura y muy amiga del retiro, del silencio, de la santa lectura y de la oracion, harás que sea una realidad, un hecho consumado, lo que al principio dije de tí manifestándote á mi auditorio: *Ecce virgo sapiens, et una de número prudentuum.*

He probado, Sor María, que tu profesion relijiosa acredita tu ilustracion y tu prudencia; mas como el fin corona la obra, á tu cargo queda hacer efectiva mi proposicion en lo sucesivo.

Terminado mi discurso, hermana mia, solo me resta decirte que pues hoy, en razon del grande sacrificio que consumas en

obsequio á Jesucrísto, quedas en el divino acatamiento tan limpia, aceptable y libre de todo reato como en el dia en que las aguas del santo Bautismo bañaron tu alma, te aproveches de esta feliz coyuntura para inclinar las misericordias de tu amado sobre las necesidades ya públicas, ya particulares, y muy principalmente sobre los conflictos de la santa iglesia nuestra madre, y sobre las amarguras del Pontífice Romano que la preside y gobierna. Porque, es de saber, carísima Sor María, que la iglesia católica con su intrínseca santidad y excelencia ha despertado la rabia de los impios, de la misma manera que el oro y las piedras preciosas despiertan la codicia del avaro; y el Vicario de Jesucristo con sus resaltantes prendas y virtudes ha despertado tambien la emulacion y el ódio de los incrédulos, de la misma manera que la presencia del manso cordero despierta el hambre del sangriento lobo; ó por decirlo mejor, así como la santa sencillez de Abel exitó la ira de Cain, primer homicida; y he aquí la razon del insensato ódio que se ha levantado en el mundo contra estos dos grandes y venerandos objetos, la Iglesia Católica y el Papa. Tu celestial esposo, Sor María, fué aborrecido, calumniado, perseguido, maldecido por los potentados de su época; luego la Iglesia y el santo Padre, que hacen sus veces, es preciso que tambien sean..... Pero no, á donde voy.....? que ruegues te suplico, hermana mia, por el restablecimiento de la paz de la Iglesia y juntamente por el advenimiento de mejores dias para el corazon afligido del Pontífice Romano, nuestro solícito Pastor y Santísimo Padre. Sí, señores, porque tambien es de saber que tenemos un Papa eminentemente sabio y virtuoso; y tanto que se ha merecido el ódio de todos esos hombres cuyas alabanzas denigran, y cuyos vituperios ensalzan, de todos esos

hombres, por fin, que dicen en su corazon: *Non est Deus!* no hay Dios!

Asi mismo rogarás, Sor María, por esta tu patria y mi patria tambien, en cuyo seno recibiste la educacion que te ha venido disponiendo desde la niñez á la consecucion de las presentes misericordias. Pedirás tambien á Jesucristo fortalezca con su gracia al Ilmo. Prelado de esta Diócesis, para que con apostólica firmeza contenga los avances de la herejia. Pídele, tambien, ilustre con su luz á los majistrados de la República, y en especial al jefe supremo de ella, para que de tal modo gobierne que cuando caiga en las manos del Dios vivo pueda dar buena cuenta del cargo que le fué conferido.

Igualmente rogarás, Sor María, por todas tus amigas, que á tantos males quedan espuestas en el mundo en fuerza de la grande corrupcion del siglo. Ruega por tus hermanos, y con especialidad por tu amada hermana, la cual, enamorada tambien del esposo de las virjenes, proyecta seguir tu ejemplo y ser para siempre suya. Por último, Sor María, pide á Jesucristo, mi Señor, para mi, su indigno siervo, no ciencia, ni gloria vana, ni elocuencia, ni autoridad, ni cosa alguna perecedera y deleznable; pídele solamente que me haga digno y capaz de padecer algo por su amor y por la causa de su Iglesia, mi dulce madre, la cual despues de su majestad y de la virjen María, es para mi todo mi encanto, mi felicidad y mi gloria.

¡Hijas de mi gran padre Domingo! he ahi una nueva hermana, amadla como á tal! ¡Hermanos y amigas de Sor María de Jesus! ya es un hecho: la Señorita Genoveva Constanzó acaba de morir para el mundo! Olvidadla, pues, para todo lo que concierne al tiempo y solo haced memoria de ella en lo relativo á la eternidad.

DISCURSO EN LA PROFESION RELIJIOSA

DE LA

SEÑORITA DOÑA RAMONA MONIAIGURRIA

> Transivimus per ignem et aquam, et eduxisti nos in refrigerium.
>
> Hemos atravesado por fuego y por agua; mas al fin nos trajiste á un lugar de refrigerio.
>
> *Salomon* 65, *V.* 11.

Hé aquí el momento que tanto has deseado Sor Cármen de Santa Teresa! Un árido invierno espiritual sobrecargó tu alma de cuidados, de incertidumbres y de zozobras; pero hoy es el dia florido de una primavera que en reemplazo te trae consuelos inefables, esperanzas halagüeñas, espansiones puras, deliciosas, delicadas, que solo saben y pueden gustar los que como tú aman á Jesucristo hasta sacrificarlo todo por su amor.

¡Qué grato y risueño dia pára ti, amada hermana mia! Dia es este, por cierto, en el que, abandonando para siempre el mar proceloso del siglo, y consagrándote, para siempre, tambien, al servicio de tu Dios y al cultivo de las virtudes en el terreno fértil del claustro relijioso, dejas de pertenecer á un mundo que no dió otra recompensa á los que mejor le sirvieron que los remordimientos, el desprecio y el olvido.

Penetrado de estas verdades, que cada dia confirman hechos repetidos y notorios, y seguro como estoy de tus convicciones a este respecto, paréceme oir que dices lo que el Profeta Rey decia, interpretando los sentimientos del pueblo judio despues de su cautiverio en Babilonia: «hemos atravesado por fuego y por agua, mas al fin nos has traido, Señor, á un lugar de refrijerio.» *Transivimus per ignem et aquam, et eduxisti nos in refrigerium.*

Es por esto, hermana mia, que antes de otra cosa quiero que recibas mis felicitaciones y parabienes mas sinceros, pues proceden del fondo de mi corazon. ¡Sea para gloria de Jesucristo y para tu felicidad temporal y eterna este acto que tan altamente regocija á la iglesia arjentina, á la iglesia universal, á la familia dominicana, á tus padres, hermanos y amigas, á los ánjeles mismos; pues estos no pueden menos que ver en este acontecimiento una nueva y espléndida victoria de la gracia sobre la carne y el mundo; y en ti, una flor mas arrancada de este valle de lágrimas y colocada en el templo para recreo de Jesucristo!

Por lo que hace á vosotros, señores, aplaudo el que á despecho del mundo, y con la independencia que es propia de quien sabe lo que hace, lo que piensa y lo que le conviene, hayais querido presenciar el triunfo del amor divino sobre el amor mundano, del cual esa jóven dá hoy un testimonio elocuente.

Si vosotros por no descontentar á ese amo, el mas déspota é intransijente, que se llama mundo, hubieseis negado vuestro concurso á esta solemnidad, él se aprovechára quizá de esta circunstancia para decir ó que estos actos no cuentan ya con las simpatias de las jentes seglares é ilustradas, ó que esa jó-

ven al sacrificarse en aras de la relijion habia derramado lágrimas de dolor, lamentando la pérdida de sus derechos y esperanzas á cuanto en el siglo pudiera poseer, ó pudiera el mundo ofrecerla. . . .Pero ya veis cuán gozosa se ostenta esa virjen cristiana, cuán risueña y cuán festiva; lo que prueba hasta la evidencia la espontaneidad de su sacrificio y la firmeza de sus convicciones.

Yo, señores, para llenar el honroso papel que en esta solemnidad se me ha confiado, me propongo hacer notar á vosotros y á la nueva esposa de Jesucristo que es oportuna sobre manera, muy prudente y envidiable la determinacion que abraza.

Sobremanera prudente y oportuna por los grandes males que esquiva y que tan de cerca la amenazaron: *Transivimus per ignem et aquam.*

Sobremanera envidiable por los grandes bienes que se promete, que hallará y que nadie podrá arrebatarla: *Et eduxisti nos in refrigerium.*

Postrémonos antes á los piés de María, demandando humildes su bendicion maternal para mi desempeño, instruccion de la nueva relijiosa y edificacion de todos. *Ave-María.*

Transivimus per ignem. etc.
S. 65, *V.* 11.

I

Muy vivas y muy profundas fueron, señores, las demostraciones de reconocimiento que el pueblo de Israel tributó al Señor despues que Su Majestad por su misericordia le resta-

bleció en su amada Jerusalem desde Babilonia la soberbia, la idólatra y voluptuosa, bajo cuya dominacion tiránica tantas y tan amargas lágrimas habia derramado. Y tanto mas espansivas y cordiales fueron aquellas demostraciones, cuando mas clara y distintamente recordaba ese pueblo los dias pesarosos, la ignominia y el tedio que habia devorado durante el largo periodo de su misera servidumbre.

Sí, el pueblo judio traia con frecuencia á la memoria aquellas horas y dias amargos, en los cuales no disfrutaba de otro consuelo que el de sentarse silencioso en las márjenes de los rios babilónicos á ver confundirse sus lágrimas y sollozos con las ondas y el murmullo de aquellas ingratas corrientes, y á observar tambien como balanceaban melancólicamente los vientos sus arpas y laudes suspendidos de los árboles vecinos, y con los cuales habia acompañado, en dias mas felices, sus cantares favoritos, los aires patrios.

Traian tambien á la memoria los reconocidos israelistas, libres ya de su cautiverio, la sonrisa irónica de sus antiguos opresores, cuando insultando su desgracia les decian: «Ea! entonad algo de vuestras canciones nacionales;» á lo cual ellos contestaban suspirando: «¿Y cómo podremos nosotros cantar los himnos del Señor en tierra estranjera?» Y poniendo luego su pensamiento en su lejana Jerusalem, la apostrofaban diciendo: « Nunca, no, Jerusalem querida, jamás lo hare-
« mos. . . . Jamás se nos verá contentos, ausentes como esta-
« mos de ti. ¡Nuestra diestra se seque y nuestra lengua se nos
« pegue al paladar, si una sola estrofa cantásemos, viviendo
« como vivimos desolados y tristes, comiendo el pan duro
« del esclavo, y tan lejos de tus colinas hechiceras, de tus
« verdes campiñas, de tu templo y de tu cielo. »

Y comparando despues su libertad presente con su cautiverio pasado, reaccionaban, é indignados, volviendo su vista hácia el Oriente, decian: «¡Ah! Babilonia cruel, Babilonia impía. . . .dichoso aquel que tuviese la gloria de arrancar tus párbulos del seno de sus mismas madres y de arrojarlos y estrellarlos contra tus peñascos!». *Beatus qui tenebit et allidet parbulos tuos ad petram.*

Tales eran, señores, las reminiscencias con que los hijos de Israel aliviaban su pecho oprimido bajo el pesado recuerdo de la larga y ominosa esclavitud en Babilonia.

De muy semejantes afectos y sentimientos te creo animada en este dia, Sor Cármen de Santa Teresa, viéndote desligada del mundo y de sus vanas é impertinentes costumbres.

¿Acaso no es verdad, hija mia, no es verdad que en otro sentido, en el sentido moral, tú tambien deplorabas tu cautiverio y suspirabas anhelosa por esta tierra de promision, fértil y bendita, cuyo aire puro respiras? ¿No es verdad, repito, que tú tambien entristecida veías pasar las bacanales estrepitosas, los tumultos políticos, los espectáculos sensuales, los asuntos frívolos, las modas ridículas, las doctrinas satánicas, y mil otras vanidades y ruidos, como otras tantas corrientes de infectos rios, en cuyas ondas iban envueltas y veias perecer muchas almas incautas?

¿No es verdad, tambien, que tú, como los israelistas cautivos, eras invitada porfiadamente por los hijos de esta moderna Babilonia, de esta Buenos Aires disoluta, á tomar una parte activa en los pasatiempos indecorosos y las mas veces desvergonzados, que forman toda su delicía, y por los que olvidan sus deberes para con Dios, para con el prójimo y para consigo mismos?

«Amable jóven! te dirian, ¿por qué quieres eximirte en la flor de tu edad de unos pasatiempos y recreaciones de suyo inocentes y que amenizan la vida? ¡Qué fuera de los pobres mortales sin estos oasis floridos, sin estas tréguas que se dan á los penosos afanes de la misera existencia! ¿A dónde iria la juventud á reparar las fuerzas consumidas en el cultivo de las letras, en la labor ó en los cálculos y especulaciones mercantiles? Mira, mañana habrá mucho que ver y que oir en tal ó cual teatro; la cantatriz que trabajará ha obtenido gran éxito en las mas cultas capitales de Europa, y será sensible que no vayas á emitir tu juicio sobre esa notabilidad artística. Hé aqui una novela moderna; ¡qué bien escrita está! Qué descripciones encantadoras! Qué pasajes tan patéticos trae! Ataca de una manera victoriosa mil preocupaciones tradicionales sobre relijion, sobre moral y sobre politica. Mira cual será su mérito en las presentes circunstancias, en que se trata nada menos que de rejenerar el mundo, dando á las cosas humanas un impulso hácia el progreso indefinido. No dejarás, pues, de leerla; tanto mas cuanto que es indispensable ilustrarse para no desempeñar un papel ridiculo, lo que seria indigno de tus prendas y de tu condicion. Ea, canta, baila, lee, adórnate. ¿Por qué y hasta cuándo has de estar reñida con la moda que tanto realce dá á las gracias juveniles? *Nequaquam moriemini....»* No perderás nada en ello, antes bien ganarás mucho»....

Ved aquí, hermana mia, el lenguaje pueril, hueco, pero seductor, con que los hijos de Babilonia se empeñan en fascinar á los que en el siglo se abstraen de vanidades y mentiras para buscar á Dios y vivir segun los principios severos de la relijion cristiana. La serpiente insidiosa habló en igual sentido á

nuestra primera madre; ella desprevenida y menguada la escuchó; perdió la gracia divina, y desde entonces ella y sus hijos arrastraron una existencia de contradiccion y de lágrimas.

¡Qué fuera hoy de tí, Sor Cármen, sinó hubieras desconfiado de esas lisonjas y te hubieras dejado sobornar por tan halagüeñas y embusteras palabras!

Paréceme que te estremeces, carísima mia, divisando aún y desde el seguro puerto á que has arribado los peligrosos escollos que en el piélago del mundo te cercaban, y de los cuales solo Dios pudo librarte, porque te reservaba para su servicio y para su amor.

Y con razon, señores, se estremece esa jóven vírjen al recuerdo de las acechanzas que el mundo la tendia; porque así como es preciso haber arribado y descansar en abrigado puerto para saber valorar esta seguridad comparada con los agitados golfos que se han surcado, tempestades que se han sufrido, y demás ajitaciones y zozobras inherentes á una dilatada navegacion, del mismo modo es preciso hallarse al abrigo de estos muros sagrados y aspirar la atmósfera de candor y de paz que reina en ellos, para saber juzgar con acierto y distincion el deplorable estado de la sociedad en nuestros dias, y sobre las nuevas invenciones de la malicia humana para pervertir la inocencia.

Es indudable, sí, que en todos los tiempos el mundo fué hostil á la virtud, enemigo de la cruz de Jesucristo, y habilísimo preparador de activos tósigos para emponzoñar las almas; pero si este nuestro enemigo capital antes de ahora atacaba el dogma y la moral parcialmente, con intermision, embozado, hoy les ataca en campo abierto, desplegando todas sus fuerzas de una manera tan osada, con tal cinismo e

invocando tales títulos, que aún personas nutridas desde su cuna con la doctrina de Jesucristo se encuentran empeñadas y figuran entre los secuaces del error, sin saberlo ellos mismos siquiera, y sin darse cuenta de como vinieron á separarse y á perder de vista el estandarte de la verdad que con entusiasmo y desicion seguian en otro tiempo.

Los enemigos de la iglesia de Jesucristo se han valido de tal arte, han rebuscado y desenterrado los errores, que en estado de momia solo servian para dar testimonio de las aberraciones de que el hombre es capaz, que han conseguido al fin llevar la incertidumbre sobre las verdades mas palmarias y convertir en cuestiones por resolverse los mismos principios que desde el orijen del mundo han servido de base á la sociedad humana.

Ellos han esparcido tales sombras y han forjado tales y tan cabilosas teorias, que ya no saben las jentes ni que cosa es libertad, ni de donde trae la autoridad su orijen, ni porqué se deba obedecer, ni á quien, Se duda ya por muchísimos si la virtud y el vicio se diferencian esencialmente, ó si son preocupaciones ó modos diversos de apreciar los actos humanos. Si al niño ha de enseñársele á conocer y servir á Dios, si existe en la tierra un juez infalible en lo concerniente á doctrina, si el hombre debe subordinar su razon á la revelacion, ó si la razon individual es la sola guia, el solo norte ó derrotero que debe el hombre seguir, y el solo juez de sus acciones, si el hombre es inmortal, y si algo le está reservado para despues, si el pensamiento prueba en él la indivisibilidad y simplicidad de su espíritu, ó si es su cuerpo el que piensa, prevée, discurre y entiende. . . .Sobre todo esto, señores, la buena filosofia falla de acuerdo con la relijion. La iglesia

desde su institucion planteó su cátedra y nos dió luz y solucion satisfactoria sobre estas y otras mil cuestiones vitales. Lo que hay de verdad sobre estos puntos, y lo que hay de falso, todo nos lo ha enseñado la iglesia, porque son cuestiones de su competencia, en razon de estar ligadas, todas ellas, con los intereses eternos del hombre. Sin embargo, esa libertad de pensar, de entender y de obrar que el presente siglo aclama con increible petulancia, hasta tal punto ha confundido las ideas y anarquizado las conciencias, que, como ya dije, la mayoria de las jentes marcha estraviada sobre todas esas cuestiones. Y despues de haberlo sabido todo pacíficamente merced á la enseñanza católica, hoy se duda de todo; y la perplejidad, el caos y el pirronismo mas desconsolador han venido á sustituir á la fé y á la paz del corazon de que gozaba el jénero humano bajo el majisterio de la iglesia católica.

Tal es, Sor Cármen, á grandes rasgos bosquejado, el estado enfermizo en que se halla el siglo de que te alejas.

No te he dicho nada de mil otras vanidades que traen en la actualidad verdaderamente desquiciadas cabezas robustas, intelijencias naturalmente ricas, y que en otras condiciones dieran frutos dulces y saludables á la doliente y menesterosa humanidad.

¡Cuánto pudiera decir, hija mia, si hubiera de contrarme á pintar con sus tristes coloridos el estado de abyeccion y envilecimiento en que han caido millares de jóvenes de tu sexo, despotizadas por la moda! Las inquietudes que sufren, las desazones á que ese amo las condena, las críticas amargas á que las espone, el tiempo precioso que las roba, los gastos injentes que las demanda, la envidia á que las provoca, los

desvelos, los afanes, los sacrificios que arrostran por desfigurarse, por aparecer distintas de como Dios las hizo ...Y todo esto ¿para qué? ¡Ay! para merecer un aplauso frívolo de las jentes lijeras, á la vez que la compasion y quizá el menosprecio de las jentes sérias, despues de todo lo cual viene la muerte á poner fin á esas vaciedades, y despues de la muerte el juicio de Dios que no dejará sin castigo tanto tiempo desperdiciado, tanta superfluidad, tanto orgullo.

¡Ah! compadécete mucho y muy de veras, hija mia, de esa multitud de jóvenes cautivas, subordinadas en cuerpo y alma á los gustos y caprichos del mundo, que luego las abandona en su vejez, como se arroja una flor que ya perdió la lozania y que para nada sirve ...¡Ah! compadécelas, yo te lo suplico, acordándote de la atmósfera engañosa que las rodea, de las ilusiones que las preocupan y de las exijencias que las impone ese déspota que las esclaviza; que si tú te encuentras ya libre de ese yugo y servidumbre, no lo debes ni á tu prevision, ni á tus talentos, sinó á la libre eleccion que el Señor hizo de ti para que fueses esclusivamente suya. Acuérdate, vuelvo á decir, que tú atravesaste tambien ese turbulento piélago próximamente espuesta á perder tu alma para siempre: *Transivimus per ignem et aquam;* y que solo por haberte mirado el Señor con especial misericordia te trajo á su santa casa, para que participes de los grandes bienes que ella encierra. *Et eduxisti nos in refrigerium.*

II

Los grandes bienes en que tanto abunda la tierra bendita en que te encuentras, no te han sido prometidos absolusamen-

te por el hecho mismo de haber vestido el hábito relijioso, no; antes te fueron prometidos de un modo condicional, y la condicion es esta: si eres fiel á los nuevos deberes á que quedas obligada desde hoy. Por lo cual, y como estas obligaciones ó deberes se desprenden de los tres solemnes votos con que acabas de ligarte, y que esencialmente constituyen tu nuevo estado, te hablaré de ellos brevemente, indicándote luego aquellos bienes que serán el resultado ó el premio de tu contraccion y de tu ahinco en perfeccionarte.

El primero de estos votos, hija mia, es el voto de obediencia, como bien lo sabes, y en virtud del cual el quiero hacer esto, ó no quiero hacerlo, te son palabras vedadas desde hoy hasta la muerte; y es la razon, porque el quiero y el no quiero suponen la posesion plena de la propia voluntad, de la que te despojas hoy abdicándola en manos de tu prelada y en obsequio y por el amor de Jesucristo, que por tí se hizo obediente hasta la muerte y muerte de cruz.

La obediencia, Sor Cármen, es la virtud relijiosa por antonomasia, la virtud jefe, la virtud difícil tambien, porque ella es la que mas directamente ataca y mas hondamente hiere el amor propio, raiz del orgullo. Pero precisamente por esto es la virtud que mas nos exalta delante de Dios, por lo mismo que nos empequeñece delante del mundo; y es averiguado que Dios y el mundo son diametralmente opuestos.

Mucho pudiera decirte, hija mia, sobre esta virtud tan propia de tu nuevo estado; mas ¿qué vendrian á ser todas mis alabanzas y recomendaciones con lo que de ella han dicho los santos doctores, los místicos eminentes que el Señor nos dió por lumbreras y guias en la carrera de la perfeccion? Baste, pues, que sepas que ella sola vale mas en la aprecia-

cion divina que cuantos rendimientos, homenajes y sacrificios pudiéramos consagrarle, como quiera que nada tan precioso, nada que amemos con igual celo como nuestra voluntad, la cual en nosotros es la sacerdotiza que elije, prepara y sacrifica todas las víctimas, ofrendas y holocaustos. Y asi como ningun obsequio es á Dios tan grato como el martirio por el nombre de Jesucristo, como consta de estas palabras del Señor: «nadie tiene mayor caridad que aquel que pone su alma por sus amigos:» *majorem charitatem nemo habet, ut animam suam ponat quis pro amicis suis*; en razon de que en este sacrificio va envuelto el mismo Señor de la víctima, así ninguna ofrenda podremos ofrecer mas aceptable al Señor que la obediencia, en la cual la cosa ofrecida es la voluntad; ó lo que es lo mismo, el yo, este ídolo, hija mia, en cuyas aras todo lo sacrifica el hombre de mundo.

La obediencia, Sor Cármen, es el barómetro mas exacto y veraz para juzgar de la bondad de los espíritus ó de su malicia, pues la mas refinada hipocresia luego se desenmascara al toque de la obediencia. ¿Quieres, pues, saber de alguna alma cuánto ha aprovechado en la virtud? Procura saber como vá en la obediencia. ¿Quérras en otra ocasion saber si tales ó cuales austeridades, si tales ó cuales inspiraciones ó fervores inusitados de una relijiosa, proceden del espíritu de Dios ó del espíritu de las tinieblas, para edificarte de esas cosas ó para cautelarte? Lo sabrás si averiguas si esa alma es obediente ó no. La razon de esto consiste en que sin humildad no hay santidad; y no hay humildad sin obediencia.

Abrázate, pues, Sor Cármen, desde hoy y para siempre, con esta fiel amiga y guía de las monjas aprovechadas y ejemplares, y salvarás con felicidad los escollos que aparecen de vez

en cuando en el camino de la relijion. Si te desvias del consejo seguro de esta prudente maestra, te desvias del aprisco y te encontrarás sola; y si el lobo infernal te vé sola, te engañará, te hará presa de sus garras, te devorará. Obedecerás siempre, hija mia, y no te faltará la luz en tus perplejidades é incertidumbres. De otro modo no te entenderás ni te entenderán.

Con todo, bien es que advirtamos que solo la obediencia que debemos al Dios que nos ha creado es omnímoda, ilimitada y absoluta; mas la obediencia que en obsequio á Dios tributamos á la criatura, tiene su órbita y sus límites. Hasta donde se estienden estos incumbe saberlo al superior que manda; al súbdito bástale saber que no hay manifiesto pecado en la ejecucion de lo que se le ordena, para que se someta á lo mandado.

La pobreza es el otro voto que has jurado ante el Señor en este dia; y en fuerza de él nada hay ya de material y perecedero á cuya posecion puedes alegar derecho alguno lejítimo. Tendrás lo preciso, pero no propio sinó prestado; y cuando sea del agrado de tus preladas hacer que cambies de celda, ó despojarte de tal mueble, hábito ó lecho, no obstante que el que te dén en reemplazo sea inferior al que antes tenias, te acordarás que lo que usabas no era propiedad tuya, porqué, como dije, nada propio puedes tener. Nada supérfluo puedes usar tampoco, ni la prelada puede concedértelo; aunque en esto será prudente remitirte el juicio de ella misma ó de tu director espiritual, pues bien puede suceder que un fervor poco ilustrado te haga mirar como ilícito el uso de alguna cosa, apesar de serte necesaria, aunque tú no la creas tal.

¡Oh! qué dicha para tí, Sor Cármen, que no puedan ya

perturbar tu espíritu los cuidados de los bienes de la tierra. ¡Almas sedientas de oro y de placeres sensuales! os hago saber para minorar vuestros cuidados que esta jóven ya no entrará con vosotras á la parte en la distribucion de las cosas terrenas. Nada os disputará; ni aún la esperanza de poseer algo se reserva. Quedaos con vuestro mundo y sus oropeles; ella solo quiere para sí la cruz de Jesucristo. Gran nueva es esta para vosotros, hijos de Babilonia, cuya sed de ilusiones jamás conoció hartura.

Y á vosotras jóvenes que deseais ser aplaudidas, cortejadas, engañadas, por decirlo mejor, os doy la nueva tambien de que esa jóven que acaba de morir para el mundo, ya no despertará en vuestro corazon ni celos, ni envidia, ni emulacion alguna. No, porque habiendo renunciado á todas las cosas transitorias queda vacante la silla que la sociedad la deparaba. Para ella se acabaron los ricos trajes, las modas elegantes, los peinados caprichosos, los costosos perfumes, y todo aquello de que suele echar mano un alma miserable para esconder la vergonzosa desnudez en que queda, cuando ha renunciado á Dios y á los sólidos consuelos de la gracia.

Quede, pues, establecida la mas perfecta paz entre Sor Cármen y vosotras, puesto que ella os deja libre el campo de vuestros triunfos efímeros y huye á la soledad sin llevar otra cosa que esa mortaja con que la veis vestida, y con la cual la verán sus hermanas descender en paz al sepulcro. ¿Pudiera exijir mas abnegacion de esa jóven la mas orgullosa é implacable rival?

Sobre el voto de castidad, carísima hermana, solo hay que saber que consistiendo su práctica en la renuncia y fuga de presente y de futuro de todo deleite vedado en el sexto de los

mandamientos divinos, indispensablemente has menester humillar tu cuerpo y reducirlo á servidumbre. Cierto, hija mia, que demanda cuidados esquisitos y asiduos la observancia de este voto; pero escudada como te encuentras por el de clausura y segregada para siempre de todo espectáculo, conversacion, lectura, familiaridad y trato que pudiera menoscabar en tí esta virtud anjélica, y sobre todo, confiando en la gracia divina, podrás conservarte siempre pura, como lo pide la naturaleza y el rango del esposo que te has elejido.

Apesar de todo, Sor Cármen, me atrevo á decir que sin la práctica de otra virtud, que lijeramente voy á recomendarte, es moralmente imposible que puedas aprovechar cosa alguna de las que ya te he recomendado.

Esta virtud es la de la oracion.

Emprendes un jénero de vida, Sor Cármen, no segun las inspiraciones de la naturaleza, sinó segun las exijencias del espiritu; un jénero de vida, por consiguiente, casi sobrenatural, por lo que se comprende que has menester para sostenerlo de auxilios sobrenaturales; y como estos auxilios solo pueden venirte del padre de las luces y dador de toda santidad, á él debes volver tus ojos y elevar tus manos con la frecuencia posible, pidiéndole con humildad y perseverancia esos auxilios que digo; y ved aquí la necesidad que tienes del ejercicio de la oracion.

¿A qué has venido, Sor Cármen, á la casa del Señor? ¿Qué es lo que buscas en ella? ¿Cuál es el fin que te propusiste?— Santificarme, me responderás. Seguir á Cristo crucificado, y seguirle hasta la muerte, para despues de la muerte poseer plenamente su amor. Perfectamente has contestado; ni pudiste jamás hacer de tu libertad un uso mas laudable. Pero

no olvides que para llenar tan altas pretensiones tienes necesidad de la oracion. Y sinó, díme, ¿puede alguien seguir á Jesucristo por el camino de los desprecios y humillaciones sin ser humilde? Creo que no. Pues bien, no serás humilde sinó te conoces; y no te conocerás sin el auxilio de la luz interior que por la oracion se alcanza. ¿Puede alguien amar la pobreza que Cristo tanto amó, sin conocer sus ventajas? No. Pues conocer esas ventajas solo es dado á almas contraidas al ejercicio de la oracion. ¿Y quién será manso, paciente, sufrido, obediente, misericordioso, sinó aprende y cópia de Jesucristo esas virtudes? Nadie! Pues hé aquí la necesidad de estudiar á Jesucristo, de pensar en Jesucristo, lo cual es propiamente meditacion, y esta conduce próximamente á la oracion, y aún es una de sus partes.

De todo esto se infiere, hermana mia, que es en vano pedir virtudes sólidas á quien no se ejercita en la oracion. Y se concluye tambien de aqui que sin el ejercicio de la oracion, habrá, sí, una apariencia de monja ó de relijioso; pero verdadera monja ó verdadero relijioso sin oracion ni hay, ni puede haber. Y ojála fuese este todo el mal, es decir: ojála toda la consecuencia de la falta de oracion en el que á Dios se consagra fuese el parecer relijioso ó monja y no serlo! Pero no es esto todo, pues será mala monja y mal relijioso.

Te exhorto, pues, Sor Cármen, á que te aficiones á la oracion; mejor diré, á que pidas á Dios muy de veras que te conceda por su misericordia el don preciosísimo de la oracion; no ya solamente por las razones aducidas, sinó tambien porque no te faltarán perplejidades, dudas, temores, incertidumbres. Dias habrá para ti opacos, borrascosos, oscuros, laberintos sin salida, dias de perturbacion y de espirituales

agonias, ó porque Dios te querrá probar, ó porque Satanás se empeñará en exasperarte, rendirte, hacerte variar de senda....Pero si en todos estos casos sabes ir á tu Dios confiada y humilde, yo te lo aseguro, Satanás quedará burlado, tú muy aprovechada, y el Señor muy satisfecho y complacido de tú conducta.

Aquí debiera empezar yo, señores, á enumerar uno á uno os grandes bienes que se esconden en estos muros sagrados, dentro de cuyo circuito se han refujiado tantas almas castasl huyendo de los engañosos alhagos de un mundo pérfido y sensual. Pero ¿cuándo tuviera fin esta enumeracíon? Contad, si os es posible, los males que bullen en ese mundo corruptor; contad sus pasiones, sus intrigas, sus injusticias, sus rivalidades, sus ódios, sus ilusiones é ingratitudes, sus vicios y sus escándalos, despues de los cuales precipita á sus partidarios, las mas veces, en una muerte impenitente y rabiosa, preludio de una eternidad infelicísima.

Comparad ahora ese malestar moral y culpable con la paz, la calma del corazon, los consuelos internos, las inocentes alegrias y las esperanzas, con la vida sencilla, pura, uniforme, candorosa, frugal, piadosa, limpia de esas vírjenes consagradas á Jesucristo, y tendreis todos, y especialmente tú, Sor Cármen, una idea aproximada de los bienes que puedes fundadamente prometerte en la casa de tu Dios.

¡Oh! señores! algo de estos bienes nos revela el Espíritu Santo, en aquellas palabras del Profeta Rey: *melior est dies una in atris tuis, super millia.* Mas que mil dias, Señor, vale uno solo en los átrios de vuestra casa. Y en otro verso dice el mismo Profeta: *elegi abjectus esse in domo Dei mei; magis quam habitare in tabernaculis peccatorum.* He preferido ser

el último y el mas olvidado en la casa de mi Dios, que vivir espectable y regalado en los alcázares del hombre pecador. Y por esto leemos, asimismo, en el hermoso libro titulado: «Imitacion de Cristo», estas palabras: ¡Oh! Señor, cuán grande es la abundancia de tu dulzura que escondiste para los que te temen! ¿Pero qué eres para los que te aman? y ¿qué serás para los que te sirven de todo corazon?

Por fin, señores, la vida del siglo se parece á la marcha precipitada, turbulenta é incierta de un torrente revuelto, cuyas aguas van turbias en razon de los despojos que arrebata en su carrera. La vida relijiosa se asemeja al silencioso camino que hace un arroyuelo modesto, cuyo suave murmullo recrea el oido y cuyas aguas diáfanas como el cristal, llevan consigo los aromas de las floridas márjenes que acaricia. Y así como ese torrente al fin de su marcha tumultuosa forma regularmente un lago estancado de emanaciones mefíticas, asi, por el contrario, ese arroyuelo sigue distancias dilatadas, ignorado quizá, pero lleno de vida y siempre gozoso, hasta entrar, confundirse y perderse en el océano insondable de bondad infinita que se llama Dios.

Ved aquí en ese torrente una imájen de la vida y de la memoria que deja en pos de sí el pecador en el siglo. Y ved en ese arroyuelo la imájen de la vida y de la memoria apacible, edificante y preclara que deja un alma que mientras vivió en la tierra fué empeñosa en santificarse.

Baste lo dicho, señores, relativamente á los grandes bienes que esa virjen cristiana se promete y que hallará en la casa del Señor, en cambio de los engañosos alhagos que el mundo le ofrecia.

Convengo en que no todos son llamados, ni es posible que

lo sean, al estado relijioso; pero de los que son llamados como Sor Cármen, es verdad tambien cuanto llevo dicho.

Mucho y muchisimo mas dijera sobre los consuelos limpios y castos de la vida contemplativa; pero muy pocos me creerian, y menos serian aún los que me entenderian; porque esos consuelos y dulzuras, si bien pueden esperimentarse, no se dejan fácilmente esplicar, ni pueden ser comprendidos por quienes no los buscan ó los desprecian. Por eso dijo el Salmista: *gustate et videte quan suavis est Dominus*: gustad, y vereis cuan suave es el Señor.

Por otra parte, señores, la nueva esposa está impaciente y anhela ya el silencio y el retiro, para estar á solas con su amado celestial, el cual, á su vez, hablándola al corazon la dice: *audia fi.ia et vide; incɑina aurem tuam; et ob iviscere populum tuum, et domum patris tui.* Hija mia, escúchame y atiéndeme: olvidate de tu pueblo y de la casa de tu padre.... *ec et concupiscet Rex dorem tuum*: porque solo asi, amará el Rey eterno la hermosura de tu alma.

No desoigas ese reclamo, carísima hermana en el Señor; vé en paz á tu silencio apetecido, y cual otra Madaglena siéntate en la presencia de Jesucristo, recoje sus inspiraciones y palabras, entrégale tu corazon, y ámale mucho, porque mucho le debes.

Sin embargo, antes que te separes para siempre de esta escena, envia un adios tierno y amigable á todas estas almas que te admiran y contemplan, y asegúrales que esta separacion no es de aversion ó enemistad, como las que el mundo produce, sinó al contrario, de benevolencia y de paz.

En efecto, padres y amigas de Sor Cármen, advertid que ella, esa vírjen, se aleja de vosotros en un sentido, mas en

otro sentido se estrecha con vosotros. Se aleja de vuestros peligros, y esto porque su humildad la hace temer que acaso quedára ella vencida donde vosotros vencedores.

Se aleja de vuestros negocios seculares, de vuestras recreaciones y sociedad, para mas libremente buscar á Dios, poner en su divina presencia sus necesidades y las vuestras, y trabajar con mas ahinco en su eterna salvacion y por la vuestra tambien.

Se aleja de vosotros, es verdad, pero con el santo propósito de disponerse á la conquista del cielo, donde espera poseeros en caridad perfecta.

Os deja para siempre, pero para trabajar por vosotros, ofreciéndose á Dios cada dia, verdadera victima por vuestra salud espiritual; y así mismo, para aumentar el número de los que levantan sus manos al cielo en demanda de misericordia para el mundo culpable.

Permitidme aqui una breve digresion para ampliar la idea que acabo de emitir, y que deseo no se os pase desapercibida.

Muy superficial y groseramente juzga de la vida relijiosa y claustral quien no vé otra cosa en una monja que una mujer que se esconde del mundo para evadirse de sus molestias y de sus riesgos morales. No, una monja no es eso. Oid lo que és.

Una monja, señores, es una criatura denodada que animada por la caridad se compromete á llevar sobre sí por toda su vida, y en bien de sus prójimos, una pesada cruz, cual es la que forman las continuas é innumerables privaciones á que está sujeta la vida claustral. Una monja es una hostia espontánea ofrecida al Dios justiciero por los pecados de los pueblos. Una monja es una vírjen que se estenúa con el ayuno;

mientras que los sensuales se entregan á crapulosos escesos. Una monja es una vírjen que en el silencio de la noche examina su conciencia, y en seguida la purifica con la oracion y el dolor; mientras que á esas mismas horas los insensatos y carnales se revuelcan quizá, como inmundos reptiles, en bacanales y orjias repugnantes y lúbricas. Una monja es una virjen inocente que canta las alabanzas divinas con voz conmovida por los ímpetus y fervores de la caridad; mientras que por las plazas, casas y calles la multitud disipada se ocupa en leer periódicos corruptores, algunos de ellos empeñados en probar que no hay Dios, periódicos pestilentes, malditos, y que yo no me esplico porque no se anatematizan y condenan oficialmente, ya que no para impedir su circulacion, por lo menos para que los hijos de Dios se precavan contra sus doctrinas, y para que los que los lean no tengan á quien culpar, y solo ellos respondan un dia de su perversion y de su ruina eterna. Una monja, en fin, señores, es una vírjen que asociándose á todos los que oran, coopera con su concurso al sostenimiento del mundo universo.

Debe advertirse que el universo fué creado para el hombre, hasta tanto que este se conserve digno de llamarse hombre; esto es, criatura relacionada por su intelijencia y por su espiritu con el Dios que la ha creado. Por consiguiente, olvidado el hombre de su creador y Dios, y mucho mas, declarándose su enemigo, el mundo pierde su razon de ser y debe sucumbir.

Ora bien, para que este final cataclismo no se precipite, es indispensable que la iniquidad y malicia del mundo sea neutralizada por una fuerza contraria que mantenga el equilibrio, en el cual consiste la vida del universo, cómo de todas

las cosas que lo componen; y este contrapeso, ó este equilibrio, lo produce la oracion. De donde se sigue forzosamente que cuando ya la corrupcion del mundo sea tanta que la oracion que de la tierra se levante hácia el cielo no sea suficiente para mantener este equilibrio, desbordándose la ira divina, debe incendiarlo todo, como está anunciado por el mismo Jesucristo.

Ved, pues, la grande importancia de la oracion, oficio esclusivo de las almas consagradas al culto divino. Ved la grande mision de una alma relijiosa. Ved lo que es una monja!

Para esto es, señores, que esa jóven virjen se separa del mundo y de vosotros; y al efectuarlo de un modo definitivo, os envia un adios tiernísimo, fraternal, benévolo.

Os recomienda, y yo con ella, que no olvideis la ley santa de Jesucristo; que penseis en Jesucristo, que estudieis á Jesucristo.... Porque, señores, la reverente memoria de Jesucristo es el único antidoto que os puede preservar del contajio espiritual que trae descompuesta la atmósfera moral que respirais en este siglo rebelde.

Cuidad de vuestras creencias, señores, porque yo no sé cuales serán entonces, sinó son estos aquellos dias peligrosos á que aludió Jesus cuando dijo: « Si aquellos dias no « se abreviasen, no se salvaria toda carne; mas por amor á los « escojidos, aquellos dias se abreviarán. » *Nisi breviati fuissent dies illi, non fieret salvas omnis caro: sed propter electos breviabuntur dies illi*

¡Oh! mujer prudentisima! qué bien haces en alejarte de un mundo que lleva su frenesi hasta burlarse de la cruz de Jesucristo, y hasta emplear todos sus ardides y astucia en

corromper las almas que á costa de tanta sangre redimió este divino Señor!

Sor Carmen, todas estas almas, y muy especialmente tus deudos y amigos, corresponden á tu adios con otro no menos cariñoso, y sériamente te prometen cuidar de sus creencias y de sus costumbres.

Sor Cármen! toma desde hoy á María, reina de las virjenes, por tu protectora, abogada, madre, modelo y guia. Mira que nadie llega hasta Jesús sinó por ella. Ella es el camino del cielo, pues por su intercesion viene de arriba toda bendicion y toda gracia. Cuidad que jamás se ponga el sol sin haber hecho algo por su amor y por su gloria.

Es comun sentir de los teólogos católicos, Sor Cármen, que la profesion relijiosa equivale á un segundo bautismo; por manera que si murieras ahora no habria purgatorio para tí. Tal es la grandeza de tu sacrificio y tan acepto es al Señor! Aprovéchate, pues, de esta ocasion para pedir á Dios muchas misericordias y bendiciones sobre la iglesia y el santo Padre; sobre el clero todo; sobre las comunidades relijiosas; sobre tus padres y amigas. Pídele con particularidad que humille á los enemigos de su iglesia, puesto que no es mas que la soberbia lo que los trae ciegos.

En suma, Sor Cármen, si tú encuentras en tu conciencia que algo me debes por lo poco que hice por ti como director espiritual, pide á Jesus me conceda....que sé yo....son tantas mis necesidades y tales mis peligros....Mira, pídele para mi dos cosas solamente: un pedazo de su cruz para mi vida y una bendicion para mi muerte.

HOMILIAS

Sobre la bondad de Jesucristo hácia los pecadores, deducida de su perdon á los culpables que se le presentaron arrepentidos.

En esta noche, hermanos, y estando nuestra cuaresma para tocar à su fin, me propongo exhortaros à que vayais á Jesucristo como sin duda el mismo Señor os lo ha inspirado, acaso muchas veces, especialmente cuando escuchabais la divina palabra.

Yo bien sè que despues que hemos pecado repetidamente y con grandes y feas culpas, es cosa muy natural que esperimentemos una cierta retraccion ó pavor á la idea de ponernos delante del Dios y Señor en cuya presencia delinquimos.

Si, veo que es muy natural temer la presencia del ofendido, y mucho mas cuando el ofendido es Jesucristo à quien debemos tanto amor, tantas misericordias y beneficios, tanta predileccion. Por eso fué que nuestro primer padre, que antes de haber pecado trataba tan familiarmente con su Creador, asi que se hizo culpable por su desobediencia, como oyese la voz del Señor que venia y le buscaba, dice la Escritura santa que huyó á esconderse entre las grutas del Paraiso; y que al llamarle el Señor respondió Adan diciendo: «He oido, Señor, tu voz y he temido»; *vocem tuam audivi in Paradiso, et timui*. Pues asi, mis hermanos, asi como hemos heredado desgracia-

damente la culpa de aquel primer hombre, hemos heredado tambien sus consecuencias, y una de ellas es la vergüenza de presentarnos ante nuestro Señor y Juez, en razon de la fealdad que nos imprimió el pecado.

Empero, conviene que no olvidemos los que hemos pecado que así como nuestro verdadero mal consistió en separarnos de Jesucristo por la culpa, así nuestro supremo bien consistirá en volver al mismo Jesucristo por el arrepentimiento; y para que emprendamos esta vuelta, y para que depongamos todo temor y sepamos que ese bondadoso padre está dispuesto á recibirnos, me propongo recordaros la induljente acojida que hallaron en Jesucristo los pecadores que arrepentidos fueron á él en los dias en que el divino Señor anduvo sobre la tierra. De lo que deduciremos pues que Jesucristo no ha cambiado, sinó que es hoy lo que siempre fué y eternamente será, se conducirá con nosotros, si á él vamos, con la misma induljencia y jenerosidad. Imploremos, etc. *Ave-Maria.*

Muchos son los testimonios consignados en el Evanjelio que nos prueban que hallaron siempre la mejor acojida en el dulce y magnánimo corazon de Jesucristo, los pecadores que se volvieron á él implorando misericordia. ¿Pero qué digo muchos? Jamás Jesus endureció sus entrañas al que penitente se arrojó á sus piés. No se dice en el santo Evangelio que á alguno desoyese abandonándole con las lágrimas en los ojos, sin consuelo ni remedio. Yo, por mi parte, hermanos, á esto me atengo, esto me alienta toda vez que tomo en mis manos y hojeo ciertos libros terribles, exajeradamente austeros, de espantosa doctrina, y que parecen empeñarse en

desfigurarnos á nuestro Dios oscureciendo los tintes de mansedumbre que le fueron característicos y que le hicieron el mas amable de los nacidos; en presentárnosle como un Dios de bronce, como un Dios inexorable, siempre irritado y pronto á descargar golpes de muerte sobre las mismas almas por las cuales vino al mundo, derramó su sangre y dió su vida. Me atengo, decia, al Dios hombre de quién me habla el Evanjelio y cuyas palabras, sentencias y hechos me esplica y declara la santa Iglesia nuestra madre.

Es menester, sí, decirlo y repetirlo: ¡ay! de aquel mil veces desventurado, de aquel que se retrae de ir á Jesucristo á pedirle perdon de sus pecados, pues ese tal indudablemente se pierde! Pero tambien feliz de aquel que poniendo en Jesucristo su confianza se arroja en sus brazos, porque está escrito que él no desprecia jamás el corazon contrito y humillado!

Confirman lo dicho, hermanos, entre otros, los siguientes pasajes tomados del Evanjelio. Escuchadlos con atencion, y vereis cuán bueno y digno es de ser amado ese padre á quien tanto hemos ofendido.

En el Cap. 15 de S. Mateo se lee que caminando Jesucristo hácia el pais de Tiro y Sidan salióle al paso una mujer cananea; esto es, una mujer descendiente de Canaan, tronco que fué de una raza rebelde é impia, la cual mujer clamó á Jesus diciendo: «Ten misericordia de mí, Señor, Hijo de David, porque tengo una hija cruelmente atormentada por el demonio» Jesus, empero, no le respondió una sola palabra. Viendo esto, sus discípulos se acercaron al maestro y le dijeron: «Despáchala, Señor, por que viene clamando detras de nosotros.» Volvió hácia ellos Jesus y les dijo: «No he sido enviado sino á las ovejas que perecieron de la casa de Israel.»

Lo cual dijo Jesucristo porque aquella mujer era infiel, y no á los infieles sinó á los Israelitas se habia hecho la promesa del Mesias, no obstante que este Mesias venia tambien para que se pudiesen salvar todos, judios y jentiles. La cananea se acercó mas á Jesus y adorándole le dijo: «Señor, socorredme.» Entónces Jesus le respondió:—«Mujer! no es bueno tomar el pan de sus hijos y echarlo á los canes» Y le dijo la mujer:» «Si, Señor, pero tambien los cachorrillos comen las migajas que caen de la mesa de sus señores.» A lo cual dijo Jesucristo: «Oh! mujer, grande es tu fé:—suceda como deseas;» y desde aquel momento quedó curada la hija de la cananea.

Fijaos, señores, que aquella mujer habia recibido la fé del mismo Jesucristo, y si Jesucristo aparentaba repelerla era para fortalecerla en esa fé y premiársela en seguida. Esta mujer, hermanos, conoció bien á Jesus, pues si insistió en su demanda fué precisamente porque creyó imposible que el Salvador no la remediase. ¡Cuánto pudiera deciros sobre lo que nos enseñó la cananea y las virtudes de que nos dió ejemplo si el tiempo me lo permitiera! Pero baste por ahora que os diga: los que vais á Jesucristo en busca de gracia y misericordia, imitad la fé de la cananea; aunque os parezca que Jesus no os oye, insistid, porfiad, importunadle, por decirlo así, que al fin os dará lo que le pediais y mas de lo que le pediais os dará, porque no desconfiasteis, porque perseverasteis en vuesta oracion.

Vamos á otro pasaje.

En cierto dia caminaba Jesucristo desde la Judea hácia Galilea: pasando por la provincia de Samaria, situada en medio de aquellas dos, como se sintiese fatigado sentóse cerca de

una fuente, llamada la fuente de Jacob. Sucedió que de allí á poco vino una mujer samaritana en busca de agua y Jesus la dijo...Hago aqui un paréntesis, hermanos, para volveros á rogar que esteis atentos al diálogo sostenido por el Dios que creó los cielos y una mujer pecadora. Díjola, pues, Jesus: «Mujer, dame de beber;» y ella le respondió: «Cómo siendo tú judio me pides de beber á mi que soy muger samaritana, porque los judios no comunican con los samaritanos?» Y la dijo Jesus: «Si conocieras el don de Dios, y quien es el que te dice dáme de beber, puede ser que tú le hubieras pedido á él y él te hubiera dado agua viva.»

Este diálogo, hermanos, se prolongó por algun tiempo mas; en este tiempo Jesucristo, Señor nuestro, inició á aquella pecadora feliz en los misterios de la gracia y de la justificacion, en las verdades eternas y en los caminos del espíritu. Ella, por su parte, engolfada en la sabiduría que revelaban las palabras de Jesucristo, animada al ver que Jesus la atiende, que satisface las dudas que le propone, y responde á las interrogaciones que le hace, trata de que aquella conferencia se dilate lo posible, hasta que ya suficientemente instruida, y despues de reconocer á Jesucristo, y despues tambien de haber llorado en su presencia los muchos pecados de su vida, sube á la ciudad justificada y santa. Olvidada del agua material que á buscar fuera á la fuente de Jacob, se convierte en evanjelista la poco antes impúdica y voluptuosa samaritana.

Ved aqui, señores, que esté sagrado pasaje nos enseña que Jesucristo no solo está dispuesto á perdonar al que implore su misericordia, sino que él mismo se hace encontradizo aun de los que no le buscan ni piensan en su majestad.

Veamos otra prueba de la benignidad de Jesus, y esta sea el caso de la mujer adúltera.

En el Cap. 8.° del Evanjelio segun S. Juan, leemos que estando Jesus en el templo cierto dia enseñando á las jentes su doctrina, entraron repentinamente vários escribas y fariseos conduciendo á una infeliz mujer á quien habian sorprendido en el acto de cometer adulterio. Puesta en la presencia de Jesucristo le dijeron: «Maestro, he aquí una mujer que acaba de perpetrar el crimen de adulterio: Moises en su ley nos manda apedrear á las tales. ¿Qué dices tú sobre esto?»

Es de advertir, hermanos, que la intencion de aquellos malvados hombres, no era castigar el delito de aquella desgraciada, sino mas bien tentar á Jesus, pues se habian dicho á sí mismos: «Si este la manda apedrear no es tan manso ni misericordioso como dicen: y si la perdona entónces le acusamos como á prevaricador de la ley, pues esta prescribe que las adúlteras mueran apedreadas.» Jesucristo que leia los pensamientos de aquellos hombres los confundió del modo siguiente. Así que oyó la acusacion inclinó su cabeza y con su dedo santísimo ó escribió algo sobre la tierra ó simuló escribir á guisa de hombre pensativo. Como los fariseos insistieron en la misma acusacion y en la misma pregunta, volvió hácia ellos su rostro y les dijo: «Aquel de vosotros que esté sin pecado, sea el primero que la apedree.» Y volviéndose á inclinar continuó escribiendo en la tierra. Sucedió lo que debió suceder, pues estando todos aquellos perversos acusadores llenos de crímenes, y reconociendo que Jesucristo habia leido en su conciencia todos esos pecados, acaso peores que el adulterio de la mujer, fuéronse escapando sijilosamente uno á

uno, llenos de vergüenza y temerosos de que alzando Jesucristo los ojos nuevamente les volviese á ver allí.

Habiendo quedado sola la mujer en presencia de Jesucristo, y aun cuando la conducta del Señor con aquellos que le acusaban, algo y aun mucho habia corroborado su esperanza de hallar en Jesucristo misericordia y compasion, sin embargo, cuán medrosa y sobrecojida se encontraba, pues que al fin su delito era grande, la ley la condenaba á muerte y su sentencia no se habia pronunciado todavia! Miróla Jesucristo y la interrogó diciendo: «Mujer, donde estan los que te acusaban? ¿Ninguno te ha condenado?» «Ninguno, Señor, respondió ella. Y Jesus le dijo, ¿qué creis, señores, que la dijo? ¿qué sentencia os parece que fulminó ese cordero inmaculado contra aquella desgraciada? Oid, pecadores que acaso alguna vez blasfemasteis diciendo: mis pecados son muchos, no me los perdonará el Señor; oid, digo, y conoced mejor á vuestro Dios. Pues bien, «Mujer! dijo Jesucristo, ninguno te ha condenado, ni yo te condenaré; ánda y no peques mas.» Esto es Jesucristo, mis hermanos, este es nuestro Dios, ese es su carácter, esos rasgos le son mas propios y naturales que á nosotros el ser caedizos y miserables. S. Agustin dice sobre las palabras con que este Evanjelio refiere que los fariseos pusieron delante de Jesus á la muger adúltera para acusarla, que era tan grande la misericordia y mansedumbre que resplandecia en la persona de nuestro Salvador, en todas sus palabras, obras y manera de vida, y era tal la fama que de misericordioso y apacible gozaba, que pareció á aquellos malvados fariseos que no era cosa creible, ni aun posible, que un hombre que tanto se preciaba de piadoso y dulce arrojase por su boca palabras sangrientas ni diese contra nadie sentencia de muerte, aunque

por otra la ley acordase aquellas penas contra las esposas infieles. De suerte que cabalmente de la proverbial mansedumbre de Jesucristo fué de donde tomaron ocasion los fariseos para traer ante Jesus á la mujer adúltera. Empero, la infinita sabiduría de ese divino Señor supo dar tal corte á aquel asunto, que como habeis visto la mujer quedó absuelta ante la ley y ante Dios, los fariseos acusadores avergonzados, y confirmado el concepto que las jentes tenian de que Jesucristo era el mas manso de todos los hombres.

Escuchadme, todavia, mis hermanos, que quiero aducir otro testimonio mas en favor de la misericordia de Jesucristo con los pecadores, siempre con el fin que os anuncié al principio, de que no prorrogueis para mas allá vuestra conversion, pues sería cosa indigna de vosotros, y sobre indigna peligrosisíma y arriesgada, tomar razon de la grande bondad de Jesus para permanecer en el vicio, esto es, para injuriarle y despreciarle todavia por algun tiempo.

Dice tambien el Evanjelio que hallándose Jesucristo en cierta ocasion sentado á la mesa de la casa de un fariseo que le habia importunado mucho para que le visitase, sucedió que entró allí súbitamente una mujer famosamente pecadora, una mujer que era el escándalo de la ciudad, pues á su escesivo lujo, hermosa presencia y gracioso rostro reunia una conducta licenciosa y desenvuelta. Esta muger, pues, llegando hasta Jesucristo, sin dársele nada de la mucha jente que allí habia, arrójase á sus piés, derrama sobre ellos un vaso lleno de un ungüento preciosísimo y de fragancia deliciosa, desata sus largos cabellos y con estos, como con una tohalla improvisada, enjuga los pies del Salvador, los besa y los baña con sus lágrimas.. Pero ¿qué mujer es esta? Magdalena, señores. Y esta

mujer ¿qué busca? El perdon de sus pecados. Y ¿cómo recibe Jesucristo á esta mujer escandalosa, á esta mujer que habia hecho á Jesucristo la mas cruel guerra, pues que habia empleado su vida en armar lazos para perder las almas que él viniera á salvar? Ya vosotros lo sabeis; pero permitidme que os lo repita.

Viendo Simon el fariseo, dueño de la casa, que Jesucristo permitia se acercase á él una mujer como aquella de tan menguados antecedentes, dijo, no con la palabra sino con el pensamiento: «Si este fuera Profeta sabria sin duda quién y qué tal es la mujer que le toca, porque es una pecadora.» Jesucristo que ya habia perdonado á la penitente Magdalena, vuélvese hácia el fariseo y le dice: «Simon, un acreedor tenia dos deudores, el uno debia quinientos denarios y el otro cincuenta. Como ellos no hubiesen de donde pagarle les perdonó la deuda á ambos ¿á cuál de los dos amaba mas?» Respondiendo Simon dijo: «Juzgo que aquel á quien mas perdonó.» Y Jesus le dijo: «Haz juzgado bien.» Y volviéndose hácia la mujer dijo á Simon: «Vés esta mujer? He entrado en tu casa y no me has dado agua para lavarme los pies, y ella me los ha regado con sus lágrimas y enjugado con sus cabellos. Tú no me has dado el ósculo cuando me saludaste, y ella desde que entró no ha cesado de besar mis pies. Tú no has unjido con aceite mi cabeza, y ella unjió con ungüento mis pies. Por lo cual te digo se le perdonan muchos pecados porqué amó mucho: mas aquel se le perdonan menos porque ama menos.» Y volviéndose en seguida hácia Magdalena la dijo: «Tus pecados te son perdonados ..... tu fé te ha salvado, véte en paz.»

Por manera, señores, que Magdalena encontró en Jesucristo

no solamente un Dios que la perdonó sus muchos delitos, sus prevaricaciones, profanaciones y escándalos; encontró mas, pues encontró quien volviese por ella y pusiese de relieve las circunstancias de aquel acto, el cual debia producirle mas gloria que infamia le habian granjeado sus antiguos desvarios. No lo dudemos hermanos, siempre será verdad que si vamos á Jesucristo hemos de hallar en él mucho mas de lo que le pedimos y creimos necesitar.

Esta jenerosidad de Jesucristo se halla elocuentemente predicada y probada, además, en la tierna y sentimental parábola del hijo pródigo.

Pero fué acaso menos jenerosa la acojida que halló Pedro que la que halló Magdalena y demás pecadores que ocurrieron á Jesucristo en busca de misericordia despues del pecado? ¿Por ventura ignorais que Pedro habia sido testigo ocular de la vida purísima de Jesus y de los prodijios que obraba, que habia presenciado tambien la maravilla del Tabor, cuando transfigurado Jesucristo resplandeció mas que el sol, lo cual, juntamente con la voz del padre que allí resonó, fué la manifestacion mas auténtica y solemne de la divinidad de Jesucristo? Pues ese hombre, ese Pedro, ese testigo de los milagros de Jesucristo, despues de haber sido traido al apostolado por el mismo Jesucristo, hizo á su maestro una gran traicion cortejada de muchos otros y gravísimos pecados. Estando en los pátios de la casa de Caifas, en la misma hora en que Jesucristo se hallaba en la presencia de este Juez, fué preguntado por una de las criadas del Pontifice si pertenecia él á Jesus Nazareno; dominado del miedo negó pertenecerle. Preguntado por segunda vez dijo que él no conocia á Jesucristo. Por tercera vez preguntado maldijose á si mismo muchas ve-

ces, y juró otras tantas asegurando á los circunstantes que no sabia quien era Jesucristo.

Y bien, hermanos, una traicion como esta en un hombre como el apóstol Pedro, y en circunstancias como aquellas en que Jesus se hallaba, desamparado y solo, en poder de sus enemigos, padeciendo crueles tormentos por la salvacion y redencion del mismo Pedro y de los hombres todos, ¿no os parece digna de un ejemplar castigo? Sin duda, y tanto mas cuanto eran poderosos los motivos que asistian á Pedro para confesar á su maestro, pues Jesucristo le habia amado con prediieccion y le habia traido siempre cerca de sí. Cuando no fuese la fé, el honor, la amistad, la gratitud, debieron haber sostenido á Pedro fiel y consecuente con su divino maestro; y cuando digo el honor, me refiero á aquellas palabras que horas antes habia dicho Pedro á Jesucristo: «Señor, aun cuando todos se escandalicen de tí y te nieguen, yo nunca me escandalizaré ni te negaré.»

Pero ¡bendita sea para siempre la inagotable misericordia de Jesucristo, hermanos! No solo perdonó á Pedro esta traicion y as maldiciones y falsos juramentos que le acompañaron, sino que le hizo el primero entre sus Apostoles, le hizo el fundamento de su Iglesia, el depositario de su autoridad sobre las conciencias, su Vicario en la tierra, confióle la potestad de abrir y cerrar las puertas del cielo, y por fin, le hizo un santo tan distinguido y de un órden tan superior, que desde Jesucristo hasta nosotros nadie fué puesto en los altares sin que Pedro ó sus sucesores lo declarasen digno de esta gloria.

De este modo, hermanos, se condujo Jesucristo, Señor nuestro, con todas aquellas almas que, resueltas á abandonar la culpa, corrieron á él en demanda de misericordia. La misma indulјente acojida que esas almas hallaron en su corazon, po-

dremos hallar nosotros si con igual confianza y arrepentimiento vamos á él en solicitud de la misma gracia.

¿Qué os detiene, pues, almas que me escuchais, conciencias acaso en este mismo instante convencidas de muchos y grandes pecados? Despues de los ejemplos aducidos no podeis decir que os arredra el carácter repelente de nuestro Dios y Señor; no, porque eso seria tratar de engañaros maliciosamente, y á la vez hacer á nuestro Señor una injuria, pues lo seria desconocer el atributo de que mas se precia, cual es la misericordia. ¿O quereis todavia continuar en vuestros vicios, cabalmente porque habeis oido que Jesucristo es de dulce condicion, perdonador y generoso? Si tal pensamiento bajo y sacrilego se os ocurriera y prevaleciera en vosotros, yo estoy autorizado para anunciaros, para aseguraros, que ese pensamiento es del infierno, y que solo el espíritu de las tinieblas puede sujeriroslo, porque solo en el negro corazon de Satanás pudiera hallar cabida la pretension de tomar causa para el pecado, del mismo Dios aborrecedor del pecado, y de convertir el remedio del pecador, que es la divina misericordia, en veneno mortifero.

Ya pues, ¡oh pecador! ya que no seas tan insensato que porque Jesucristo es bueno quieras tú ser malo, ¿querrás por ventura continuar pecando por no dar al mundo qué decir de ti? A imitacion de Magdalena es menester que hagas completa abstraccion de los juicios de este mundo, de este mundo despreciable, de este mundo superficial, fementido y engañoso, disimulado tirano bajo cuyo despotismo viven oprimidos todos aquellos que rehusan someterse al yugo suave de la ley de Jesucristo.

Esto, señores, es verdad: jamás he visto amo mas intole-

rante que el mundo, ni mayor servilismo que el que arrastran las personas que quieren complacerle. Es cosa que sorprende el observar que al mismo tiempo que las personas mundanas llamàn esclavos á los que respetan las leyes de la Iglesia y siguen la vida devota, ellas que se dicen libres, consultan al beneplácito del mundo su señor hasta para el color del traje, hasta para la colocacion de una cinta, hasta para el color del rostro. ¿Qué Dios, verdadero ó falso, exijió jamás á sus adoradores la observancia de un ceremonial tan minucioso como el que exije el mundo á sus servidores? Ménos tiempo, ménos sacrificios y ménos ríesgos y compromisos se necesitan para ser virtuoso y ganar el cielo que los que exije el mundo á sus esclavos para conseguir ¿qué? para conseguir, desengaños amargos, una mala muerte y acaso el infierno.

Y ese es el fiscal, ¡oh! alma pecadora, y ese es el fiscal cuyos dictámenes tanto respetas, que hasta le consultas si debes arrepentirte ó no de tus pecados y restituirte á tu Dios y Señor que te ha creado y redimido, que te conserva, que ahora mismo te llama para perdonarte y contarte en el número de sus amigos?

Rompe ya, ¡oh! alma! tus irresoluciones, levántate para ir á Jesucristo, resuélvete, deja tus vicios! Mira que nada hay tan dulce como escuchar al sacerdote cuando en nombre de Jesucristo nos dice: «Yo te absuelvo de todos tus pecados.»



Sobre la transfiguracion de Jesucristo

En esta noche, hermanos, vengo á llamar vuestra atencion, sobre el santo Evanjelio del dia, en razon de creer que el sagrado pasaje que describe es de muy notable rango y escelencia entre los pasajes evanjélicos, tanto por su naturaleza como por la doctrina que entraña y la verdad que esclarece.

El sagrado texto nos dice que llevando Jesucristo consígo á sus tres discipulos mas amados, Pedro, Juan y Jacobo, á la cumbre de un monte llamado Tabor, muy vecino á Nazaret, les hizo testigos de su transfiguracion gloriosa, la cual á grandes rasgos bosquejada consistió en lo siguiente.

De súbito sucedió que las sagradas vestiduras de Jesucristo tornáronse blancas como la nieve: su rostro brilló como el sol, y todo su cuerpo adorable quedó vestido de inefables y celestiales resplandores.

Moises y Elias, varones que habian florecido en la antigua ley, famosos por su santidad y por sus prodijios, déjanse vér tambien allí sosteniendo con Jesucristo una misteriosa conferencia. Los tres mencionados apóstoles, sobrecojidos de un respetuoso asombro ante escena tan grandiosa é inesperada, dan con sus rostros en tierra; una nube resplandeciente y arrebolada, dilatándose, corona aquel lugar sagrado; una voz escondida dejase oir y dice: «Este es mi hijo muy amado en quien tengo mis complacencias, oidle.»

Un momento despues acercándose el divino Jesus á sus medrosos discípulos, les habló diciéndoles: «*Ea, levantaos y no querais temer;*» y ellos incorporándose nada vieron sino á Jesus.

La vísion celestial habia pasado.

Nosotros en esta noche tomando en consideracion este pasaje evanjélico, si bien pudiéramos mirarle bajo otro aspecto, le consideraremos solamente como convenientísimo á la gloria de Jesucristo y á nuestro espiritual aprovechamiento y edificacion. *Ave Maria.*

Que el prodijio de la transfiguracion, hermanos, conviniese en primer lugar á la gloria de Jesucristo, aparece claro, dedes que en aquella ocasion su divinidad quedó confirmada pomposa y solemnemente. La revela y testifica el eterno Padre con su voz y el Espíritu Santo con su presencia, como quiera que es natural que allí donde está el Padre y el Hijo esté el amor infinito con que se aman: el Espíritu Santo es el amor que procede del Padre y del Hijo.

El gran Moises subiendo milagrosamente desde el seno de Abraham y á nombre de todos los Profetas, de todos los amigos del Señor y demas justos de los pasados siglos, testifica tambien la divinidad de Jesus, adorándole como lo hiciera en otro tiempo en la cumbre de otro monte, en el Sinaí; y Elias, aquel varon tan celoso de la gloria de Dios, abandonando en esa hora su escondido y delicioso retiro, aparece tambien milagrosamente allí con el mismo fin de adorar al hijo del hombre transfigurado, y por consiguiente para dar testimonio de su divinidad.

En esos dos grandes y clásicos varones, acaso los mas señalados amigos de Dios de cuántos hasta entónces habian florecido, puede decirse que estaban representados todos los Patriarcas y demas grandes hombres de la ley natural y de la ley escrita; todas las generaciones, mejor diré, desde Adan hasta Jesus. En Pedro, cabeza visible de la sociedad católica, estaban así mismo representados cuantos Pontífices le habian de suceder hasta el fin de los tiempos; y en Jacob y Juan, finalmente, estaban representados todos los fieles en jeneral, y por consiguiente nosotros mismos y los que serán despues de nosotros hasta el último dia.

Por manera que la gloriosa transfiguracion no pudo ménos que ser convenientísima á la gloria de Jesucristo, puesto que su divinidad entónces fué manifestada con tanta pompa y testificada por el mundo todo representado en sus dos principales edades ó épocas; desde el Adan pecador hasta el Adan reparador, y desde este divino Señor hasta la consumacion de los siglos; en la primera, mediante Moises y Elías, y en la segunda, mediante Pedro, Juan y Jacob.

Veamos, como aquel prodijio fué tambien convenientísimo á los que son fuertes en la fé, y convenientísimo del mismo modo á los que son de fé flaca y quebradiza.

A los primeros convino la gloriosa transfiguracion pará que fuesen confirmados en esa misma fé que ya profesan y sostienen y que con sus virtudes y prácticas piadosas fomentan cada dia mas y mas; y tambien para que cuando las falsas máximas y tenebrosas doctrinas de los secuaces del error se hagan sentir en sus oidos con peligro de enredarles y pervertirles, volviendo ellos su mente á la escena sagrada de la transfiguracion se defiendan con el recuerdo de aquel prodijio y con los

concluyentes testimonios que entónces acreditaron y confirmaron la divinidad de Jesucristo.

Convino, por fin, la maravilla del Tabor á los flacos en la fé, porque tambien estos hallarán en este sagrado pasaje una firme columna de que asirse en las récias borrascas que levantan con tanta frecuencia los vicios y las pasiones, y con mas frecuencia todavía que las pasiones y los vicios, los incrédulos. En esos casos, aquellos cuya fé amenace ruina á consecuencia de las malas doctrinas dominantes, volverán su pensamiento hácia el Evanjelio de este dia y escuchando con docilidad aquella voz que dijo: «este es mi hijo muy amado en quien tengo mis complacencias,» deducirán de esa voz celestial que toda doctrina no conforme con el Evanjelio, ó doctrina de ese hijo de Dios, debe reprobarse, pues no puede ser doctrina de vida sino de mentira y de muerte. Y si sucediese, lo que todos los dias sucede, que algun falso maestro ó presunto reformador de la sociedad, sostuviese ser su doctrina conforme en todo con el Evanjelio santo, deberá ocurrirse en tal caso no á cualquier oráculo, sino solamente á aquel á quien ese mismo hijo de Dios ha permitido su inmediata asistencia para siempre, esto es al oráculo de la Iglesia católica; y estando en todo sentido con sus interpretaciones y fallos, el error será confundido, y el alma que amenazaba ruina quedará triunfante sobre el error.

Insistiendo todavia en que la maravilla del Tabor fué de grande conveniencia para nuestra edificacion espiritual, digo que hasta de haber elejido Jesucristo la cumbre de un elevado monte para realizarla, resulta para nosotros una importante leccion; y es que nos habremos preparado á recibir del cielo luces, inspiraciones y especiales favores, cuando nos

hayamos desprendido de las cosas de la tierra hasta el punto de considerarlas todas como puestas bajo nuestras plantas; cuando ajenos y como estraños al mundo y á sus vanos respetos y costumbres, á la carne y á sus placeres, al siglo, á sus doctrinas y vanidades, hayamos establecido, mediante la oracion, el silencio y el retiro compatibles con nuestro estado y obligaciones, un trato íntimo amoroso y reverente con nuestro creador y Dios. Por que es menester no olvidar, hermanos mios, que mientras alguna cosa creada traiga cautivado nuestro corazon, la union con Dios, á la que debemos aspirar y en la que consiste la perfeccion cristiana á que somos llamados, es imposible. Y como cada uno de nosotros es cosa creada, y entre todas las demas la que mas cerca tenemos, debemos, por consiguiente, empezar por lo ménos, á saber despreciarnos á nosotros mismos, considerando que somos nada, y una nada de malas condiciones. Por eso dijo Jesucristo: *Si alguno quiere seguirme, nieguese á sí mismo y sígame.* Esto de despreciarse á si mismo no es cosa que todos la comprendan, pero es cosa de que todos tenemos una grande necesidad para salvarnos, pues el desordenado aprecio de sí mismo es lo que propiamente se llama soberbia, y la soberbia nos escluye del reino de los cielos. Desde que existe el mundo no se ha salvado una persona sin humildad.

Tampoco fué sin especial providencia el permitir el Señor que Pedro le dijese en aquellos momentos: «*Señor, fuera bien que aquí nos quedásemos é hiciésemos tres tabernáculos, uno para vos, otro para Moises y otro para Elias.*» No fué, repito, sin especial providencia que esas palabras dijo el apóstol, pues dos cosas entre otras nos enseñan: la primera es ser gran verdad que un instante solo de consolacion celestial hace olvi-

dar totalmente todo lo que no es Dios, y por consiguiente las comodidades de la vida y la vida misma. Y la segunda es que pues el Evanjelio dice que el apóstol entónces no supo lo que se decia, el Evanjelio lo dice por cuanto no es discreto amar la consolacion divina mas que la cruz, mediante la cual, y no por las consolaciones, salvó Jesucristo el mundo, satisfizo á la divina justicia, plantó en la tierra el estandarte imperecedero de la verdad, derribó de su trono la idolatría y abrió de par en par las puertas del cielo, cerradas desde el primer pecado.

Y á la verdad, hermanos, ¿qué valentia ó abnegacion se necesitan para resolverse á estar con Jesucristo cuando abundan la paz y la quietud sabrosa del espíritu? Y por lo mismo, ¿qué recompensa ó corona merece aquel que es fiel á Jesucristo miéntras que este divino Señor le hace participe de su pan, si declina de esa fidelidad cuando el mismo Jesucristo le exije que divida con él el caliz de la amargura? ¡Cuántos habemos que nos creemos capaces de ser mártires por Jesucristo miéntras nos cortejan la salud, las comodidades, las recreaciónes y el dinero, pero que faltando estas cosas nos atreveriamos hasta tachar á Dios de injusto, lo cual seria una blasfemia!

¡Cuántas almas, aun de las que profesamos la relijion, creemos que somos algo de provecho en la casa de Dios miéntras nuestros superiores se allanan con nuestras debilidades y toleran nuestras pasioncillas, pero que si se propusiesen curar nuestras antiguas llagas tratariamos de sacudir por cualquier medio el yugo de la obediencia! Cuidemos, pues, de esto, mis hermanos, que no en la consolacion sino en la contradiccion y en la humillacion se conoce al verdadero siervo de Cristo.

Envidiemos, pues, con santa envidia al apóstol Pedro el haber

amado á Jesucristo con santa efusion; envidiemos su fé grande cuando le dijo: *Tú eres, Señor, el Hijo de Dios vivo!* envidiémosle preso en una cárcel y encadenado por el nombre de Jesus; envidiémosle aquella enerjía, valor y celo con que hablando al pueblo judio le dijo: «Varones israelitas, vosotros fuisteis los que disteis muerte al autor de la vida, al justo y santo despues de haberle pospuesto á un hombre homicida»; y por fin, hermanos, envidiemos al apostol Pedro el haber dado su vida por Jesucristo clavado tambien en un madero; mas no le envidiemos las consolaciones del Tabor, y ni aun le imitemos en el deseo de quedarse allí gozando la dulce presencia de su divino maestro, pues no por sus consolaciones sinó por sus tribulaciones, persecuciones y cadenas entró él en el reino de los cielos y fué constituido gefe de la gran familia cristiana.

Despues de todas estas lecciones que en la maravilla del Tabor se nos dán, otra debemos escuchar con especial reverencia y docilidad, y es aquella en que se nos manda que á Jesucristo oigamos: *ipsum audite.*

Con dificultad, señores, llegarán unos tiempos en que el error cuente con mayor número de órganos para propagarse, viciarlo y corromperlo todo como los tiempos presentes: libros, periódicos, casas de educacion, asociaciones, teatros, todo, todo parece prestarse y ponerse á disposicion de la incredulidad. La mentira, el indiferentismo relijioso, el libertinaje, la rebelion contra Dios y contra la Iglesia se propagan á todos vientos. La voz de la verdad parece ahogada ó sofocada por la insensata grita de los incrédulos: *non est qui faciat bonum, non est usque ad unum.* En verdad que dado lo que aparece pudiera creerse que no hay ya quien elija para sí la senda de la

virtud austera que nos trazó Jesucristo...Es, señores, cosa que espanta el olvido que se hace de los principios fundamentales del órden y de la justicia. Ay! pues, de aquel que en medio de esta confusion ó caos llegase á perder de vista esa leccion importantísima...! ¿Pero qué digo? ese gravísimo precepto dado á los hombres por el mismo Dios Padre cuando nos dice desde la cumbre del Tabor: oid á mi divino Hijo: *ipsum audite.*

Y si algun alucinado dijese: yo oigo á Jesucristo puesto que leo y medito la Biblia y la sigo segun yo alcanzo ó me la interpreto; á ese tal intérprete iluso y presuntuoso debe replicársele: tú te engañas, la voz de Jesucristo no son tus interpretaciones privadas, sino las de aquella á quien fué esclusivamente concedida la intelijencia de la sagrada Biblia; esto es las interpretaciones de la santa Iglesia católica, maestra universal de la verdad.

Oid á esta maestra, pues á ella representada en sus apóstoles, dijo Jesucristo: *ite, docete omnes gentes.* Id y enseñad á todas las jentes.

Vosotros, por lo tanto, hermanos, no os separeis un punto de la enseñanza de la Iglesia, que haciéndolo así podeis bien decir que escuchais á Jesucristo: *ipsum audite.* Cualquiera otra voz, cátedra ó enseñanza que no venga enviada por esta nuestra maestra y madre la Iglesia Católica, es cátedra de cisma, de mentira y de perdicion. Nadie se salvó del diluvio universal fuera del arca construida y gobernada por Noé; nadie tampoco se salvó del error y de la muerte eterna sino dentro del gremio de la Iglesia Católica, fundada por Jesucristo y rejida por Pedro y sus sucesores.

Sobre el poder del Sacramento del altar contra los enemigos del alma.

Posuisti in conspectu meo
mensam, adversus eos qui tribulant me.

Luego que ilustrados por la fé fijamos nuestra consideracion en el adorable Sacramento del altar, aprendemos, aunque confusamente, que sin duda fueron muy grandes, muy altos, los fines que nuestro Dios y Señor se propuso al instituirlo. Pero emplazándoos yo para otra ocasion mas oportuna y en la cual se os hablará por otro talvez mas difusamente de los prodijios de amor de que ese pan adorable es un vivo testimonio, me limitaré á deciros, por ahora, que ante esos altos y amorosísimos fines, Jesucristo tambien se propuso prepararnos un convite que al mismo tiempo que fuese la vida de nuestras almas, fuese la ruina y la muerte de nuestros adversarios, no solamente invisibles sinó tambien visibles. *Posuisti in conspectu meo mensam, adversus eos qui tribulant me.* Mas ¿cómo puede un tan dulce pan para nosotros ser al mismo tiempo arma terrible para nuestros enemigos? Ved cual será el asunto de este breve discurso. *Ave Maria.*

Pasuisti in conspectu....

Todos sabeis, hermanos, que son tres nuestros principales enemigos: el mundo, el demonio y la carne

El mundo es nuestro enemigo porque con sus entretenimientos, pompas y oropeles no trata mas que de usurpar nuestra atencion, nuestros deseos y nuestro amor, separándonos por consiguiente de aquel Dios, que en razon de ser nuestro último fin, debe ser de objeto todos nuestros pensamientos y de todo nuestro amor.

El demonio es nuestro enemigo porque busca por cuantos medios le sujiere su profunda malicia, nuestra ruina y nuestra ruina para siempre; irreconciliable enemigo de Jesucristo, señor nuestro, por cuanto Jesucristo le arrebató el jénero humano, al cual dominaba desde la desobediencia del primer hombre, y tambien por cuanto Jesucristo es la verdad y él es el padre de la mentira, encuentra un placer feroz en perder al hombre por quién Jesucristo derramó su sangre y al cual reserva allá en el cielo el mismo asiento que ántes ocupara Luzbel y desde el cual fué derribado por su gran soberbia.

La carne es nuestro enemigo porque tiende con todo ahinco á saciar sus apetitos brutales á costa de los intereses de nuestro espíritu. Sedienta con inmunda y torpe sed de los placeres vedados por la voluntad divina, ella trata de levantar el horrendo cúmulo de sus goces sobre la ruina de nuestras almas; pues siéndonos mandado por nuestro creador que seamos laboriosos, ella aborrece el trabajo y ama la ociosidad; siendono mandado que seamos humildes, parcos y castos ella,aborrecedora obstinada de toda humillacion, de todo órden y de toda ley, ama frenéticamente la libertad sin límites, el

regalo y la impudicicia. Resístese siempre á todo lo que es sacrificio, oficiosidad y virtud, y solo responde cuando es llamada á los deleites sucios, á los contentos criminales, á las insensatas alegrias.

Pues bien, señores, decidme ahora: ¿quién es tan presuntuoso que se prometa con sus propios brazos alcanzar un completo triunfo sobre tan encarnizados enemigos? ¿quién es bastante sagaz y prevenido que pueda precaverse contra las acechanzas, lazos y emboscadas del ánjel malo, de ese espíritu profundamente hábil en el arte de perder las almas, padre del error y del pecado, factor de cuantos males y descalabros han ocurrido a hombres y á pueblos? ¿quién, digo, otra vez, quién es tan advertido y previsor que pueda con su propio injenio parar los golpes de esa bestia sangrienta mas lijera que el viento en sus asaltos y envestidas, que tan pronto se desliza como la serpiente, salta como el leon, destroza como la pantera, ó bien se remonta como el ave carnívora para luego dejarse caer á plomo sobre su presa? Sobre el demonio, señores ¿quién cantará victoria sin otras armas que las propias y brazo á brazo?

Pues contra el mundo ¿quién prevalecerá? ¿quien es bastante fuerte que pueda romper tantos lazos con que este enemigo nos enreda?

Bienes de fortuna que es menester aumentar, campos que es preciso cultivar, visitas peligrosas, á las cuales, sin embargo, es menester acudir, lujo que se cree indispensable sostener, modas que es preciso seguir para no caer en ridículo, tiempo que es menester malgastar, ved, señores, algunas de las muchas cadenas con que el mundo nos aprisiona para distraernos, separarnos del bien, llevarnos y precipitarnos en el mal.

¿Y es ménos sagaz, pérfida y astuta la carne para derribarnos de la virtud y esclavizarnos bajo el yugo del vicio? ¡Ah! convengamos, señores, en que no es dado á las fuerzas humanas prevalecer sobre tan formidables enemigos. Pero ¿acaso hemos de concluir de aquí que no hay otro medio que entregarnos y rendirnos á ellos? No, hermanos, antes debemos volver los ojos hacia allí de donde deben venirnos fuerzas bastantes para sostener con buen éxito tan desigual combate.

El santísimo sacramento de la Eucaristia ! Tal es el monte santo del cual decia el Profeta: *levavi oculos meos in montes unde veniet auxilium mihi*: he levantado mis ojos al monte de donde me vendrá socorro. Sí, allí se esconde, mis hermanos, y solamente, allí la fuerza que una vez á nosotros comunicada nos volverá vencedores sobre la carne, sobre el mundo y sobre el demonio. Sobre la carne, porque es cosa averiguada que robustecido el espíritu la carne decae, se humilla y pierde sus brios; y comiendo de aquel pan, el espiritu se robustece, lo cual no debe probarse, porque lo esperimenta el que asiste á ese convite. Sobre el mundo, porque espirilitualizado el hombre con la frecuente recepcion del pan sacramentado, recibe luz é intelijencia sobre-humanas, y entonces, viendo y apreciando las cosas en su verdadero lugar y en su verdadero valor, desprecia las cosas del mundo como despreciables, y trabaja por alcanzar las eternas como amables. Y por fin, sobre el demonio, porque el hombre que á Cristo se une por la participacion de su carne y sangre sacratísimas, por una consecuencia naturál y lejítima, participa de la virtud, fuerza y poder de Cristo, y con esa virtud y poder el hombre vence al demonio y aun le manda y es obedecido.

Por eso el divino Jesus nos llama desde su Sacramento y

nos dice: *venid á mí los que estais oprimidos de males, y yo os consolaré.* Lo que es como decirnos: «Hijos mios muy amados, sé bien que los enemigos con quienes habeis de luchar son muchos, audaces y encarnizados; tambien sé que os han de hacer tal guerra que por vosotros mismos no os valdreis para la defensa; por tanto, venid á mí que yo os confortaré, *venite ad me, omnes qui laboratis et onerati estis et ego reficiam vos.*

Y sin embargo, hermanos, y sin embargo de un llamamiento tan amoroso, y de la grande necesidad de obedecerle, todavia ¡cuán retirados vivimos del adorable altar, el mayor número de los que por otra parte nos llamamos cristianos!...Oh! cuán tardíos somos en obedecer á Jesucristo, amorosisimo Padre! Qué desgaño se advierte, qué hastio manifestamos á mesa tan saludable! Jesucristo se queja de esto con estas palabras de su divina boca: «Jerusalem! Jerusalem! ¡cuántas veces he querido juntar tus hijos como la gallina junta á sus polluelos bajo sus alas!» Aquella ave jenerosa, simbolo del amor maternal, llama sus hijos y estos vienen luego, y no contentos con rodearla todos, cobijanse bajo sus alas para gozar de su calor. Jesucristo, empero, nos llama con mas amor; nosotros no vamos á él, pues antes preferimos buscarnos para nuestro sustento inmundos é insalubres manjares, que comer en su mesa el divino pan que él nos ofrece.

Decidme sinó ¿qué viene á ser el número de almas que frecuentan los Sacramentos, relativamente á la multitud asombrosa de personas que viven como si Dios no hubiesen, ó por lo ménos como si fuese posible alcanzar victoria sobre aquellos enemigos sin la gracia de Jesucristo?

Y nos lamentamos luego y decimos que todo va desquiciado;

ya no hay fé, ya no hay conciencia, ya no hay virtud sobre la tierra! Pues yo no lo estraño, hermanos; si me admira ver que no hayamos caido los hombres en el estremo que Nabucodonosor, al cual castigó el cielo estinguiendo en él los instintos racionales, hasta el punto de arrojarse á los campos y alimentarse de sus yerbas á guisa de bestia feroz.

Causa compasion ver á tan gran número de jóvenes con la cabeza llena siempre de pensamientos desarreglados y pueriles, y de dia y de noche revolviendo dentro de sí novelescos y fantásticos proyectos, devorado su corazon perpétuamente por la vehemencia de indefinidos deseos; jóvenes sin moralidad, sin relijion, sin cordura, sin instruccion para tomar parte en asuntos sérios; amadores entusiastas de todo lo que brilla, de todo lo que aturde, de todo lo que entorpece el alma y regala los sentidos; jóvenes llenos de sí mismos, sin ideas de humildad, ni de mortificacion cristiana, ni de perfeccion evanjélica; jóvenes que, dominados por la carne y sus pasiones, allí donde se prometen un placer corren y lo tragan, como el pez traga el anzuelo, para despues recibir la muerte. Jóvenes! jóvenes sin Dios, víctimas de las doctrinas inspiradas por un liberalismo exajerado, licencioso é impio! Pero, vuélvolo á decir, señores; yo no estraño una juventud así desde que no recibió ejemplo de sus padres, ni de sus maestros, ni se le hizo conocer desde temprano las ventajas espirituales y morales que trae consigo la recepcion frecuente y devota del pan sacramentado.

Pero pasemos adelante.

Nada nos es tan manifiesto, hermanos, como nuestra insuficiencia para llevar á la práctica tantos vencimientos y sacrificios como nos demanda el grande, el muy grande negocio de

salvarnos, que llevamos entre manos. Luego ¿cómo es que no corremos á esa fuente de vida á beber en ella el espíritu, la valentía, la virtud que hemos menester para vencer las grandes dificultades, y consumar esos indispensables sacrificios que la salvacion de nuestras almas imperiosamente nos exije? Qué disculpa daremos en el juicio de Dios? ¿Qué responderemos á Jesucristo, nuestro juez, cuando á los culpables en este punto dirá: «Pues si te reconocias enfermo moralmente, por qué no comiste mi carne y bebiste mi sangre, para convalecer y sanar? Si la impudicicia te atosigaba, si la ira te invadia, si la pereza, si la soberbia, si la gula, la ambicion y otros vicios te acometian y daban contigo en tierra ¿porqué no buscaste la gracia en el convite del altar? ¿No llamaba yo á todos y decia: Venid todos á mi? ¿No llegaron á los oidos de todos estas palabras mias: Si alguno come de este pan vivirá eternamente? Pues si vosotros apetecisteis mas los criminales gustos del vicio que la espiritual suavidad del manjar de mis altares; pues si vosotros no quisisteis comer á mi mesa, condicion que os impuse para merecer la vida inmortal, qué otra sentencia puedo daros que la de muerte?...¡Ah! despreciasteis mi cuerpo sacramentado solamente porque para comerle se os pedia que fueseis castos, que fueseis humildes, que fueseis justos. Luego amasteis mas la injusticia, el orgullo y la impureza que mi carne y mi sangre que tan liberalmente os ofrecia» Tratemos, pues, seriamente hermanos, los unos de recibir, por lo ménos algunas veces al año, el pan adorable del altar, y los otros de recibirle mejor dispuestos; esto es, con mas humildad, con mas limpieza de corazon, con mas modestia esterior, y mas firme propósito de enmendar nuestras faltas.

Las dos fuentes fecundisimas de las cuales proceden los

grandes males morales que nos aquejan, ya particulares como comunes, consisten en acercarnos mal dispuestos á la mesa del altar y en no acercarse jamás el mayor número.

Y siendo esto asi ¡qué mucho que los hombres vaguen sin rumbo fijo de creencia en creencia, de sistema en sistema y siempre de mal en peor, si para nada cuentan con Jesucristo, fuera del cual no es posible hallar otra cosa que tinieblas, torpeza, pecado y muerte eterna! ¡Qué hay que estrañar si desertan cada dia tantas almas de las filas católicas, cuando sabemos que una alma en divorcio con su redentor y su Dios, es nave sin brújula, triste juguete de las pasiones que, á manera de ondas alborotadas, la cercan, la envisten y la destrozan. ¿Qué otra cosa puede esperarse, señores, que lo que estamos viendo, injusticia, mala fé, suicidios, usurpaciones, envenenamientos, en unos dias en los cuales tan poco nos cuidamos de la digna recepcion del pan sacramentado?

En vista de todo esto digo, por tercera vez, que lejos de estrañar el universal desórden en que marcha todo, en relijion, en moral y en politica, me espanto, si, de que no se hundan los pueblos bajo el peso de una jeneracion manifiestamente despreciadora del adorable Sacramento de la Iglesia que le adora, de los ministros que le dispensan, y aun del Dios que le instituyó y que en él se contiene.

Os exhorto, señores, á que tomeis en consideracion cuanto hemos dicho, cuyo resúmen es el siguiente: que la práctica de la virtud es imposible sin participar dignamente del sagrado pan eucaristico; porque los enemigos que se empeñan en arrastrarnos al vicio, que son la carne, el mundo, y el demonio, son muy poderosos, y tanto que sinó nos robustece ese divino pan, caeremos infaliblemente bajo sus golpes.

Sobre la parábola del sembrador—De la manera de escuchar la Divina palabra.

¡Cuánta es la bondad del Señor nuestro Dios, amados mios, pues que apesar de haber observado el poco ó ningun fruto que de las anteriores cuaresmas hemos recojido, con todo, no solamente nos ha esperado hasta aquí, sinó que nos llama de nuevo y nos reune en su templo santo á repetirnos lo que ya tantas veces os dijo por órgano de sus ministros. Es menester que volvamos sobre nuestros pasos, es menester que nos arranquemos de la culpa, es menester que desandemos lo mal andado para volver nuestra atencion hácia nuestro último fin; es indispensable, por último, que lavemos con lágrimas de verdadera penitencia nuestros pasados errores, para evitar la condenacion eterna y alcanzar la eterna vida.

¡Cuán bondadoso es, dije, el Señor nuestro Dios! Pero como es justo tambien pudo sin inferirnos injuria castigar nuestra rebeldia, ese desprecio que hicimos de sus inspiraciones y palabras borrándonos del número de los vivientes y aún del libro de la vida en el año que acabó; pudo, el Señor, sí, arrebatarnos una existencia que no hemos sabido utilizar en órden á nuestro fin último, pudo habernos juzgado y sentenciado....Y en tal caso ¿cuál fuera nuestra suerte ahora? ¿Cuál fuera nuestra morada? ¡Ay! mis hermanos, acaso la de

los réprobos. Y entonces cuánto deseariamos un solo dia, una sola hora para hacer la mas dolorosa penitencia que haya hecho jamás el anacoreta mas austero; y sin embargo, ni ese dia, ni esa hora se nos concediera, porque no hay gracia, n remision, ni misericordia para el desgraciado que murió en grave pecado.

En vista de esto, pues, ¿quién no se siente impulsado á bendecir á este Dios que habiendo castigado severamente á tantos otros en el año que ha pasado, y tal vez no tan obstinadamente rebeldes como nosotros lo hemos sido, á nosotros, sin embargo, por un efecto de su misericordia todavia nos espera y aún nos vuelve á llamar á una verdadera penitencia?

Creo, señores, que si esta consideracion nos ocupase un mediano espacio de tiempo, fuera muy suficiente para llevarnos á una firme resolucion de no desaprovechar esta santa y nueva cuaresma; de no incurrir otra vez en la temeraria imprudencia de desoir la voz de un Señor omnipotente, que si bien es la suma bondad puede transportarnos de un instante á otro de la vida del tiempo á los tormentos eternos. ¿Y no os propondreis esto, mis hermanos? Espero que sí, y con esta esperanza tan halagüeña paso desde luego á haceros conocer el asunto de esta plática. Vamos á considerar las causas que han inutilizado en nosotros hasta aquí la divina palabra; y como es así que quien conoce perfectamente esas causas es el mismo Jesucristo Señor nuestro, mi plática no será otra cosa que la esposicion algun tanto comentada de la parábola del sembrador. En ella divide el divino maestro en cuatro clases los que oyen su santa palabra: nosotros veremos luego á cual de esas cuatro porciones pertenecemos, y esto visto ó averiguado sabremos lo que nos conviene hacer.

Empecemos como debe empezarse siempre toda buena obra. Saludemos á la divina María con las palabras del ánjel. *Ave-María.*

Leemos en el capítulo 4° del Evanjelio segun san Marcos, lo siguiente: «Y segunda vez se puso á enseñar Jesucristo á orillas del mar; y se acercaron á él tantas jentes que tuvo necesidad de entrarse en una barca y sentarse en ella dentro del mar quedándose todo el pueblo en la ribera. Y Jesus les enseñaba con parábolas muchas cosas, y les decia segun su modo de enseñar: «Oid: hé aquí que sale el sembrador á sembrar el campo. Y al arrojar la semilla una parte cayó cerca del camino y viniendo las aves del cielo se la comieron. Y otra parte cayó en lugares pedregosos, en donde la tierra era poca, y como no habia profundidad nació luego la semilla, mas cuando vino el sol la abrasó y como no tenia raiz se secó. Y otra parte cayó entre espinas, mas creciendo las espinas la sofocaron y no dió fruto. Y otra cayó en buena tierra y dió fruto que subió y creció, y á uno dió treinta, á otro sesenta y á otro ciento.»

Despues de otras cosas que dijo Jesus relativamente á esta parábola, la esplicó asi: «Aquellos están, decia, cerca del camino donde cayó la semilla que así que han escuchado la divina palabra viene al punto Satanás y se las arrebata.»

Alude aquí Jesucristo, hermanos, á esa clase de oyentes que pasando su vida sin ningun cultivo espiritual, sin recojimiento, sin exámenes, lectura santa, ni oracion, son muy dados á saber y á comunicar á otros cuanto sucede en el pueblo y aún en el secreto de las familias, de donde sucede que cuando vienen al templo ó por casualidad hojean un buen libro,

olvidan al punto cuanto se les dijo de parte de Dios ó cuanto en ese libro leyeron; que si lo hubiesen considerado y vuelto á considerar en el secreto de su corazon, hubiérales producido sentimientos saludables, y acaso un cambio total en sus costumbres.

A esta clase de oyentes pertenecen, pues, todas esas personas que apreciando en muy poco la virtud del silencio, ó mejor diré, que aún resistiéndose á creer que existe una virtud que consiste en callar cuanto sea posible y prudente, vienen al templo á oir la divina palabra pero con imajinacion inquieta y revuelta con otras ideas ó reminiscencias de los mil asuntos inútiles en que se mezclaron durante el dia: las verdades que escuchan y exhortaciones que reciben del sacerdote, quedan, por esplicarme así, como á los umbrales del corazon, no pudiendo, por consiguiente, pasar adelante, por hallarse ese corazon completamente henchido de novedades de todo punto hetereojéneas con las cosas del espiritu. ¿Y hay algo, señores, tan natural como que esto suceda á personas que andan como á caza de cuentos y noticias y que parece que han menester para vivir de hablar como de respirar? ¿Cómo se hará lugar la palabra de Dios en esas almas divididas en tantas porciones cuántos son los negocios de que habitualmente viven preocupadas? La gracia de Dios, sinó es en casos muy raros, jamás se comunica á almas turbulentas y locuaces; por eso dice el mismo Señor: *ducam eam in solitúdinem et loquar ad cor ejus*: yo llamaré y guiaré el alma al silencio y soledad y allí hablaré al corazon.

Sin embargo, pudiera muy bien la divina palabra, en fuerza de su natural virtud, insinuarse en esos corazones disipados; y efectivamente así sucede con frecuencia, pero el mayor mal

está en que despues é inmediatamente que esas personas oyeron la divina palabra, no solamente no se ocupan en meditarla, que fuera el modo de hacerla fructificar, sinó que tornan á su habitual parleria; otra vez al mundo en busca de noticias, otra vez á los periódicos á saber qué batallas se han dado, qué nuevos descubrimientos se han hecho, cual fiesta teatral se dá próximamente, qué hay de interesante en las correspondencias de Italia, Francia y de Alemania. Pero, señores, en medio de esta algaravia y en medio de estos viajes á que se violenta la imajinacion haciéndola correr en todas direcciones y pasar por todos los paises y por todo ó lo mas notable que en ellos sucede, podrá menos nuestra pobre alma que olvidar la buena doctrina que se nos predicó, ó que leimos ú oimos leer? Estos tales son semejantes á los que siembran la semilla sin cuidar de cubrirla con tierra. Vienen luego los vientos y la desvian del surco, ó las aves y la comen. Tambien son semejantes estos incautos á los que piden una candela encendida y para conducirla á su habitacion no se precaven del huracan, de donde resulta que quedan nuevamente en tinieblas. Por esto dijo Jesucristo: «Algunos hay que oyen la divina palabra de tal modo que luego viene Satanás y se las roba: *Venit Satanas et aufert verbum quod seminatum est in cordibus eorum.*

Alguno se habrá fijado en que acabo de hacer mencion de los periódicos como de uno de los inconvenientes para que la divina palabra nos nutra y aproveche: no os parezca que lo dije desapercibido ni menos espereis que me retracte, pues yo me atrevo á decir y afirmo, sin temor alguno, que no es la lectura de ciertos periódicos, de casi todos, que pueda tomarse sin un cierto peligro de corromperse, y por lo mismo

sin alguua culpabilidad. Circulan papeles entre nosotros, señores, que es para avergonzarse el ser sorprendido leyéndolos, y mas de una vez he visto personas sensatas y de criterio arrojarlos con cierto enojo como suele hacerse con una cosa nauseabunda y pestilente. ¿Cuál es el dia que no aparece en las columnas de nuestros diarios alguna insolencia contra la iglesia santa, contra el vicario de Jesucristo, ó contra el mismo Jesucristo? No ha muchos dias que con ocasion de una Encíclica del Santo Padre, que todo verdadero católico debiera escuchar con la mas profunda veneracion y de rodillas, se habló en algunos periódicos lo que no puede recordarse sin indignacion y santa cólera, desde que es tratado allí el representante de Dios en la tierra como fuera osadia tratar á un hombre comun. ¡Y se dice hasta el cansancio que esos periódicos son el órgano del pueblo! ¡Sarcasmo! ¡Mentira! El pueblo de Buenos Aires, pueblo culto, noble y católico, no merece ese insulto.

El pueblo de Buenos Aires no tiene órgano por donde trasmitir sus ideas y sentimientos, porque no se lo permiten tener los que se han apropiado la prensa para hacerla servir á sus propias pasiones é intereses. Sí, mis hermanos, papeles como á esos que me refiero no son el órgano de este pueblo juicioso, antes bien son las cloacas por donde se dá paso á ciertas materias pestíferas en que abundan las pasiones bajas, la impiedad y la licencia.

Pero vuelvo á mi asunto.

Jesucristo, Señor nuestro, continuando la esplicacion de su parábola, dice: «Y de la misma suerte los que reciben la simiente en lugares pedregosos son aquellos que oyendo la palabra la reciben con gusto, pero no tienen raiz en si sinó

que son de corta duracion, pues levantándose alguna adversidad ó trabajo, por causa de la palabra, luego se escandalizan.»

Aqui alude Jesucristo á aquellas almas que si bien vienen fácilmente al templo del Señor y son dóciles en admitir sin contradiccion la doctrina católica, son, por otra parte, remisas en practicarla, toda vez que esta práctica les exije alguna privacion ó sacrificio.

A esta clase de oyentes pertenecen, por lo tanto, todas esas personas que solo por oir hablar impiamente á algun licencioso ó solo porque leyeron algo contra relijion ó moral, se plegan al error ó al vicio, abdican de sus antiguas convicciones y hasta se tornan de adictos que eran en adversarios de la verdad relijiosa y de la buena moral.

Tambien pertenecen á esta clase de oyentes esas almas versatiles y pusilámines que por temor á las zumbas del mundo se retraen de aparecer católicas, no tan solo hasta omitir el cumplimiento de sus deberes como tales, pero hasta el punto de concurrir activamente, por lo menos, al fomento de conversaciones libres, indecentes y aùn heréticas. ¡Oh! señores, y à cuantas lamentables deserciones y caidas dá ocasion esta nécia pusilanimidad y vergüenza, en una época en que á fuerza de repetirse se ha conseguido hacer creer á muchos menguados que no es hombre de progreso sinó el incrédulo, cuando lo contrario es la verdad, desde que es cierto que el no creer es la barbarie y la barbarie está de nosotros muchos siglos atras.

Esos tales, pues, que por temor al ódio y burlas del mundo se avergüenzan de pertenecer al Catolicismo y de acatar las leyes de la santa iglesia, son serviles imitadores de Pilatos que por no atraerse el ódio del César sentenció á muerte á Jesus,

contra el dictámen de su conciencia y contra el aviso de su esposa que le habia dicho: «no te mezcles en la causa de ese justo; mira que anoche he padecido mucho á causa de una vision que he tenido respecto á él.» Y por eso dijo Jesucristo de estas almas que no tienen raiz en sí, esto es, que son almas superficiales, porque la ignorancia de la relijion en que viven las hace cobardes para practicarla públicamente y para volver por ella cuando es llegado el caso de vindicarla de las calumnias de sus enemigos. Y de aquí se deduce claramente la necesidad apremiante en que nos encontramos de estudiar con sumo interés los fundamentos de nuestra relijion adorable, no ya del modo conciso en que nos la ofrece un catecismo, sinó con alguna mayor estension y algun tanto discutidos.

En tiempos como los presentes en que la propaganda del error invade todos los terrenos á paso de ataque, cada católico es un soldado de Cristo, y siendo así es muy triste cosa que se le sorprenda sin armas; y esas armas no son otras que un regular acopio de conocimientos de las cosas que se deben creer, y tambien de las razones por las cuales se deben creer esas cosas ó verdades.

Pasaron ya, y muy probablemente no volverán, aquellos tiempos en que la impiedad, la herejia y la blasfemia eran crímenes horrendos ante el tribunal de la razon pública; hoy esos delitos llevan otro nombre: se llaman independencia del pensamiento, libertad de conciencia, soberania de la razon. Por esto nos urje sobremanera, señores, la necesidad de ilustrarnos en cuanto lo permite el estado de cada uno, para que no suceda que las doctrinas ponzoñosas que á manos llenas desparrama la impiedad nos contajien y nos pierdan.

Mas ay! que por desgracia sucede que hallándose varios en un circulo y haciendo cada uno vana ostentacion de erudito sobre cuantas materias se tocan, si se trae á tela de juicio algun punto relijioso y toma la palabra el mas impio y vomita las mas groseras sandeces contra el dogma ó la moral, todos callan, señores, y el insensato queda dueño del campo; no porque sea capaz de sostener la actitud que ha tomado, sinó porque los que le escuchan ó se avergüenzan de rebatirlo, ó ignoran la manera de hacerlo. Tienen razon de callarse pues no es permitido sinó al que puede prometerse la victoria tomar á su cargo una causa tan sagrada. ¿Y podrá prometerse esa palma el que no se tomó el trabajo de estudiar la relijion? No os provoco á que os empeñeis en polémicas sobre relijion, pues como dije no es licito á todos tal empeño; pero si quiero deciros que conozcais lo mas á fondo que ser pueda vuestra relijion adorable, para que os preserveis del error, por lo menos, ya que no podeis destruir las falacias de los incrédulos. No os corrais, señores, de no saber cosa alguna de lo que pasa en el mundo; avergonzaos, si, de que os enrede el impio con sus paralojismos y falacias, pues esta caida seria la mas vergonzosa, como quiera que daria evidente testimonio de que ignorabais la relijion que profesais y que debeis saber antes que todas las cosas.

Terminemos, pues, esta segunda division y digamos que todas aquellas personas que, ó por ignorancia, ó por temor, ó por otro cualquier humano respeto no viven en conformidad con la doctrina de Jesucristo, ó de su iglesia, que tanto quiere decir, y todos aquellos tambien que han caido en el error grosero de creer que conviene acomodarse á la marcha actual del siglo, hasta el punto de ser incrédulos con los incré-

dulos, indiferentes con los indiferentistas, como medida prudente para optar á algun empleo lucrativo, á alguna dignidad ú otra conveniencia humana, están comprendidos en la segunda clase de oyentes de la divina palabra que reprueba Jesucristo nuestro Señor, en la parábola evanjélica que venimos considerando.

Oigamos todavia al divino maestro.

«Y las otros, prosigue Jesus, y las otros que reciben la semilla entre espinas, son aquellos que oyen, la palabra divina, pero los afanes del mundo y el cuidado de las riquezas y otras pasiones mas, sofocan la palabra y la hacen infructuosa.»

Aquí, mis hermanos, no son menester grandes esfuerzos ni muchas palabras para la intelijencia de lo que Jesucristo quiso decir, pues está al alcance de cada uno que siendo el hombre de potencia ó capacidad tan limitada, es á todos luces imposible que al mismo tiempo que está consagrado al espinoso afan de amontonar riquezas pueda atender á los intereses de su alma, tanto cuanto lo exije la magnitud y escelencia del negocio; además de que la sola pretension de atesorar bienes materiales envuelve ó dice cierta incompatibilidad ó repugnancia con la de atesorar bienes espirituales; y por esto dijo Jesucristo: «Ninguno puede servir á dos señores, pues ó aborrecerá á uno y amará al otro, ó sufrirá á este y al otro despreciará.» Estos dos señores, segun lo declaraba el mismo Señor, son Dios y el dinero. Y la razon de ser imposible servir á los dos simultáneamente es, dice san Juan Crisóstomo, «porque el uno sujiere hasta apoderarse de lo ajeno para tener mas, y el otro manda dar hasta lo propio: el uno de estos dos señores te prescribe la castidad, mas el otro te estimula y

arrastra á la impudicicia: el dinero te proporciona é inclina á la vida relajada y muelle, y el otro Señor, que es Dios, te ordena la abstinencia y el ayuno, la mortificacion y la modestia: el dinero te inspira el amor desordenado á las cosas presente, y Dios te manda que las tengas en poco y hasta que las desprecies. ¿Cómo, pues, podrás practicar cosas tan opuestas?» Y hé aquí la razon, señores, porque dijo tambien Jesus ser cosa muy difícil que se salve un rico.

Por otra parte, el ánsia de enriquecerse ocupa todo el hombre y todo su tiempo; todo su tiempo, porque durante el dia no hace mas que entender en sus negocios; durante la noche revisa sus libros y tira sus cálculos. Duerme despues y aún durmiendo sueña con pérdidas y ganancias, con trampas y litijios; por manera que ni aún dormido el hombre sediento de riquezas puede ser visitado por la gracia, pues aún entonces le encuentra con su corazon fijo en el oro, y es cosa sabida que la gracia de Dios no entra sinó donde le dan lugar y tiempo, á no ser en los casos escepcionales, de Pablo y Magdalena.

El hombre sediento de fortuna y siempre de mas fortuna, como por lo jeneral lo son los que ya la poseen, además de lo dicho es tambien soberbio, porque cree que jamás necesitará de nadie, ya fundándose en lo que posée de presente, ya en lo que espera atesorar en lo futuro. Es indiferente á las necesidades del pobre, ó porque olvidó ó porque no supo nunca lo que es carecer de las cosas necesarias á la vida: es indiferente á las cosas eternas y aun al mismo Dios; indiferente á las cosas eternas, porque está contraido en cuerpo y alma á la adquisicion de las temporales: indiferente al mismo Dios, porque, como queda dicho, nadie puede servir á dos señores, y

pues el se sirve á sí mismo procurándose riquezas y placeres, por fuerza ha de ser esto con olvido de su último fin que es Dios. ¿Y en una alma de esta índole, creeis, señores, que pueda jerminar y dar fruto la divina palabra? Tales son, pues, las almas sobre las cuales cae la palabra divina como si cayese entre espinas, pues es sofocada bien pronto y perece bajo el peso de los infinitos cuidados que trae consigo la demasiada solicitud de aumentar fortuna. Y cuenta, hermanos, con que la sed de atesorar de que venimos hablando, y que es la que esteriliza en el hombre la palabra divina, es injeniosa para disfrazarse, pues á este le hace creer que trabaja para sus hijos, á aquel para sufragar los gastos de un largo viaje, al otro para tener con que asistirse en una larga enfermedad que puede sobrevenirle, á algun otro le hace creer que si atesora es ,así prudente hacerlo para no ser gravoso á nadie en el tiempo de la vejez; pero todo es ropaje, hermanos: lo que hay en el fondo es ambicion y nada mas que ambicion, vicio que escluye del reino de los cielos segun el Apóstol.

Concluye Jesucristo la esplicacion de su parábola diciendo: «Y los que recibieron la simiente en buena tierra son aquellos que escuchan la divina palabra y la conservan, y á su tiempo dan su fruto, uno como treinta, otro como sesenta y otro como ciento.»

Ved aquí, señores, que de las cuatro porciones en que divide Jesucristo á los que oyen sermones, solo una, que es la que acabamos de mencionar, sabe aprovecharse de la buena doctrina que se les predica. Conviene ahora, mis hermanos, que tratemos de descubrir en cual de esas cuatro porciones estamos nosotros comprendidos; y si averiguamos que ó la

disipacion en que vivimos y nuestro desordenado apetito de saber novedades, ó si la infundada vergüenza ó temor á las burlas y al ódio del mundo, ó si el demasiado anhelo y sed de riquezas han sido los obstáculos ó vicios que han estorbado hasta hoy que la divina palabra fructificase en nuestro corazon, temed, señores, porque con ese desprecio que hicimos de este don precioso, no hemos hecho otra cosa que amontonar sobre nuestras cabezas argumentos contra nosotros mismos para ante el tribunal de Dios que nos aguarda. Cada sermon de los que oimos infructuosamente se nos volverá como un acusador en la presencia de ese tribunal, pues debemos dar cuenta al Señor del capital y de las ganancias interesados en el negocio de la salvacion.

¡Alto! pues, hermanos. Volvamos sobre nosotros; no aumentemos el número de esos desgraciados que concurren al sermon mas como jueces llamados á fallar sobre lo material del discurso que como cristianos que buscan la verdad y la edificacion de su espiritu.

Atrás! esos censores é infatuados literatos que al mismo tiempo que se ocupan en hacer el análisis del sermon que escucharon, descuidan de correjir los vicios de que fueron reprendidos.

Os recomiendo, pues, encarecidamente, y por fin, amados mios, que cuideis la manera de oir en esta santa cuaresma la divina palabra.

Sobre el pasaje del ciego del Evanjelio á quien Jesus dió vista, imájen de los que humildemente piden al cielo luz y fé.

En un tiempo como el nuestro en que la incredulidad está de moda, me parece muy del caso que consagremos un rato á la consideracion de este desórden, para que penetrándonos mas, todavia, de su malicia y fealdad, con mas dilijencia que hasta aqui nos recelemos de sus emboscadas.

Algunas veces me figuro que algunos de vosotros creerán que los mas de los incrédulos merecen en cierto modo que se les tolere y disculpe, ya porque los unos son víctimas de la ignorancia, ya porque los otros han sido arrastrados por los malos ejemplos, ya porque aquellos no han tenido tiempo ni ocasion de ilustrarse en materias relijiosas; estos porque tuvieron por maestros hombres sin conciencia y sin Dios, y otros, finalmente, ó porque leyeron malos libros que les pervirtieron, ó porque no habiendo tenido suficiente críterio para entender lo que leyeron, aun en buenos libros, erraron, pero erraron de buena fé, y por consiguiente sin contumacia. Vais á ver, hermanos, que sin negar absolutamente la posibilidad de que en nuestros dias haya incrédulos de buena fé, la jeneralidad de ellos, casi todos, especialmente en las ciudades populosas, lo son de pura malicia ó por sistema. Vais á ver tambien que esa misma maliciosa incredulidad puede considerarse bajo dos

aspectos : como soberbia y obstinacion por parte del hombre, y como justo y terrible castigo por parte de Dios. Las cuales dos faces de la incredulidad se dejan ver en aquellas palabras de Jesucristo; palabras tan terribles como profundas, admirables palabras, palabras que solo pudieron desprenderse de los làbios de un hombre Dios: *in juditium ego in hunc mundum veni, ut qui non vident videant; et qui vident cœci fiant.* He venido à este mundo à ejercer un juicio por el cual los que no ven vean, y los que ven queden ciegos. Tomad de memoria estas palabras porque ellas son el núcleo de mi discurso.

El primer argumento de que me valdré para probar mi proposicion será la historia de aquel ciego de nacimiento al cual Jesucristo dió vista. Será algo dilatada esta prueba, pero es tan preciosa esa historia y juega un papel tan principal en ella la mala fé de los que en aquel tiempo y en el presente se empeñan en oscurecer la verdad y la divinidad de Jesucristo, que si me escuchais con una regular atencion me prometo que no os fastidiareis.—De mí os aseguro que jamás en los libros santos he leido cosa que mas á lo vivo me pinte la insensatez de los incrédulos como esta historia. Ella sola bastára para dejar satisfactoriamente probado que la incredulidad es pura afectacion y soberbia.

Quiera el Señor dispensarnos sus auxilios por la mediacion de su purísima madre. *Ave Maria.*

En conformidad con mi promesa voy á referiros la interesante historia del ciego del Evanjelio, la cual, como tambien dije, os presentaré como prueba de que nada es tan insensato y torpe como la conducta de los incrédulos.

En aquel tiempo, en cierto dia, despues que Jesucristo salió del templo, se encaminó como acostumbraba al monte de los Olivos, y al dia siguiente, que era sábado, volvió á la ciudad: en su camino pasó por un paraje en que estaba un ciego de nacimiento. Así que sus discípulos le vieron preguntaron á Jesus: «Maestro, ¿qué pecados son la causa de que este haya nacido ciego? ¿los suyos ó los de sus padres?» Y Jesucristo respondió: «Ni los suyos ni los de sus padres; sino para que las obras de Dios se manifiesten en él.» Dicho esto escupió en la tierra, y habiendo formado lodo con la saliva, untó con él los ojos del ciego, y le dijo: «Vé y lávate en la piscina de Siloe.» Fué él y se lavó y volvió con vista. Y los vecinos y los que le habian visto antes pidiendo limosna, decian: «¿No es este el que estaba sentado y pedia limosna?» «Este es» respondian algunos; y otros decian: «No es él, sino otro semejante á él.» Mas él decia: «Yo soy». Preguntábanle, «¿Como se te han abierto los ojos?» y él respondia diciendo: «Aquel hombre que se llama Jesus hizo lodo y untó mis ojos y me dijo: vé á la piscina de Siloe y lávate. Yo fuí, me lavé y veo.» Y le dijeron: «¿Donde está ese?» Y él respondió: «No lo sé.» Llevaron á los fariseos al que habia sido ciego; y era sábado cuando Jesus hizo lodo y le abrió los ojos. Preguntáronle, otra vez los fariseos cómo habia logrado la vista, y él les dijo: «Me puso lodo sobre los ojos, me lavé y veo.» Y algunos de los fariseos, decian: «Este hombre no es de Dios porque no guarda el sábado;» y otros decian: «¿Cómo puede un hombre pecador hacer estos milagros?» Y habia entre ellos sobre este punto diversidad de pareceres. Y preguntaron de nuevo al ciego: «¿Qué dices tú de aquel que te abrió los ojos?» Y respondió él: «Que es profeta.» Pero los judíos no creyeron

que él hubiera estado ciego y viese, hasta que llamaron á los padres del mismo ciego y le preguntaron: «¿Es este vuestro hijo, el que decis que nació ciego? ¿pues cómo vé ahora?» Respondiéronles sus padres y dijeron: «Lo que sabemos es que es nuestro hijo y que nació ciego; mas como ahora vé no lo sabemos, ni sabemos quien le abrió los ojos; preguntadle á él, edad tiene, que responda él mismo por sí» Dijeron esto los padres del ciego porque temian á los judios, los cuales habian ya convenido entre sí que si alguno confesaba que Jesus era el Cristo, fuese arrojado de la Sinagoga. Por eso los padres del ciego dijeron: «Edad tiene, preguntadlo á él.» Hago aquí un paréntesis, señores, para repetiros que os fijeis en el empeño que aquellos hombres ponían en oscurecer aquel milagro, y vereis cómo son los incrédulos, pues la misma luz que con sus dificultades van haciendo producir á los hechos que niegan, les vá enceguesiendo mas.

Llamaron, pues, los fariseos otra vez al hombre que habia estado ciego y le dijeron: «Da gloria á Dios. Nosotros sabemos que ese hombre es pecador.» Respondióles él:»Si es pecador no lo sé; lo que sé es que habiendo estado ciego ahora veo» Y preguntáronle ellos: «¿Qué hizo contigo? ¿Cómo te abrió los ojos?» Respondióles él: «Ya os lo dije y lo oisteis, ¿para qué quereis oirlo otra vez? por ventura quereis tambien vosotros haceros discipulos suyos?» Entonces le llenaron ellos de maldiciones y le dijeron: «Se tú su discipulo, que nosotros somos discipulos de Moises. Nosotros sabemos que á Moises le habló Dios, mas este Jesus no sabemos de donde es.» Respondiendo entonces el que fuera ciego les dijo: «Aquí está la maravilla: no sabeis de donde es despues que me ha dado vista. Y sabemos que á los pecadores no los oye Dios;

mas si alguno le dá culto y hace su voluntad, á este le oye. No se ha oido desde que el mundo es mundo, que alguno haya abierto los ojos de un ciego de nacimiento. Si este no fuera de Dios, no podria hacer nada.» Respondieron los judios y le dijeron: «Tú has nacido lleno de pecados y vienes á enseñarnos á nosotros?» Y le echaron fuera con desprecio é irritados. Supo Jesus la mala ventura del ciego, y habiéndolo encontrado le dijo: «¿Crees tú en el hijo de Dios?» Respondió él y dijo: «¿Quién es, Señor, para creer en él» Y Jesus le dijo: «Le has visto y es el mismo que habla contigo.» Entonces dijo él: «Creo, Señor,» y postrándose le adoró. Y dijo Jesus: «Yo vine á este mundo á ejercer un juicio por el cual los que no ven, vean, y los que ven queden ciegos.» Oyeron esto algunos fariseos que estaban con él y le dijeron: «Por ventura somos tambien nosotros ciegos?» Y respondióles Jesus: «Si vosotros fuerais ciegos no tendriais pecados: mas ahora que decis nosotros vemos, persevera vuestro pecado.»

Hasta aqui la historia del ciego de nacimiento, de que nos habla el santo Evanjelio segun San Juan. En ella habeis visto como siendo la incredulidad obra de una voluntad depravada mas bien que de un entendimiento estraviado, todo es inútil para volver al incrédulo á la fé: los mismos prodijios hechos en su presencia, las palabras mismas de Dios, Dios mismo, no pueden hacerle creer, como se manifiesta en este pasaje. Tan soberano es el hombre para disponer de su destino! y tanto respeta el Señor esa libertad y soberania con que quiso dotarlo!

Los fariseos y demas enemigos de Jesucristo en aquellos dias no pudieron pedir á aquel caso notas de mayor veracidad. Ellos hablaron con el que habia sido ciego, y tanto este

como sus padres y el pueblo todo que le habia conocido desde que nació, les aseguraban que Jesucristo le habia vuelto la vista. No pudiendo resistir á tan poderosos testimonios apelaron á una suposicion falsa é injuriosa para Jesucristo, como fué decir que él era un hombre pecador como los demas, y que, por lo tanto, no podia ser que hubiese hecho aquel milagro por virtud divina. Mas el que fué ciego les contestó muy bien cuando les dijo: «Si es pecador ó no yo no lo sé, ni eso me importa, lo que sé es que yo naci ciego y él me dió la vista.» Lo cual fué decirles: segun vosotros decis Dios no concede á un pecador y malvado la virtud de obrar prodijios, y mucho ménos á un hombre como este Jesus, que si no fuese verdadero hijo de Dios seria el hombre mas perverso de cuantos han pisado la tierra; pues pretender ser adorado como Dios un simple hombre es el sumo grado de perversidad y de orgullo imajinable; pero es evidente, y vosotros mismos lo habeis visto, que este hombre obra prodijios como jamás se vieron: este hombre, pues, no es un pecador, pero ni es un simple Profeta ó un simple santo: es el mismo hijo de Dios. Y que lo es no queda duda desde que él lo dice, pues si lo dijera y no lo fuera mentiria, y mintiendo pecaria, y como vosotros decis, y es verdad, Dios no deposita en manos de un pecador la potestad de hacer milagros.

Pues bien, apesar de este raciocinio tan poderoso, los fariseos quedaron en su incredulidad, y no teniendo como destruirlas argumentaciones del que fuera ciego, ni oscurecer la evidencia de aquel hecho milagroso, antes adoptaron la imbécil medida de echar á empujones á aquel pobre hombre, que rendirse á la fuerza de pruebas tan irrefragables. Esto mismo es lo que hicieron en todos los tiempos los incrédulos cuando

se vieron cercados y vencidos por la verdad: echaron mano de la fuerza bruta, como para encubrir con esta fuerza la debilidad de sus objeciones y la ignominia de su derrota.

Leed la historia de los mártires, y vereis que estos obraban milagros en la presencia de sus verdugos, los cuales lejos de convertirse á la fé se irritaban mas; hacian lo que los canes que heridos por una piedra la persiguen rabiosos, se arrojan sobre ella y la muerden, sin advertir que ellos destrozan sus dientes y la piedra queda entera. Los incrédulos tambien persiguen, injurian, destierran, aprisionan, insultan y aun quitan la vida á los encargados de evanjelizar la verdad, sin advertir que ellos se desacreditan, se hacen criminales, y la verdad queda intacta, siempre luminosa, siempre amable y con vida, porque la verdad es indestructible y eterna.

Os dije al empezar que la incredulidad es soberbia por parte del hombre y al mismo tiempo justo y terrible castigo por parte de Dios; y porque esto es así se observa lo que ciertamente no se debiera estrañar. Mas lo que en verdad se estraña y lo que mayor escándalo causa á los pueblos es lo siguiente: muchos hombres que han estudiado mucho y estudian cada dia son regularmente los mas rebeldes é incrédulos. Y porque no se crea que cabalmente porque son ilustrados han sabido hallar razones lejítimas para no creer, recordad, señores, que los santos padres y doctores de la iglesia fueron incomparablemente mas ilustrados que nuestros doctores del siglo. Felizmente no se han perdido sus libros, hojeadlos y quedareis pasmados de tanta erudicion y sabiduria. Los mas de ellos escribieron sobre materias las mas difíciles, las mas abstractas y elevadas, y escribieron tanto cuanto nosotros no tendriamos tiempo de leer en lo que nos resta de vida, aun

suponiendo que viviésemos mucho, si es que habiamos de entender en otras cosas indispensables á la vida. Y sin embargo de esto, esos hombres creyeron con perfeccion, creyeron con la simplicidad de los niños, creyeron con fé firmisima, heróica. ¿Cuál fué, pues, el secreto por el cual esos hombres eminentes supieran hermanar la mas alta ciencia con la fé mas sencilla? Este secreto fué, señores, que aquellos sábios eminentes lo primero que aprendieron fué que la ciencia sin la piedad hincha, infatúa y corrompe, y por lo mismo ellos pusieron un cuidado esquísito y asiduo en ganar en humildad lo que medraban en ciencia. Oraban mucho y oraban diariamente; y alcanzando mediante la oracion el conocimiento de sí mismos, que es fundamento de la humildad, ya entonces la ciencia no podia enervarlos, sino antes bien les acercaba mas á Dios creador y fin de todas las cosas sobre que versan y de que tratan todas las ciencias.

Ellos sabian que la ciencia que el hombre puede adquirir despues de una larga vida es muy poca; y tan poca que apenas basta para enseñar al hombre que lo que sabe es nada comparado con lo que ignora. Sabian, además, esos sábios de primer órden, que en la presencia de Dios vale mas poquísima humildad que muchísima ciencia; y por lo mismo si bien trabajaban laboriosamente por llegar al conocimiento de las cosas por sus principios, que es lo que se llama ciencia, trabajaban mucho mas en no desagradar en lo mínimo al que es principio y creador de todas las cosas. Ellos estudiaron cuanto es digno de saberse, no desdeñaron la filosofía, antes fueron profundos filósofos; pero de estos conocimientos humanos se sirvieron como de escala para remontarse al Creador. La salvacion de las almas fué el fin inmediato, y

Dios el fin último de sus tareas literarias; y por eso, á proporcion que conocian á Dios mas lo amaban, y aproximándose á Dios por el amor, bebian con abundancia la ciencia en su misma fuente. *Deus scientiarum Dominus est.*

Los hombres ó filósofos del siglo, por el contrario, estudian no para saber salvarse ni para salvar á los demas, ni para conocer mejor á Dios, sino para saber, y por este medio aparecer sobre los demas, captarse aplausos y figurar, no entre los que temen, aman y sirven á Dios, sino entre los que son llamados grandes hombres y por este camino labran una doble fortuna; esto es, un nombre ilustre para contentar á un ánimo orgulloso y abundancia de oro para regalar á un cuerpo sensual.

Estudiando, como en efecto estudian, en obsequio de si mismos y en gracia del propio engrandecimiento, hállanse bien pronto á sí mismos, y de sí mismos quedan llenos y consiguientemente olvidados del Señor en castigo de no haberle buscado.

Distraidos de Dios de esta manera los hombres sábios segun el mundo, y perdiendo de vista el fin á que debieron encaminarse, que es el mismo Dios, vagan en una duda espantosa fuera de toda senda, semejantes á esos meteoros, fátuamente luminosos; que suelen atravesar el cielo en ciertas noches serenas y que lucen algunos instantes para despues morir.

Henchidos por la propia estimacion esos sábios segun la carne, empeñados en cuestiones y teorías impertinentes las mas veces, dan de mano á la piedad, desdeñan la devocion como para no confundirse con lo que ellos llaman el pueblo bajo é ignorante; satisfechos de sus conocimientos, creen que no han menester de guia; divórcianse de la iglesia católica

por parecerles indigno de sábios el ser rejidos. Yo sé lo que debo hacer, se dice cada cual; sé lo que debo creer. ¿Pues para qué hizo Dios al hombre intelijente? Para qué le crió libre?

Y prescindiendo esos hombres engreidos del divino majisterio de la iglesia santa, Dios prescinde de ellos para castigar su rebeldía contra la iglesia su esposa; abandónalos, permite que les deslumbren los fascinadores brillos de soñadas utopias...... Y ved aqui, señores, la razon por la cual tantos hombres estudiosos y eruditos, que talvez conoceis, cayeron en las tinieblas de la incredulidad; ellos no supieron preservar la ciencia de la corrupcion con la sal de la oracion, y por eso convirtióseles en veneno lo que pudo darles vida: la fuerza misma de la luz de la ciencia no graduada por la humildad evanjélica, les deslumbró y encegueció.

Ahora mas fácilmente entendereis aquellas palabras de Jesucristo: «Yo he venido á este mundo á ejercer un juicio por el cual los que no ven vean, y los que ven queden ciegos.» Esto es, para que los que no creen por ignorancia ó descuido crean, una vez enseñados por la Iglesia católica y por la predicacion de sus ministros; y para que los que creen que vén, que son los sábios soberbios, queden mas ciegos, lo cual es consiguiente por el desprecio que hacen de la verdadera luz, y la resistencia que oponen al majisterio católico. Por esto os dije al principio que la incredulidad tiene dos faces, pues al mismo tiempo que es soberbia por parte del hombre, es justo y terrible castigo por parte de Dios. Mas claro y mas breve: el hombre sábio sin piedad se ensoberbece y por eso no cree, y Dios le niega la gracia de creer para castigar su soberbia.

El que hubiese comprendido lo dicho hasta aqui tiene la esplicacion de esas cuestiones acaloradas, ruidosas y trascendentales á que con tanta frecuencia es provocada la autoridad eclesiástica por la autoridad civil. Jamás en esos casos los gobiernos civiles confiesan que han errado, por manifiesta que sea la injusticia que á la Iglesia hicieron y por avanzado que se suponga el paso que dieran contra sus fueros sagrados; y si alguna vez se someten es por miras políticas, ó como aquel que retrocede para caer luego sobre su víctima con una fuerza igual al terreno que aparentemente perdió. Ellos sostienen de un modo impávido, altanero y ridículo contra los Pastores de la Iglesia, y aún contra el mismo Papa, cuestiones cuyas materias jamás estudiaron ó estudiaron muy de paso; y es verdaderamente cosa que asombra observar que hombres que han empleado tres cuartas partes de sus vijilias en leer folletos, viajes, poesías, novelas y periódicos pretendan dar lecciones sobre derecho canónico y algunas veces sobre el dogma á los mismos Obispos, hombres encanecidos en el desempeño de las altas funciones del sacerdocio; hombres de conciencia, hombres, en fin, habituados á no empeñarse en cosas de importancia sino despues de haberse postrado en la presencia de Dios á implorar sus auxilios y sus luces. Yo no sé, señores, si hay algo tan abominable como tomar un pliego de papel para rebatir la pastoral de un Obispo, ó para impugnar y declamar contra una enciclica del Santo Padre, sín otra preparacion que la lectura de autores impíos, y quizá luego en seguida de salir del teatro, ó de una orjia, ó de una lójia donde se trató de escitar los ánimos contra la Iglesia santa con improvisaciones y peroratas insustanciales y pantomímicas. Decidme: ¿no habeis leido tantas veces escritos en los cua-

les se ha hecho farsa de la autoridad, derechos y atribuciones de los pastores de la Iglesia? Pues las mas veces son autores de esos escritos jóvenes que si se les llama para examinárseles sobre doctrina cristiana no sabrán responder una palabra; y sin embargo, éntranse con sorprendente cinismo en cuestiones sobre competencia de potestades, como si la ciencia de la lejislacion les fuese innata, ó como si la sabiduria se heredase como se heredan los campos y los ganados.

Si vais á un teólogo ó canonista eminente á pedirle que os ilustre sobre algun asunto concerniente á estas facultades, todavia os pide algun tiempo para penetrarse mejor de la materia, pues es propio del verdadero sábio desconfiar de sí, y tanto mas cuanto es mas sábio. Pero ¡bendito sea Dios! entre nosotros sucede que un periodista de hoy para mañana redacta un dilatado artículo en el que desenvuelve *currente calamo* las mas difíciles cuestiones teolójicas!

No olvideis que os dije hace un momento que la soberbia de los presuntuosos sábios del siglo es lo que los arrastra á la incredulidad, y que esta es el orijen de las ruidosas polémicas á que la iglesia santa es provocada con tanta frecuencia, y en las que por lo jeneral siempre pierde; pero perdiendo gana, porque si pierde en el hecho queda con gloria en el terreno del derecho y de la justicia.

Voy á esplicaros el sentido de aquellas palabras de Jesucristo con las cuales terminó el pasaje del ciego que queda referido y dar fin á mi plática.

Despues que dijo Jesucristo que él habia venido á este mundo para que los que no veian viesen, y para que los que vén quedasen ciegos, los soberbios fariseos le preguntaron irónicamente: «¿Por ventura nosotros tambien somos ciegos?»

Y Jesus les dijo: «Si vosotros fueseis ciegos no tendriais pecado, mas como decis: nosotros vemos, permanece vuestro pecado.» Jesus, pues, quiso decirles: si vosotros fueseis ciegos, esto es, si vosotros confesaseis con humildad que sois ciegos en lo concerniente á la fé en el Cristo; si confesaseis que sois ignorantes en las cosas del espíritu, yo entonces os iluminaria, y esta luz y gracia os libraria de las tinieblas de vuestro pecado, *no tendriais ya pecado*; mas como creeis que lo sabeis todo, y que lejos de poder ser enseñados, vosotros sois los maestros, y que como tales no habeis menester direccion, *permanece vuestro pecado*, esto es, os dejo en vuestras tinieblas, en vuestra obstinacion, en vuestros errores, en castigo de vuestra soberbia.

Sobre la oracion de Jesus en el huerto de los Olivos

Como la mision de Jesucristo en la tierra no solamente tuvo por fin libertarnos ó redimirnos del pecado, sino que tambien se propuso el divino Señor enseñarnos las virtudes prácticamente, es por esto que jamás recordaremos uno solo de los pasos ó estaciones de esa su vida preciosa que no nos ofrezca lecciones importantes, y que mucho nos vá en aprender y mas todavia en practicar.

Yo, en esta noche, deseando vuestro aprovechamiento espiritual, me propongo llamar vuestra devota consideracion sobre Jesucristo en el huerto de los Olivos. Muy luego os haré conocer el fin que me propongo en ello.

San Lucas nos dice en su Evanjelio de este paso doloroso lo siguiente. El divino Maestro segun tenia de costumbre se encaminó al huerto de los Olivos poco antes de su pasion. Asi que hubo llegado y como le hubiesen seguido sus discipulos, volvióse á ellos y les dijo: «Orad para que no caigais en tentacion»; y apartándose de ellos tanto como un tiro de piedra, puesto de rodillas oraba al Padre y decia: «Padre mio! si es posible pase de mi este cáliz; sin embargo, no se haga mi voluntad sino la vuestra.» Y Jesus en aquella hora fué profundamente afligido, temió, se entristeció hasta la muerte, y fué tan hondo y tan amargo su conflicto que el sudor de su frente fué sanguineo y humedeció con él la tierra. Sin duda Jesucristo

hubiera muerto allí á no haber acordado redimirnos con muerte mas afrentosa, mas pública, mas sangrienta.

Bien, señores; desde luego se deja ver cuan fecundo es este pasaje sagrado en muy preciosos documentos para medrar en la virtud. Apenas habrá vicio que no pueda directamente combatirse con la doctrina que se desprende de él; mas yo no mas me propongo que haceros ver la indispensable necesidad que tenemos de la oracion. Os ruego esteis atentos, porque tratándose de la oracion se trata de la salvacion, y esta sin duda os interesa.

Ayudadme etc. *Ave Maria.*

No fué Jesucristo á orar al huerto de los Olivos impelido por necesidades propias ó males de que adoleciese; no, señores. Jesucristo es Dios y no tuvo necesidad de alguna gracia, ni de impetrar misericordia. Fueron nuestras necesidades, que habia tomado á su cargo, las que motivaron su oracion; enseñarnos quizo con su práctica máximas muy preciosas, virtudes muy grandes y muy necesarias al verdadero cristiano, pero la necesidad de orar muy principalmente.

Y á la verdad, señores: tan necesaria es la oracion que aun cuando el divino Maestro no nos la enseñara y persuadiera con su ejemplo, nuestra pobreza espiritual, los peligros mil que nos rodean, la rebelion de nuestra carne á las leyes del espíritu y otras contradicciones que esperimentamos, nos lo harian conocer, pues todo cuanto nos rodea parece que nos repite las palabras mismas de Jesucristo á sus discípulos: Orad para que no caigais en tentacion, orad porque si no orais no podreis alcanzar la vida eterna.

Nuestra pobreza espiritual dije, señores, pero ¡qué pobreza

tan suma es la nuestra en este sentido! Nada tan manifiesto como nuestra insuficiencia para practicar el bien. Incomprensible parece lo que pasa por nosotros mismos á cada instante, y es que al mismo tiempo que no nos arredran los sacrificios ó fatigas que nos impone al contentamiento de nuestros apetitos y vanidades, nos pone horror profundo todo aquello que conviene hacer y mucho mas lo que debe hacerse por la salud de nuestras almas. ¿Quién de nosotros no perderá dos horas en frívola conversacion, en una lectura recreativa ó en dar una y mas vueltas á una plaza ó lugar de paseo? Quién de nosotros no cuenta con la suficiente paciencia para pasar sin dormir toda una noche por complacer á un amigo? Mas luego que se trate de alguno de aquellos sacrificios que la relijion nos impone, ó que á la conquista de alguna virtud sea indispensable ó al vencimiento de alguna pasion necesaria, desmayamos, parece que un monte nos oprimiera, un desaliento total abate nuestro espíritu, y mil pretestos pueriles forzados por nuestro amor propio vienen en auxilio de nuestra tibieza y como á disculparnos de nuestras omisiones. Esa ley no me comprende, decimos; mis deberes domésticos son incompatibles con esos piadosos ejercicios; ¿cómo me confesaré debidamente, cómo me acercaré á la sagrada mesa con la reverencia correspondiente si apenas me queda tiempo para tomar un lijero descanso? Nuestra insuficiencia para el bien, hermanos, quien la comprenderá! Por eso dijo el Apóstol que ni aun invocar á Jesus podemos sin el auxilio divino. ¡Cuánta será la necesidad que tenemos de los subsidios sobrenaturales para practicar las virtudes difíciles, como son, por ejemplo, la castidad, la humildad, la paciencia en los trabajos y otras mas virtudes de árdua consecuencia, cuando ni á Jesus podemos invo-

car si el mismo Jesus no nos ayuda! ¿Quién será humilde? Quién será casto? Quién amará á sus enemigos y perdonará las injurias y refrenará su lengua y sofocará los torpes deseos de su corazon? ¿Quién estará á salvo de los hálitos mortíferos de la envidia, de los vértigos del orgullo y de las invasiones de la lascivia, sino lo escuda la gracia del cielo? Pero ¿á quién jamás se concedió esa gracia sin que la pidiese siendo capaz de pedirla? Pues ved aquí lo que es orar, hermanos: levantar nuestro pensamiento al Señor, y hablándole con espíritu de humildad y con confianza de hijos, esponerle nuestras necesidades y peligros, y pedirle que nos conceda ese don preciosísimo á que llamamos gracia, sin la cual no hay triunfo sobre los vicios, ni conquista de virtudes, ni humildad, ni santo temor de Dios; y no habiendo nada de esto, ni salvacion eterna. ¡Mandamiento de Jesucristo! cuán olvidado estás por los hombres! Orad, dijo el Señor, para que no caigais en tentacion. Donde se sigue, hermanos, que sino hacemos oracion en la tentacion caeremos: y si antes de caer no orábamos, pues cabalmente por eso caimos, ¿qué oracion haremos despues de haber sucumbido? El que se dejó vencer por su enemigo y cayó bajo sus piés ¿cómo se levantará luego siendo mas difícil levantarse, ó mejor diré, necesitándose mas fuerzas para levantarse que las que se necesitaban para no haber caido?

Siendo esto verdad se comprende fácilmente la razon del corto número de personas que viven virtuosamente. Porque ¿qué mucho ya que nuestra vida sea toda de los sentidos, enteramente sensual y consumida en un casi total olvido de las cosas eternas, si tan distraidos vivimos de la oracion?

¿Qué hay que estrañar si cuando hablamos tratamos de todo

ménos de Jesucristo, nuestro bien, y de su ley santa, si no nos procuramos tiempo para la oracion? ¿Quién se admirará de que los jóvenes, generalmente hablando, hagan de su cuerpo un ídolo, y que no traten de otra cosa que del regalo y de los placeres, con olvido escandaloso de los intereses de su alma, desde que no solamente no hacen oracion, sino que hasta ignoran qué cosa sea orar? Porqué nos sorprende que sea tan escaso el número de los que se salvan, segun el testimonio de la Escritura santa, siendo tan escaso tambien el número de los que oran?

Es cosa que pone espanto, señores, observar la conducta de la multitud, particularmente en las grandes ciudades: todos andan, van y vienen, se afanan, conversan, leen, pero ¿se busca el último fin? se habla ó se busca á Dios? No! antes se busca el dinero, la comodidad: se busca la muerte, como quiera que se busca todo menos á Dios, y fuera de Dios todo es muerte, pecado é infierno.

Cuando me sucede, señores, tomarme en conversacion con alguno de tantos preocupados de las cosas de este mundo, y me aturde con nuevas sobre política ó sobre adelantos materiales ó cosas de esta índole, luego me ocurre decir allá para mis adentros: « Pero, hermano mio, que te va a ti de esas cosas? que te importa que prevalesca la divisa *a* ó *b* ó que se hayan realizado tales ó cuales proyectos, valgan mucho ó valgan poco, si tú por desgracia no estuviéseis en la amistad de Jesucristo? qué te importan esos progresos materiales, si por ventura estuvieses estacionario en el vicio? si no caminaseis á tu último fin, si no buscaseis á tu Dios y Señor? Haz oracion, hermano mio, haz oracion, y entonces tú tambien adelantarás, progresarás hácia tu Dios, que es lo que real-

merte te interesa, y para lo que fuiste creado. En cuanto á lo demas, bueno sea mas para en segundo lugar, pues en el primero y antes debe estar y buscarse la gracia de Jesucristo.»

Si, mis hermanos, muy necesario es orar; por eso fué que oró Jesus, porqué, como queda dicho, su divina majestad no tuvo necesidad de hacer oracion. Nos enseñó, además, Jesus, que esa misma necesidad es tanto mas apremiante, cuanto mas nos estrechan los contratiempos de la vida, las tribulaciones y los peligros. Y á la verdad, hermanos, débiles como somos y tan inclinados á todo lo que es placer, nada hay que tanto comprometa nuestra seguridad espiritual, y mucho mas si nos hallamos desprevenidos, como la tentacion.

Del peligro que corremos, hermanos, si la tentacion nos sorprende divorciados con la oracion, quiso Jesus avisarnos en aquella hora; y es por esto que le vemos puesto en oracion, cabalmente en los momentos en que de acuerdo el traidor discípulo con los escribas y fariseos se acercaba seguido de mucha jente para prenderle. Jesucristo, como impecable é infinitamente santo, pudo ser asaltado por sus verdugos en cualquiera instante sin peligro de incurrir en ningun defecto. Antes que sus enemigos se le acercaran para maniatarle, él sabia perfectamente que venian y en qué momento estarian á su alrededor, pues en razon de ser Dios habia estado presente á sus conciliábulos, habia leido sus pensamientos mas ocultos; pudo, si quisiera, darles muerte antes que á él llegaran..... A qué fin, pues, la oracion de Jesucristo? qué paciencia, qué fortaleza, qué valor pudo Jesus pedir en aquella oracion, siendo él el dador de todas las virtudes? Aparece claro, pues, que aquella oracion de Jesucristo fué una leccion para nosotros.

Pero como muy poco hiciéramos, hermanos, en orar si nuestra oracion no fuese ordenada: tambien nos enseñó Jesucristo en aquella hora que nuestra oracion debe ser tal que no se oponga lo que pedimos á la divina voluntad.

Privados como nos hallamos de la ciencia del futuro y aun del conocimiento claro de nuestras dolencias y necesidades espirituales, con bastante frecuencia sucede que pedimos al Señor, no solamente lo que no nos conviene alcanzar, sino tambien aquellas mismas cosas que si el Señor nos concediera atendiendo mas á nuestro deseo que á nuestro bien, servirian para nuestra ruina en el tiempo y acaso en la eternidad. ¡Cuántas personas hay á las cuales la ciencia ensoberbeciera! Cuántas á quienes un mejor estado de fortuna haria orgullosas y avaras!.... Cuántas que si conforme no gozan de salud gozaran de ella, de modestas y castas se tornarian en disolutas y lascivas! Cuántos que si así como viven bajo ajena potestad y sujetos á la obediencia vivieran completamente libres, de esa libertad abusarian para ser viciosos y criminales! Cuántas personas, por fin, habrá entre nosotros cuya salvacion eterna estará vinculada á la privacion de esas mismas cosas á que falsamente solemos llamar bienes! Sí, señores, no querais dudarlo: en cuanto á lo que nos conviene ó perjudica, ó mejor y mas claro, en cuanto á lo que nos acerca ó aleja del fin para que fuimos creados, lo único que de cierto sabemos es que nos conviene practicar los mandamientos de Dios y de su iglesia y los deberes propios de nuestro estado. En cuanto á si nos conviene ó perjudica tener salud ó carecer de ella, ser pobres ó de buen pasar, conservar tal amigo ó perderle y otras cosas semejantes, nada sabemos, y por lo tanto preciso nos es recordar y considerar la oracion de Jesucristo en el huerto, que

decia al Señor: «Padre mio! si es posible pase de mí este caliz; sin embargo no se haga mi voluntad sino la vuestra.» Oh! si, sabia Jesus que el caliz de la pasion estaba reservado para él! Ah! si, sabia bien el mansísimo Señor que era voluntad de su eterno Padre, que él apurase ese caliz amargo hasta las heces! Mas deseoso de enseñarnos el verdadero modo de orar, Jesus decia: «Padre mio! si este caliz no puede pasar sin que yo le beba, hagase tu voluntad y no la mia.»

Yo no digo, hermanos, que cuando oremos debamos ser indiferentes al bien que deseamos alcanzar y que pedimos; ántes al contrario: si eso que pedimos nos es necesario para la salvacion, debemos pedirlo con grande interés y con firme confianza de que el Señor nos lo concederá. Digo, si, que cuando pedimos alguna de aquellas cosas sin las cuales podemos alcanzar la vida eterna, no nos inquietemos si por ventura no se nos concede. Antes por el contrario, debemos deducir de aquí que aquello ó no nos es menester para la salvacion ó que nos perjudicaria. Otros habemos que habiendo conseguido ya tener en poco los bienes de la tierra, apenas ó jamas hacemos memoria de ellos en nuestras oraciones, pero si buscamos en ellas los consuelos espirituales, y con tal avidez que perdemos la paz y aun nos irritamos si no los conseguimos, lo cual prueba que hay todavia en nosotros sensualidad, que buscamos el *yo* en nuestras prácticas devotas y no puramente á Jesucristo. A estas almas conviene tambien considerar con frecuencia aquellas palabras de Jesus: «Padre mio! hágase en todo vuestra voluntad y no la mia.»

De todo lo dicho, hermanos, resulta ser verdades incuestionables las siguientes: 1.ª que es necesario hacer oracion para poder salvarnos: 2.ª que la obligacion de orar tanto mas nos

estrecha cuanto son mas difíciles las circunstancias en que nos hallamos; 3.ª que debemos hacer oracion con la frecuencia posible, porque son muchos nuestros enemigos y muchos nuestros peligros.

Y siendo esto así, hoy nos urje sobre manera la necesidad de orar. Nuestros peligros, no se limitan á que podamos caer en la inmoralidad: estamos amenazados de caer en la incredulidad. Como lo habeis oido, la oracion fué mandada por Jesucristo, Señor nuestro, esplicitamente para no caer en la tentacion ¿Y cuál tentacion mas fuerte y temible que presenciar el desprecio que se hace hoy de nuestra relijion adorable y la impunidad con que se la desdeña? Qué tentacion mas temible para los pueblos y jentes indoctas como el ver á los papeles públicos recomendando como importantes los libros mas inmundos y sacrilegos y observar el silencio criminal que guardan las autoridades á este respecto? Qué cosa mas natural como que el público crea que es bueno leer lo que los periódicos recomiendan, siendo así que los periódicos son el único libro que el pueblo lee, que el pueblo busca, que el pueblo apetece, ya por la oportunidad de haberlos, ya por su impotencia para procurarse lecturas fundamentales? No veis, señores, la indiferencia con que es mirado el culto divino y cuántas cosas le atañen? ¿No veis el desprecio que se hace del precepto de la misa, del precepto del ayuno y del de la confesion y comunion pascual, aun por personas que no pueden preciarse de pertenecer al filosofismo? Ah! muchos hay que no saben leer, pero saben, sin saber en qué se fundan, saben, digo, negar los dogmas mas sagrados, saben insultar al sacerdote, saben reir de las prácticas devotas mas autorizadas! Pues he ahí que esos tales son otros tantos incautos, víctimas del es-

cándalo público que se dá con las publicaciones impias. ¿Y cuántos habrá entre nosotros los que nos hallamos aquí reunidos que tampoco creen y que ya no reflexionan en ello?

Quién no tiembla ante un peligro tan inminente? ¿Quién conservará su fé? Quién se salvará, señores, si no cuidamos de hacer oracion con la frecuencia posible?



Sobre la parábola del rico avariento

Mi discurso será en esta noche, amados mios, sobre una parábola del santo Evanjelio, de las muchas, y todas muy profundas y doctrinales, que produjeron los lábios divinos del Salvador.

Jesucristo quiso valerse de las parábolas en sus predicaciones, ya porque como infinitamente sábio entendió que esta manera de enseñar imprime mas firmemente en las almas las verdades que se inculcan, ya porque habia venido á instruir especialmente á los sencillos y humildes, los cuales con los ejemplos mas fácilmente son enseñados; ya, finalmente, para que se cumpliera lo que la misma divina majestad habia dicho por un Profeta muchos siglos antes: «Abriré mi boca con parábolas; publicaré cosas que están ocultas desde la creacion del mundo: *aperiam in parabolis os meum, eructabo abscondita á constitutione mundi.*

Debiendo consistir mi discurso en parafrasear la parábola del rico avariento, no por esta razon deberé tratar de propósito ni de las riquezas mal ó bien habidas, ni de la avaricia, aún cuando tocaré estos puntos, pues cabalmente esta forma de predicacion consiste en que deja al orador libertad para tocar varios asuntos, recomendar varias virtudes, afear varios vicios, declamar

contra varios abusos, sin que por esto y por prescindir de la unidad pueda ser tachado de prevaricador de las leyes de la oratoria.

Disponeos, pues, á escuchar la enunciada parábola, la doctrina que de ella se desprende, y las aplicaciones que de esta doctrina se harán con la docilidad y acatamiento debidos, no olvidando aquellas palabras de san Agustin que hacen mucho á este propósito: «Nosotros debemos oir el Evanjelio, decia el santo doctor, como si el Señor estuviese presente y nos hablase. Ni debemos decir, felices aquellos que pudieron verle, porque muchos de los que le vieron le crucificaron, y muchos de los que no le vieron creyeron en él. Las preciosas palabras que salian de la boca del Señor se escríbieron, se guardaron y se conservaron por nosotros y para nosotros.» Saludemos reverentes á Maria. *Ave-María.*

En el capítulo 6 ° del Evanjelio segun san Lucas dice Jesucristo: «Habia un hombre rico que se vestia de grana y holanda, y todos los dias comia espléndidamente. Y habia un pobre llamado Lázaro echado á la puerta del rico, todo lleno de llagas, y que deseaba saciarse con las migajas que caian de la mesa del rico, y nadie se las daba: y los perros venian á lamerle las llagas. Y sucedió que murió este pobre, y fué llevado por los ánjeles al seno de Abraham. Murió tambien el rico, y fué sepultado en el infierno. Y levantando los ojos cuando estaba en los tormentos, vió de lejos á Abraham y á Lázaro en su seno. Y clamó diciendo: «Padre Abraham, tén compasion de mí, y envia á Lázaro para que mojando en agua la punta de su dedo me refresque la lengua porque estoy atormentado

en estas llamas. Y le dijo Abraham: «Hijo, acuérdate que durante tu vida recibiste bienes y Lázaro al contrario males; y ahora es él consolado y tú atormentado. Además que entre nosotros y vosotros hay un abismo muy grande; de suerte que los que quisieren pasar de acá allá no lo podrian, ni tampoco venir de allá á acá.» Y dijo el rico: «Padre, ruégote que le envies á casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, para que les advierta de esto, y no les suceda el venir tambien á este lugar de tormentos.» Y le dijo Abraham: «Tienen á Moisés y los Profetas, escúchenlos.» Y el dijo: «No, padre Abraham, mas si fuese á ellos algunos de los muertos harán penitencia.» Y respondióle Abraham: «Sinó escuchan á Moisés y á los Profetas tampoco creerán aunque resucitase alguno de los muertos.»

Hasta aquí la parábola.

Veamos cual doctrina nos ofrece, y habeis olvidado qué sea ó qué era el seno de Abraham.

Advertid antes que en todos los siglos que precedieron á la venida de Jesucristo las almas de los que morian en gracia y amistad de Dios no entraban desde luego en el goce y posesion de la vida eterna, pues que todavia las puertas de la gloria cerradas por el pecado primitivo no habian sido abiertas por el sacrificio del Calvario. Aquellos eran detenidas en un lugar de paz que el Señor las habia deparado, y en el cual libres ya de todo temor y de todo dolor, esperaban el advenimiento de Jesucristo y con él la gloria sin fin.

A ese lugar, pues, llamaron algunos el limbo y otros el seno de Abraham.

Viniendo ahora á nuestra parábola, notad, señores, que desde el principio de ella ya la razon se previene contra el

rico aquel que sin cuidarse mucho ni poco del pobre Lázaro aflijido por el hambre, se entregaba á todos los desórdenes de la sensualidad.

La razon se previene, dije, porque en verdad, señores, ni fué necesario que en este y otros lugares del santo Evanjelio se reprobara la conducta de los ricos indolentes y sin misericordia con los pobres. La luz natural de que todo hombre está dotado basta para condenarles como á verdaderos delincuentes en este sentido. No es menester haber estudiado, ni conocer las leyes, ni la moral escrita, ni menester abrir un solo libro: es suficiente la doctrina del corazon para entender que aquel que apesar de vivir en la abundancia no se digna volver los ojos hácia el hambriento para darle de comer y hácia el desnudo para vestirle, es digno de execracion ante la sociedad, y que ante el juicio de Dios es un prevaricador de las leyes de la razon, del sentimiento y aún de la justicia.

En todos los tiempos hubo corazones de ese temple; corazones despojados de conmiseracion y como inaccesibles á las lágrimas del menesteroso; pero si en esos tiempos fué detestable ese egoismo y endurecimiento del alma, lo es sobremanera hoy cuando por todas partes oimos y leemos que los hombres son iguales, que todos son hermanos, que la sociedad es una numerosa familia. En esto se echa de ver que esa igualdad y fraternidad que predican los incrédulos no es en Cristo, al cual la incredulidad desconoce y niega; antes bien esa igualdad y fraternidad es obra del orgullo humano, es la conspiracion contra la ley, es la rebelion contra la autoridad que viene de Dios y contra la revelacion que viene de Dios tambien, por Jesucristo verdad infinita. Contra la auto-

ridad que viene de Dios, porque con esa igualdad se pretende desconocer y negar la obligacion de obedecer al que manda lejitimamente; y contra la revelacion porque con esa igualdad misma y con esa fraternidad no se propende á otra cosa que á la admision de todas las creencias, á la tolerancia de todos los cultos, á la fusion de todas las relijiones, para que en ese amalgama monstruoso la relijion verdadera desaparezca; y como quiera que desapareciendo la relijion verdadera y siendo abolida la autoridad ni se sabria que cosa es vicio, ni habria quien le castigara, hé aqui porque los filósofos modernos predican y quieren esa igualdad imposible y esa fraternidad bastarda. Quieren que sus escesos y asquerosos vicios pasen desapercibidos é impunes. ¡Todos iguales! grita el mundo; ¡todos somos hermanos! dice tambien. Mientras tanto, señores, los que padecen hambre y están desnudos, fijaos en esto, los que padecen hambre no ván á las puertas de los clubs donde se perora á favor de la igualdad y de la fraternidad, no van, repito á esas puertas en demanda de pan y de vestido; van, sí, á las puertas de los que creen en la iglesia de Jesucristo, y á las puertas de un convento, con especialidad, porque saben bien los pobres que la fraternidad fuera del Catolicismo es una palabra, pero en el seno de la iglesia una práctica, un hecho.

El rico de que habla nuestra parábola debiera ser, pues, un fantasma aterrador para todos aquellos que se desentienden del pobre y cierran los oidos á sus lamentos; pues el sagrado Evanjelio dice que sucedió de ahi á poco que pasó de esta vida el pobre Lázaro y fué llevado por los ánjeles al seno de Abraham y que tambien murió aquel rico avaro y cruel y que fué sepultado en el infierno.

Sin embargo, nadie crea por esto que todo el mérito de Lázaro consistió en haber sido pobre. La pobreza por sí sola no es un equivalente de todas las virtudes, ni aún siquiera es una virtud: la pobreza es tan solo una ocasion para merecer; es una condicion social que nos permite ejercitar muchas virtudes y aún todas; ejercitar la paciencia llevando con resignacion las privaciones de que la pobreza viene acompañada; ejercitar la mortificacion, ofreciendo al Señor las aplicaciones que esa miseria trae consigo en pena de nuestros pecados; ejercitar la humildad, conformándonos y aceptando silenciosos el lugar ínfimo que el mundo vano asigna á los pobres; ejercitar la oracion, pidiendo al Señor como á verdadero padre el remedio de todas aquellas cuitas y necesidades que forman el séquito de la pobreza. ¡Oh! cómo es cierto que la pobreza es buena maestra de oracion! Oh! cómo es verdad que nuestro amoroso Dios algunas veces nos pone sitio para tomarnos por hambre ya que no quisimos ser suyos mediante las inspiraciones que con tanta frecuencia nos envió!

Nadie, pues, se crea con derecho á la salvacion eterna por la sola razon de ser pobre: la eterna salvacion es el premio prometido á los que fiel y constantemente hubieren cumplido los mandamientos de Dios y de su iglesia, los cuales fueron impuestos al rico y al pobre.

Cristo, Señor nuestro, no dijo solamente: «Bienaventurados los pobres», sinó que dijo: «Bienaventurados los pobres de espiritu», esto es, los que son pobres con resignacion y paciencia, los que son pobres conformando su espiritu y su voluntad con la condicion precaria en que les cupo nacer, ó en que cayeron despues, ó en que viven, sin murmurar ni aún dentro de

sí mismos de las disposicionos del cielo, y creyendo que asi lo ordenó el Señor porque asi conviene al bienestar espiritual del mismo que padece pobreza. De otro modo la pobreza y sus efectos ó consecuencias serán de todo punto inútiles para la salvacion. ¡Alegraos, pues, en el Señor los que sois pobres con espíritu de penitencia! pobres, no porque no podeis otra cosa, sinó porque así es la voluntad del Señor; y entonces podeis prometeros muy fundadamente la buena suerte del pobre de nuestra parábola.

Tampoco crea alguno que toda la culpa de aquel rico, por la cual fué reprobado y condenado, consistió en tener fortuna; no, señores, las riquezas son buenas en sí toda vez que no se hayan amontonado á espensas del ajeno sudor, ó por algun otro camino ilícito. Las riquezas las distribuye Dios segun beneplacito divino, y porque las distribuye Dios es cabalmente porque debe usarse de ellas segun el agrado del mismo Señor que las dá.

Adviértase, tambien, que aún las riquezas bien adquiridas pueden tornarse en causa de condenacion eterna. Sucede esto cuando se les ama con demasiado apego y hace el hombre de ellas su último fin; cuando las emplea en regalar desordenadamente su cuerpo; cuando no distribuye entre los pobres aquello que es superfluo, sobreabundante y no necesario al bienestar del rico; porque, como ya se ha dicho, los ricos son deudores á los pobres de las demasias de su fortuna, y para salvarse tienen que satisfacer esta deuda.

La sagrada parábola que venimos parafraseando no dice que aquel rico hubiese sido ni usurpador ni usurero; por lo tanto, podemos bien creer que los bienes que poseia eran bien habidos; pero fué mezquino, cruel, indiferente al hambre

de un prójimo suyo; ni aún las migajas de su mesa supo arrojar al pobre Lázaro, y hé aquí el delito por el cual fué reprobado por Dios y eternamente condenado al fuego inestinguible. El santo Evanjelio lo llama avaro, lo que prueba que para serlo no es menester usurpar los bienes de otro, sinó que basta apegarse demasiado á los bienes propios, tener sed de aumentarlos mas y mas cada dia; y sobre todo, no socorrer con ellos al indijente que padece hambre y desnudez. Ahora digo á vosotros los que poseis bienes en abundancia: temed si por desgracia imitasteis hasta aquí la cruel conducta de aquel rico desgraciado; y temed mucho, porque habiendo dicho Cristo, Señor nuestro, «Bienaventurados los misericordiosos porque ellos hallarán misericordia», el reverso de esa promesa es el siguiente: «Ay! de los que no fueren misericordiosos porque ellos no hallarán misericordia!»

Continua diciendo nuestra parábola que desde aquel abismo de tormentos el desventurado rico levantó los ojos y viendo á Lázaro entre los justos en el seno de Abraham, esclamó: «Padre Abraham! tén compasion de mí, y envia á Lázaro para que mojando en agua la punta de su dedo me refresque la lengua, porque soy atormentado en estas llamas.» Pero Abraham le contestó: «Hijo, acuérdate que durante tu vida recibiste bienes y Lázaro al contrario males; y ahora él es consolado y tú atormentado.»

Esta parte de la parábola que consideramos nos confirma una grande y terrible verdad dogmática, y es que existe un lugar pavoroso y horrible destinado para cárcel perpétua de los que mueren en pecado mortal.

Digan los incrédulos lo que quieran; nieguen los unos que el infierno existe, digan los otros que no es eterno, sostengan

aquellos que un tal suplicio no se aviene con la misericordia de un Dios, obstínense estos, finalmente, en afectar que creen que no hay mas infierno que los sinsabores de la vida presente, Jesucristo dice otra cosa, y no lo dice en enigmas, lo dice sencilla, clara y lacónicamente; lo dice en términos que no dejan lugar á sentidos diversos, ni á interpretaciones de ningun jénero, pues dice que el rico aquel luego que murió fué sepultado en el infierno.

Los que os habeis dejado arrastrar por las doctrinas de los modernos reformistas entended que cuando una cosa existe no deja de existir por que se niegue su existencia; en todo caso, y cuando mas, dejará de existir la idea de esa cosa en el hombre, esto es, en el entendimiento del que no la cree, mas no dejará de existir en si misma con toda su realidad y tal cual es.

Si un dia llegára, lo que es imposible, en que todos y cada uno de los hombres de todos los paises, inclusos todos los cristianos y aún los sacerdotes todos, se reunieran y convinieran en asegurar que el alma humana es mortal, el alma, sin embargo, seria tan inmortal como lo es hoy, porque la rebelion de todo el universo contra esta verdad no afectaria en lo mas mínimo la naturaleza del alma esencialmente incorruptible, aún filósoficamente considerada.

Lo mismo sucede con las demás verdades que llamamos dogmas: ellas son porque son y no porque el hombre las afirme, y por lo mismo no dejarán de ser porque los hombres las nieguen.

El infierno existe, mis hermanos, independientemente del ascenso ó fé de los que creen en él, y de la incredulidad de los que lo niegan. Yo pudiera fácilmente valerme de argumentos

poderosísimos en favor de esta verdad espantosa, pero no conviene que sus pruebas se repitan ante verdaderos católicos, pues para estos la gran prueba debe consistir en enseñarlo la iglesia y en haberlo dicho Jesucristo.

A propósito de esto permitidme os refiera algo que recuerdo haber leido.

Hízose visible, en cierta ocasion, Jesucristo sacramentado á una alma justa y sencilla, la cual corriendo luego á comunicarlo á un santo sacerdote le dijo: «Venid y ved lo que os sorprenderá agradablemente.» «¿Pues qué es lo que visteis?» le repuso el buen sacerdote. «He visto á Jesus á través de los cristales del sagrado tabernáculo.» «Pues no iré á verlo, dijo el sacerdote, ni lo he menester, pues bien sé yo que nuestro Señor está allí.»

De una manera semejante debemos nosotros responder, hermanos, al que se propusiese probarnos por la razon ó la filosofia el dogma de la eternidad de las penas. Debiéramos decirle: no pierdas tiempo en probarme lo que yo siempre he creido y lo que aprendí desde niño: que hay gloria eterna para los buenos y tormentos eternos para los malos. Y ved aquí que esa eternidad es la que quiso significar Abraham cuando dijo al rico avaro: «Hay un abismo muy grande entre nosotros y vosotros, de suerte que los que quieran pasar de acá á allá no lo podrán, ni tampoco venir de allá á acá.»

Prestadme todavia vuestra atencion porque nuestra parábola vá á darnos otra leccion importantísima.

Viendo aquel hombre réprobo que para él no habia consuelo, y que el Díos castigador de la avaricia era ya inexorable á sus clamores, dijo á Abraham: «Padre, ruégote que le envies, (á Lázaro) ruégote que le envies á casa de mi padre, por-

que tengo cinco hermanos, para que les advierta de esto, y no les suceda el venir á este lugar de tormentos.» Pero el Patriarca le contestó: «Tienen á Moisés y los Profetas; que escuchen á ellos.» «No, padre Abraham, repuso todavia el infeliz prescito; eso no les basta, mas si alguno de los que ya murieron les llevase este aviso harán penitencia » Y el Patriarca entonces le dijo: «Sinó escuchan á Moisés y á los Profetas, tampoco creerán aunque resucitase alguno de los muertos.»

Esto es magnífico, señores: primeramente, porque acredita y realza sobremanera la mision del sacerdote católico; y en segundo lugar porque nos dá una idea admirablemente clara de la obstinacion del hombre cuando se empeña en no creer las verdades relijiosas que se le predican.

Muchas veces se oye decir: nadie ha venido jamás del otro mundo á darnos cuenta de las cosas de la eternidad. No es así, hermanos, pues tanto en la historia sagrada como en la eclesiástica y en las vidas de los hombres que llamamos santos, y que en efecto lo fueron, se encuentran pasajes que desmienten ese aserto; pero los hombres no lo han creido, cumpliéndose entonces á la letra las palabras de Abraham: «Si los muertos resucitasen tampoco creerian los incrédulos.»

Antes que apareciese sobre la tierra el Hijo de Dios, ¿quién no se habia prometido que los hombres todos creerian en él y le adorarian, especialmente los judios que eran depositarios de las escrituras santas, que tan claramente hablaban del Salvador del mundo? Los mismos judios, sin duda, serian los primeros en creer que asi que apareciese el Mesias le reconocerian, viendo en él, como era consiguiente que vieran, todos los rasgos con que los Profetas le habian pintado, pues estaban

escritas hasta las circunstancias mas menudas de su santísima vida.

Empero: vino Jesucristo, dejóse ver entre los hombres, tal cual lo habian anunciado las antiguas predicciones, ¿y qué sucedió, señores? Sucedió lo que el evanjelista Juan dice: *in mundo erat, et mundus eum non cognobit: in propia venit, et sui eum non receperunt.* Jesus estaba en el mundo y el no le conoció: dejóse ver entre los suyos y estos no le recibieron. Y tan no le conoció el mundo, ni le recibieron los suyos, que como sabeis le sacrificaron y le dieron muerte; y aún esto les pareció que era un obsequio que prestaban á la Divinidad.

Vosotros direís: ¿Pero Jesucristo no hacia milagros? Y al argumento de los milagros ¿qué contestaban aquellos hombres? qué contestaban? Contestaban que Jesucristo hacia esos milagros no por su propia virtud sinó por arte del demonio. Ellos veian y confesaban que aquellos eran verdaderos milagros, pero no confesaban que el que los hacia era el Mesias prometido, por mas que el mismo Jesus se los asegurara. Y os parece, señores, que si los muertos hubieran resucitado para asegurar al pueblo judio que aquel Jesus era el Salvador del mundo, el pueblo lo hubiera creido? Pero, ¿qué digo? Por ventura no resucitó Jesucristo á muchos muertos, y entre ellos á Lázaro, hermano de Marta y de María, y no algunas horas despues de fallecido, sinó cuatro dias despues? Y bien ¿qué os parece que hicieron entonces los mandatarios de Jerusalem, los doctores, sacerdotes y jueces al tener noticia de un prodijio tan pasmoso, de un testimonio tan elocuente de la divinidad de Jesucristo, que habian presenciado tantas jentes? Creeis que creyeron en Jesus? No!

todo lo contrario; antes reuniéndose en consejo se decian: ¿qué haremos pues de este hombre que hace tantos milagros?

Cualquiera de nosotros que álli se hallára, el menos instruido de nosotros, les hubiera dicho: Insensatos! lo que debeis hacer es bien sencillo: creed en Jesucristo, adoradle!

Pues no, señores; cabalmente porque Jesucristo hacia muchos milagros acordaron perderle, pues dice el santo Evanjelio que desde la resurreccion de Lázaro ya no se pensó en otra cosa en toda Jerusalem que en dar muerte á Jesus. ¿Conoceis ahora á los incrédulos?

Guardaos, pues, mis hermanos, de decir lo que muchos impios dicen: ¿quién ha venido del otro mundo á traernos nuevas de lo que allá pasa?

Muchos muertos resucitaron y la incredulidad siempre prevaleció en los hombres viciosos y obstinados.

Creedlo, señores: si esos sepulcros que pisais arrojaran fuera los muertos que encierran y los muertos hablasen, no por eso creerian en el milagroso poder de Jesucristo los que se obstinan en escarnecerlo y negarlo!

Sobre la autoridad divina de la Iglesia Católica

Viendoos, mis hermanos, bajo la accion del siglo y espuestos por consiguiente á ser contajiados por los males que abundan en él y que de una manera espantosa corrompen y dan la muerte á tantas almas incautas, creo de mi deber combatir en esta noche, en cuanto mis débiles fuerzas lo permitan, uno de los errores de la época mas dañinos, ya por su índole ó naturaleza, ya por el predominio á que ha llegado entre los demas errores, ya por estar incluidas en él todas las herejias. ¿Y sabeis hermanos cual es este error tan dominante y tan fecundo en espirituales estragos? El desconocimiento de la autoridad divina que inviste la santa iglesia católica.

Tal es, señores, el gran pecado del presente siglo: tal la manía que preocupa á la mayor parte de los modernos literatos y á la máxima de los que presiden los destinos de los pueblos, ó que de cualquier modo ocupan las primeras sillas sociales; y tan es así que la rebelion contra la iglesia de Jesucristo parece ser la condicion exigida para desempeñar algun papel importante ó lucrativo en el teatro humano.

Hé aquí la esplicacion, señores, de ese desprecio rudo que veis hacer de cuanto la iglesia manda y de cuanto la iglesia prohibe. Manda la iglesia esto ó aquello, pues por eso mismo no se hace: prohibe la iglesia la lectura de tal libro ó el ingreso en tal ó cual asociacion, pues cabalmente por eso ese libro se

lee y esa incorporacion se realiza. Viendo esto las jentes sencillas ó indoctas creerán tal vez que en obedecer ó no á la iglesia, y en estar con ella ó contra ella no vá gran cosa, mucho mas si observan que castigándose por la autoridad pública otros desórdenes no se castiga ese; y mucho mas todavia si advierten que esta rebelion contra la iglesia de Jesucristo, no asciende de los miembros á las cabezas, sino que al contrario, desciende de las cabezas que rijen la sociedad, hasta los miembros que la componen.

Voy á demostrar que apesar de ese temerario desconocimiento que se hace de la autoridad divina de la santa iglesia católica, no podemos alcanzar la vida eterna sino en la Iglesia de Jesucristo, es decir, siendo á ella sumisos y obedientes.

Oh! si el Señor se dignara ilustrarme sobre tan importante asunto! Pidámoslo por la intersecion de Maria. *Ave-Maria.*

Jesucristo, Señor nues'ro, como lo sabeis hermanos, es la cabeza invisible de esta sociedad visible y perfectamente organizada á que llamamos iglesia. Vosotros sois miembros de Jesucristo, decia San Pablo á los fieles de Corinto; y escribiendo á los Colosenses: «Ahora, hermanos, se verifican en mi los trabajos que yo como miembro de Jesucristo habia de padecer en defensa de su iglesia, su cuerpo místico, cuyo ministro soy por gracia y disposicion de Dios»

Ahora bien, hermanos: decir que algun miembro puede tener vida separado del cuerpo, y por consiguiente de su cabeza, ya veis qué absurdo seria. ¿Y cual es el miembro que no está unido á este cuerpo de que Jesucristo es cabeza, sino el que vive separado de la iglesia católica, desde que como que-

da dicho la santa iglesia católica es el cuerpo místico de Jesucrísto? Por esta razon decia San Fuljencio: «Creé firmemente y no dudes de manera alguna que todo hereje ó cismático que ha sido bautizado en el nombre del Padre, del Hijo y del Espiritu Santo por mas limosnas que haga á los pobres y aun cuando derrame toda su sangre por Jesucristo, no se puede salvar si no se convierte y se une á la iglesia católica; porque ni el bautismo, ni las limosnas, por muchas y cuantiosas que sean, ni la fortaleza de morir por el nombre de Jesucristo, sirven de cosa alguna para la salvacion, si el hombre no está dentro del gremio de la iglesia, como no lo están los herejes y cismáticos, en tanto que perseveren en la herejia ó en el cisma.»

Sin embargo de todo esto, hermanos, los desgraciados que viven en rebelion contra la santa iglesla, nuestra madre, queriendo cohonestar su rebeldia, suelen decir: que para salvarse bástale al hombre creer y esperar en Jesucristo; pero es el caso que los que tal dicen yerran groseramente y su esperanza es vana, pues fuera de la iglesía católica no hay fé meritoria, ni caridad, y por consiguiente, ni esperanza; pues es cosa incuestionable que esta última virtud, la esperanza, ha de haber por fundamento á la fé y la caridad, ó es una quimera. No hay fé ni puede haberla fuera de la iglesia católica, señores, porque Jesucristo, señor nuestro, no ha dejado al hombre abandonado para que crea como pueda y lo que quiera, sino que le ha colocado bajo la tutela de su santa iglesia, para que creyendo lo que ella cree marche seguro y libre de error hácia el fin para que fué creado. Los que sostienen que el hombre debe rejirse en lo concerniente á la fé por las aspiraciones de su razon, hacen á Dios injuria, pues suponen que á la mas

grande de sus obras, cual es la sociedad humana, no le dió la unidad, sin la cual toda obra es un absurdo sin nombre, pues faltando la unidad falta á las cosas nada ménos que su forma; lo que es lo mismo que decir que carecen de ser. Toda obra que lleve nombre es un todo compuesto de partes, y la mancomunidad de estas para componer ese todo es lo que llamamos unidad. Si á la sociedad humana faltara la fé le faltaria la unidad; y le faltaria la fé si cada hombre fuera árbitro absoluto de lo que debe creer respecto á relijion y moral. Es un absurdo, porque ni mal filósofo siquiera podria llamarse á aquel que dijere que en punto á creencias religiosas la razon de cada uno es el único Juez. Aun cuando cada uno puede leer las sagradas escrituras en las cuales se contienen las cosas que debemos creer, no, empero, se sigue de aquí que sea dado al hombre interpretarlas segun el sentido propio del lector, porque eso es el Protestantismo, secta que es la madre de todos los errores y herejias, cabalmente porque se funda en el libre exámen, ó en el sentido privado sobre las escrituras santas.

El hombre, pues, debe preguntar á la iglesia cual es el sentido en que deben tomarse las letras biblicas, y estar en un todo á la interpretacion que ella como maestra les dé. De otro modo se hará tanto daño al alma como se lo haria al cuerpo aquel que queriendo curarse á sí mismo entrase en una farmacia y sin conocimiento alguno pretendiera elejirse un remedio. Ya veis què imprudente seria esto, pues nada tan fácil como que apurase un veneno en vez de una medicina. Os confieso, hermanos, que apenas concibo una candidez tan menguada como la de aquellos que pretenden ilustrarse sobre el dogma ó la moral, ateniéndose á lo que su juicio particular alcance con la simple lectura de la Biblia. Si fuese dado la

hombre leer las escrituras santas de ese modo, el Dios que adoramos no seria el Dios de paz, ni el autor y amante del órden; pues que al legar á los hombres la santa Escritura no habria hecho mas que envolverlo en un cisma el mas encarnizado de cuantos ensangrentaron la tierra desde el principio del mundo. Si no existiera un oráculo que decidiese definitivamente sobre el verdadero sentido de los libros sagrados, cada uno de vosotros, y entre vosotros yo, nos formariamos un código dogmático moral á nuestro antojo, y por consiguiente análogo y en conformidad con nuestras pasiones, inclinaciones y apetitos. Y con qué derecho pretendiera yo que acataseis vosotros mi sentido y renunciaseis al vuestro en el modo de entender las leyes divinas y demas verdades que se esconden bajo la letra de los sagrados libros?...¿Y por cual razon vuestros juicios habrian de prevalecer sobre los mios, relativamente á esos misterios y leyes, si á cada uno, con absoluta independencia de los demas, hubiese dejado el Señor el derecho de entender y de creer como pudiere los secretos arcanos de su Escritura? Pedro, por ejemplo, leyendo el capítulo 20 del Exodo encuentra que dice Dios en su ley «*no matarás*, y entiende que en este mandamiento no se prohibe ni el odio, ni la detraccion, ni el deseo de mal grave para el prójimo, pues que la ley solo prohibe matar. Antonio, por el contrario, entiende que en ese mandamiento se prohibe no solo matar, sino tambien herir y aborrecer. Pedro, que no reconoce á nadie por superior en cuanto á la intelijencia de la Escritura, insiste en lo que entiende, y Antonio en lo que entiende él. ¿Cual de los dos está en error? ¿Pedro ó Antonio? He aqui que es necesario un juez que decida; pero es el caso que desde que cada uno usa del derecho de gobernarse por su propia razon, no puede haber juez en esta

contienda, porque al fin ese juez ó tercero tiene su razon como cada uno la suya, y ¿porqué se le ha de obedecer? Fuera de que ¿quién lo ha nombrado juez á ese tal?

Ved, pues, señores, lo que seria de los hombres si la autoridad de la Iglesia, en virtud de su infalibilidad, no viniese en auxilio de nuestra ignorancia, á decidir lo que debemos creer todos unanimemente, para que de este modo se efectue que la fé sea una, como es uno el Díos á quien acatamos creyendo, y como es una la Iglesia, y uno el Bautismo que en ella nos dá entrada, que nos hace miembros suyos, y, por consiguiente, míembros de Cristo, representado en la tierra por su Vicario el Papa.

No hay fé, pues, fuera de la iglesia católica, desde que, como hemos visto, la razon sola sin autoridad no puede enseñar al hombre lo que debe creer.

Y sin embargo de esto, hermanos, ved esos hombres que se dicen ilustrados y filósofos; vedles, digo, entrarse con una arrogancia desvergonzada y altanera á cuestionar en oposicion con la iglesia de Cristo, sobre puntos los mas delicados y trascendentales; vedles ambicionando las cátedras de la enseñanza pública, y lo que es mas atrevido, propagando por la prensa doctrinas corruptoras con el fin de hacerlas prevalecer sobre las santas doctrinas de la iglesia nuestra madre. ¡Maestros intrusos é infatuados! ¿con qué derecho aspirais el rango del majisterio al mismo tiempo que enseñais que no hay otra autoridad sobre creencias religiosas que la propia razon de cada uno? ¿Y porque exijis que vuestros desgraciados discípulos os crean en derecho, en filosofía y en política, cuando vosotros no os quereis doblegar á la iglesia católica, en teolojía y en moral? ¿Que lójica es esa? Se os dan lecciones sobre

relijion y costumbres por los que son competentes por haberles dicho Jesucristo: *id y enseñad á todas las jentes,* y vosotros contestais diciendo: no nos sujetaremos jamás á esa enseñanza!

Hablais ó escribis sobre política, y porque quereis que os obedezcan y crean, insultais á vuestros antagonistas, les perseguis, los espatriais, ¡qué mucho! les llevariaís hasta la horca, si la hubieseis, y en efecto lo haceis cuando podeis! Ah! conqué sois infalibles en política? si no os creyeseis tales, no estrañaríais que os hiciesen oposicion. Con qué sois infalibles sobre formas de gobierno que han escapado á la revelacion, y negais la infalibilidad á la iglesia católica en lo concerniente á una relijion que fué revelada?

Señores: vosotros sois los jueces; ante vosotros acuso á los que son rebeldes á la santa iglesia nuestra madre. Sentenciad!.... y si mis razones y pruebas no han lugar ante vuestro criterio, condenadme; yo me someto....

Vuelvo, pues, á decir que no hay fé ni puede haberla fuera ó en contradiccion á lo que enseña la iglesia católica; que por esto dijo Jesucristo: «si alguno no obedeciese á la iglesia consideradle como pagano.»

Veamos si por lo menos hay esperanza meritoria fuera de la iglesia nuestra madre.

La esperanza, hermanos, es una virtud sobrenatural infundida al hombre mediante el santo bautismo, y por la cual confiamos en la bienaventuranza eterna por los méritos de Jesucristo y nuestra cooperacion á la gracia, que en atencion á esos mismos méritos de Jesucristo nos conducirá al cielo. De esta definicion, pues, necesariamente se sigue que la esperanza tiene por fundamento la fé en Jesucristo, pues ora se considere

al hombre antes de la venida de este divino Señor al mundo, ora se le considere despues de haber venido, siempre que alguno se salvó desde que hay hombres sobre la tierra, se salvó porqué creyó y amó á Jesucristo y esperó en sus infinitos merecimientos; con la sola diferencia de que antes de venir Jesus, se salvó el hombre porque creyó y amó al que habia de venir; y despues de esa venida, porque creyó y amó á Jesus que vino, padeció y murió. Pero como queda probado que la fé en Jesucristo que puede hallarse fuera de la iglesia católica es vana y muy semejante á la fé que tienen los demonios (porque, señores, los demonios creen en Jesucristo) se sigue tambien de aquí que la esperanza que puede concebirse fuera de la iglesia católica es una esperanza ilusoria, como quiera que se funda en una fé vana é ilusoria tambien. Todo esto, señores, es tan sencillo de entender y tan claro que dudo pueda esplicarse de un modo mas comprensible.

Pero, señores, ¿habrá por lo menos verdadera caridad en aquel que desconoce la autoridad de la iglesia católica, y que desprecia sus leyes y sus castigos? No! y no mil veces. Pero ¿cómo (dirá alguno) y las limosnas que hacen muchos que no creen en la iglesia, no son hijas de la caridad? No, señores, no son hijas de la caridad sino de un sentimiento ó instinto meramente natural, y por lo tanto no acreedoras á un premio sobrenatural. Por esto decia el apóstol San Pablo: «Si todos mis bienes distribuyese entre los pobres, y si espusiera mi cuerpo á ser quemado ó á padecer cualquiera otra pena y no tuviere caridad, de nada me aprovecharia.» La caridad, hermanos, es el amor á Jesucristo, Dios verdadero, y al prójimo por Dios. El amor precisamente trae conformidad de voluntades. El que desobedece á Jesucristo, verdadero Dios, no tiene una volun-

tad con el; y le desobedece aquel que desobedece á su iglesia santa. «Si alguno no obedeciese á mi iglesia, dijo Jesucristo, y no ha mucho que lo oisteis, sea tenido por pagano.» No hay caridad, pues, sino en la iglesia.

Por lo tanto, todo aquel que no está con la iglesia católica, apostólica, romana si se confiesa y esto calla, confiesa sacrilegalmente; y si oye misa, y si ayuna, y si dá limosnas, y si funda hospitales, levanta templos, y construye altares es, no obstante, uno de aquellos a los cuales Jesus decia: «Ay! de vosotros hipócritas que edificais sepulcros á los Profetas y adornais los monumentos de los justos! Serpientes, raza de víboras, ¿cómo huireis el juicio del infierno?»

¡Oh! y cuántos de estos fariseos abundan en nuestros dias; y al mismo tiempo que se ocupan en levantar y blanquear templos, sepulcros y altares llevan en su corazon ódios inveterados, y son murmuradores é inmorales, y avaros, blasfemos y calumniadores.

Queda sentado, señores, que fuera de la iglesia católica ni hay fé, ni esperanza, ni caridad verdadera; y como por otra parte es cierto que la eterna bienaventuranza, en cuanto es la vision clara de Dios, es el premio de la fé, y en cuanto es la posesion de Dios, es el premio de la esperanza, y en cuanto es la perfecta union con Dios, es el premio de la caridad, no habiendo fuera de la iglesia ni fé, ni esperanza, ni caridad no hay salvacion ni puede haberla para los que desobedecen á la iglesia, y mucho ménos para los que la calumnian y aborrecen.

Sobre la excomunion en que incurre el católico que no respeta ni ama la autoridad del Vicario de Jesucristo.

Es justo, señores, que así como las medicinas no se administran á la ventura, sinó directamente contra tal ó cual enfermedad, las pláticas sagradas se digan con el fin de destruir ó por lo menos de debilitar las influencias de tal ó cual error, vicio ó abuso introducido en las ideas ó en las costumbres del pueblo cristiano.

Siendo así la verdad, hermanos, yo creo muy oportuno esta noche atacar, en cuanto mis débiles fuerzas me lo permitan, un mal ya iniciado, de síntomas tanto mas alarmantes cuanto que dicho mal mas sériamente afecta ó compromete la unidad católica, de la que al punto que alguno se separa deja de pertenecer al grémio de Jesucristo, y cae por consiguiente en el cisma.

Este mal no es otro, señores, que un cierto desamor ó desvio, que disfrazado bajo una idea ó color politico, vá insinuándose en algunos corazones católicos y conduciéndolos por grados á un deplorable rompimiento con el pastor universal, con el representante de Jesucristo en la tierra, y al cual, los que son de Dios aman como á padre, mas los que no son de Dios detestan como á enemigo.

Ya lo habreis comprendido, señores: hijo como soy y mi-

nistro, aunque indigno, de la santa iglesia, el vicario de Jesucristo es mi padre, y ya que no me sea posible enjugar las lágrimas que muchos de mis hermanos con su rebeldia y calumnias le arrancan de lo intimo del corazon, quiero, por lo menos, dar un testimonio mas de mi fé, relativamente á la primera autoridad de la iglesia, como tambien de mi aversion á las ideas y doctrinas contrarias á la supremacia del Papa.

Por esta razon diré, y tal será mi asunto, que todo católico que no acata, ama y respeta como á padre al vicario de Jesucristo, es sospechoso, por lo menos, en sus creencias, y se ha constituido él mismo en una especie de escomunion habitual.

No creo haya entre vosotros uno solo que no venga en conocimiento de las razones que me asisten, para tocar, aúnque lijeramente, esta importante materia, mucho mas si se hace cargo de las fuerzas con que arrastran las ideas políticas y de lo que ahora pocos dias dije atacando á un gran literato español: que toda cuestion politica envuelve una cuestion teolójica.

Imploremos la proteccion de Maria. *Ave-María.*

Permitidme, señores, que antes de hablar de las fatales consecuencias ó males espirituales que se acarrea el que rompe las relaciones de obediencia y de amor con el padre comun de los fieles, el vicario de Jesucristo, diga algo sobre la necesidad del Pontificado; pues en los presentes tiempos hay hombres que sabiendo que sin la cabeza de la iglesia no puede haber Catolicismo, y deseando por otra parte su destruccion, tratan por eso de desprestijiar al soberano

Pontifice, diciendo, entre otras cosas, que la supremacia del Papa no solamente no es necesaria al buen gobierno del mundo cristiano, sinó que es además una verdadera usurpacion de la autoridad de los demas obispos. Contra este sofisma y otros que en él se incluyen, dice Balmes, célebre escritor moderno á quien debemos oir con el respeto que se merece un hombre de tanta altura: «La idea del Sumo Pontificado, que tanto desconcierta á los protestantes é incrédulos, es lo mas sencillo, sin embargo, y lo mas conforme á razon. Los católicos decimos que el Papa es la cabeza visible de la iglesia, es decir, que es el encargado de gobernar todo el rebaño de Jesucristo en la tierra, dándole el pasto espiritual de la buena doctrina y guiándole por el camino de la eterna salvacion. Decimos tambien que la autoridad del Papa es superior á la de los obispos, y que estos deben respetarle y obedecerle como puesto que es sobre ellos por el mismo Jesucristo »

Y en verdad, hermanos, es un hecho constante que no puede subsistir sociedad alguna, grande ó pequeña, sin un jefe que la presida y gobierne. En la familia hay la autoridad del padre; en las aldeas, en los pueblos, en las ciudades, en las provincias, en las naciones, en los ejércitos hay siempre uno que manda. Llámese gobernador, presidente, emperador, rey, cónsul ó general, al fin es un jefe, una cabeza. Siendo, pues, la iglesia católica una sociedad estendida por toda la tierra, con sus doctrinas, sus costumbres y sus leyes; siendo, vuelvo á decir, la iglesia una verdadera sociedad, y como tal un verdadero cuerpo moral, solo el que haya perdido el sentido comun puede desconocer la necesidad de que la iglesia tenga una cabeza. Decidme, señores, en qué cabeza sensata

cupo jamás que Jesucristo, sabiduria y prudencia infinitas, hubiese organizado su iglesia de tal modo que no la hubiese dejado una autoridad para su buen gobierno? ¿Visteis, señores, que se enviase un ejército á la conquista de alguna plaza sin darle un jefe que dirijiera sus operaciones? ¿Sabeis de alguna asociacion que no tenga un centro de unidad? ¿Qué seria de un rebaño sin pastor?

Se dirá acaso que para esto son los obispos. Pero, hermanos, la potestad y jurisdiccion de un obispo acaba donde su diócesis termina; y por consiguiente alguna vez que se tratase de una cuestion ó asunto perteneciente á la iglesia toda, no habria competente autoridad; y tal pudiera ser la diverjencia de juicios sobre tal cuestion ó materia que los obispos mismos disconformes unos con otros se dividieran; y hé aqui á la iglesia de Jesucristo anarquizada, desmembrada y por consiguiente, destruida; y no pudiendo suceder que la iglesia de Jesucristo deje de existir, es de todo punto necesario su centro de unidad, quiero decir, el Papa.

Se replicará que para obviar este inconveniente son los concilios generales. Pero un concilio general, hermanos, por lo mismo que es una reunion organizada y no un tumulto, ha menester una cabeza que le presida; y esta cabeza no puede ser otra sinó el sumo sacerdote, esto es, el Papa. ¿Y quién convocaria este concilio? Por órden de quien un obispo de América atravesaria los mares con direccion al punto indicado para la celebracion de un concilio? Deberia nuestro Obispo, por ejemplo, obedecer al llamado del arzobispo de Sevilla ó de Paris, ó á la órden del Emperador de Austria ó del Rey de España? No, por cierto; luego ese concilio general es imposible sin un jefe uni-

versal à quien los prelados de todas las Diócesis deban obedecer: esto es, sin el Papa es imposible un concilio.

Pero hay mas: la iglesia de Jesucristo no es una sociedad que exista solamente en ciertas épocas, sinó que es una sociedad de perpétua y no interrumpida duracion; y de aquí se sigue que la autoridad que ha de rejirla no puede ser una autoridad temporaria, cual es la autoridad de un concilio. ¿Qué seria de la iglesia en los tiempos intermedios de un concilio á otro, que algunas veces duran dos ó tres siglos? A cada paso surjen en el pueblo cristiano acaloradas controversias sobre el dogma ó la moral, y en estos casos, ¿á quién ocurriria el pueblo fiel, cuál oráculo escuchára, cual voz le librara de la amarga incertidumbre, si Jesucristo no hubiera instituido un vicario sumo en la tierra, á quien todos, obispos, clero y pueblo deben obediencia?

Considerado lo dicho, hermanos, muy grande obstinacion ó muy grande ignorancia es menester para no reconocer la necesidad que tiene la iglesia, para existir, de una autoridad suprema, de una cabeza que la rija, y esta vuelvo á decir, es el Papa.

Pero basta de objeciones, hijos ingratos de la iglesia, injustos aborrecedores de la unidad católica. . . .¡bien os conocemos! Lo que quisierais es que esa autoridad no existiera, para que no habiendo unidad en la iglesia se dividiera, y dividiéndose se desplomara, y desplomándose triunfaran vuestras doctrinas subversivas y tenebrosas.

Apelo á vuestro buen juicio é ilustrado criterio. . . .Decidme, señores, ¿quiénes son los mas implacables enemigos del supremo pontificado? ¿No son, por ventura, esos mismos que con el fin de hacerse compactos y por lo mismo po-

derosos para el mal, reconocen y acatan un jefe supremo, una cabeza, un Papa á su manera, al cual llaman el Gran Maestre, el grande Oriente, ó que sé yo con qué otro nombre? Y la iglesia de Jesucristo para obrar el bien, para apacentar el rebaño que su esposo divino le confiara, no habrá menester de una cabeza tambien? . . .Pero acerquémonos ya al punto de donde partimos. Dije que asi mismo se excomulga el que rompe las relaciones de obediencia y de amor con el pastor universal ó vicario de Jesucristo. Pero ¿qué quiere decir la terrible palabra *excomunion?* Voy á esplicarla, señores, con toda sencillez y hasta con materialidad, en obsequio á los que no la hayan comprendido bastante bien.

¿No habeis observado como en tiempo de epidemia suelen las autoridades ordenar que los apestados sean separados y llevados á un punto distante de la poblacion, para que su contacto no infeccione á los sanos y evitar asi la propagacion del mal? ¿No habeis oido que á tal ó cual persona amputaron los facultativos una mano ó un pié para estorbar que la gangrena diese la muerte á ese individuo? ¿No habeis visto, finalmente, lo que hacen los gobiernos en tiempos de luchas políticas, cuando destierran á un sujeto, ó le sepultan en cerrados calabozos para evitar que ese tal insurreccione las jentes ó introduzca el descontento en las tropas que son entonces la única esperanza de la patria?

Los gobiernos políticos tambien excomulgan, y excomulgan de modo que aún del territorio de la patria y aùn de los bienes y aún de la vida privan á los rebeldes ó insubordinados, y algunas veces ¡sabe Dios como anda la justicia en esas excomuniones!

Pues bien, ahora digo que esa segregacion que en el órden espiritual hace la iglesia al separar de su grémio al hereje, por ejemplo, como en el órden temporal ó político lo hace un gobierno con sus enemigos, es lo que se llama excomunion, la cual á sí mismo se la fulmina y aplica todo católico que se revela contra su padre y pastor el vicario de Jesucristo, rompiendo abiertamente con él, como con su jefe espiritual, ó ayudando á los enemigos de su poder temporal.

La iglesia católica, hermanos, como lo hemos dicho ya, se compone, como toda corporacion perfecta, de cabeza y de miembros; pero estos miembros ó parte de ese todo, no se mantienen unidos á su cabeza en fuerza de miras temporales, pues el fin de la iglesia no es el tiempo sinó la eternidad; ni en razon de relaciones de sangre y de carne, pues no es carnal sinó espiritual su objeto; ni por respetos nacionales, porque la iglesia tampoco es una nacion, aún cuando es una vocacion á todas las naciones para la conquista de la Jerusalem eterna; finalmente, no es el miedo á una pena temporal lo que mantiene unidos á su cabeza los miembros de este gran cuerpo, porque la iglesia, potencia espiritual, no reconoce por fundamento la fuerza bruta, pues ella no cuenta con gruesos ejércitos, ni poderosas escuadras, ni salió jamás á campaña á conquistar ajenas posesiones.

¿Cuáles son, pues, los lazos que ligan á los miembros fieles de la iglesia católica con su cabeza visible, que es el pontifice romano?

La caridad, la fé, la reverencia, la sumision.

Dijimos al principio que ciertos hombres no católicos pretenden sostener que la supremacia del Papa, esto es, que

la autoridad del pontífice romano sobre los demás obispos no es necesaria al buen gobierno del mundo cristiano; y ved aquí el primer error en el cual por fuerza caerá muy luego todo aquel que no ame como á padre al vicario de Jesucristo. Ya porque finalmente se suscribe cada uno á todo lo que tiende á disminuir la escelencia de aquel que no es cordialmente amado; ya porque la falta de amor hácia alguno es causa de que se oiga con gusto y se dé fé á cuanto se dice en mengua suya; yà, finalmente, porque asi como el verdadero amor no es otra cosa que querer el bien para aquel á quien amamos, asi tambien el desamor, ya que propiamente no sea querer el mal para aquel á quien no amamos, puede decirse que no es querer el bien para ese tal. Y como á esto se agrega el ser hoy tan de tabla tocar asuntos políticos y con predileccion los que versan sobre la actual crisis que atraviesa la Italia, me temo, señores, ó por mejor decir, lo veo y lo vemos todos, que esos católicos á medias, no adictos como debieran ser al pastor universal de las almas, son los primeros en caer víctimas del grande escándalo que están dando al mundo los enemigos de la santa sede, los enemigos de la unidad católica, ó lo que es lo mismo, los enemigos de la iglesia de Jesucristo, y por consiguiente, los enemigos de Jesucristo.

¿Duda alguno si es buena ó recta la hilacion de este argumento? Pues permítaseme entonces que lo presente en mas claros términos, aunque algun tanto escolares.

Todo el que es enemigo de la santa sede ó de la supremacia del Papa, lo es de la unidad católica, pues la unidad católica no se concibe sin una cabeza ó autoridad á la que estén sujetas las autoridades subalternas y aún los miembros todos del Catolicismo. Todo enemigo de la unidad católica lo es

de la iglesia misma, pues ya se ha dicho que sin unidad todo cuerpo, moral ó físico, se derrumba y perece. Todo enemigo de la iglesia lo es de Jesucristo, porque Jesucristo la fundó para que se la obedeciera, porque Jesucristo nos la dejó para que nos gobernara en lo tocante al dogma y á la moral, y sobre todo, porque Jesucristo lo quiso así, y añadió que si alguno no obedeciese á la iglesia fuese considerado como pagano.

Ved, pues, hermanos, hasta qué punto es verdad que los enemigos de la iglesia lo son de Jesucristo; y consiguientemente, y como queda demostrado, que los enemigos de la santa sede ó de la supremacía del Papa, lo son de la iglesia. Por manera que ser enemigo del Papa y querer ser hijo de la iglesia, es querer una cosa y no quererla juntamente; es, pues, un contrasentido.

Tal es, hermanos, el grande peligro porque atraviesa la jeneracion presente, inclusas muchas personas que han encanecido practicando la virtud y constantemente sumisas al vicario de Jesucristo. Tan poderosa es como todo eso la influencia seductora que las ideas dominantes de una época ejercen sobre el hombre. No por otra razon dijo Jesucristo que si los dias de escándalo de los últimos tiempos no se abreviasen, como se abreviarán, ni aún los mismos justos podrian salvarse; y si esos dias ó tiempos á que el divino Jesus aludia no son los que atravesamos ó son muy semejantes ó no los conocerán los hombres cuando lleguen.

Y no se diga lo que alguno ha dicho ya: «Yo no soy enemigo del Papa como vicario de Jesucristo, pues le reconozco como tal y le obedeceré siempre; solo si no estoy conforme con su poder temporal, y en este sentido soy su adversario.» No se diga tal cosa, repito, porque lo mismo fuera decir: «Yo

no quiero que el Papa deje de ser, solo quiero que deje de ser independiente; quiero que sea súbdito de otro poder para que de ese modo pueda ser cohartado en sus determinaciones y acuerdos relativos al gobierno jeneral de la iglesia; para que pueda ser desterrado de Roma toda vez que al soberano que allí gobierne le parezca convenir, y vuelto á llamar despues y ser desterrado de nuevo, como se hace con los obispos de las iglesias particulares; para que entonces, puesto en fuga el pastor y disperso su rebaño, sea puesta en desórden y en confusion la iglesia, y deje así de ser bastante poderosa para estorbar los progresos del racionalismo.»

Decir esto, señores, y decir luego que esto no es profesar enemistad á la iglesia de Jesucristo, es un contrasentido tan torpe como el pasado.

Ni se diga lo que algun otro ha dicho: «Yo soy verdadero católico, pero apesar de eso simpatizo con los hechos de los campeones de la presente guerra de Italia, admiro su patriotismo y sus esfuerzos: su causa es la de la libertad». . . .¡Eh! pobres hombres que no sabeis filosofar sobre la historia contemporánea, ¿qué filosofia sacareis de la historia antigua? Apreciais las causas por su lema ó su color; no os vais al fondo de las cosas, no conoceis vuestro mismo siglo! No sabeis de que libertad se trata, ni sabeis qué es libertad siquiera.

Guardaos, hermanos, guardaos de esos pretendidos católicos, hombres que trabajan por armonizar las tinieblas con la luz, el bien con el mal, la verdad con la mentira. Hombres que son católicos y anti-papistas, piadosos é impios, disipados y devotos. . . .Verdaderos maquiavelistas, de todo echan mano para llegar al fin que se han propuesto.

Vosotros, repito, amad como á vuestro padre al vicario de Jesucristo, y no os dejeis seducir por las doctrinas modernas relativamente á la supremacia del Papa y á su poder temporal. En todo caso dejad estas cuestiones á los teólogos y canonistas.

La supremacia del Papa es un dogma; y basta que alguno diga que el Papa no es pastor universal para que deje de ser católico.

Siendo esto así, hermanos, ved si será crecido el número de los que han apostatado de la fé católica desde que las insurrecciones de la Italia son el asunto de todas las conversaciones y el tema para los artículos de fondo de casi todos los periódicos del mundo; mucho mas siendo tan terminantes las palabras con que el santo Padre ha excomulgado á cuantos atentan hoy contra su soberania temporal; soberania, señores, que defienden y han defendido constantemente los primeros sábios, pues sus títulos son tan lejítimos como pueden serlo los del mas bien constituido gobierno. El mismo Guizot, hombre que ocupa un lugar prominente entre los literatos de la época, como historiador, como publicista, como filósofo y como político, aunque protestante por desgracia, se ha constituido últimamente en acérrimo defensor del poder temporal del Papa. Confúndanse, pues, tantos católicos rebeldes, inconsecuentes y falsos al ver como sabe el Señor sacar del foco infecto del Protestantismo campeones que defiendan los fueros temporales de su vicario en la tierra.

Finalmente, hermanos, no sé si he conseguido lo que en esta plática me habia propuesto; puede que haya estado oscuro, ó por defecto de ciencia en la materia que traté, ó por defecto de órden en los argumentos de que me he valido;

de cualquier modo é insistiendo en lo que díje, repito: 1° Que la necesidad del pontificado es tan absoluta, que sin él no puede haber Catolicismo: 2° Que la supremacia del Papa es un dogma, y que el que la niega es hereje, y como tal incurre en excomunion, la cual bien claramente queda esplicada: 3° Que siendo esto verdad es verdad tambien que muchos incautos, preocupados por ideas de política, y á consecuencia de las convulsiones de la Italia, han dejado de ser católicos, porque lejos de estar unidos al vicario de Jesucristo como miembros á su cabeza, se han adherido á la causa de sus enemigos, se regocíjan por sus desgraciados triunfos, aplauden sus hechos y los llaman gloriosos, toman su defensa siempre que hallan coyuntura, visten á su modo y como imbéciles, tratan de remedarles en todo y de copiar en sí mismos hasta sus vicios. Por lo tanto, hermanos, mire cada uno por sí, y tengamos presente todos que previniendo Jesucristo el poder casi irresistible de estos y otros escándalos que con los tiempos vendrian, dijo en una ocasion á sus discipulos: «¿Creis que cuando venga el hijo del hombre á juzgar al mundo hallará fé sobre la tierra?»

Sobre los falsos maestros, falsas doctrinas y peligros que sobrevendrán á proporcion que se acerque el fin de los tiempos.

Entre las grandes misericordias que Dios ha dispensado á los hombres, yo no sé cual sea mayor que el haber legado á su iglesia el precioso depósito de su palabra, el santo libro de su Evanjelio. Y sinó, decidme, ¿qué fuera del hombre, qué fuera del mundo todo, sin la luz del sol durante el dia, y sin la luz artificial por la noche?

Pues ved que lo que es la luz para el mundo corpóreo, eso es el santo Evanjelio para el espíritu; pues él es la antorcha vivísima, siempre radiante y bella, con cuyo auxilio podemos distinguir lo que nos convenga ó nos dañe respecto á doctrinas, las cuales, asi como son la vida del alma siendo buenas, son veneno para el alma siendo malas. Y si bien donde quiera que el santo Evanjelio se abra y se lea, allí aparece la verdad en todo su esplendor poniendo al descubierto la mentira con toda su fealdad, el fragmento sagrado que debemos esta noche considerar es luminoso especialísimamente, pues su simple lectura nos hace ver no tan solo los peligros presentes relativamente á maestros y doctrinas, sinó que nos avisa tambien de otros peligros que sobrevendrán á proporcion

que los tiempos corran y el mundo se acerque á su fin. Tal es mi asunto.

Imploremos etc. *Ave-María.*

Leemos en el santo Evanjelio, segun san Mateo, que saliendo Jesus del templo de Jerusalem los discipulos que le seguian llamaron su atencion sobre aquel suntuoso edificio, como queriendo que el Señor notase su grandeza y mérito artistico. Mas Jesus les dijo: «Veis tanta magnificencia? Pues os digo en verdad que no quedará de ese templo piedra sobre piedra, porque será destruido hasta en sus fundamentos.»

Continúa la sagrada historia que poco tiempo pasado, como estuviese Jesus en el monte Olivete en actitud de quien descansa, los apóstoles se acercaron á él y en voz muy baja le preguntaron: «Dínos, Señor, ¿cuando sucederán esas cosas, ó cual será la señal de tu venida y de la consumacion del siglo?» Mas Jesus eludiendo esta pregunta que acaso llevaba algo de curiosidad, les dijo unas palabras que, en sentir de mi padre san Agustin, aludian tanto á la destruccion de Jerusalem y su famoso templo. como al desórden general que ha de preceder al último juicio, pues les habló así: «Mirad que alguno no os pervierta, pues sucederá que vendrán muchos en mi nombre diciendo cada uno: yo soy el Cristo, y algunos les creerán y quedarán engañados. Oireis el estrépito de fuertes combates, y sereis testigos de las varias y encontradas opiniones de los hombres; sin embargo, cuidado con que os turbeis, porque no obstante todas esas cosas todavia no será el fin. Jentes contra jentes se levantarán, y reinos contra reinos, y habrá pestilencias y hambre, y estremecimientos de

la tierra por varias partes; pero esto no será otra cosa que el principio de los conflictos, ó como un preludio de los tremendos males que vendrán despues. Sucederá, tambien, que sereis perseguidos y atribulados, aborrecidos y aún muertos por causa de mi nombre. Tambien sucederá en aquellos dias que muchos quedarán cautivos por el escándalo, pues los hombres unos à otros se pondrán asechanzas, se tendrán ódio y naturalmente se harán persecucion. De este foco de desórden y universal desquicio surjirán profetas falsos, seductores é hipócritas, y en fuerza de la grande iniquidad que abundará en aquellos dias, se enfriará y aún estinguirá la caridad de muchos: empero, aquel que perseverare hasta el fin en la práctica de la virtud, será salvo.»

El divino maestro, hermanos, despues de otras cosas que dijo, en relacion con lo que precede, añadió: «Grande será en aquellos dias la tribulacion, cual nunca fué desde el principio del mundo; de manera que si aquellos tiempos no se abreviasen no se salvaria toda carne, pero en gracia de los escojidos, aquellos tiempos se abreviarán.» Y concluye Jesucristo con estas palabras: «Los falsos doctores y profetas que, como os he dicho, aparecerán entonces, harán cosas sorprendentes, con el fin de seducir, si les fuese posible, aún à los mismos electos; no querais pues olvidar cuanto os he profetizado.»

Ahora, hermanos, veamos qué aplicaciones conviene hacer de esta doctrina, y qué es lo que en ella hace relacion á nuestros tiempos, para sacar de este rato el fruto que nos hemos propuesto.

Dije poco antes que Jesucristo se aprovechó de aquella pregunta que le hicieron sus discipulos al salir del templo, no solamente para predecirles la destruccion y com-

pleta caida de la entonces rica y populosa Jerusalem, sinó tambien la ruina universal antes del último juicio. Por lo que hace al primer sentido de la profecia se vió cumplido á la letra, pues apenas hubieron pasado treinta y cinco años, despues que aquella pérfida ciudad levantó en un patibulo á su rey, á su libertador, á su Dios, echáronse sobre ella los belicosos y soberbios romanos, asestaron contra sus muros sus máquinas detructoras, y no solo la convirtieron en un vasto sepulcro, sinó que arruinaron su templo, de tal manera que, como el mundo todo lo sabe, no puede decirse á punto fijo donde estuvo el templo en los días de Jesucristo.

Por lo que hace al segundo sentido de la profecia de Jesus, es conveniente advertir lo siguiente.

El mundo antes de morir ha de enfermar, antes de que se arruine ha de desmoronarse, y no á impulsos del tiempo sinó de los crímenes de los hombres, pues estos y no los siglos provocarán la ira de Dios, la cual ha de arrasarle y convertirle en escombros y pavezas. Digo que el mundo enfermará antes que muera, y si su dolencia ha de consistir en el pecado, y si el pecado por excelencia es la impiedad, porque la impiedad es la rebelion contra Dios, es el desconocimiento de Dios, es la insolencia puesta delante de Dios para blasfemar su santo nombre, ¿no podrá decirse que el mundo está malo, que el mundo entra en su agonia, hoy que tan rápidamente se propaga y comunica la impiedad de individuo en individuo, de familia en familia, de pueblo en pueblo? Hoy, señores, hoy que los hombres habiéndose desviado de la fé, que cual estrella milagrosa á Dios los conducia, llevan un rumbo descaminado cuyo término es la muerte eterna? Hoy que los hombres han dado en la torpe mania de arrojarse

á las tinieblas de la incredulidad, cabalmente para dar á entender que han hallado la verdad y la luz?

Es, pues, de creer, hermanos, que el mundo declina hácia su fin de una manera sensible; y decimos esto, no porque desconozcamos que desde que fué creado empezó á rodar hácia su fin, así como el hombre empieza su jornada hácia el sepulcro desde el dia en que ve la luz, sinó que lo decimos en el sentido del axioma que asienta que todo movimiento es mas veloz á su fin.

El asombroso desarrollo de la materia, la prisa con que los hombres trabajan por concluir no sé que tarea colosal, todo parece que nos anuncia que los tiempos urjen, porque la medida de la divina paciencia está al calmarse.

Y como esto asi sea es preciso que en el capítulo del santo Evanjelio á que aludimos haya doctrina cuya consideracion nos importa sobremanera.

Veámoslo.

Dijo Jesus á sus discípulos: «Se levantarán falsos doctores y profetas.» Pues bien, yo manifestaré que los falsos profetas, doctores y maestros mentirosos que vió Jesucristo en la trasparencia de los siglos, han aparecido ya y lo manifestaré asi.

Escuchadme.

Es fuera de duda que Jesucristo solo á sus apóstoles, en razon de ser ministros suyos, confió la mision de enseñar la ciencia de la vida: *ite et docete omnes jentes*, les dijo, y tambien, *vos estis lux mundi: vos estis sal terræ*, vosotros sois la luz del mundo y la sal de la tierra. Es tambien incuestionable que la iglesia de Cristo es la única verdadera, pues de otro modo Jesucristo no dijera: «Si alguno á la iglesia no escuchase, sea

tenido por pagano y publicano». Es tambien de fé que en la iglesia católica, con esclusion de cualquiera otras asociaciones que se abroguen este título, reside, por derecho divino, la potestad de conferir el Sacramento de Orden, ó lo que es lo mismo, la potestad de crear apóstoles y de enviarlos á evanjelizar.

Se sigue, pues, de todo lo dicho, por hilacion lejítima y rigurosa, que la aparicion de los doctores falsos y seductores que Jesucristo anunció es evidente, desde que es evidente la existencia de ciertos hombres cuyas doctrinas hacen manifiesta oposicion á la doctrina del sacerdote católico, puesto que todo majisterio que no venga caracterizado con la bendicion de la maestra de los santos doctores, es un majisterio advenedizo, intruso y anárquico, y que solo puede proceder del que siembra la discordia en el campo del Señor, que es el demonio.

Y si alguno dudase de esto que decimos, esa misma duda, por lo mismo que hace oposicion á la doctrina que yo os predico ahora, es otro testimonio mas de que en efecto los falsos doctores han ya venido, pues que solo ellos pudieron dar ocasion á esa duda rebelde en el espiritu de un católico.

Probada suficientemente la aparicion de los apóstoles del error, os repito, señores, para que os cauteleis de ellos, las palabras de Jesucristo: *videte ne quis vos seducat:* cuidad, no sea que alguno de ellos os pervierta con sus palabras ó con sus escritos.

No creais, sin embargo, amados mios, que me obstine en sostener que nuestros tiempos precisamente, ó mejor diré, que la jeneracion actual, sea la jeneracion inmediatamente vecina al cataclismo universal que al mundo espera, por el

hecho de haber manifestado que los falsos maestros precursores de esa final trajedia han aparecido ya; porque ¿quién será capaz de señalar á punto fijo la estension de tiempo que midió Jesus con su mirada divina, entre la aparicion de los mentirosos doctores y las últimas convulsiones del mundo? Nadie, por cierto, porque esto es un secreto que el Señor ha querido reservarse. Solo sabemos que el gran dia de la venganza divina vendrá sijilosamente, cuando los hombres menos próximo le crean, no obstante que todos habrán visto las señales precursoras de aquella tremenda esplosion. Repito que no es mi intento suponer mas próximo de lo que sea delante de Dios ese universal terremoto; pero si digo, plegándome al sentir de un gran número de sábios contemporáneos, que el actual estado de cosas en el muudo todo es un estado violento, y nada violento es durable.

El hombre, nécio y temerario como jamás lo fué, no ya clandestinamente sinó á la faz del sol, desconoce á su creador, niega la divinidad de su Redentor, le hace la guerra de frente con audacia satánica....Y bien, señores, en este estado las cosas no queda mas que esperar ni que ver sinó el triunfo del Señor sobre sus enemigos; el cual tendrá lugar en el dia del gran juicio. Los que habeis asistido á la representacion de un drama, ya por el tiempo que duró, ya por la marcha de los sucesos, bien pudisteis comprender cuando estuvo para terminar, aún cuando en verdad no supieseis cuántas escenas faltaban.

Continuemos.

Predijo Jesus, tambien, que en habiendo aparecido los doctores del error, y en fuerza de sus malvados escritos, la caridad de muchos se enfriaria hasta estinguirse. ¿Y no se cum-

ple, señores, esta prediccion de Jesucristo ante nuestros ojos cada dia? ¿No es manifiesta á todos una multitud de almas que hasta aquí se habian distinguido por su Catolicismo puro, y que á consecuencia de las doctrinas perversas por los falsos doctores propagadas han dejado de pertenecer al cuerpo místico de Jesus, que es la iglesia católica? ¿Quién habrá entre nosotros que por lo menos no tenga un amigo que se haya estraviado en sus ideas, y pasádose, por consiguiente, á la bandera del error? Y lo que es mas sorprendente, como vosotros mejor que yo lo sabeis; ¿no es considerable tambien el número de señoras que haciendo traicion á su carácter naturalmente piadoso se han incluido tambien entre los hijos rebeldes de la iglesia?

Yo no se qué mas puede decirse, hermanos, para probar que la caridad de muchos se enfria con la propagacion de las malas doctrinas, y en conformidad con la prediccion de Jesucristo, despues que se ha dicho, y se sabe, que una gran parte del sexo devoto ha vuelto la espalda á la cruz para engrosar las filas anti católicas.

Síntoma terrible! muy terrible, pues la mujer siempre fué la última en abandonar la causa de Jesucristo. Leemos en el santo Evanjelio que si bien los apóstoles huyeron amedrentados viendo á Jesucristo entre sus verdugos, no le abandonaron las tres piadosas Marias, *et aliœ multœ*, y otras muchas mujeres que siempre le habian seguido.

Y no creais que entiendo yo por volver la espalda á la cruz una formal y espresa apostasia de la fé, ó un propósito deliberado y firme de no vivir segun el Evanjelio de Jesucristo; por volver la espalda á la cruz entiendo yo haber dicho una vez siquiera, con advertencia y pertinacia, palabras como las

que siguen: «la iglesia ha procedido muy de lijero al condenar esta ó aquella doctrina, pues que no es herética. La iglesia condenando este ó aquel sistema, excomulgando los miembros de esta ó de otra asociacion ha errado, se ha equivocado, pues tal asociacion ó tal sistema se funda en la caridad, y por lo mismo fuera de grandes ventajas al pueblo cristiano qne tal asociacion y doctrinas se generalizasen y aprobasen.» Todo aquel, pues, que esto haya dicho, ó con las mismas palabras ó con otras que tanto valgan, ha roto los vínculos que con la iglesia le ligaban, como quiera que ha negado un dohma, cual es la infalibidad de la iglesia en materia de doctrina. Y como la fé católica es de tal naturaleza que lo mismo deja de ser por la negacion de todos los dogmas que por la negacion de uno de ellos, en razon de que cada uno de ellos le es esencial, se sigue de aquí, señores, que todo aquel que á la iglesia católica niega su infalibilidad ó acusa de haber errado, ha proferido una herejia, y esto es, en verdad, haber vuelto la espalda á la cruz, á la fé y á la iglesia.

Ahora, hermanos, vosotros que sois testigos inmediatos de los asuntos del siglo, contad, si podeis, cuantas almas ha perdido Jesucristo, si como es cierto y queda probado es verdadero desertor de la fé todo aquel qne está en contradiccion con la iglesia católica en un punto solo, si importa un dogma. Y esto no lo he dicho con el único fin de que tengais noticia de los estragos que hacen en la viña del Señor los que siembran la mentira; y si lo he dicho para que no aumenteis vosotros el número de los estraviados, engañados y perdidos Mirad, pues, por vuestras almas, y si en algun punto de trascendencia estuvieseis diverjentes con la santa iglesia católica, retractaos en el modo que os lo indique un prudente director

para que volviendo al seno de la iglesia y perseverando en el seno de la misma, os halle el supremo Juez con esa garantia en el gran momento de su indignacion y de sus venganzas.

Por lo que hace á los doctores y á los escritores blasfemos están escritas en el capítulo quinto del libro de la Sabiduria las palabras de desesperacion que vomitarán viéndose reprobados en ese juicio, y que aluden á los justos que estarán á la diestra del supremo Juez.

Vedlos ahí: esos son á los que nosotros burlábamos y deciamos todo jénero de improperios. Nosotros ¡insensatos! estimábamos su vida virtuosa como ilusion y creiamos que tendrian un fin oscuro é infame. Mas ay! ellos son puestos entre los hijos de Dios y su suerte es la de los santos. . . . Luego erramos el camino de la verdad. . . . ¡Qué nos aprovechó nuestra soberbia! qué nuestra ciencia vana! qué nuestro palabreo y nuestros torpes escritos!

Sobre la parábola del hijo pródigo

Puedo suponer, señores, que mas de una vez habeis sentido resonar en el fondo de vuestro pecho la voz de Dios que os llamaba al buen camino. Tambien puedo temer que no habiéndoos reconcentrado para considerar seriamente ese llamamiento y lo mucho que vá en atenderlo, habeis reincidido en la antigua disipacion. A las inspiraciones divinas y santos pensamientos que suscita el Señor puede suceder, y con frecuencia sucede, lo que á la lámpara cuyo combustible no fomentamos ó que no preservamos de la accion del viento.

Deseando que alcanceis esa gracia, que acaso habeis despreciado, y con el fin de que cobreis aliento y la suficiente enerjia para pasar por sobre todo lo que os impida escuchar con docilidad el llamamiento misericordioso de Jesus, voy á glosaros la tierna parábola del hijo pródigo del Evanjelio.

En ella vereis de relieve la historia de un alma estraviada é ingrata con su Dios, pero que, cautelosa y avisada, supo en tiempo reconcentrarse, volver sobre sus intereses eternos, y restituirse á los brazos de su Dios, de cuyo seno amoroso la arrancaron pasiones impetuosas y las ilusiones de la juventud.

Eschuchad con atencion esa santa parábola, propuesta por el mismo Jesus; consideradla con el respeto que ella merece, y ofreced al Señor, desde ahora, que si en fuerza de la impor-

tantísima leccion que va á daros el hijo pródigo se sintiese conmovido vuestro corazon é inclinado á la penitencia, no resistireis por mas tiempo á las insinuaciones de la gracia, sino que os rendireis á los dulces reclamos de un Dios que si bien os llama todavia puede hacerlo hoy por la última vez.

Empecemos bajo los auspicios de la Vírjen María. *Ave-María.*

Los perversos fariseos, devorados por la envidia, no se ocupaban de otra cosa desde que concibieron la idea de perder á Jesus, que de observar sus acciones y sus palabras, con el fin de ver si descubrian en su conducta algo que pudiera servir de base á las acusaciones que preparaban.

Una vez, entre otras, como observasen que Jesus permitia que se acercáran á él los publicanos y pecadores, murmuraron diciendo: «He ahi como este recibe á los pecadores y come con ellos»! Jesus, entonces, les propuso algunas parábolas, enseñándoles en ellas que esta comunicacion con los pecadores no era de estrañarse en quien habia venido á salvarlos.

Entre aquellas parábolas se cuenta la que forma mi asunto.

Un hombre tuvo dos hijos, de los cuales el menor dijo á su padre:—«Padre, dáme la parte de hacienda que me toca». Y el padre repartió entre los dos sus bienes. Y pocos dias despues, habiendo el hijo mas mozo juntado todas sus cosas, se marchó á un pais muy distante, donde derrochó toda su hacienda viviendo disipadamente. Despues que lo consumió todo acaecieron carestia y hambre en aquel pais, y él empezó á sentir necesidades. Vióse entonces en el caso de entrar al servicio de un hombre, el cual lo envió á una granja suya para que cuidase una piara. Era tan vehe-

mente algunas veces el hambre del desgraciado jóven, que codiciaba las bellotas que comian los cerdos, sin que se le permitiera alimentarse con ellas. Volviendo un dia sobre sí dijo sollozando: «¡Ay! cuántos jornaleros tienen en la casa de mi padre pan en abundancia, mientras yo estoy hambriento, desnudo, desamparado!»

Aquellos de vosotros que quieran vengar la injuria inferida por este hijo ingrato á su buen padre, cojan las primeras piedras para herirle. Pero antes permitidme que os pregunte: ¿Estais bien seguros de que no sois ó fuisteis vosotros tan culpables como ese hijo á quien quereis castigar? Examinaos, poned la mano en vuestro pecho, y ved si os habeis conducido de igual manera con vuestro comun padre y salvador amabilísimo. Si hallais que en alguna época de vuestra vida remedasteis la criminal conducta del pródigo, ea! reprimid vuestro celo. Es indiscreto, pues vosotros sois ó fuísteis reos del mismo delito.

Y si los que en otro tiempo se condujeron como el pródigo no son competentes para juzgarle, aún supuesta su conversion, ¿qué diremos de vosotros los que vivis á la sombra del pecado?

¡Almas estraviadas, almas cautivas del vicio! vuestra historia es la que acabais de oir....Ese pródigo sois vosotras: Jesus os conocia y os contemplaba fijamente al proponer aquella parábola. ¿Lo dudais? Escuchadme. ¿No os encontrabais bien, no abundabais en todo jénero de gracias y de virtudes, cuando gozabais de la amistad de Jesucristo, que es lo que se llama estar á su lado y vivir en su morada? Mientras vivisteis en la gracia de Dios, ¿no recordais cuán viva era vuestra fé, cuán encendida vuestra caridad, y cuán humilde y

firme vuestra esperanza, que son las tres preciosas dotes que hacen á una alma verdaderamente bella á los ojos del Señor? ¿Qué os faltaba de cuanto se necesita para alcanzar una santa muerte y la eterna vida, por lo ménos despues de aquella confesion buena que hicisteis y por la que se os perdonaron todos vuestros pecados? ¡Oh! que grata os era la vida dulcificada por el testimonio de una conciencia libre de remordimientos! Entonces, como quiera que estabais en vuestro centro, que es Dios, vuestro sueño era tranquilo, vuestra conversacion edificante, vuestros pensamientos ordenados, vuestras costumbres inocentes y sencillas. Entonces esperimentabais placer en asistir á los templos, en leer libros piadosos, en mantener relacion con personas espirituales; amabais las prácticas devotas, venerabais las sagradas imájenes, las adornabais con flores, y en esto cifrabais vuestras delicias. La idea del pecado mortal os estremecia y desazonaba, y por la sola sospecha de haberle cometido, corriais luego al tribunal de la penitencia para recibir la absolucion y poder vivir y dormir en paz. ¡Almas estraviadas! ¿recordais aquellos dias felices?. . . .Y bien, ¿qué sucedió despues? Cómo vinisteis á caer en el lamentable estado en que os encontrais? Sucedió que os descuidasteis, omitiais por cualquiera causa vuestra oracion diaria, os entibiasteis, perdisteis la devocion, y en tales términos que dijisteis lo que el pueblo de Israel en el desierto decia del dulce maná con que Dios le sustentaba: «Nuestra alma le ha cobrado tedio; se resiste á comer siempre de este solo manjar.» Asi como aquellos se volvieron á las ollas groseras del Ejipto, vosotros os volvisteis tambien á los vicios que habiais abandonado; os inclinasteis á las cosas materiales y perecederas, y como no

podiais volver el rostro á estas cosas sin volver la espalda á Jesus, os alejasteis de su lado.

Eschuchadme ahora, ¡almas culpables! Dios es quien os habla, y si en estos términos lo hace, vosotros lo habeis querido.

Cuando abandonasteis á Jesus dejándole la amarga pena de considerar que os estraviabais, salisteis de su casa bien provistas de espirituales bienes, que, por uno de vuestros errores, creisteis que sin Jesus podriais conservar. Llevabais á mas de la fé y de la esperanza, un mas que mediano acopio de buena doctrina, adquirida mediante las buenas lecturas, las instrucciones de vuestros padres, las amonestaciones de vuestros confesores, y las exhortaciones públicas del orador sagrado. Sacasteis además de la casa de Jesus un caudal copioso de merecimientos adquiridos, ya por los sacramentos que recibisteis, ya por los trabajos que en paciencia llevasteis, ya por los ayunos y penitencias que hicisteis, como por las muchas induljencias que ganasteis. ¡Oh almas! cuán ricas y engalanadas pasasteis vuestros dias mientras os conservasteis al lado de vuestro padre, redentor y Dios! Robustecidas con las gracias que el cielo manaba sobre vosotras, purificadas con las aguas vivas de la compuncion, ataviadas con las virtudes, como con tantas otras joyas de gran precio, pareciais esposas en el dia de sus bodas. El Señor os regalaba, se comunicaba con vosotras, os enviaba sus inspiraciones. Nada os faltaba en la casa de Jesus en aquellos tiempos felices. Mas ¡ay! al alejaros de ella empezasteis á marchitaros como las ramas separadas de la lujosa vid. Perdisteis los hábitos santos, esos merecimientos, esa limpieza de vida, esas virtudes que os hacian tan ricas como hermosas.

Cada pecado que cometiais os alejaba á gran distancia de vuestro Señor y Dios; y de abismo en abismo, vinisteis á dar en el mas lastimoso abandono, en el mas completo olvido de vuestro último fin. Y he aquí la rejion desconocida y apartada que significó Jesus en su parábola cuando dijo: *filius peregré profectus est in regionem longinquam.*

Y bien, ¿cuales bienes conservais de los muchos que teniais en la casa de Jesucristo? ¡Plugiese al cielo que por lo ménos conservaseis la fé como un principio de reaccion y de vida, que por lo demás todo lo habeis perdido como el pródigo: *disipavit substantiam suam!* Gracia de Dios, caridad, humildad, modestia, devocion, lecturas piadosas, temor del juicio y del infierno, santos deseos, todo esto perdisteis! Y al presente ¿en qué os ocupais? ¿De qué modo y con qué pretendeis saciar el hambre que padece vuestro corazon viéndose privado de los consuelos celestiales de que en otro tiempo gozabais? Yo os lo diré, almas cristianas, aunque ingratas; yo os lo diré, si aun teneis la paciencia de escucharme, y que la tengais os lo ruego por vuestra salud.

Dice el sagrado testo que comentamos. que habiendo sobrevenido carestia y hambre en el lugar en que habitaba el hijo pródigo, á consecuencia de este incidente se vió el descaminado jóven en la necesidad de apacentar una piara —¿Sabes ¡oh alma! á qué hambre hace alusion el testo sagrado en este pasaje? Se refiere al hambre y á la sed que tú padeces desde que perdiste la divina gracia. Tienes hambre de felicidad, hambre de tu Dios, y como ya no lo posees, porque lo abandonaste, deseas, por lo ménos, sustentarte con lo mismo de que se alimentan tus apetitos, los cuales componen esa piara que te consideras obligada á apacentar.

Sí, tú, ¡alma pecadora! tú misma, que en tiempos mas dichosos vivias como hija mimada en la casa de Jesucristo, eres esclava de tus inmundos apetitos, los cuales, á manera de voraces cerdos, gruñen en derredor tuyo pidiéndote de comer, sin que consigas saciarles. ¿Con qué alimento los nutres? Tambien te lo diré yo: con las cosas de este mundo, con sus insípidas bellotas!

Díme sinó, ¿qué haces cuando murmuras, cuando te vistes lujosamente, cuando lees libros obscenos? Apacentar tus pasiones, alimentar esa piara. No quisiste seguir á Jesucristo por la senda de sus mandamientos, y ahora, mal que te pese, caminas tras la avaricia, la lascivia, el orgullo, la vanidad, la gula!

Esta situacion tristísima en que se encuentran las almas que se han separado de Jesus y de su casa, que es la Iglesia católica, nos quiso significar el divino maestro cuando en su parábola nos dijo que el pródigo se dedicó á cuidar una piara.

Tambien oiste que refiere el Evanjelio que volviendo sobre sí aquel estraviado jóven, y despues de haber considerado la servidumbre ominosa que le oprimia, el hambre que le devoraba, la palidez y flacura de su cuerpo, la pobreza de sus vestidos, dijo, llorando amargamente: ¡Ay! cuántos jornaleros en la casa de mi padre tienen pan en abundancia mientras yo perezco de hambre!» Ellos, cobijados por un techo amigo, duermen un sueño apacible; y yo, en abandono y desabrigo, soy víctima del rigor de la intemperie muchas y largas noches! Ellos viven en sociedad, se comunican sus pensamientos, fomentan sus afectos amistosos, y yo, aquí, solo, despreciado, olvidado del resto de los hombres, no cuento

con un solo amigo! El mismo amo á quien sirvo me mira como á uno de los animales que cuido. Los siervos de la casa de mi padre, despues de sus diarios afanes, disfrutan de la presencia y sonrisa de su bondadoso señor; mas yo, despues de haberme quemado el sol y resecado el aire del campo, no tropiezo sino con rostros repulsivos é iracundos! ¿Para esto me separé de mi padre? ¡Cuán desmejorado estoy, y qué amarga es mi suerte!

Ved lo que tambien podrian decir tantas almas á las cuales Dios ha enriquecido con mil ventajas de gracia y dotes de naturaleza; y que, sin embargo, separadas de Dios su padre por la culpa, contaminadas por el vicio, consumidas por el fuego de la sensualidad, no tienen la bastante fuerza para elevar sus ojos al cielo; no producen jamás una sola palabra en conformidad con la justicia; nunca se ocupan en cosa de que Dios pueda valerse; no pueden sino lo malo, lo prohibido, porque su empeño parece que fuera contrariar la voluntad divina.

El que en semejante condicion se encontrare, con cuánta razon pudiera esclamar con el pródigo de nuestra parábola: ¡Ay! cuántos pobrecitos de vulgar condicion, cuántos de esos á quienes desprecia el mundo soberbio, viven en la amistad de Dios, colmados de merecimientos para la vida eterna, por las virtudes cristianas que practican, y yo, de quien Dios debiera esperar una conducta mas fiel y mas reconocida, en razon de la ciencia con que me ha ilustrado, del talento natural que me ha dado, de la vida cómoda en que me ha constituido, de la salud de que me ha colmado; yo, que tanto debo á mi Dios, me encuentro completamente desnudo de buenas obras, espiritualmente leproso, repugnante á los ojos del Señor,

y espuesto siempre á que la muerte me sorva y me vomite en la eternidad!

¿Qué es esto? preguntaba San Agustin en igual caso. ¿Qué es lo que nos sucede? *Surgunt indocti et cælum rapiunt*: se levantan del polvo los ignorantes y se apoderan del cielo; y nosotros con todas nuestras teorias, sin juicio, ni cordura, nos estamos revolcando en el cieno de la sensualidad!

Esto decia el gran Agustin, esa intelijencia colosal, ese hombre gigantesco en la linea del saber, ese talento sin rival, en aquellos dias desgraciados y culpables que tan amargamente lloró despues: *surgunt indocti et cælum rapiunt*! Tales palabras entrañan el mismo sentido que las del pródigo: «Cuántos jornaleros, advenedizos y oscuros, son felices y viven en la abundancia en la casa de mi padre, mientras yo perezco de hambre!»

Luego que dijo esto aquel desventurado jóven, recordando la buena indole de su padre, y esperando firmemente que seria bien recibido por él si á sus piés se arrojaba implorando perdon, «no se acabarán mis dias, agregó, en este tristisimo destierro; no, porque me levantaré é iré á buscar á mi padre y le diré: «Padre, pequé contra el cielo y contra tí. Yo no soy digno de ser llamado hijo tuyo; trátame, pues, como á uno de tus criados, como á uno de tus jornaleros!»

Alentado por esta esperanza, pónese de pié, abandona los animales que cerca de él hozaban, enjuga sus lágrimas, siéntese mas animado, y echa á andar en direccion á la casa de su padre. No le arredran ni la distancia, ni la debilidad de su cuerpo, ni las montañas que ha de escalar, ni los rios que tiene que vadear, porque la fé en la misericordia de su padre, la esperanza en el perdon, y el amor hácia el autor

de sus dias, que nuevamente en su corazon se inflama, le prestan vigor, le dan una desconocida fuerza para vencerlo todo.

En efecto: ya el pródigo peregrino descubre en lontananza la granja de su familia, ya reconoce el humo del hogar de su padre, cuando este, á quien la esperanza de ver venir á su hijo llevaba cada dia á lo mas alto de su casa, se apercibe tambien del empolvado viajero que torna á los paternos lares. Desciende al punto de aquella altura, camina presuroso hacia el que llega, le tiende los brazos para significarle la buena acojida que le espera, y así que le estrecha llora con él....—Padre, esclama entonces el aleccionado mancebo, no me llameis vuestro hijo porque no lo merezco: llamadme siervo vuestro, y contadme en el número de vuestros criados!»

Satisfecho con esta confesion el bondadoso anciano: —«Hola! grita á sus criados: traed al punto el mejor vestido, calzad á mi hijo y ponedle un anillo al dedo....Traed luego un becerro y matadle para que tengamos fiesta y regocijo, porque este hijo mio estaba muerto y ha resucitado; se habia perdido y ha sido hallado....»

Y el banquete empezó, y se difundió la alegria en la casa y sus contornos.

Tales son, señores, las ventajas que puede prometerse todo pecador que se restituya á los brazos de Jesucristo.

Levántate ¡oh alma pecadora! arráncate de ese estado degradante y tristísimo en que te hallas; abandona la piara de tus pasiones, y mira que tu verdadera libertad consiste en ser sierva del Dios que te ha creado, como tu verdadera esclavitud consiste en esa libertad en que pretendes vivir,

pues ella es la que te ha llevado hasta la baja condicion de custodio de inmundas bestias. Nada te valdrá que te reconozcas culpable, ni cosa alguna remediarás con decir: «Me levantaré é iré, *surgam et ibo.*» Es menester que lo digas y lo hagas, que te levantes y camines hácia tu Dios.

Si el camino te parece escabroso, piensa en los consuelos que trae consigo el arreglo de la conciencia; piensa en lo intolerable que te será el eterno dolor; piensa en la belleza que adquirirás luego que Jesus te renueve con su divina gracia; piensa, en fin, en que mas escabroso te parecerá despues el camino, cuando la carga de tus pecados se haya hecho mas pesada. Pero ¿qué digo despues?.... Sabes, por ventura, si habrá despues para tí? Cuenta, alma, el número de personas que cada dia caen en el sepulcro.... ¿Porqué no temes ¡oh alma pecadora! porqué no temes caer ahora, cuando mas temprano, ó mañana, cuando mas tarde, en las fauces de la hambrienta tumba?

Considera, alma, que desde que empecé á hablarte ha dado la muerte algunos pasos.... ¿Sabes, acaso, á qué distancia se hallaba de ti cuando empecé á hablarte? Lo ignoras; pero si sabes que viene hacia tí, que no puedes evadir el golpe. Y sin embargo, ¡quieres dejar para despues tu conversion! Ah! «No tardes en convertirte al Señor, pues súbitamente desciende su cólera».

¡Qué el clamor del arrepentimiento desvie de tí la espada de la justicia!



ÍNDICE Y ERRATAS (*)

PANEJIRICOS Y DISCURSOS

* Los manuscritos de que nos hemos valido para hacer esta impresion han sido borradores muy maltratados, llenos de tachas y abreviaturas, hechos sin la intencion de que fuesen á las cajas. Debido á esto el trabajo de correccion ha sido ímprobo. Los editores, que no pueden quedar satisfechos del resultado, habrian deseado correjir una cuarta prueba. Pero no se han atrevido á intentarlo por no aumentar el costo de un libro que circulará entre las personas ménos pudientes de nuestra sociedad, como desgraciadamente sucede con las pocas obras que se publican en Buenos Aires.

Los lectores deben achacar á esa causa y no á descuido ó ignorancia algunas faltas de puntuacion y acentuacion que observarán en esta obra, si le consagran una detenida lectura ; como tambien la irregularidad en la escritura de algunos nombres propios y ciertas palabras que aparecen en unas pájinas con ortografía anticuada y en otras con ortografía moderna. Citaremos por ejemplo entre los nombres el de *Jesucristo* y entre las palabras *escelencia*. En las sílabas *ge gi* se ha usado indistintamente la g y la j. Las palabras *Cristianismo* y *Protestantismo* aparecen en algunas partes con la primera letra minúscula y en otras con la misma mayúscula.

Apesar de que lo dicho bastaria para salvar las erratas de este libro, apuntamos las mas notables que hemos advertido en él.

Pájina	línea	dice	léase	Pájina
6	7	Witeloke	Witteloke	
18	23	son	están	
19	5	está	están	
21	20	*nihlum*	*nihilum*	
Sermon sobre San Francisco de Asis				25
25	13	*Cal la*	*Col 1o*	
27	17	*benedictiones*	*benedictione*	
42	25	volvian	volvian,	
46	17	*vobis,*	*vobis*	
Sermon sobre San Ignacio de Loyola				47
53	12	*superbus*	*superbis*	
57	15	Mauresa	Mauresa,	
59	2	*columbe*	*columbae*	
60	21	pueblos	pueblos,	
64	11	Ignacio:	Ignacio,	
65	12	juntamente	junto	
67	3	resulta,	resulta	
Sermon sobre Santo Domingo de Guzman				69
69	11	*domun*	*domum*	
69	11	*corrovoravit*	*corroboravit*	
71	13	*domun*	*domum*	
76	4	*exelsis*	*excelsis*	
76	7	quizo	quiso	
76	9	*eclessiæ*	*eclesiæ*	
76	14	*domun*	*domum*	
80	20	*predicatio-humane-sapientie*	*prædicatio-humanæ-sapientiæ*	
80	21	*ostentione*	*ostensione*	
86	3	digo.	digo	
86	9	escandaloso	escandaloso,	
86	12	*dominante*	*dominante,*	
91	9	*domun*	*domum*	
Sermon sobre San Vicente de Paul				92
94	1	*un*	*ut*	
94	4	interseccion	intercesion	
94	8	O.	V.	
95	8	*benedicte-hominiz*	*benedicite omnia*	
Sermon sobre San Pedro Telmo				107
107	12	*prodigis*	*prodigiis*	
108	23	*prodigis*	*prodigiis*	
110	30	ismas	mismas	
114	2	*queritis*	*quaeritis*	
114	5	*f-cere*	*facere*	

Pájina	línea	dice	léase	Pájina
Sermon sobre Maria Santísima del Rosario				123
128	7	pocesionadose	posesionádose	
128	16	coyuntura	coyuntura,	
137	17	es	es,	
137	17	verdadero,	verdadero	
142	9	apariese	apareciese	
144	25	quieras	querais	
Sermon sobre San Pedro Apóstol				146
147	19	palabras	palabras,	
147	19	eterno	eterno,	
147	20	propiedad,	propiedad :	
148	5	*constituite*	*constitui te*	
149	3	cuyo	que su	
151	26	*Cristus*	*Christus*	
152	18	*Ban-jona*	*Bar-jona*	
154	19	parezcá	parezca	
159	4	reflescionar	reflexionar	
163	15	pecados ?	pecados.	
Sermon sobre San Martin de Porres				167
167	11	*pertransit*	*pertransiit*	
170	11	reverente	reverentes	
170	14	*pertransit*	*pertransiit*	
174	21	jigantes	jigantescas	
186	15	mas	mas:	
187	12	un	una	
188	7	que,	que	
190	11	*pertransit*	*pertransiit*	
Sermon sobre San Juan Bautista				192
193	17	*emim*	*enim*	
193	18	*coran*	*coram*	
193	22	*mulierum*	*mulierem*	
193	23	*mayor Joane*	*major Joanne*	
194	5	*Ducas*	*Lucas*	
194	12	ha	han	
194	16	del	de	
196	18	referido	referido,	
198	27	*decendi*	*descendi*	
199	7	recibimiento	recepcion	
200	28	*tolit*	*tollit*	
201	8	*coran*	*coram*	
204	23	*iñter*	*inter*	
204	24	*Joane*	*Joanne*	

Pájina	línea	dice	léase	Pájina
204	25	*coran*	*coram*	
205	5	*nativitati*	*nativitate*	
SERMON SOBRE SAN VICENTE FERRER				206
215	2	juicio	juicio de	
217	7	perverso	perverso,	
217	22	ochoci nto	ochocientos	
SERMON SOBRE EL PATRIARCA SAN JOSE				219
221	24	tambien	tambien,	
221	24	fué	fué,	
224	16	*tus*	*tuus*	
224	16	*querebamus*	*quaerebamus*	
SERMON SOBRE SANTA CATALINA				231
232	23	Abraham	Abraham,	
234	5	vez	vez,	
243	17	entenderse	estenderse	
245	30	decir,	decir	
246	20	porque	por	
248	9	esposo	esposa	
248	10	*no*	*non*	
SERMON SOBRE EL SANTÍSIMO SACRAMENTO				250
251	7	tubiese	tuviese	
251	12	preciosísima.	preciosísima !	
252	28	*Cristus*	*Christus*	
252	29	*meus*	*mens*	
253	10	*Cristus*	*Christus*	
257	10	aun como	todo	
257	15	*tua*	*tua,*	
258	22	sacramentado	sacramentado,	
259	9	*homo,*	*homo*	
259	26	*mæ*	*meæ*	
259	26	*filius*	*filii*	
260	16	mártires.	mártires,	
261	16	tubiereis	tuviereis	
262	7	al	el	
SERMON SOBRE LA PASION Y MUERTE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO				264
271	10	*husque*	*usque*	
271	10	*auten*	*autem*	
273	5	*ira,*	*ira*	
274	30	*tuuri*	*tauri*	
275	26	responderemos	responderemos á	
277	7	nuestra	vuestra	

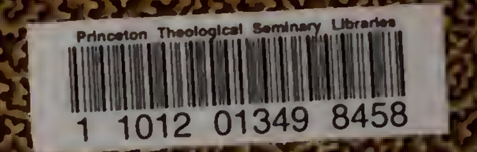
Pájina	línea	dice	léase	Pájina
278	22	clamar	clamor	
280	3	*pertrancibit*	*pertransibit*	
280	8	*et*	*est*	
280	23	desamparada	desamparada,	
DISCURSO EN LA PROFESION RELIJIOSA DE LA SEÑORITA GENOVEVA CONSTANZÓ				283
291	24	los otros	aquellos	
291	27	impunidad,	impunidad	
293	1	virtud	virtud,	
293	17	*homo,*	*homo*	
297	12	*necio*	*nescio*	
DISCURSO EN LA PROFESION RELIJIOSA DE LA SEÑORITA RAMONA MONIAIGURRIA				301
304	30	cielo.	cielo !	
305	7	*parbulus*	*parvulus*	
312	4	sacerdotiza	sacerdotisa	
317	9	*castasl*	*castas*	
317	27	*atris*	*atriis*	
319	9	*quan*	*quam*	
319	14	*audia*	*audi*	
319	17	*ec et*	*et*	
319	17	*dorem*	*decorem*	
319	17	asi,	así	
321	8	caridad ;	caridad,	
322	26	salvas	salva	
323	3	Cármen,	Cármen !	

HOMILIAS

Pájina	línea	dice	léase	Pájina
SOBRE LA BONDAD DE JESUCRISTO CON LOS PECADORES				327
328	14	pues que	que pues	
334	1	otra	otra parte	
336	6	dudemos	dudemos,	
337	19	has	las	
SOBRE LA TRANSFIGURACION DE JESUCRISTO				340
341	15	dedes	desde	
SOBRE EL PODER DEL SACRAMENTO DEL ALTAR				348
349	1	*pasuisti*	*posuisti*	
351	11	*ande*	*unde*	

Pàjina	línea	dice	léase	Pàjina
354	13	solamente,	solamente	
355	12	destrozan.	destrozan!	
Sobre la parábola del Sembrador				356
539	10	palabra	palabra,	
360	8	de Alemania	Alemania	
360	27	desapercibido	desapercibido,	
362	26	atras.	atras!	
364	9	callarse	callarse,	
365	8	y las	y los	
365	8	las otras	los otros	
365	9	oyen,	oyen	
366	12	despues	despues,	
366	18	escepcionales,	escepcionales	
367	1	el	él	
367	8	aumentar	aumentar la	
368	21	descuidan	no tratan	
Sobre el pasaje del ciego del Evanjelio				369
370	6	*juditium*	*judicium*	
370	13	proposicion	proposicion,	
371	22	preguntáronle,	preguntáronle	
371	25	fariseos,	fariseos	
373	12	ven,	ven	
376	15	Dios	Dios,	
377	23	luminosos;	luminosos,	
Sobre la oracion del huerto				382
384	5	al	el	
384	14	indispensable	indispensable,	
384	17	forzados	forjados	
384	19	comoprende	comprende	
384	29	otras mas	otras	
385	6	lo	le	
386	25	estuvieseis	estuvieses	
386	28	caminaseis	caminases	
386	28	buscaseis	buscases	
388	2	ordenada:	ordenada,	
389	5	Padre;	Padre	
390	6	peligros,	peligros	
Sobre la parábola del rico avariento				392
393	10	decir,	decir	
394	3	Ademas que	Ademas:	
394	5	acá allá	acá á allá	
394	11	algunos	alguno	

Pájina	linea	dice	léase	Pájina
394	16	y habeis	y si habeis	
394	23	Aquellos	Aquellas	
395	22	hoi	hoi,	
396	3	revelacion	revelacion,	
396	6	ese	esa	
396	7	monstruoso	monstruosa	
400	10	reformistas	reformistas,	
401	25	atencion	atencion,	
Sobre la autoridad divina de la iglesia católica				405
406	7	que	que,	
407	16	decir :	decir	
407	22	á la	la	
408	7	fé	fé,	
408	30	la	al	
410	24	el	al	
412	10	demonios	demonios,	
413	17	calumniadores.	calumniadores !	
Sobre la excomunion etc.				414
414	24	desvio, que	desvio que,	
Sobre los falsos maestros				426
430	13	calmarse	colmarse	
430	20	Jesucristo	Jesucristo,	
431	2	de cualquiera otras	de otras	
433	10	sabeis;	sabeis,	
434	10	dohma	dogma	
Sobre la parábola del hijo prodigo				436


Princeton Theological Seminary Libraries
1 1012 01349 8458



